LIBRO DEL buen tunar o can-camusa prolixa de las glorias y andaduras de una Tuna Complutense



COMPUESTO DE

D. Emilio de la Cruz y Aguilar

licenciado en utroque y doctor en tunantesca por la Gloriosa y Muy Andariega de la Facultad de Derecho

Y LO ILUMINA

el alegre pincel de

Maese Celedonio Perellón

LIBRO DEL BUEN TUNAR

1.ª edición 1967

LEX ET GAUDIUM

Depósito Legal: M. 15.345 - 1966 IMNASA. - Menorca, 45 - Madrid

PRÓLOGO

Desque Dios Nuestro Señor puso en giro la chica bola deste mundo en su Universo y Eva y Adán hallaron su trascacho en el Paraíso (de lo que vino tanta progenie) hubo, entre los que andan la tierra, gentes inclinadas, más que las otras, a la bufa, al canto, a la música, al vagar los países, al agotar las noches, a enamoriscarse, al conoscimiento de lo desusado y etcétera.

Desque el mesmo Adán serenó su sangre, tras de su estada con nuestra primera madre, e comenzó a cogitar sobre tanta maravilla como el Creador puso ante los ojos del menos avisado porque ocupara sus entendederas y luego, ya Cadmo el fenicio, ya los arameos o los caldeos, ya los babilonios o los mesmos egicianos se sacaron del caletre la invención del albafeto hay, entre los humanos, gentes dadas, más que las otras, a emplearse en las dichas cogitaciones y a usar en ellas el dicho arte de las letras. aprendiendo filosofías, cogitando sciencias, revolviendo ácidos o alcoholes, buscando ardidamente los unos la piedra filosofal, la panacea los otros y la utopía los de más allá. Aquestos últimos, andando el tiempo, se ayuntaron, por mejor estudio facer, en las universidades.

Pues bien, tuno es aquel que, contando en el número

de la alegre, curiosa e nocturnal gente y andariega, es, ansí mesmo, escolar de universidad.

Desta conjunción d'excelencias ha de seguirse cuán alto es el exercicio de la tunería, ca son los alegres la salud del mundo e los escolares la sal de la tierra, la música matemática de las esferas y descanso la noche de ánimas estordidas. Y por qué dicho exercicio llevó tras sí, como el mesmo de la caballería andante, tantos nobles corazones por los caminos del mundo.

Mas, con ser tan excelentes las virtudes deste mester, que pone su gloria en contentar coitados corazones, hay malastrados que lo denuestan, los unos por ignorancia, los otros por invidia o porque algún tuno les sopló la dama o cosas dese tenor.

Dicen de nos tantas sinrazones que fuerza es facer una breve defensión, magüer esté todo el libro dado a tal fín.

Dicen de nos que vésenos, asaz frecuentemente, en tabernas de casquivanas e mesones de ligue. E dícenlo como si fuera la tuna pía unión de conciertos nocturnales y no cofradía de ardorosa mocedad a la que fuerza es ver do el holgar tenga su asiento. Que a las novenas van los tunos en atavíos no tunescos.

Dicen de nos que no tañemos sino medianamente, ca hay fanfarrias, murgas e rondallas de menestrales que lo facen muy mejor que nosotros, echando a olvido que en tuna, de cien partes, son cincuenta música y las otras cincuenta dispierto ingenio, galanura sin tasa, polida osadía, cortesanía abundosa e buen trasegar.

Dicen de nos que, por haber mantenencia, ponemos cara. Pecado rahez, a fé mía, cuando, por haber lujos, presentan otros partes muy menos honradas que no nom-

bro por no poner en boca lo que tiene lugar en el contrario lado. Y asaz dicho se há.

Dicen de nos que descomulgamos bolsas ¡Chico desnuesto, voto al chápiro! Faga quien tal dixese inquisición cabe sí. Verá cómo es la sangre del mundo que furguen unos las bolsas de los otros, de manera que bucea el médico en la bolsa del enfermo, el abogado en la del pleiteante, los mercaderes en la de los mercantes y la gente del fisco en la de todo aquel que alienta so el ancho cielo y olió en su perra vida maravedí o mota o blanca.

Dicen de nos que no somos sino alborotadores, que no estudiamos ni dexamos estudiar. Cierto sería si no hubiera, en los corregimientos o dando fé, judgando o defendiendo en estrados, ilustres que, cuando estudiantes, oyeron la llamada de la sangre y siguieron la vida de tuna falaguera. Desto no es mester pedir ensiemplos al Conde Lucanor ca de un catedrático de nuestra Complutense que fué Decano de nuestra Facultad se puede dicir lo que de aquel otro que

en los sus tiempos d'estudiante
anduvo de tunante
caramillo tañendo en las albadas
e, las más de las veces,
mozuelas bién templadas
de las que dan candela
en frías madrugadas

Dicho queda brevemente, como aquestos denuestos no son sino envidia e hipocondría mas de decillo hé más por menudo y explanar cómo la tuna que, según el Sabio Rey don Alonso, es "Yuntamiento que es fecho d'escolares trovadores por aver mantencia, andar las tierras e servir

las dueñas dellas con cortesanía" ansí mesmo es escuela de vida, palestra de ingenios, urdidora de ensueños, crisol de amigos nuevos e probanza de antiguos, fontana de alegrías y honra de las Españas. Y por facer tal demostración escrebí aqueste libro do está compuesta mi vida, la que hasta agora viví, como tal tuno, pues si a los que de mí saben es notorio no ser yo de muy altas virtudes, ca Dios me crió flaco e de mí sé dicir que tengo todos pecados, si no son avaricia, invidia y acidía, téngome, sin embargo, como tendré ocasión de repetir al paciente lector, por uno de los más dispuestos escolares en el dicho arte tunantesco e, como no me empeció para licenciarme en los años justos el andar corriendo la cucaña en la Gloriosa, Antigua y Muy Andariega y otrosí, cuando víme combatido de morbo y penado de amores, ella, la tuna, fué firme cariátide del Erecteion de mi malaventura e piadosa Antígona del ciego Edipo de mi coytado corazón, parésceme justo mostralles aquí mi vida tunantesca. La que hasta agora, repito, corrí. Della una muy gran parte contesció, otra está adobada de fantasía y la tercera es de todo punto fantástica que la conoscerá, a buen seguro, el claro juizio del lector. Mas no ha de colegir que sea la de fantasía menos mía que las otras, ca no sabría yo mesmo dicir que es primero en mí si soñar, vivir o imaginar.

Verá el que leyere cómo los tunos que en aquesta estoria andan hubo de las veces unas en que Baco los tuvo por suyos, fueron otras vencidos de las saetas de Eros y en otras, pocas, cayeron en pecadillos differentes. Peroque mínima cosa es aquesta cuando se considera que, muchas más, trasegaron divinamente, sirvieron damas con cortesanía y osaron lo que nadie en acrescimiento de las glorias desta nuestra Tuna de Derecho baxo cuyo

pendón andudieron todos los caminos de la Europa de los que fueron dueños y señores, vendimiaron las más duras bolsas, aventaron las más pesadas cuitas y en todo lugar do estuvieron sonó el nombre desta nuestra España de tan esforzado brazo, gentil corazón, impar nobleza, bella sin parangón e cuasi invidia de los que, en el Paraíso, se ornan con jazmines las nalgas, los siesos con jacintos.

Sonó, digo el sacro nombre della en la Germania, en la Escandinavia y Helvetia, en Italia, en Flandes, en Francia y destas tierras todas mis germanos de la Gloriosa truxeron alabanzas, dexaron buenos recuerdos y amigos que, por tornar a vernos, ficieron largas andaduras, sobremanera damas y damiselas presas en embeleco del nuestro tañer, de la española música, de la escolar cortesanía, del encantamento que el mester tuneril lleva para femeniles corazones.



Capítulo I

DO SE DICE EL NASCIMIENTO DEL QUE AQUESTO ESCRIBE, CÓMO ESTUVO DE BACHILLERANTE Y CÓMO LLEGO, EN FÍN, A LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Nasció mi gracia en Orcera, de la Sierra de Segura en el Reino de Jaén, tierra de corzos, osos, jabalíes, ardas y alazores, nieves y calores e de sopladores de aguardiente, que no alquería ni aldea hay que no tenga su alquitara o alambique con que remediarse

Son los de allí, como serranos, de ágil cuerpo y andariego, buenos para labrar la madera y conducilla por los caminos de las aguas, ansí como para la guerra, tanto a pié como a caballo.

Llámase, en mi país, a los de mi pueblo, rabudos. Y no, aunque pudiera ser, por lo que vuesas mercedes pueden estar pensando, sino por ser un algo desgarrados de genio sin que ello les empeza el ser buena gente, amigos de festejos, cancamuseros e grandes trasegadores.

Son en aqueste rincón del mundo, como en todas partes dél, los alguaciles taciturnos, fermosas las molneras, los arrieros cantores, los pastores zahareños y de suelta lengua los barberos, mas el cielo que hay sobre sus cabezas es tan limpio, tan azul, tan polido y tan tirante

como no lo tendrá sobre sí gente alguna en la haz de la tierra.

Las aguas claras, el limpio cielo y las andorgas ligeras han dado allí muy esclarecidos ingenios como el obispo Martín de Ayala, luminaria de Trento, y Abiljisal y un raro ingenio que fué físico el cual, ya por caridad de aorillarles dolores a las mujeres en el parto, ya por ansia de aligerar las arcas de los maridos con la invención, tentó en hallar la manera de que, en puesto de parir, pusieran las mujeres huevos, que es de más limpieza, menos trabaxo e mayor arreglo en todo punto, si que el conreo del engore no sea moco de pavo.

Tamaña osadía fue conoscida del Santo Oficio e dexó a los inquisidores dél tan perplexos, cogitabundos y alerdados qué no sabían qué hacer, pues jamás habían tenido suceso atal. Y de tal suerte que no sabían si mandar que lo prendieran o dexar que siguiera sus probatinas que las facía dando a algunas mugeres, devotas dél, cocimentos de mollejas de gallina, dicen, mixturados de cal amatada e de sangre de un gallo negro muy galano que tenía en su corral e del que, cada día, cortándole un pico de la cresta, sacaba un tomín de sangre.

Digo que siguió las probanzas de la manera dicha hasta que llegó a manos de la Inquisición un libro compuesto dél e que se llamaba *Tractado por menudo de parto femenil, compuesto en los cinco movimientos dél por el Licenciado Juan de Benatae. Impreso en Baeza en casa de Juan Baptista de Montoya.* Y resultó que, en uno de sus capítulos, se dicía ser lícito, si el huevo no se engorara, freíllo o hacer dél tortilla, ya con tacos de jamón, ya con fabas, ya con cualquiera de las cosas de las usadas en dicho manjar, herejía manifiesta con que mandaron prendello e diéronle un repaso porque se retrac-

tara. E retractóse. Y como le dieron palos algunos, por lo convencer, lo dexaron castellado e no tornó a tener chanzas, ni a reir en su vida e consumió la que le quedaba en plantar nabos, afición de los de su pueblo, en una aldea que llaman La Hueta. Por si algo faltaba a su desgracia, cayó en la flor de leerle el Apocalipsis a San Juan Evangelista e, cuando libaba demasiadamente, comenzaba a ver la Bestia de las siete cabezas y los diez cuernos, los veinticuatro ancianos, y oír pífanos, trompetas, atabales y demas comparsería del juyzio postrero. Los burros o mulos que pastando estaban, creíalos los jinetes del Apocalipsis y fuía dellos como loco, dando calabazadas en las peñas y, con tantas destas bestias por los campos, no paraba en lugar alguno. Tuvo mala muerte y fué olvidado que es ése el fín que aguarda a los que intentan grandes cosas en beneficio del próximo.

Dexando aquesta triste estoria, seguiré diciendo que mi gente es Aguilar, de la cepa granadina de cuya cepa vínose a Segura, puebla empingorotada, antigüísima, guerrera y abundosa de glorias, un vástago o mugrón que se llamó Don Lope del cual, de unos en otros, llegaron hasta mí los vicios e virtudes de los Aguilares, de los cuales es el orgullo el principal y la más excelsa dellas la generosidad, sin que quiera dicir aquesto que me sea muy poco orgulloso y generoso asaz y no, más bien, al contrario modo.

En mi dicho pueblo, que está al recuesto de un monte que llaman Peñalta, passé mi edad primera a los soles y a los aires y lluvias y nieves y a toda cosa que del cielo venía e que mandaba Dios. Y ansí me las andaba, arriba y abaxo, apedreando canes, comiendo, a hurto de mi madre, fritura de lagarto, aligerando árboles de peso, oliéndome las manos a cal y a romero las rodillas, el pelo a oliva y el

ánima a libertad. Calentando con nieve mis manos en invierno y refrescando la piel con agua de verano.

Allí también aprendí las primeras letras con bondadosos maestros como aquel Don Miguel de aventajado vientre y Don Manuel de voz atronadora como tiro de búzano. Que nunca dellos me olvido.

Llegóse al fin la hora de entrar de bachillerante e truxéronme a la corte, a un colegio de clérigos menores cuyos mejores maestros no eran de la orden, sino un hermano Modesto. A saber, un don Sebastián, de Algebra y un don Fabriciano, capitán de Tercios al que debo mi gusto y hábil disposición para la lengua latina.

El caso es que salí bachiller y llegó la hora de ir a la universidad y, por ser yo de suelta lengua, concordaron mis mayores que sería arreglado estudio para mí el de leyes y ansí lo llevé a efeto.

Entré, pues, en la Complutense, fortunada fundación del Cardenal Ximénez de Cisneros y allí empezó mi nueva vida.

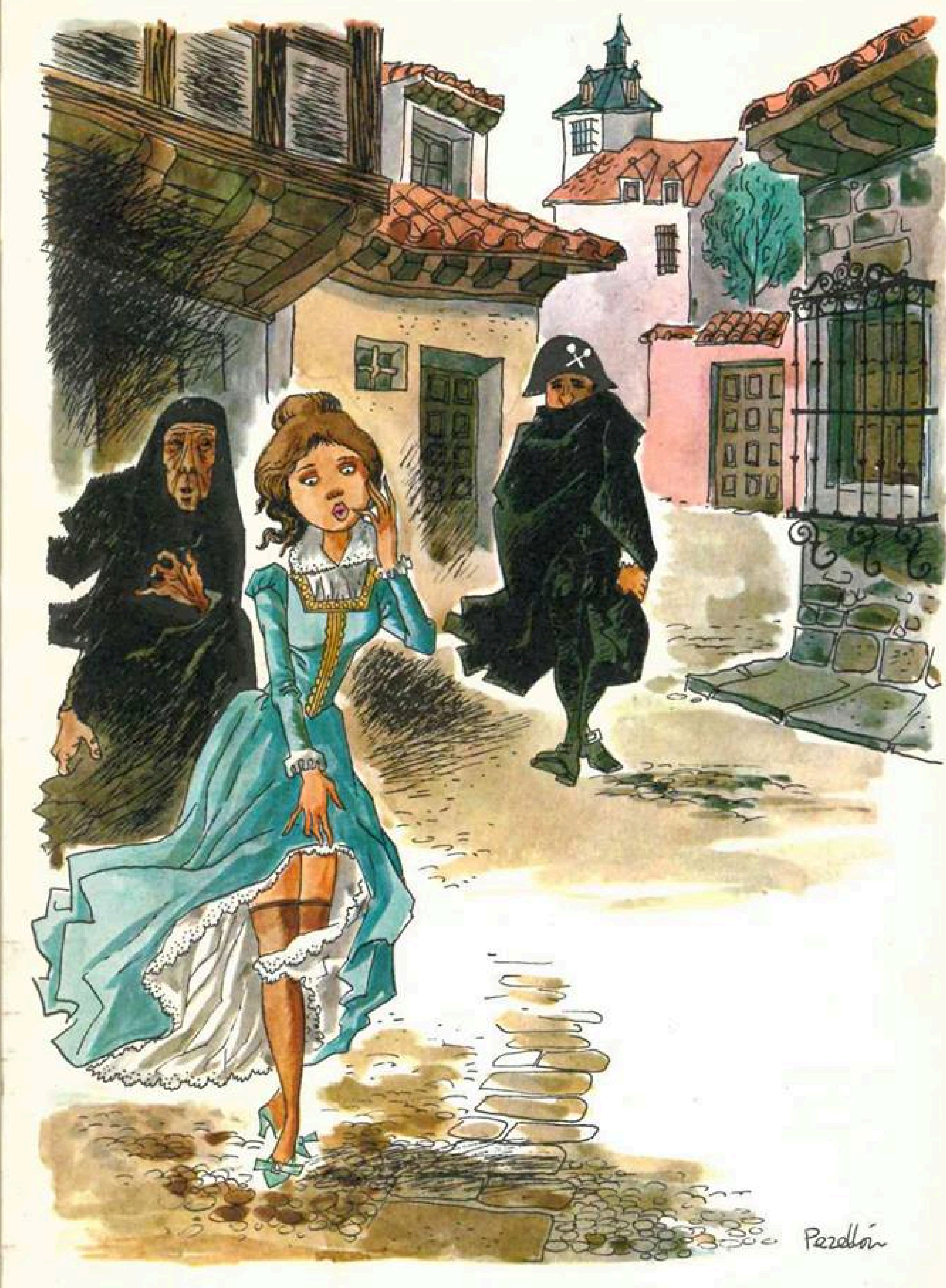


Capítulo II

DE CÓMO ENTRÉ EN LA UNIVERSIDAD, NAMOREME, ME HABLARON DE LA TUNA Y DETERMINÉ EN ELLA ENTRAR

Llegué, pues, a la Universidad y allí fué abrir los ojos y los oídos. Todo fué para mí maravilla: la libertad, las cogitaciones, los differentes pensares, la suelta lengua de los veteranos, su esclarecido ingenio, su alegría, su bienandanza. Todo deslumbró mi entendimiento tras de mi clerical encierro y recobré la suelta disposición en que corrió mi luminosa infancia. Por eso, al tiempo que yo entré en la Universidad, entróseme ella a mí en las entretelas del alma y, a fé mía, que dellas no se ha de salir sino cuando la mesma ánima del cuerpo se me salga y vaya deste valle hondo, escuro, a la altitud de la gloria, si la alcanzo.

Ya en los Estudios, no perdí tiempo demasiado, de suerte que namoréme a las primeras de cambio, sin aguardar a más, de una damisela que vía cada mañana cuando a ellos iba. Comencé a otealla muy fixamente y ella a me responder de manera que no faltaba sino soltar el fardo cuando quiso mi buena fortuna que el dios Eolo le soplara de popa a proa y alzóle el castillo del brial con que se echó de ver se era algo floxa de remos mayores. Esto



...quiso mi buena fortuna que el dios Eolo le soplara de popa a proa... **(pág. 14).**

derribó mi amor a tierra e lo destruyó en un breve segundo, ca jamás pude amar dama que fuera zopa o zamba o tuerta de piernas de alguna manera. Y no me digan vuesas mercedes cosa alguna que más de veinticinco tractados tengo leídos de cómo es mayor gala en la mujer la honradez que la belleza sin que yo, pecador de mí, torne de mi desvío.

Y en qué me ví de despegármela sin faltar a la cortesía pues tenía fecho un muy buen cultivo de entretela y estaba asaz zumagosa.

Conoscí, por aquel tiempo, a un paisano mío del Andalucía llamado Don Pedro que era cuasi licenciado en mi mesma facultad y el me habló del mester de tunería que era muy arreglado para escolares bullidores y desde aquel punto pensé que me iría bien en aquel exercicio por ser yo tañedor de laúd, amador de músicas, noctámbulo, ganoso de aventuras y pleno de curiosidades. Fice, pues mis procuraciones y exámenes y entré en la Gloriosa y ¿cómo decilles a vuesas mercedes cuántos y cuán diversos gozos en ella tuve? Aquel tañer de madrugada, aquel tornar a casa por callejas solas y por anchas rúas, aquel gozar del silencio e de la solitud y sosiego de la noche, de la luz de la luna, del reir de las estrellas. Aquel enamorarse semanal, aquel chicoleo y arrumaco, aquel conoscer casquivanas y arrullar damiselas, aquel hurtar el bulto a corchetes ¿Con qué palabras se dirá? ¡Cuánto sabroso parlar con enventanadas damas! ¡Qué sajaduras de bolsa a punta de trova! ¡Cuánto soplar caldos fríos! Pues ¿y la descubrición de tanta gente extraña que las calles anda a deshora? Con suelta lengua del vino, con discreción quitada, abriendo sus almas al que buenamente les quiere oir sus cosas, que ya lo dixo aquel: *In vino, veritas.*

Desotra parte, por ser de gustos camperos, hallábame a mis anchas en aquellas cuasi vacías de gente noches, pues enfádame la multitud tanto que hay de las veces en que, estando entre ella, me dan como ansias o angustias de cómo les hieden los sobacos y las otras partes de pliegue que en los cuerpos llevamos, de cuán poco aire queda sin nariz que lo sorba y lo suelte o sin fumo que lo empuerque. Eso sin contar el enfado de oir tanta desatinada cosa en la garrulería sin fín, sin tiento e sin mesura que, sin remedio, ha de darse entre miles de hombres y mugeres que llenan la mesma plaza o la mesma vía pasean.

Por todo lo dicho, parésceme ver en cada nocherniego mi hermano y, en efeto, es tan chico el mundo de la noche que harto fácil es hallar muchas veces a los mesmos que se hallan en iguales devociones, ya de alabarderos de teatro, ya d'escolares rondadores, o persecutores de endechas y sonetos y algunillos siervos de Baco o, tan sólo, del sosiego y del silencio nocturnal.

Y, de añadidura, bueno es hablar de cómo suena el tañer en la quietud nocturna. Abren sus ojos las estrellas, detiene su curso el aire y exhalan las flores sus perfumes como sospiros de doncellas quinceañeras.

Paraíso serían las serenas noches si no se salieran de sus casas esclavos, más que siervos, del vino, sin polimiento ni cortesanía y si el sosiego dellas no estuviera so la guarda de ciertos corchetes de noche que llaman serenos a los que, arráncanlos de la gleba, dan en lugar del arado un garrote tamaño y, sin más intruillos, los ponen en tan delicada tarea en cuyo complimiento guíanse por el unto del ciudadano y no de otra cosa alguna. Salvos sean los differentes.

En fin, empecé la más fermosa vida que vivirse puede, tanto, que poco me había de durar. Era libre y alegre y

amorosa, llena de músicas, con fieles amigos compartida, en olor de risas y en gluglú de vinos. Della compuse el soneto que a seguido pongo para pintarla a un mi primo Quixano.

SONETO DE LA VIDA TUNANTESCA

Cuando suelta la aurora de sus galgas
y viene a brincos por montes y repechos,
campaneando alegre los sus pechos,
sus rosados cachetes y sus nalgas.

Llego y dexo el laúd en mi aposento,
a hurto del pupilero, en la cocina,
besos al mosto, bocado a la cecina,
cuchillada a la hogaza y vuelta a tiento.

Voyme con Baldo y Bártulo a la cama,
cogito algún espacio con sus glosas,
recuerdo a mis amigos y a mi dama.

Ríndeme el sueño y sueño con fermosas,
buen vino en casa y, en el foro, fama.
¡Catre, paréscesme lecho de rosas!

Mas, como ya dixe, comenzaron a asomar la oreja las penas que Dios guardadas tenía. Por un lado, me remanecieron unas tercianas que se habían abrazado a mí en el sitio de Orán y, por otro, conoscí a la que, aún sin ella querer, me dió sinsabores tales que, a no ser yo tuno, me hubieran acabado sin remedio y sin plazo.

Capítulo III

DEL SEGUNDO PSEUDOENAMORAMIENTO Y DE SU BREVE FÍN, CON LAS NOTICIAS DE LOS CÁTAROS PRIMERAS, LA OCULTA ENTRADA EN SU CONCILIO Y EL CONOSCIMIENTO DE DOÑA ANGELA

Estábamos en que seguí mi regalada vida de no demasiado estudio, muy buenas devociones en las ermitas del trago, sabrosas rondas y algún que otro ligamen desfogador.

Y en éstas, vino el segundo pseudoenamoramiento que fué de una damisela que, de tan escura, parescía ethiope, magüer fuera castellana. Parescióme que me hacía buena cara y, aunque no le tenía yo amor, no quería desperdiciar lo que quizá lograr podría, que era asaz buena de su cuerpo y passa la mocedad "brevi". De manera que, por no dilatar devaneos, un día que estaba de pluma expedita, tomé asiento y le compuse la epístola que a seguido pongo, con tanta fidelidad como recordar puedo:

"Cuando leáis, señora de mi alma, aquesta carta, pensad que si está escrita de mano no es sino porque nadie enseñó a letras hacer con el corazón que con él os la hubiera escrito, tan cercano a él está su asunto, tan en él estáis y en tanto sufrimiento lo tenéis. Que os amo es cosa sabida de todo cuanto a vuestro alrededor hay, ansí los fierros de vuestra ventana como el jazmín que los viste y los

postigos della que, a ser saetas las miradas, passados los tuviérais, el alero de vuestra casa que asoma por mis cuitas ver sus texas y las piedras de vuestra calle que sin brillo estaban y lo tienen agora como alinde.

Sólo vos, señora de mis soñares, no paresce sino que Dios cegó vuestros fermosos ojos que, con dar luz, se tienen a sí mesmos a escuras y que vuestros oídos alguna suerte de trasgo los cerró a mis trovas, los lodó a mis endechas, insensibles los tornó a mis músicas que no me oís, ni mis ansias sabéis.

Por lo que valga, señora, por lo que en más tengáis, decidme qué amor o desamor me tenéis y ansí sabré si morir hé poco a poco sin sabello o de una vez con el arcabuzazo de vuestro desprecio.

Más os dixera si posible me fuera, mas con sólo pensar que aquestas letras han de estar so vuestros fermosos ojos canean mis flacas fuerzas, que en amaros las fuí agotando, e desfallece el ánimo deste vuestro siervo que lo es."

Passó poco tiempo y llegóme della un billete que dicía ansí:

"Caballero, otras gracias se os podrán negar mas no la del buen gusto que en elegirme como objeto de vuestros amores háis mostrado. Bien quisiera otorgaros la suprema gloria que solicitáis, mas me es imposible que, tantos me solicitan, que vos no sóis sino uno más dentre tantas gentes que piden igual galardón. Quedad, pues, si podéis, en paz y consoláos en la oración y el recogimiento hasta que Dios Nuestro Señor conceda el descanso a vuestro atribulado ánimo llamándoos a su seno. Ansí os lo deseo."

Cuanto reímos aquella epístola una moza de mesón y yo no es dicir. Pasmaba la presunción de la damita

pensando que, siendo tan cortos los días de la vida, fuera nadie a estar por ella llorando hasta las postrimerías, ni aún hasta el día siguiente, ansí que rogué a Eusebia que me truxera recado de escribir y, llamando a Baco a consejo, compuse una epístola con los siguientes extremos:

"Señora mía: De que esté en oración y recogimiento passo agora vuestro recado a un cenobita que cabe mi mesa sopla muy desenvueltamente, ca, magüer me gustaría tal hacer, tengo agora obligación con una jarra de haloquè de velle el culo y con la moza que me la sirvió de abrigalle el riñón y de lo mesmo, no bien acabe quehaceres que aquí le restan.

Os amo un poquillejo, sí, mas menos de lo que la carta trasluce, que la pluma anda más de lo que la verdad la mueve y sufría yo la carga de que, si me teníais alguna ley, estuviérais penando mis silencios y estar perdiendo unos buenos sobos que son el mejor entretenimiento de los ocios que hasta agora inventado se há. Visto que no me amáis, resto tranquilo, voyme con otra, os dexo con Dios, quedo libre y alegre y no tornaré a enfadaros con rondas, moleros a endechas y cansaros con cancamusas. Y aquí no ha passado nada.

Libre queda quien fué vuestro siervo."

Y, por si alguna penilla me quedaba deste amorcillo de hora y media, salió por aquellos días la Gloriosa a tunar la ciudad de Zaragoza y saben sus mercedes qué artificios para mirar llevan en el rostro las damas de allí, qué serena compostura gastan, qué gentil cuerpo y, de añadidura, los vinos que en Aragón se ingurgitan son de los resucitadores. Con decir que mi Muy Andariega es impar en fama y sueño de las damiselas de todas partes queda dicho que buen possar hubimos en la dicha ciudad.

Y al tornar de la cabeza de Aragón, tuvo el que escribe las primeras noticias de ciertos herejes que llaman cátaros.

Un mi amigo don Eloy, estudiante de Política de Platón, con el que solía tener muy largos debates de differentes asuntos, díxome, porque preguntele yo cómo siendo la gente española de abierto entendimiento e de complida tolerancia, se nos tenía tan sujetos, sin razón, en asuntos que no demandaban tal sujección, que no era sino por los cátaros que había algunos en el Consejo Real y tenían toda franquía, que a los demás negaban, en los haberes del Reyno, ansí como en la Armada y, en muy menor medida, en los Tercios.

Quise que me dixera quienes eran tales y explanome cómo se eran unos herejes que tuvieron su cuna en Germania y desta nación se extendieron a las demás de la Europa. Yerran en la manera de mirar la vida, comenzando por odiar a los pecadores, cuando se les ha de tener caridad, siguen por reglarse el vivir muy duramente que no es tal vivir, luego odian toda alegría y con ella la música y después la juventud y acaban por morir tristes, que no hay muerte peor, porque vivieron desesperados.

Pasmé tanto de tales cosas que no las podía creer y ansí lo dixe a don Eloy y este me respondió que, si era gustoso de ir a un concilio dellos, los vería como eran. Y es que él tenía cierto amigo que pertenecía a la secta y le andaba trabaxando el hígado para que en ella entrara, pues no tienen los cátaros más deseo en esta vida que meter a otros en su mesmo infierno.

Bien, el caso es que me castigó que estuviera quedo, oyera lo que oyera, y bien embozado cuando llegara la ocasión de al concilio entrar.

Fuymos el día señalado y entramos, cada uno por su lado, en el salón de juntas de la catarería y, luego de algunas oraciones, comenzó aquella.

Y era de ver cómo tenían los graves semblantes de los pagados de sí que se tienen por justos más que los otros y son temerarios en el juicio del próximo y, so capa de religiosos, son herejes.

Alzó el Cátaro Mayor la voz, con lo que callaron los demás, y dixo lo que sigue que paresce mentira:

"Hermanos en Nuestro Señor, tenemos aqueste cónclave del mes y no quisiera ocultar a vusiñorías cómo es mi ánima coitada de lo que decirvos-hé. Cómo anda la desvergüenza suelta, sin rienda, freno ni razón, ya lo saben por lo cual fágoles gracia. Mas, consumido mi espíritu por la desazón, en la umbría de mi celda, he meditado noche tras noche, de cuya meditación he fecho escripto para que sea dado como Real Providencia y se observe en todos los Reinos como ley común. Dice ansí:

"Yo, el Rey, por aquesta mi Real Providencia, ordeno e mando que, conoscida que sea en las Españas, quede prohibido el pecado, ansí capital como venial, so las penas que desuso se dicen.

Los reos de pecado mortal lo serán de pena capital y enforcados luego sin más dilación ni gracia. Los de pecado venial tendrán cién azotes y veinte años de galeras en la nuestra Real Armada.

Tendrán los alcaides y alguaciles de cárcel do estèn presos los reos de pena de vida cuido de que ningún clérigo ni freyle ose acercarse al reo por lo confesar, porque, una vez enforcado, vaya derechamente a los profundos sin más recurso ni pataleo. A este ditado proveerán los alcaides y alguaciles de la prisión, baxo pena, su cumplimiento poniendo guardias con mosquetes o arcabuces

porque no vengan luego los dichos clérigos o freyles e, si fueren osados a venir, emprendanla con ellos a mosquetazos al sitio más descubierto, sea nalga o colodrillo.

Otrosí, del mesmo modo, el cómitre de galera proveerá, pues que si el galeote muriera durante su pena, tendráse como voluntad de Dios su embarque al mesmo infierno."

Guardó un breve silencio el cátaro, que era buen mozo, amelonado de rostro y el su mirar manso y alicorto como es propio de sarasas, cátaros vergonzantes y piadosos fingidos, y comenzó a oirse cierto bisbiseo desasosegado. Alzo él la mano para sosegarlos, como sabiendo que guardaban, y siguió desta manera.

"Y, como es fuente de pecado el ayuntarse en ciertos lugares solitarios personas de sexo differente, so pretexto de astrologías, prevengo que salgan corchetes a los dichos lugares y corran, prendan, emplumen o sajen la bolsa de los que en tales menesteres encuentren y para facer pesquisas, dense a los corchetes buenos perros pesquisidores que sean venteadores de tal modo que, llevados a los bosques e florestas, sepan do se oculta alguna pareja de pecadores, haciendo las paces, y lleven hasta ella a los dichos corchetes. De suerte que vengan a ser los tales Canes Cerberos de la decencia y honestidad de la República..."

Y aquí de los vítores y de las palmas, de las voces y de los parabienes que no le dexaron continuar sino tras de un espacio y fué ansí:

"Por el mesmo modo, si algún hombre dixere ante tribunal cómo un su vecino tiene muy malos pensamientos e mira muy fixamente el talle de las dueñas, sea prendido y puesto en grillos.

Otrosí, si alguno bebiere vino, poco o mucho, fuere o

no fuere aguantador, fuera de boda, bautizo o funeral, pónganlo en grillos.

Otrosí, si alguno fuere osado de cantar, reir o contar chanzas en Cuaresma, sea puesto en grillos.

E aquestos últimos irán al tribunal y según el pecado sea capital o venial tendrán las penas deyuso dichas."

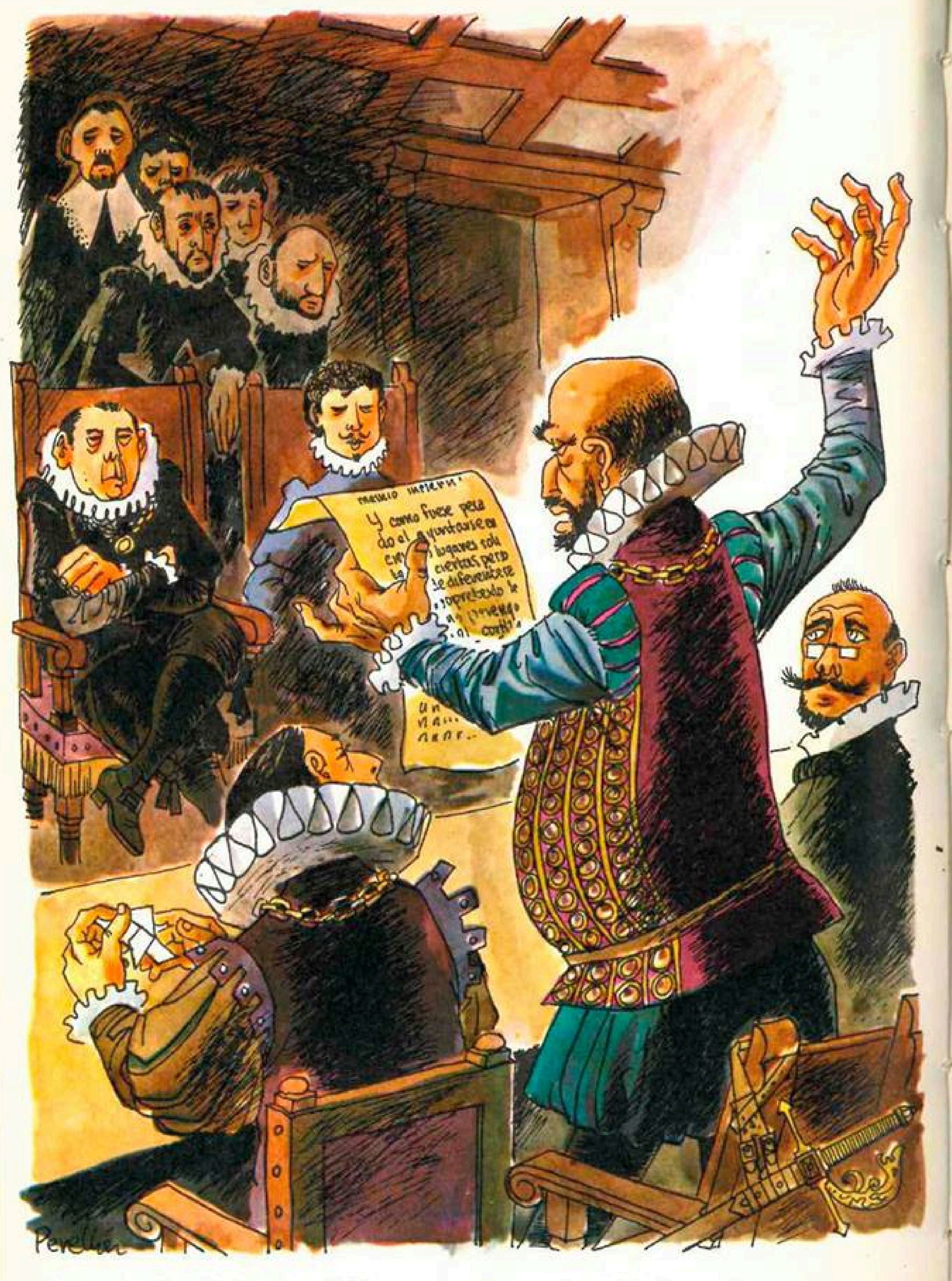
Escuchaba yo su fabla suspenso de que tanta herejía pudiera encobrirse so capa de honestidad y grandes agonías me llevaba el no interrumpir su discurso, mas, por ver donde llegaba en su desatino, tenía la lengua queda, lo que no pude hacer por más espacio pues que siguió su palra del modo que digo.

"Otrosí, hermanos míos, como nos tiene rogado el cofrade Prudencio —con esto tornaron todos la vista a cierto lugar y a poco caí por tierra cuando vide, saludando, a cierto síndico del Gremio de los Estudiantes que yo conoscía, con lo que ví cuán extendida estaba aquella gangrena de cátaros—, que los estudiantes nocherniegos, llamados tunos, sean penados con pena de galeras pues que andan a horas deshonradas por la calle y entran a tañer a mesones de ligue e tabernas de casquivanas do todo vicio se halla. Si posible fuera, ármense tunas de nuestra cofradía que tañan a hora diurna y no anden sino en sitios píos y concertados..."

Aquí entré yo, que no podía tener la ira. Ansí que, dando un gran brinco, me planté en la cátedra e dixe ansí con voz tonante:

"Fáganme vuesas mercedes gracia de prestar oído un breve espacio que irá en ensalzamiento de nuestra sancta religión.—fízose un silencio grande y el Cátaro Mayor quedó en un rincón de la tarima un tanto mohino y cariacontescido, y seguí ansí:

"De la virtud, del pecado, de la gloria o del infierno es



Escuchaba yo su fabla suspenso de que tanta herejía... (pág. 25).

base inexcusable el libre albedrío, pues que sin él nadie puede ser juzgado por sus actos. Desta suerte no es de los hombres entrarse en los corazones y las almas de los otros a escudriñar. Dios ya escudriñará en las postrimerías y verá lo que cada uno fizo con su libertad. Desto se sigue el que no pueda hombre alguno legislar a las almas. Ni vusiñorías, ni el Rey, ni San Pedro Nolasco tienen tal privilegio. Líbreme Dios de afirmar que no pueda el Rey o el juez o cualquiera persona perseguir el escándalo, que tiene la inocencia derecho a prevalescer, mas el pecado oculto sola jurisdicción de Dios es."

"Otrosí, si mandasen perros pesquisidores y corchetes sepan que no habrá sino sobornos y, lo que peor es, homillaciones y comercios ilícitos, ca no ha lugar a que yo diga a vuesas mercedes cómo los corchetes tienen poco refinamiento, escasa caballerosidad y débil voluntad a los embates del oro. Excusado los que ansí no fueran.

"De lo que dicen vusiñorías de los tunos —fice una breve detención pues la rabia me embarazaba la lengua— Dios sabe cuán duele a mi ánima tener oído lo que oí y saber como hay gentes en España, loado Dios escasas, que tienen el mesmo pensar. Estrecho ánimo, flaco espíritu, caridad menguada, invidia crescida y alma seca, tales son sus prendas —a estas palabras el cátaro que hablara quedó la color verde—. Púsonos Dios en el mundo a que ganáramos Paraíso mas nunca dixo cómo, si de noche o de día. Nadie puede por tanto dicir cuando debe cada cual ir con Morfeo e, desotra parte, sólo dixo que no se hiciera daño al próximo, de manera que ande cada uno la calle hora que quiera en tanto no empeza a los demás complir su albedrío, sea el dormir o el velar. Ansí lo dice nuestra Sancta Religión: libertad de cada uno para ganar el Paraíso o perder el infierno. Y, otrosí, sepan los que oyeren

cómo es gran caridad alzar con trovas el ánimo del triste, ca na hay mayor mal que tristura, que en cielo se tañen todos los estrumentos y el mesmo rey David de los Jodíos tañía, no sé si con arpa o salterio, alabanzas al Altísimo. Son los tunos, pues, mancebos caritativos que hacen más caridad que algunas órdenes que, tanto tiempo passó dél, han olvidado el fín de su instituto y, singularmente, algunas de enseñanza han cambiado el voto de pobreza propia por el de pobreza ajena y finalmente— que me falta el resuello— les diré aquella cantiga que dice ansí de Nuestra Señora:

El seteno gozo oviste
cuando alegre trova odiste
d'escolares
evolaron tus pesares
e fermosa sonreiste
leda e grave."

Callé un espacio y restaron ellos tácitos pues singularmente el Gozo de Sancta María, les plació. Mas en este punto quiso mi malaventura que uno dellos, echando fuego por las pupilas, diese voz de ¡Muera luego el hereje! a cuyo grito dispertaron de su pasmo y, en menos de los que lo digo, aquellos santos varones, furgando entre sus ropillas, sacaron quién espadín, quién daga, afilados como de garduño, que jamás vide tanto acero hereje sino en Mulberg, de manera que, viéndome tan acosado, sin aguardar a ver en que paraba la assamblea, torné grupas y, aorillando un cortinón que a mi espalda había, me entré por un pasadizo. Tan a tiempo que degollaron, destriparon y rajaron el cortinón e con la mesma furia se lo echaron sobre sí y ello me truxo algun respiro. Torcí e topé con una

puerta con rendijilla entrecerrada, me entré por ella que era la de un largo corredor y dí conmigo, mi jadeo y mi algo de pavor, en un repartidor del que partían, arriba y abaxo, dos escaleras. Tomé la que subía, ca debaxo tierra non hay quien salga sino los topos, en tanto que por arribas siempre tenía la probalidad de dar un salto más o menos grande e de restar más o menos muerto. Ansí que dí un portazo en un lado y tomé las escaleras que subían por el contrario. Hallé arriba otro repartidor con no menos de cuatro puertas, encomendé a San Raimundo, empujé la una y quedé suspenso pues sepan vuesas mercedes que encontré un aposento alhajado de primor con tapices y reposteros y hasta cinco damiselas ataviadas como reinas.

Y eran las tales de tan buen catar que, echando en olvido lo que tras mí venía, comencé a me enamorar de todas ellas, una tras de la otra. Y, de su parte, ellas restaron de la misma suerte, pasmadas como si estuvieran viendo al Pantocrátor. Passó un espacio en que no ficimos sino mirarnos, sin dicir palabra. Al fín, la que parescía más dispuesta que, a mi entender, era ansí mesmo la más bella, vínose unos pasos hacia mí e demandóme:

—¿Quién es el caballero que entra ansí en aposento de damas, tan sin polimento?

Vuelto en mí respondíle:

—Tuno soy, señoras, de la Gloriosa de Leyes y, si no me acorréis, bien podéis dicir que fuílo, ca traigo tras mí todos cátaros d'España.

Entonces otra dama, menos bella, mas también mucho, díxome dolidamente:

—¡Ay, mi señor tuno, mal camino tomásteis, háis de saber que aqueste aposento no tiene más salida que la que vos usásteis de entrada!

Con las malas nuevas, víme en compañía de Aqueronte, ayudándole en el remo, pues ya se oía el tropel que tras mí venía sonar por las escaleras. Ansí que tomando un velón de bronce, me dispuse a dar óleo a los que la vida me alcanzara, que no pudieran gloriarse cátaros de acabar con un tuno como gallina, mas entonces mi señora, que ya lo era, díxome:

—¡Té, señor tuno, aquí tiene vuesa merced el su refugio!



Capítulo IV

SE SIGUE LA AVENTURA CON LOS CÁTAROS HASTA SU DESENLACE

Y diciendo esto, alzóse la halda un gran trecho. Quedé atónito por lo que ella, antes de que recobrara mi sentir, prendiome de la gorguera e, como era robusta, dió conmigo en tierra, cogió con la otra mano el velón y cubrióme a seguido con la halda, tan a tiempo que entró entonces el tropel de los cátaros en el aposento oyendo yo, desde el mío, su resollar y el son de sus aceros.

Comenzaron luego a facer inquisición entre venablos y denuestos y sepan vuesas mercedes que las pasé malas, pues, de verme en tal coyuntura, me comenzó a hurgar una risa que no la podía tener, otrosí porque los encajes de las enaguas de mi señora me cosquilleaban el colodrillo.

En tanto mi protectora llueca contestaba serenamente las demandas de los cátaros, como la interrogación se era algo dilatada, comencé a examinar aquel deleitoso pays que, si era de buenas vistas y suave tacto, tenía los aires espesos y con algo de husmo. Estuve viendo luego la labor de los senogiles que eran de lana con primorosa labra, y era, digo, tan deleitoso el pays que, por librarme de pecado, tenté de recordar que dicía fray Hernán de Pontones que el lugar do yo me hallaba no era sino la

puerta del infierno, mas, por mucho que quise, no pude recordar sino unas seguidillas que se cantan en Poyo Tello que dicen ansí:

Cada vez que te veo los senogiles
se me ponen los ojos como candiles.

Con lo que aún me aumentó la risa y no llegó a llanto porque en aquel punto exieron los cátaros, finada su pesquisa, entre rezongos. Y dixo entonces doña Angela:

—Ya podéis salir de la prisión.

—No es prisión mas paraíso —respondíle yo sin moverme un punto—.

Oí cómo reían y ella tornó a dicir, afetando ira:

—¡Salga su merced o será salido!

Llegado el fin de mi encierro, antes de dexarlo, por agradescimiento, dí a mi señora un besillo en el senogil derecho y entonces ella, recabando no se qué, que de gran dureza era, dióme tal viaje que, a no ser por el brial, la halda, su armazón de barbas de ballena y los tres pares de enaguas, allí hubiera finado mi gozoso exercicio e díxome:

—¿Ansí pagan los desa Gloriosa los favores rescebidos?

Salí con tan coitado semblante que mi dama no pudo tener una risilla e desto vide como mi pleito traía buen camino. Ansí que, tentándome el golondrino que en la sesera crescido me había, contesté:

—¡Ah, señora! Bien me sé que con grey femenil non hay quien reste cumplido. Sabed que, cuando me hallaba do ojalá torne a estar, pensé que no era de caballero tuno

hacer cosa tan a traición, mas luego recordé aquel romance de la fija del rey de Francia que dice ansí, encomedio dél:

Ríome del caballero
e de su gran cobardía
¡tener la niña en el campo
e catalle cortesía!

desa suerte más quiero enojo que befa o bufa. Ansí vos tendréis algún recuerdo de vuestro huésped y no fuera extraño que guardéis el senogil en algun cofrecillo de taracea, como reliquia.

Ella me tenía los ojos fixos y muy abiertos e solo acertó a dicir:

—¡A fe mía, caballero, que soís osado!

—Cosa es de mi oficio y mester —respondíle— pues que tuno pacato no es tal tuno y escolar alicorto no pasa de estudiantillo.

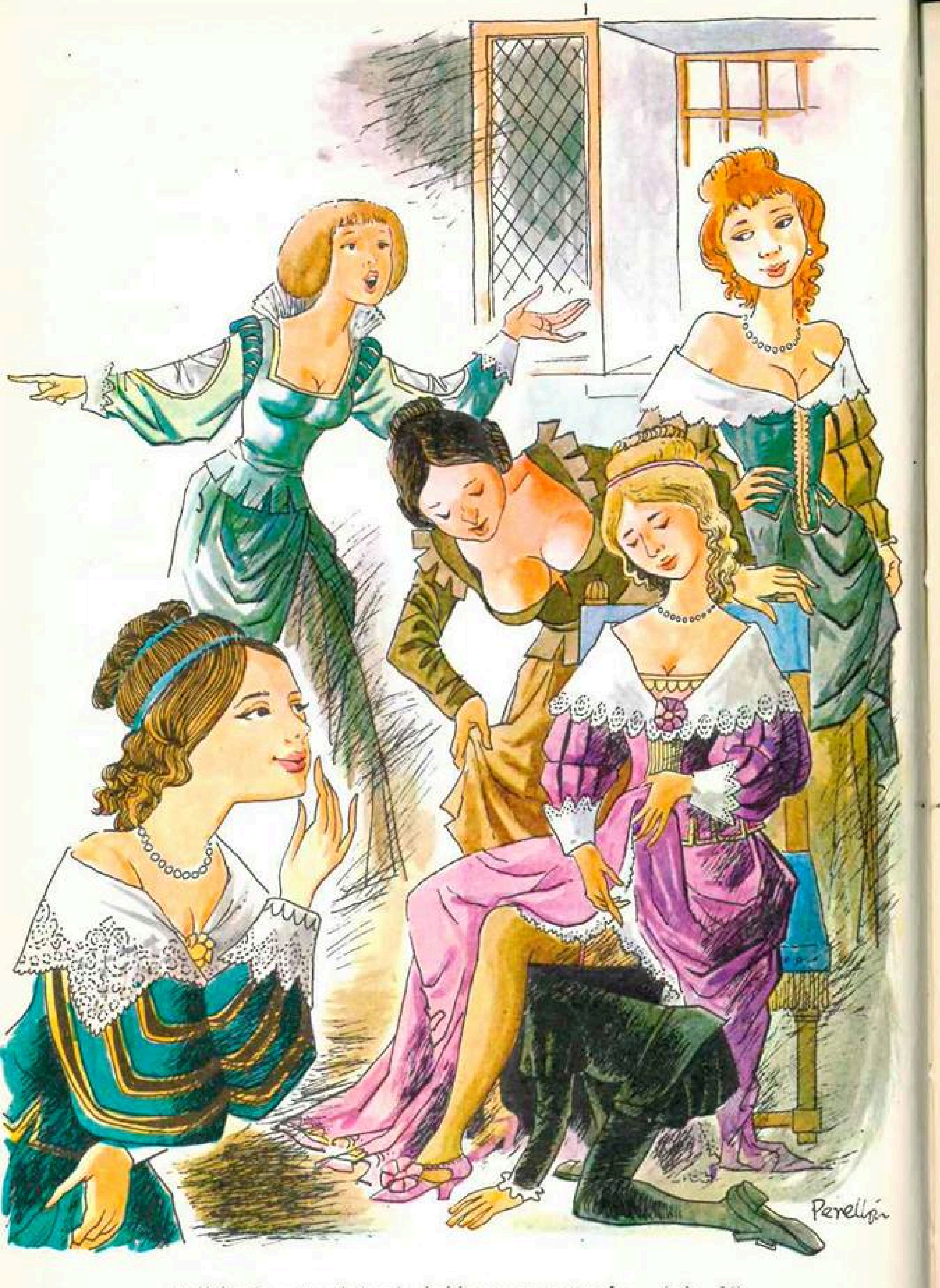
Con esto mi señora tornó a tener risilla e díxome muy gravemente:

—Cosa es, caballero, que ha de juzgarse a solas.

—Ansí lo creo —asentí con la mesma compostura—.

Agora el turno de la risa fué de las òtras damiselas que, sin más parlamento, se salieron con mucha miradilla y cuchicheo.

Luego que nos vimos solos, como yo de mi parte soy creyente, que no es necesario mucho espacio para el crescimiento del amor, púseme a contemplar a mi señora como si la estuviera queriendo desde la cuna. Ella parescióme de la mesma opinión, de manera que nos sentamos en proximidad e comenzamos el nuestro devaneo.



Y diciendo esto alzóse la halda un gran trecho... (pág. 31).

—¡Oh, señora!, bien creed que de haber sabido que os había de conocer no hubiera ido mi vida tan apartada de cátaros como hasta agora conducido la hé. Y no me respondáis si no os place, mas a fé mía que holgaría saber que arte de catarería es aquesta que cobixa las más fermosas damas de las Españas.

—Bién veo con eso que andáis apartado de cátaros —contestóme—. Háis de saber que no hay casa de ricohome, ni de Grande de España, ni burdel veneciano, ni harén del Gran Turco que esté mejor proveído de damas y de todo bastimento que las catarerías. Sabed que yo mesma, mal que me pese, no soy sino la entretenida —parescióme que en aqueste punto se le rompía un algo la voz— del Cátaro Mayor, el de los ojos de huevo duro que habréis visto en la junta, y esas damas que conmigo estaban el mesmo aprovechado oficio desempeñan.

Como vide que se le añublaban las pupilas, pensé que ya había hablado en demasía, de suerte que tomando su mano díxele ansí:

—Sabed, señora, que estoy mirando los verdes ojos y los bermexos labios, el escuro pelo y el talle airoso y, tiéneme tan embebecido la contemplación, que ha largo trecho que os oigo vuestra fabla como música del cielo mas sin saber un punto que cosa decís ni acertar, por ende, a responderos. Harto tengo con miraros, que váseme toda el alma por los ojos y la fuerza al corazón sin que me quede ánima ni fuerza para otra cosa alguna. Ansí, señora, si queredes, fabladme, mas venidos luego a mis brazos o morirè aquí mesmo afogado de vuestro amor.

Miróme ella de manera que el corazón se me subió a la boca y danzome el alma arriba y abaxo que no me podía tener. Sonrióme, que salió la aurora, e díxome:

—Amén.

Al siguiente día salíme a hurto por una puertecilla excusada, cuya llave iba en mi escarcela.

Torné no una sino muchas veces a la catarería y comencé a tomalle ley a doña Angela que bella, ya queda dicho, lo era y discreta más abundosamente, cariñosa y de ingenio. Letrada suficientemente y no muy habladora, lo que es ya la suma de las gracias femeniles.

Y con este nuevo y regalado amor cubrí los mayores dolores que el morbo me traía a los que se añadió de propina el dexar el catre a tempranísima hora para atender las liciones de Política. Y jamás dubdé que el madrugue se conjugara con los malos humores del cuerpo para abatir mi mocedad. De manera que cada mañana tomaba de cierta droga germánica que llaman aspirina para andar con alguna desenvoltura, pues poner la mano en la espada no era sino bravuconada y si se ofrescía escribir había de subir la mano diestra al pupitre con la siniestra que no me marchaba el hombro ni la texuela.

Y como dicen aquello de "A rucio costroso, tábano fermoso" comencé a ver más menudamente a doña Nieves, cosa tan contraria a mi conveniencia y sosiego, y a me enamorar sin remedio della. Muy a pesar mío, pues veíala cómo hacía grandes estragos entre sus galanes pues que, por mis cuentas, faltaban dedos de la mano para contar los mancebos a los que hizo morder el polvo, de lo que coligo que era común el gusto que yo tenía. Ella a todos daba carrete, dexaba y tomaba sedal, los desasosegaba y machacaba, de chicas mercedes y grandes desvíos, los hígados. De manera que parescía de frígida entraña. Eso contesce con todas las damas fermosas demasiadamente, que parescen frías y esto no es sino porque, vense tan acosadas de varón, si dieran un algo a cada uno que dellas solicita, quedarían sin nada que dar, de

suerte que vense forzadas a enfriar la entretela por defender su seso y entendimiento. Tan es ansí que tienen aquestas, las más de las veces, menos amores que las medianas y no digamos que las feas que, por andar a la que salta, con un poco avisadas que sean, se cargan más galanes que Circe o Charydis o Mesalina o alguna destas cachondas de que fabla la estoria.

Mas visto está que el bien que se tiene poco se precia. Como doña Angela era segura no hacía cuenta della. Como vía a doña Nieves imposible, no tenía otra cosa que mirar. Porque no pensaba que me pudiera favorescer entre de aquella turba de concertados galanes, arrogantes, valentones y engeniosos, siendo yo de flaca bolsa, nariz luenga, ojos sumidos y pequeños y sin que en mí brillara otra gracia que esta alegría que Dios, por enmendar los otros yerros que conmigo tuvo, dióme tan abundosa, tan sin tasa que nace como continua fontana en las trastiendas del alma.

Por aquel tiempo, que la tuna ha sido siempre mi último remedio, se aparexó, siendo maestre de la Gloriosa don Manuel el Suficiente, una expedición a la ciudad de Valencia. Y allí, aunque son bellas todas y cariñosas las casquivanas, no se dormía demasiadamente y se trasegaba más de lo que se comía, de no otear a doña Nieves ni catar a doña Angela, trúxeme en el cuerpo cinco libras más de carne que me llevé.

Torné de la dicha ciudad y con ello renascieron mis penas.

Salía las noches de ronda con mi tuna de mis entretelas y cada vez aguardaba el milagro de que alguna de las enventanadas a las que rondábamos fuera mi doña Nieves de mi alma. Y no vean vuesas mercedes cuando la damisela que escuchaba nuestra trova era rubia. Con la es-

curidad y el deseo, la ilusión y la fantasía, veía a mi atormentadora. De cierta noche tengo recordación que vide en una altísima ventana, so la que tañíamos, unos cabellos rubios, una alzadilla nariz, unos zarcillos redondos y brillar unas perlas, dientes, y ofusqueme de tal suerte que dexé de tañer y, echando el laúd a la espalda, comencé como gato a subir las rexas de la ventana como si Dios me llamara al alto cielo, sin hacer cuenta de las voces de mis compaños:

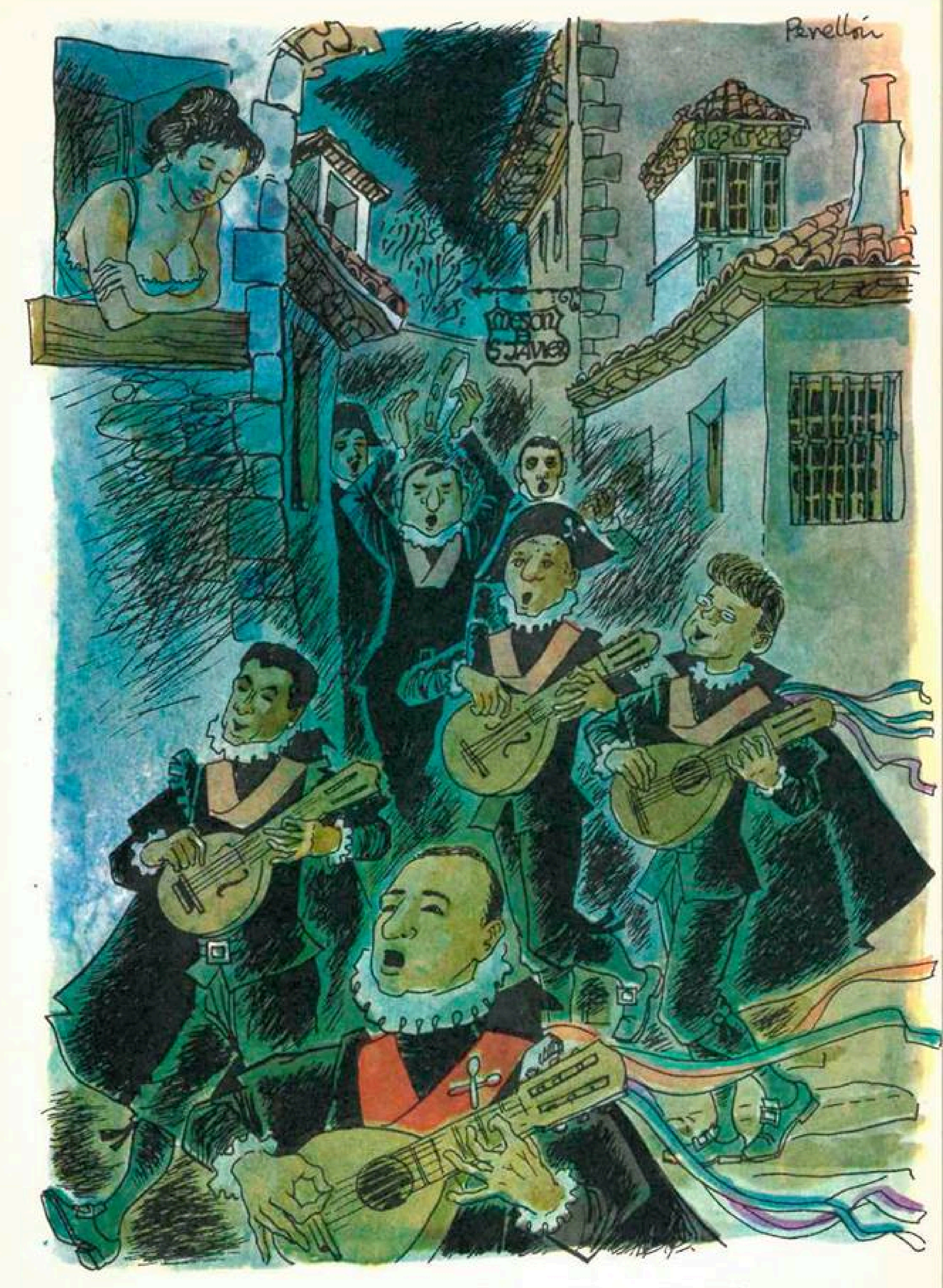
—¡Guardad, don Emilio, que os descostillaréis!

Al ver lo que arriba estaba afloxé, sin lo querer, las manos, torné por el mesmo camino que traído había si que con algo más de priesa y quiso Dios y Santa Cecilia y San Raimundo de Peñafort y la Virgen de la Peña que el cordón del laúd se enganchara en la rexa lo que detuvo un algo la caída y guardóme del tan repetido descostille.

Con todos estos contesceres iba cresciendo mi mal. Y es que demasiado flacos nos cría el Hacedor. Ansí que vemos una damisela de sonreir sosegado, lindo mirar de unos ojos claros, buen caminar, de ingeniosa palabra, limpia sangre y gentil compostura todo se torna desasosiego. Y, desotra parte, el que escribe es más flaco si cupiere. Y de rara flaqueza, pues precia cosas extrañas como es que lleven la costura de las medias, si fuere usada, derecha y que con el bermellón de los labios no se engallinen los dientes. De tal suerte que la doncella con doncellez, recato, llena de virtud, donosa, limpia de mirada, alegre, comedida, serena y mansa, como tenga alguna d'aquestas tachas, no le hará movimiento el ánima.

Y bién me sé que es algo triste que tales minucias primen sobre virtudes preheminentes, peroque ansí es la vida, que hay virtudes hartizas y prendas no sufribles.

El caso es que nadie pudo decir della que se manchara



Salía las noches de ronda con mi tuna... (pág. 37).

los dientes ni que llevara las medias folletas ¿Y qué yo hacer podía, pecador de mí? Me llegó sin remedio a las entresijos del corazón mas no se halló allí sola sino que se encontró con el morbo que había llegado antes della, lo cual se mostraba en que se me agarrotó la quixada que no y cuasi podía mascar.

Viéndome tan reciamente aquexado y cómo los físicos torcían el morro, comencé a ver también como ella, doña Nieves mesma, me hacía responsión y no me daba mala cara, lo cual me traiba perplexo ca no me vía yo más ornato que las virtudes del tuno que, con ser de gran excelsitud, no son de las que las damas cobdician en sus galanes, pues tuno es como dicir mancebo libre, andorrero, generoso de sí, trasegador y enamoriscado. Cogité, pues, que vínole el interés de mí por curiosona y esso por ser yo un algo desusado en mis cosas y atavíos. No me alzo los bigotes ni cuido de polir las guedexas, llevo la gola como a ella le cuadra, el manteo como Dios quiere, el bigornio de través, la espada puntalante y las demás cosas del mesmo tenor. Y, otrosí, la desgarrada lengua que es propia de los de mi nación. De la mesma suerte que me acaesce a mí que, cuando resto de noche en el estudio o dándole al cálamo, dexo, en el estío, el balcon abierto y cuélanse a la perdición de la candela mil suertes de bichillos volanderos e voylos mirando uno por uno con un cristal de los antojos de mi abuela que al efecto prevenido tengo. Si acaesce que entra alguno que antes no entró, es de ver con cuanta atención lo miro por saber con cuantas patas anda o cuernos carga o bocas se mantiene. Y si alguno escapa del contorno de la buxía, sígolo por todo el aposento como si en ello me fuera la vida. Aquesto y no otra cosa contesció con doña Nieves.

En aqueste brete me hallaba, oteado de doña Nieves, sospirado por doña Angela que barruntaba mi enamoramiento y cuyo amor acrescido había mi despego, cuando, magüer hubiera tunado poco en aquel ciego año con tanta tribulación, rescebí un billete del maestre de la tuna diciéndome cómo aquella Semana Santa, como se sentían algo enfriados de piedad, habían concordado en salir a correr la cucaña o volar el arte por la Europa e me lo dicían sabiendo cuán gustoso sería de con ellos ir, por mi amor al tañer, a las damiselas de lueñes tiernas, a los vinos ignotos y los payses extraños. Como ví en ello el forado para escapar de aquellas cuitas, contestéles que holgaría en con ellos ir, trovar en su compañía, correr su hado y compartir su fortuna.

Despedí mi señora doña Angela y ella, magüer quisiera estar esforzada, lloró unas lágrimas so el pañuelo, ca sospechaba mi escape y enamoramiento de doña Nieves. Afiné mi cortesía por no dalle que sufrir, mas como son infieles, catan la infidelidad, aún de espíritu y, como arguyentes, sácante lo que les place con carantoñas.

Digo que la dexé y, si que no la torné a ver, jamás la echaré a olvido. Della aprendí el ósculo a cincel y otras artes de amor cuya explicación no es deste lugar. Otrosí, vide los artilugios que las mugeres usan. Recuerdo agora una vez que nos hallábamos en ciertas consolaciones y llegué a cierto lugar e sorprendíme.

—¿Qué es aqueste artificio, señora mía, que topado hé? demandele.

Rió un poquillejo doña Angela.

—Paresce cosa mentira que vos, tan leído e sabidor, no sepáis aquesto.

E que lo dixo con burla, con lo que amosqué aunque poco.

—Señora, mi humildad me defiende dicir que algo conozco cuando no es ansí y, a trueque de pareceros ignaro, digo y repito que holgaría saber y que me sacárais desta ignorancia que tal regocijo os trae.

Púsome una mano en las guedexas e carantoñeóme.

—Ea, sosegad y no toméis sofocaciones. No es aqueso sino liguero o senogilero, que otros le dicen.

—Y ya que estáis tan adestradora ¿podíais dicirme que fin trae tal maquinación? Puede ser que haga el mesmo oficio que las ligas o senogiles, según coligo del nombre.

Dióme, como de añadidura, un osculejo.

—¡Ah, señor! buena parte o la mayor del amor que os tengo es porque sóis de dispierto entendimiento y afilado ingenio. Ese y no otro es el fin deste arte.

Aunque parescía no merecida loa, falagóme, ca todos somos flacos a la adulación y passó el enfado.

—Y, decidme, qué se ficieron de aquellos senogiles vuestros, labrados, que fué cuasi lo primero que de vos conoscí?

—Guardados son

—Pues pedir os querría...

—Dado es.

—¿No aguardáis?

—Sea lo que fuere

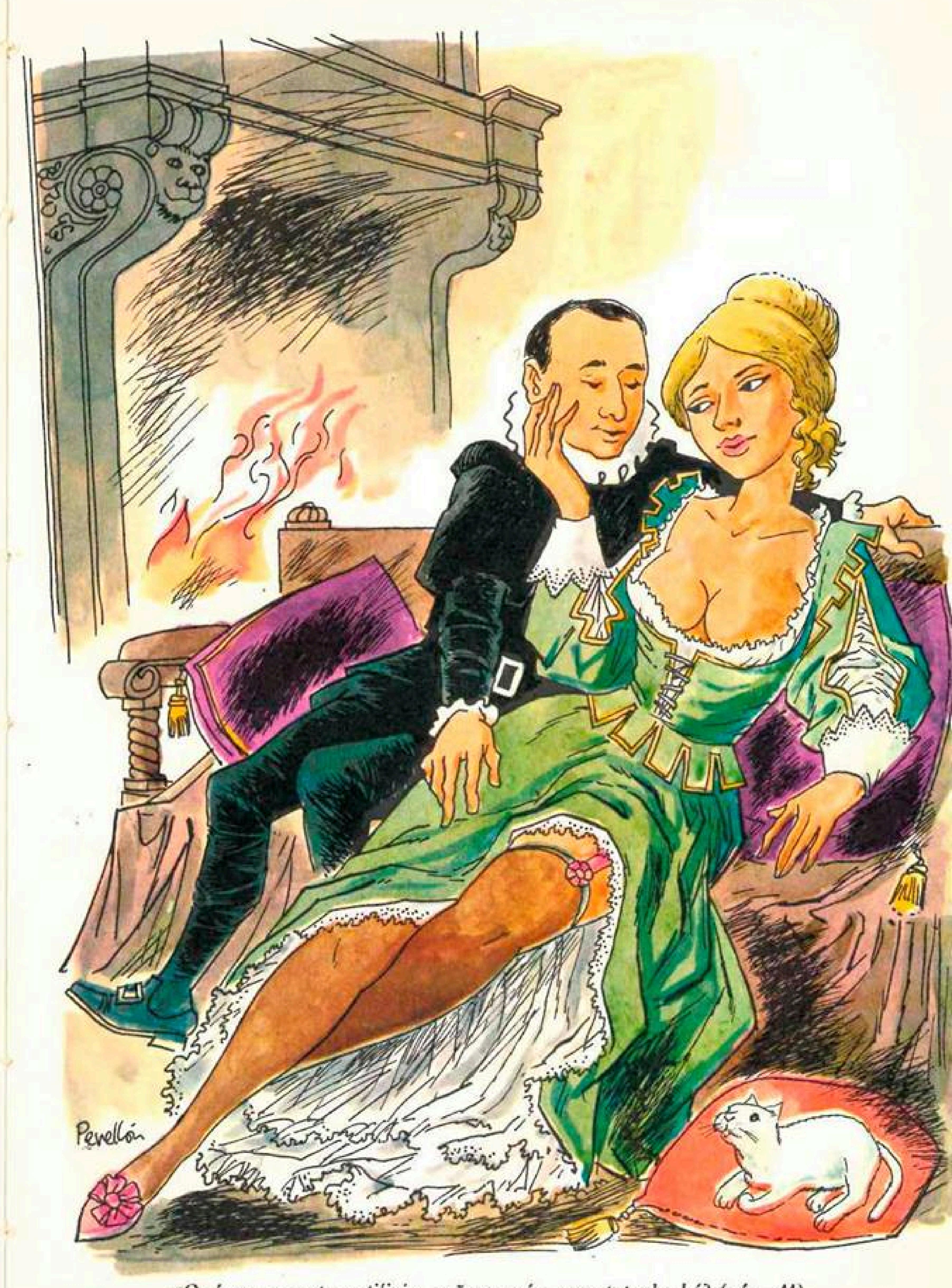
—Generosa sois.

—De vos aprendido lo hé.

—Halagado me háis.

—Cierto es.

—Ved: ya sabéis que vuestro servidor suele vestir a diario calzón y loba y, cuando va a tunar, cuera acuchillada y trusas, cuyas necesitan senogiles por más galano



¿Qué es aqueste artificio, señora mía, que topado hé? (pág. 41).

hacer. Tengo dellos, mas holgaría tener los vuestros que tanto buen recuerdo me traerían.

Dióme sus senogiles labrados y desde entonces los llevo y sírvenme para las trusas y para recordar tanto buen rato con ella passado.



Capítulo V

DE CÓMO FINALMENTE SE ARMÓ LA GLORIOSA PARA EXIR A LA EUROPA Y SE FIZO LA SALIDA

Quedó dicho que se acordó en la Gloriosa entonar aquella pascua lo de

Bebamos, cantemos, que ya ayunaremos

que dixo Juan del Enzina, alzóse el pendón en la universidad para el enganche y una madrugada de las de abril tomamos el camino de Barcelona con cartas de don Leonardo para el embaxador de Berna y la bolsa no en demasía menguada para lo que es usado en la grey tuneril.

Catados los caldos de Calatayud llegamos a Zaragoza y allí nos aguardaban los de la tuna desa universidad que siempre hubieron con nosotros mucha gentileza y se hicieron algunas devociones en unas callejas muy bien regadas a las que llaman El Cañuto do se sopla, entre otros differentes, los vinos de Cariñena que no son de los aguados

Dexamos Zaragoza y, luego de andar el camino que entre dellas hay, llegamos a Barcelona, ciudad gentil y archivo de cortesía que dixo el otro.

No había el que escribe visto aquesta ciudad e parescióle hermosa de todo punto, asaz limpia, bien concertada y muy dispuesta para el buen tunar.

Tiene un barrio o arrabal que llaman chino, magüer no se vea ni buhonero de collares, cuyo barrio es muy arreglado para elevar el espíritu y dalle exemplo pues vese allí toda miseria humana que se inventó en la tierra, desde zorras ancianas a borrachos astrosos y rufianes perdonavidas. Aquí, como en algunos holgaderos, si es que ansí se les puede dicir, de la calle de Echegaray, pensé en cómo es posible que las pellejillas que comienzan su desastrado oficio tienen valor para ello viendo do paran las que, en tiempos, tuvieron la mesma lozanía dellas y acaso mejor funcionar.

Nos rescibió el alcalde en una gran sala de severa traza si que bella que llaman salón del Tinell, so cuyos techos se trasegó, por cuenta del Concejo, un vino espumoso que en Cataluña crían de muy buen discurso galillo abajo y se nos dió por el Corregidor un viático de docientos escudos para aliviarnos el viaje.

Descansaron el cuerpo los tranquilos y los otros le sumaron cansera, hecho lo cual salimos en procura de la frontera de Francia y excuso dicir a vuesas mercedes cómo mi corazón saltaba y holgaba de pensar que, con aquel paso, iba a seguir la senda que antes de mí siguieron tanto trovador y juglar, viajeros de la alegría, que portearon trovas y endechas, romances y consejas, desafíos, escarnios, cazurrerías y toda preciada mercancía, parto del humano ingenio.

Pensaba, digo, qué buen papel nos tocaba de derramar en tierras lueñes la española música y de servir las damas y ponelles en el corazón el nombre de España.

Sentía, otrosí, el orgullo de ver a mi Gloriosa tan galana y bien compuesta, con su pendón de rica labra en oro, su hasta brilladora como diamante, y los polidos atavíos de sus miembros, sus bermexas becas y sonoros estru-

mentos, su virtud y alegría y el acordado son y fermoso de voces y de cuerdas.

Ansí pasamos Mompeller, patria de aquel Hugo de Saint-Cyr que hubo, con nuestro mesmo mester de escolar andariego y trovador, grandes glorias en España; otrosí Lyon, emporio de la seda, y llegamos a Ginebra do habíamos pensado possar la mayor parte del tiempo de nuestra algara.

Ginebra es fermosa y limpia, orillas del lago Leman, la ciudad más famosa de Helvetia. Allí van los enemigos a se ayuntar, los ricohomes a difrutar sus caudales, a salvo de justicia y defendidos de la caridad, que aquí como no ven miseria, huelgan creyendo que a nadie ofenden con su vida regalada en demasía. De manera que son tres las industrias desta ciudad, que es como dicir deste pays: el tratado, el reloj y el egoísmo.

Llegamos y estaba aguardándonos uno del Concejo de la ciudad, nos llevaron a una posada que llaman Metropol, que es de ricohomes, y nos dieron allí una ingurgitación ante cuya vista dió grandes brincos nuestra andorga, ca lo habíamos menester.



Capítulo VI

EMPIEZA EL TUNAR EN LA CIUDAD DE GINEBRA DE UN HOLGADERO QUE LLAMAN BA-TA-CLÁN Y DE SUS DANZAS SE HABLA

Llegados que fuimos, sin sosegar un punto, aquella noche mesma, comenzamos a exercer nuestro mester. Diónos el corregidor, para que viniera con nosotros, un alguacil llamado don Renato Tauss, abierto, alborotador, risueño, muy proclive a las celebraciones y tañedor de trompa. De tal manera que fizo con nos muy buena liga y es agora uno de los mejores amigos que los de la Gloriosa, entre tantos, tienen en las cinco, si es que no son más, partes del mundo.

Fuimos "primo loco" a un lugar que llaman "Möven Pick", de cerveceo, y allí, ante muy atento concurso, entonamos con gentil continente aquello de

Pues que es alegría
tan deseada cosa
si d'escolares viene
desaten los cordones de la bolsa.

Y, como ansí lo entendieron desa suerte lo complieron y allí nos consolaron la bolsa con dineros, el andorga con cervezas y con aplauso la vanidad.

De tal suerte que yo, que entré un algo vergonzoso a demandar, salí contento y terne pues que vide como era comunal la satisfacción y, otrosí, que ellos entendían nuestro mester o al menos lo imaginaban, magüer en Helvetia haga gran espacio que disparecieron los trovadores, al menos los aventureros y errátiles.

Tras desto fuimos a algunos otros lugares que no tengo en memoria, sino uno que llaman Le Perroquet que dice en lengua francesa la cotorra, do había muy buenas casquivanas con las que holgamos una gran pieza. Recuerdo agora a don Fernando, que se encascabeló de una dellas que se era toscana, dando saltejos de sátiro por todo el contentadero y ella, asaz aventajada de corambre pectoral ansí como bién nalgada, corría ante dél con grandes risas. Como ya era passado largo espacio y los clientes no eran proveídos de cariscias, por venir las damiselas con nos, comenzó a se amoscar el amo con lo que ellas nos rogaron, con el dolor de su corazón, que nos fuéramos que les iría mal de otra manera. Palmeamos, besuqueamos, nos retratamos todos juntos, y eximos de mala gana.

De allí, con unos entremeses de taberna y figón, fuimos a dar a un holgadero que llaman Ba-ta-clán que está en mitad de la ciudad, subida una cuesta y unas escaleras después. Está muy bien aparexado y, quiso nuestra suerte, como su dueña estaba en Le Perroquet y nos había oído nos acogieron con toda cortesía.

Comenzamos a tañer puestos en una pequeña escena que en uno de los lados había y, cuando llevabamos tres o cuatro trovas, en la que hacía cuatro o cinco, comenzaron los de los extremos a tañer desacordadamente y a írseles la voz por desusados caminos de manera que los demás, para encobrir el desaguisado, dimos más fuerza a

la puga y curamos de finar la trova como Dios nos dió a entender, coligiendo que algo contescía y no era sino lo siguiente.

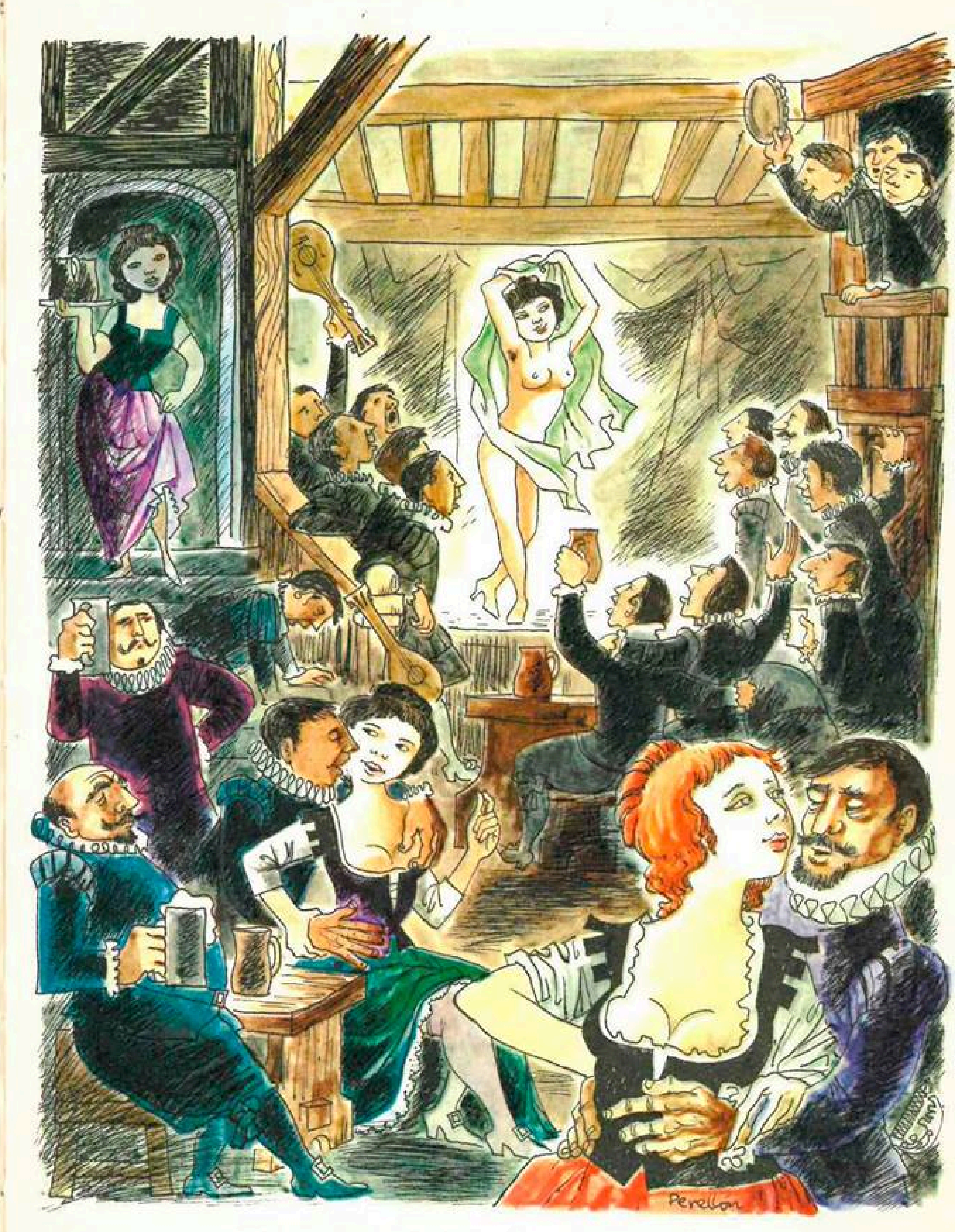
El que tenga leído al doctor Huarte de San Juan, sabrá cómo Galeno dicía a los cantores del templo de Diana que no cataran mugeres cuando estuvieran cantando, ca la sangre, al irse de la garganta a los compañones les enronquecía la voz. Pues esto y no otra cosa contescía y es que cuando nosotros entramos había unas danzaderas prestas a su oficio y lo dexaron para luego que nosotros tañeramos. Y estas tales, por oir nuestras trovas y ver nuestro atavío, se habían arracimado sobre los que tañían en los extremos y dellas sólo tengo que dicir que, con ir desnudas, no estaban frías y, con ser suizas, parescían indias en los curiosonas. Dello se vino que perdieran los nuestros el tino en el tañer y el cantar. Ansí que, como tengo dicho, dexamos el tañer y mostramos el gazofilacio de pergamino que fué abundosa la generosidad de los de allí.

Tras desto salieron las que aguardaban con gran contentamiento del concurso, si bien luego resultaron algo sosas en el meneo.

Salió luego, sola que no necesitaba a nadie, una damisela inglesa, tan alta, esbelta y de tan buena fábrica que daba pasmo, ataviada con una suerte de veste de filo de oro. Dió cuatro pasos de danza de una trova llamada "Pequeña flor" e, sin entretenerse en más cogitaciones, tiró de un cintajo y dos corchetes y restó como la parió su madre si que muy más crescida y abundosa en todo punto.

Y con la tela que le quedó encima no se labraría ni cortinilla de tuerto.

Libre, pues, de embarazos, continuó la su danza que era de las de aquí me caigo aquí me levanto o como za-



Dió cuatro pasos de danza de una trova... (pág. 50).

rabanda mansa destas que tan buenamente hacen las danzaderas moras.

Ansí se iba por el tabladillo porque los caballeros se desasosegasen, como acaescía. Y, como viese a don Armando y don Manuel que eran, de los nuestros, los más vecinos al tablado, fuése hacia ellos y comenzó a les hacer cucasmonas con su mesmo cuerpo, que parescía sierpe y ellos dos tenían los sus rostros que parescían crepúsculos, pues una color se les iba y otra se les venía.

Continuó luego y sortió con una graciosa zalema por la esquina del tabladillo. Allí fué el batir las palmas y el chocar de los cueros y se echó de ver cómo no todo es la belleza del cuerpo o llevarlo encuerado antes bién el buen danzar y la pícara gracia, pues que aquesta venció a las otras, siendo ocho contra una y llevando las mesmas cosas en los mesmos sitios.

Salimos de allí contentos y dimos luego en cierto figón cercano para tomar un bocado y allí, tras de un espacio, vino la damisela del Ba-ta-clán, a lo visto con la mesma intención y entróse un algo más adentro a otra pieza. Pasado un rato, asomé la gaita por tornar a vella y víla junto a un mostrador, soplando; no pude contener mi sangre fuíme a ella muy despaciosamente y le dí una palmada en la nalga de babor, con cuido de guardar la compostura que lo sintiese y no sonase ni desaforada fuese. Volvió la cabeza, sonriome y, de vella tan alta y tan bella, creí fuera el cielo. Como tan bien dispuesta estaba, proveí a repetir la suerte y en este punto, de unas cortinas, salió un caballero, que era el suyo, como pude ver. Y ansí quedó la cosa.

Y acabó la jornada de la Gloriosa en Ginebra y fué fructuosa, alegre y de muy buenas enseñanzas. Sobremanera recordaba el raro espectáculo, y hermoso, que hu-

biera holgado ver a los cátaros españoles lo contemplar, de una tuna llevando a un alguacil de faraute o portaestandarte.

Para acabar, aquestos pensamientos los tenía en muy mullido lecho de un mesón de ricohomes que llaman Metropol, cabe el reloj de flores.



Capítulo VII

SE OJEA LA CIUDAD E SÍGUESE EL TUNAR EN OTROS HOLGADEROS DE DIFFERENTE TRAZA Y DE CÓMO DON ARMANDO, POR DESCOMEDIDO, FIZO FLACO SERVIZIO

Amanesció el siguiente día y ya que los huesos noshabían descansado y luego que llenamos las andorgas, salimos a las calles a ver, más sosegadamente, como era la ciudad, ca la tuna lleva consigo aquesta obligación de ver lo bueno de cada sitio y lo malo, y sacar dello enseñanza.

Salimos con un mi amigo, llamado don Manuel que en Ginebra possaba y que la conoscía asaz y nos llevó al barrio viejo y a la universidad, vacía en aquellas vacaciones, y a la fábrica de tractados y paces y al mercado de recuerdos y a la catedral, que no vale gran cosa, pues es mixturada de differentes modos con poco concierto. También vimos, lo primero, un sortidor de agua que hay frente al barrio de Aguas Vivas que la tira a mas de cien varas y con tan gran fuerza que uno que fué de veedor a columbrar dentro del cañuto que la suelta, le arrancó la cabeza y la tuvo luego alzada, del mesmo modo que las pelotas que en las ferias ponen para exercitar los arcabuces, durante tres días. Al menos ansí nos lo contaron.

En estas cosas y en otras como comer y lo demás se

llego la hora de comenzar de nuevo el gozoso exercicio y nos ataviamos.

Las calles de Ginebra son tranquilas y paresce que no habrá nadie holgando, mas luego ábrese una puertecilla, se corre una cortinuela y hállase un holgadero llenito de casquivanas que es una gloria, de danzaderas que es un encanto y de gente alegre que es un primor, si que entre tantos no haya sino algun suizo perdido, ca, ya queda dicho cómo van a aquesta ciudad a dar el cuerno todos los que buscan disfrutar sin cuido, paces honrosas y poner a salvo el cuello.

Parésceme que olvidé dicir antes que la danza de encuerarse, ya despaciosamente, ya de golpe, llaman" strictim" que viene del latín "strictus" que dice como escueto, con lo que el nombre paresce ajustado de todo punto. Y esto viene a cuento de que comenzamos el tunar aquesta noche por un contentadero do se hacía la dicha danza a la manera despaciosa. Danzaba aquí una ethiope y, luego que salimos, dixo don Miguel:

—No hecho me há movimiento el ánima pues de velle la piel tan escura, siempre creí que alguna ropa le restaba de quitar.

Y como lo decía con desolada voz y rostro inocente reímos una gran pieza.

Tras de aquí entramos en un lugar, soterráneo, llamado la Taverna, aparexado a la española con rexería de fragua y encalado. Baxamos sus escaleras con el pendón al frente con que, oído que oyeron el fermoso son de Carrascosa, cessaron en sus coplas, que las tenían, y comenzaron a batir palmas. Placimos, y ellos nos placieron a nosotros pues era gente moza. Ellos sonrientes y ellas, además, de buenas carnes y ojos brillosos, con labios bermexos de la poca edad y muy bien nalgadas. Otrosí que

en el contentadero lo que las canciones, el vino y la gente dexaban sin llenar ocupábalo un fumo, entre pestilente y perfumado, que te hacía más amigo de todos y más confianzudo y borraba un algo de los rostros en la lexanía, de suerte que estabas solo y acompañado a un tiempo.

Tañimos en el centro de la pieza y la gente holgaba grandemente de manera que el amo de la taberna, en un momento nos demandó que qué merced le llevaríamos por tornar otras noches a trovar allí y le diximos como era nuestra costumbre dar luego el panderetazo, como era la tradición de los que fondaron el mester y si él buenamente quería nos diera lo que bien quisiera y, otrosí, que no podríamos seguir tañendo allí muchos días más pues éramos escolares y, acabadas las vacaciones, habríamos de volver a nuestra universidad. Y díxonos:

—A fé mía, caballeros, que guardan en vuestra patria el archivo del buen vivir y la sabia, por generosa y humilde, compostura.

Quedamos pues, asaz amigos dél, y él muy admirado de nosotros.

Terminado que hubo el tañer nos asentamos a regar el galillo con los vinos de la casa y a su costa.

Y comenzamos a nos enamorar. Yo bien poco, que tenía el corazón lleno de doña Nieves y el sentido de doña Angela, mas, de todas maneras, como soy flaco, comencé a otear a una que había con el pelo flameante y con un cuerpo que se cortaba el resuello de bien hecho, redondón vibrador y poco vestido.

E ella, por su parte empezó a notarme y a la fín de la noche me acabó notando todo lo que pesaba. Y se era menestral que ya se sabe como se embelesan con los escolares, llamábase Georgette y se siguirá llamando que contaba entonces diecisiete floridos, granados y, voto al

chápiro, sabidores. Que la recuerdo, que llame, que me escriba, que me busque, que agora tengo el corazón libre y más grande que antes, más suelta la lengua en la francesa, más agradecedor de beneficios y menos lleno de novelerías el cacumen. Que, cuando he tornado, tenté de hallarla y no pude. Y cuasi lloré.

Ligaron aquí también algunos otros que agora no recuerdo, entre dellos don Pleis el cogitador, gran rascador de sus guedexas y siempre tras de los arcanos de la filosofía.

Como tan bien nos fué, tornamos el siguiente día al mesmo sitio y ya me tenía dicho doña Jorgina que no vendría por su trabajo, de manera que ví si podía me enamoriscar de otra lo que no pude conseguir, ca era peor el mugerío que la anterior noche, ansí que finado el tunar volví al lecho del Metropol.

Y esta noche contesció con don Armando lo que sigue: encascabeló el tal de una que con otro asentada estaba y fuese para ella como el rayo y, como es muy gustoso de tragicomedias, plántóse ante dellas e dixo, con levantada voz y en el tono del que se duele de contrario hado:

—¡Voto a bríos que pechos tan fermosos ví jamas, como aquestos!

Dicha que fué la frase vido como a ambas se les mudaba la color y le miraban con espantados ojos de lo que coligió que había andado errado y acabó de afirmarse en ello cuando, la que no tenía las prendas susodichas, dixóle en pura lengua castellana:

—Asno soís que no escolar o, al menos, de aquel teneís la lengua.

Con esto quedó don Armando tan corrido que no acertó a disculpa dar ansí que volvió grupas sin más parlamento.

Es juego inocente aqueste de hablar barbaridades a sordos o extranjeros mas con mucho cuido se ha de hacer de que sean tales sordos o de que no sepan punto de nuestro idioma pues si hay alguien a quien no le es dado ofender a gente, ése es el tuno. Que el tuno anda como español, como universitario y exerce el mester que tuvo entre sus filas muy galanos caballeros, doctores en cortesanía como lo dice el desconocido y esclarecido ingenio que compuso la Razón de Amor.

Acabó la noche en diversas ingurgitaciones y acaescimientos y fuimos a la yacija para salir al día siguiente a Lausana y Berna do se nos aguardaba.



CAPÍTULO VIII

SE SALE A LAS CIUDADES DE LAUSANA Y BERNA PARA TUNALLAS

Dormimos tan regaladamente como los días atrás en aquel mesón que jamás olvidaré ni olvidaremos, con sus mullidas alfombras y sus mozas rubiales y esclarecidas y no sé si cariñosas.

Va el camino que tomamos, orilla delante del lago Leman, espejo de Ginebra y padre profundo del abundoso Ródano, y ceñido a la falda de las montañas, atravesando praderas y mirado de vacas de differentes pelajes y abundosas ubres.

En la ciudad de Lausana hay dos partes, la una en alto y la otra, que llaman Ouchy, orilla del dicho lago do se va a tomar los baños y hay una buena fila de figones y tabernas asaz bien aparexados para exercitar el mester. Plantamos el real en una gran plaza, cabe de la universidad y la catedral, de muy buena labra, y luego comenzamos a correr la cucaña. La ciudad es bella aunque disparexa y tiene buenas cervecerías en las que don Manuel, el Rixoso, dexaba grandes trozos de su vida. Y van las mozas dellas muy donosamente ataviadas con brial negro y unos delantalillos de encaje blanco con un gran lazo a las espaldas y como son, en gran parte, garboso-

nas alegran el ojo y dan sequedad al galillo con gran contento del tabernero.

Aquí, como más australes, es la gente más seria y menos abierta que en Ginebra, como luego, en otra expedición, tuvimos ocasión de comprobar.

Partimos hacia Berna, capital de la República, y llegamos a vella aferrada a unas cuestas tan pinas que desjarretarían a un montañés y que van a dar a un río que pasa la ciudad de parte a parte.

Possamos aquí en uno destos que llaman *Jugendherberge* que quiere dicir mesón de mozos. Había en él dos mozas de nuestro mesmo país, la una castellana de Valladolid y la otra parésceme que murciana. Llamábase la castellana, Blanca, de lindísimos ojos y muy tristes y brillosos. Y bella de las más partes, que le compuse una endecha que agora tengo olvidada.

Había y también una moza suiza que se llamaba Berthe y se encascabeló de uno de los nuestros, don Xavier, y lo tenía acosado sin que llegase la sangre al río por ser un algo alicorto él. Este devaneo tuvo buen fin en otra ocasión, como luego, en el curso desta estoria ocasión habrá de dicir.

Estando en aqueste mesón, escribí una carta a doña Angela para dexarla sin faltar a la cortesía y dicíale ansí, sobre poco más o menos,

"Señora, en aquesta austrosa tierra se halla el que más os ama de los hombres. Ya os dixe, cuando de vos desparti, cómo venía a ver si, con la vida tunantesca, me remitían las tercianas que vos sabéis últimamente me han tenido tan apartado de vos.

Y si no, señora, hallo la sanidad y, por contra, encuentro sepultura, encuéntreme la Parca no en cama sino con mi bigornio y mi beca y mi laúd en brazos, amortajado

con mi manteo que ansí se llevó la Desdentada a los buenos d'España y ellos sembraron con sus huesos las más distantes tierras de los mundos.

Si torno sano iré a buscaros, si no, no tendréis más noticia de mí.

Y en fin lo que os importa es saber que para vos ha de ser mi postrer sospiro y pensamiento".

Con aquesta epístola entendí que se despachaba el asunto de doña Angela arregladamente, pues, muy a pesar mío, ya doña Nieves no consentía más vecinas que ella en mi corazón.

Aquí, en Berna hubimos buen possar, aunque tranquilo con lo cual no sé si puede llamarsele bueno que no es la tranquilidad estado de mozos.

Nos rescibieron aquí los alguaciles en su cuartel y nos obsequieron con toda cortesía ¡Vieranlo cátaros! Nos regalaron un escudo de la ciudad en metal labrado que lo tiene agora en guarda don Sotohermoso.

De tunar hicimos una algara breve, guiados de alguacil que hablaba nuestra lengua, por ser la de su madre, y estuvimos en differentes lugares y el que mejor recuerdo fué uno en el que vimos las armas de Castilla y León y Aragón y Navarra y nos entramos en él. Los amos, que eran de nuestra nación, nos comenzaron a agasajar de cerveza y tentempiés a calzón quitado pero entró tanta gente a nos oir que en breve espacio ganaron lo que nos habían dado y más. Con ello holgamos, pues mester es que la generosidad tenga pronto premio, que no desmaye y estrague tan excelente virtud.

Teníamos aquí hecho el propósito de visitar la embaxada de España en la que estaba el Marqués de Valdeflores el cual, no bien supo que la Gloriosa iría, por la carta de nuestro Decano, dió en fuir y no pudimos lo

hallar, ni hacer la ingurgitación de vino español que tanto alza el ánima para el servicio de la Patria y que es costumbre de los señores embaxadores nos hacer.

Con la estada en Berna se agotó el tiempo que la vacación nos consentía y tornamos grupas para a la Patria volver con la mayor presura.

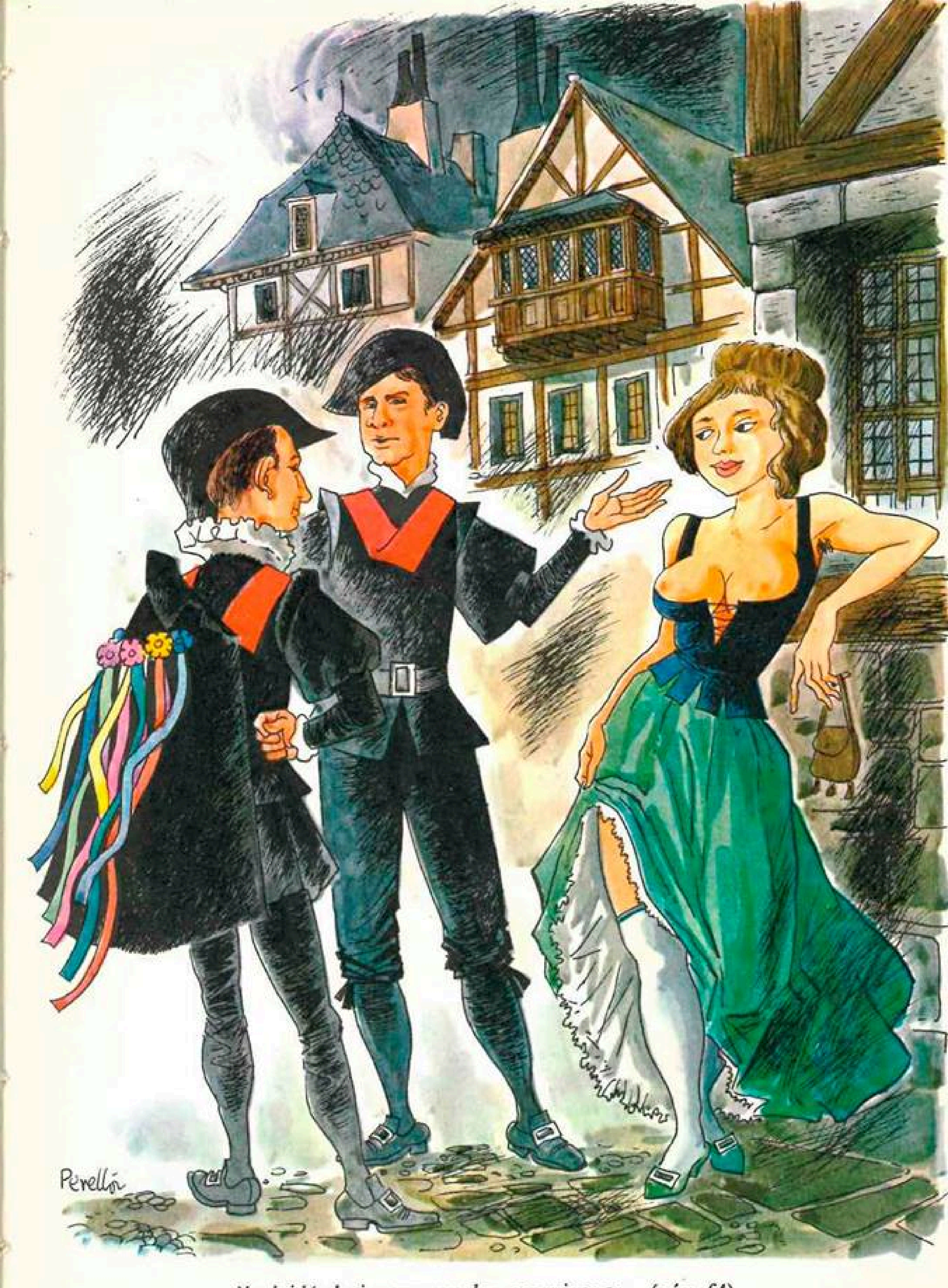
Regresamos a Ginebra por el mesmo camino, despedimos allí a los amigos que lo eran muchos, singularmente Renato, don Manuel, un De la Serna, diplomático español, etcetera.

Luego Lyon, Mompeller, Perpiñán, Barcelona, Zaragoza y Complutum, nuestra Alma Mater que nos acogió en sus brazos con el mesmo cariño que al hijo pródigo sus padres cuando éste, recordando que recordó los jamones y perniles que en su casa se masticaban, y, otrosí, habiendole dicho que su padre mataría cordero si tornaba, volvió a ellos.

Ya estaba en la universidad empezado el rebullir de los exámenes y llegamos tan a tiempo de abrir los libros y darnos al estudio, ca don Federico de Castro aguardaba las uñas aguzadas y la risilla cachondeja que fuéramos, los que estábamos so ella, a su jurisdicción.

Ví de nuevo a doña Nieves, que, mala landre me mate, estaba mas fermosa que cuando la dexé de ver. Y es que no sé si dixe al curioso y ya paciente lector, que era mi señora rubia y tenía un tabardo azul con el que, de la contrastación entre el claror del pelo y cara y la escuridad del atavío, suspendía el resuello. Y lo mismo con un tabardillo de pana verde escura.

Y es que las damas si saben elegir el atavío ganan dos o tres veces lo que son. Y desto hay algunos refranes como aquel que dicía mi abuelo de "A las negras, azul y perlas" en lo que razón tiene, y, recuerdo agora que



Y olvidé decir que son las casquivanas... (pág. 64).

dicía otro "Ni casa que haga esquina ni muger que se llame Catalina", y deste no sé qué dicir porque no hube dama dese nombre hasta agora.

Y bien, es el caso que el que escribe, de tanto mirallas, entiende de colores y labras que van bien a los vestidos de las mugeres, según sean ellas y no se le alcanza por qué, dentre los sastres de damas, hay algunillos sarasas.

Terminó el curso aquel y fuyme para mi pais a passar el estío.

Y olvidé dicir que son las casquivanas que conoscimos en Ginebra, de precio, en aquel año, cuarenta francos suizos que es como ciento y veinte escudos, o sesenta doblas o treinta doblones.



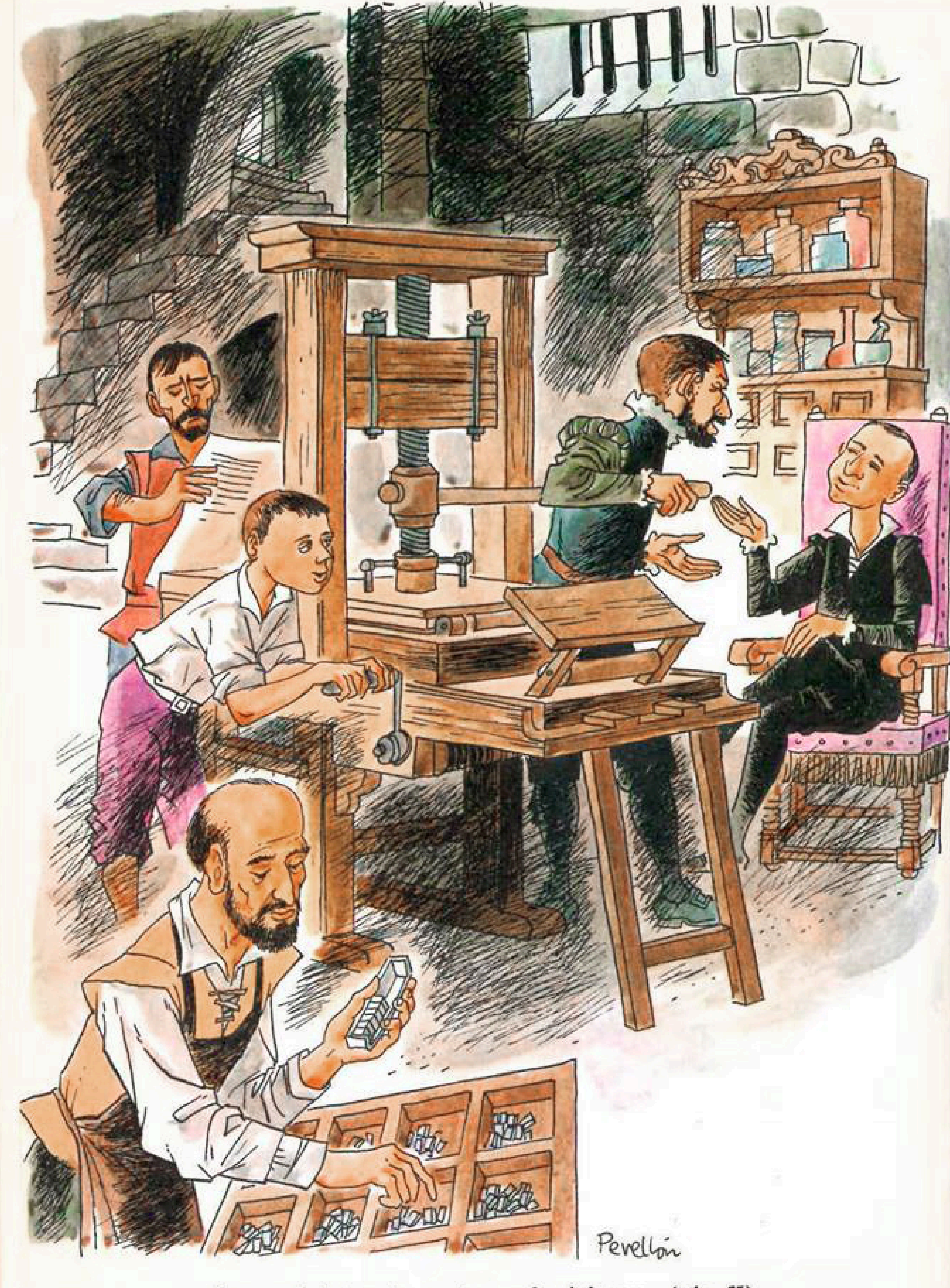
Capítulo IX

DE COMO SE PASSÓ EL ESTÍO SE HABLA BREVEMENTE

Tengo yo a orgullo el no ser hijo descastado, sino muy al contrario de los más amantes de mi tierra, que es pobre y hermosa. Como esas doncellas que, en las novelas, logran nobles casamientos, y es, por lueñe, tranquila.

Vuelvo cada año a ella con gusto y placer nuevos de la ver.

Llego a mi puebla y tomo su calle mayor y voyme de zoco en colodra echando un rato a los differentes que en ella moran. A saber, voyme primero con el impresor, que es asaz bueno en su oficio, tan excelente de todo punto. Doy en la imprenta un poco a la sinhueso, sigo luego un espacio hasta la cortina de cañuto que tapa la puerta de la barbería, asomo la gaita y digo cualquier cosa a los barberos y voy a dar cace el zapatero en una silleta de enea tan menuda que has de tener cuido no se te vaya por el sieso adelante. Veo como afila sus cuchillas Rafael, que ansí se llama el maestro, y se habla algún espacio de zorzales y de ligas para salir después a una recurva do está la primera de las tabernas que en mi pueblo completan el viacrucis de Baco, llámase su dueño David, si es hora se puede entrar que están las



Doy en la imprenta un poco a la sinhueso... **(pág. 65).**

cosas frescas, si no se sigue y topas con una tienda de herramental y cosas differentes que llaman La Concepción, con cuyos amos cacé asaz de las veces lagartos por lo que huelgo siempre en baxar a vellos un espacio, para salir después a la casa siguiente do mora un mi amigo don José Joaquín que fué además compañero en la Complutense y demando si está y venirse quiere al juego del truque o de axedrez. Y en fin ansí desta manera completo la calle parando unos días en unos y otros en otros lugares siempre saco dellos alguna enseñanza como algún refrán nuevo, o sabroso suceso o ingeniosa sentencia que recuerdo luego cuando viene bien.

Y los amigos que tengo son buenos y numerosos y de toda edad, que no se le puede pedir más a un pueblo que el tener por amigo a todo él.

Después voy al campo con mi gente y allí están mis primos todos muy buenos tañedores y cantores, sobre manera don José Luis para la guitarra. De suerte que ni en vacaciones dexamos el rondar lo que completa mi gozo.

De manera que volver a mi tierra es como tornar a un mundo feliz de do, por mis pecados, fuí desterrado y ansí, cuando paso La Puerta, que lo es de mi sierra, dexo atrás olvidado todo lo que es mi vida en la Corte sino es la tuna que va en mi tuétano y no en mi memoria. y aquí viene lo extraño: que seguí recordando a doña Nieves aquel estío. Lo cual me ponía, a las vegadas, de mal astro.

Passó el verano tan regaladamente como siempre y torné a mi universidad con un nuevo romance aprendido que dice ansí:

Tuno está tañendo
so la mi ventana
linda trova dice
suavemente canta.

¿Decidme, mi madre,
qué queréis que faga?

Tuno viene agora
sobiendo la escala
suenanme campanas
adentro del alma.

¿Decidme, mi madre,
qué queréis que faga?

¡Qué clara sonrisa
qué gola tan blanca,
qué bermexa beca
y qué escura capa!

Tuno está ya, madre,
besando mi cara,
suena en el alféizar
el son de su espada.

¿Decidme, mi madre,
qué queréis que faga?

Vedlo agora, madre,
yaciendo en mi cama
ved cómo me face
señas de que vaya.

¿Decidme, mi madre,
qué queréis que faga?

Ya el tuno es exido
con el alborada
llevose mi cinta
llevose mi alma.

¿Decidme, mi madre,
qué queréis que faga?

Me lo dixo una anciana y me paresció de los antiguos y no mal compuesto.



Capítulo X

DE CÓMO SE TORNÓ A LA UNIVERSIDAD Y ARRECIARON LAS PENAS, SE SIGUIÓ EL TUNAR Y COMENZARON CIERTAS ALGARAS POR EL ASUNTO DE LAS GUEDEXAS

Acabó la vacación con el setiembre, comenzó el estudio con octubre y arreciaron en mi corazón los vientos, en mi alma las tempestades y, en mi sangre, yendo y viniendo como Juan por su casa, el hideputa del morbo, haciéndome la santísima.

Y doña Nieves, andando cada vez con más arte, con los ojos más claros, más graciosa, peroque de nuevo despegada como correspondía pues ya dixe a vuesas mercedes que cuando comenzó a me hacer buena cara comencé yo a fuille y ella entonces, como se echaba de ver el amor que le tenía, por me dar qué roer, empezó a se amorrongar con uno de sus galanes y yo buenas penas passaba y bien poco se me notaba que sólo mi hermano, que es, además mi amigo, supo de mi mal.

Entretenía yo el tiempo empinando un algo que más de lo que acostumbraba peroque mesuradamente, que sólo soy desmesurado en el dar y en el querer, dando más a la aspirina, tunando lo que mi mal me consentía. Sin amores haber de clase alguna.

Passados los primeros meses deste curso, contescie-

ron ciertas algaras porque se supo en la universidad cómo quería ditarse una premática para que todos los escolares se rapasen las guedexas, so differentes penas. Cuanto me sorprendió aquello huelga decillo y esto porque parésceme tan grave la función de gobernar que pasma que se ocupen en semejantes niñerías. Porque, pongo por exemplo, en las bragas varoniles hay differentes modos. Unos las llevan al estilo de las femeniles, con una portañuela traslapada, otros, como el que escribe, lo llevan al antiguo estilo, de botón y portañuela larga y, por no alargar la relación, de ciertos indios dice López de Gómara que llevan lo suyo metido en unos cuellos de calabaza por mejoría, que dicen ellos, del engendrar. Pues es mi sentir que si allí se llega dando mandobles para después ditar las leyes, bueno será que se les den leyes para que no sean ladrones, ni sodomitas o cabrones, pero no fuera sangre bien derramada la que se empleara en hacerles dexar los sobredichos cañutos y tomar las bragas de uno o del otro modo.

El caso es que, como, a las vegadas, los que gobiernan quisieran gobernar hasta los secretos pedos de los súbditos no era de extrañar, después de mi conosciencia de los cátaros, que aquello quisiera llevarse a efeto.

Acudí, a más saber del asunto, a cierto mesón do me habían dicho había junta d'escolares sobre dél. Y con la nueva estaba asaz agitado el estudiantil concurso que, por ganar ligereza de lengua en el debate, soplaba, y yo con ellos, cuanto podía y aún más. De tal suerte que estaba la taberna cargada de voces, denuestos y sones de espadas y broqueles.

Alzó un don Diego Navarro, de nación vizcaíno, dió unos puñetazos, con lo que bailaron las lozas, e dixo ansí:

"Nobles caballeros de la universidad, sabidores son

cómo mi patria tiene, entre las differentes de la Monarquía, algunas muy señaladas libertades de antaños tiempos. En cuanto tengo yo las sobredichas, fágoles gracia. Una dellas son los fueros y las otras que no se pagan gabelas ni otros tributos. Engañaría mi conciencia si dixera que los tributos es justo que carguen sobre sólo partes del Reino, de tal manera que, si hubiere contienda por tales, no cuenten con que ésta —mano en el puño de la espada— brille en su defensa. De los fueros no diré lo mesmo, pero si el Rey nuestro señor mandare hacer un amejoramiento de las leyes de los differentes reinos que para todos fuere valedero, tampoco movería ni medio dedo en su contra, mas a fé de vizcaíno, que no se me alcanza qué parte puede tener en el bien común el que los escolares nos rapemos las guedexas, ni qué puede mover el ánima del Príncipe en aqueste negocio que, por su mesma condición, escapa, digo, y no concierne a la gobernacion de la patria ni a la guerra contra el turco y sus piratas.

A fé mía que en gustos es tan alto el mío como el del Rey, que no lo puso Dios para que descendiera a tales menudencias y entrara en lo que toca al albedrío de cada uno como es el llevar sobre la inteligencia el vestido y atavío que a cada uno pluguiere. Y es mi gusto llevar mis guedexas d'escolar de cuya condición estoy tan orgulloso que si no hubiera uso de las llevar, ni becas, ni bigornios ni muestra alguna de la dicha condición, llevara ante mí un paje, cuando por la calle fuera, que la publicara con alzadas voces.

En fín, caballeros, antes me han de cortar mis galas de hombre que mis guedexas d'escolar. Dicho queda."

Holgado es dicir cómo se alborotó el mesón, qué ruido de puñadas en las mesas, qué golpes de cuchillas, qué

danzar de jarros y qué son de voces y denuestos se oyó en favor de don Diego.

Aplacóse un algo la assamblea, passado un espacio, y una voz dixo en el contrario lado:

"Aguardamos qué tiene que dicir sobre desto el Cancelario de la Gloriosa y Muy Andariega al que cato en aquel confín, en demasía silencioso cuando es bien notorio ser él de muy suelta lengua".

Víme, pues, en el brete de levantarme y dixe ansí:

"Caballeros, lo que siente mi corazón dicho lo ha la lengua deste noble vizcaíno, mas ya que recabaron que algo dixera, decillo hé.

Sepan, que ya lo saben, como no es la tuna sino yuntamiento d'escolares trovadores, de suerte que, desque comenzaron los trovadores de las universidades a patear las sendas del mundo, la tuna existe y es su mester apar tado en todo punto destas disputas que a gobernaciones, dinastías, fueros y franquías miran. Ultima muestra desto la vieron vuesas mercedes en la guerra de las Comunidades en que era de nuestra Gloriosa el portaestandarte de Padilla, mientras otro de nuestra mesma Muy Andariega era capitán de arcabuceros con el Emperador. Ya saben también que el uno murió en Villalar e diéronle al otro dos fieras cuchilladas, que a poco lo mancan, en el siniestro brazo. Mas hay asuntos en los que, como hombre, es mester que, aun apartada la tuna de las dichas anteriormente disputas, todo tuno participe y es nuestro sentir no ser jurisdicción del Rey Nuestro Señor dicir cómo hemos de llevar los pelos y, si, contra derecho, diera la premática que en lenguas anda, el honrado pendón de la de Derecho saldrá a la lid y tras dél irán, los estrumentos a la espalda y en las manos espadas y broqueles, los ur-

didores de ensueños a urdir batallas con quien hubiere lugar, sea rey o roque. Cancellarius dixit".

Sonaron de nuevo los aceros en la madera, retumbaron los vítores y cumplió su viaje, de la mesa al suelo, alguna que otra jarra bailadora.

Asenté las nalgas y las alzó otro que las tenía inquietas:

"Parésceme, caballeros, que úrgenos saber quien tras dellos está, que no ha de ser sino algún esquinado enemigo de la juventud, de invidia carcomido o resentido de la capazón que le ficieron mahometanos. Sabido que lo sepamos, vayan algunos buenos espadachines y mídanle las espaldas con el cuento de las espadas y, si pelma se pusiese, denle punta, a vidas mas descansadas lo manden como son las eternales y que nadie tache a los escolares de falta de caridad."

Nasció el jaleo nuevamente y se facian mil cábalas y cogitaciones sobre lo dicho por el postrero hablador y no me paresciome que ninguno diera en el punto, ansí que torné a tomar la palabra:

"Señores, oigo acá y acullá y no veo que estén sus mercedes en el quid del asunto. Desde agora pongo al tablero mis guedexas de mi alma, las que crié con tanto amor como hubiera criado a un fijo, a que sé quién anda tras desto. Habrán vuesas mercedes visto a ciertos hombres de blando mirar, palabra suave, cuero aceitoso, ojos huidizos y manejos tiernos, dellos noventa de cada cien pertenecen a la secta de los cátaros, odiadores de toda libertad que ellos no otorguen, de la mocedad que no está so sus banderas, de todo refocilamiento que no sea oculto.

Dispensen sus señoría si no les digo cómo, pero, a quien quiera, apuesto una dobla que no ha de darse la dicha premática, cruce conmigo su mano quien quisiere que

con ello ha de sellarse la pérdida de un hermosa de las dichas".

Miráronme como a trasgo muchos de los allí presentes y no menos de cuatro pusieron una dobla sobre la mesa.

"Guarden sus mercedes —dixe— que entre caballeros estamos y nuestra palabra es peño y suficiente es ella, otrosí no tengo yo en mi escarcela fierro bastante para facer responsión a la apuesta. Sean los presentes testigos desta palabra que nos cambiamos y voyme, que he de comenzar los trabajos de Persiles para ganarles el oro y será antes de una semana.

Alzo el vaso por los que aquí se hallan, por nuestra sin igual Complutense, por la Gloriosa y Muy Andariega de Leyes, por los escolares todos que en la tierra pelean, por nuestras escuelas de Salamanca, por Bártulo y Baldo, por don Juan de Austria y don Francisco de Quevedo, por don Pelayo, doña Urraca, Rodrigo Díaz de Vivar, los reyes Fernando el Santo y el Católico, por los hermanos Pinzón, Hernan Cortés y Pizarro, por don Pelayo, Omar Benafsun, por las Siete Partidas, el Fuero Juzgo, el Libro del Consulado del Mar, la Celestina, El Buen Amor, El Quijote y quienes los parieron, por Abenguzmán, por las mozas de mesón y las danzaderas de cachondos meneos, representantas, trasechadoras, rumiascas y las otras cariñosonas, brindo, en fín, por el Santo Oficio, el Tribunal de la Rota y el Rey Nuestro Señor ¡Salutem plurimam y voyme!"

Empiné lo que de vino restaba y salí de allí como postillón, de suerte que gozaba luego recordando los pasmados visages de mis camaradas, ansí como mi magestuosa salida y brioso desplante.

Luego que me ví en la calle y andado que hube unos pasos, cogiteme algo imprudente en el riesgo de cosa

para mi tan preciada, por escasa, que no por amada, como los dineros.

Otrosí, que mi gusto de los esforzados gestos me había puesto, de caliente taberna y humosa, en destemplada calle solitaria, ansí que pensé recobrar tal bién y busqué otra taberna, lo más cerca que hallé y entréme derecho a un rincón no fuera que entrara alguno de los que en la otra estuvo e viérame allí mano sobre mano lo que desmedraría mi anterior gesto, tan esforzado.

La tabernilla era de cierta manera, destas a las que van sarasas y turrisebúrneos, gente de teatro, escolares y toda laya de transnochadores, como el que escribe.

Se llama Sésamo y está labrada en cueva, pintada, escrita y sahumada. Es de buen possar, aunque no mansa de precios, y muy reidera, pues ves allí las raras gentes y oyes los extraños concetos. Van, se dixo, turrisbúrneos, de dos en dos, o de tres en tres, a machacarse los oídos con sartales de palabras hueras que, tiénenlo a gala, nadie les entiende, ni aún ellos mesmos.

Allí comencé mis pensamientos de cómo sabría llegar a doña Angela, que era mi camino para ganar la apuesta.

Determiné ir a la siguiente mañana a rondar la catarería do contesció la aventura con los cátaros de tan buenas y malas recordaciones.

Fuime a la yacija con tal ánimo y amaneció el siguiente día que fué una pizca de lluvioso. De manera que no sabía si vestir, como pensé la anterior noche, el coleto nuevo, regalo de mi señor hermano y las calzas que me había terminado el sastre con un paño de que me fizo merced doña Angela por una sarta de piedras que yo le había mercado con los dineros que hube por cierta buena trova que compuse.

Mas pensando que había de ganar, si la apuesta ganaba más de lo que aquello valía, vestí mi coleto negro, crucé la cadena de oro sobre la beca bermexa, calcé las trusas, me engorgueré y ensombreré de bigornio, tomé mi media espada y salíme a la calle tapando con la capa tanta gala. Otrosí un trozo de paño viejo que puse en el cinto, por detrás, para limpiar de barro los borceguís en llegando que llegara a la su casa.

Ansí, con aquestas prevenciones, salí a la calle coidando entortar los menos charcos que pudiera.

Llegué a la casa y comencé a otealla por si vía algún corrimento de cortinas o señal de pañuelo, que es maravilla ver qué listas andan las damas en divisar galanes desde sus ventanas, magüer parezca que es la casa disierta e las ventanas cegadas. Como no viera cosa alguna, fuime a la puertecilla excusada por do me entraba a la inspección de doña Angela y ví de encontrar la llave que allí solían poner a los galanes y, no hallándola, dí, con el puño del espada, algunos golpes de cierta manera que era el postrero sésamo de aquella morada y puse en la puerta la oreja por si algo se agitaba dentro.

Y agitóse con lo que saqué el guiñapo, limpié los borceguíes y lancelo luego en mitad de la calle.

Salió a abrir doña Ana, asomando un solo ojo, el siniestro, por el embozo.

—¡Ah, vos!

Miróme como si viera a un aparecido y, no se me alcanza por qué, vió en aquel momento el trapo y como las damas tienen tan desusados resultares, preguntó:

—Y aquello, señor, ¿qué es?

—Gato muerto es, señora, que en cualquier lugar los tiran

—Bien, pasad agora.

Con esto cogité que, de no haber sabido yo lo que aquello era, no hubiera passado la puerta.

Cerró doña Ana y nos hallamos en el zaguancillo de tres o cuatro del que subía la escalera.

—Bién ¿y doña Angela?

—Ah... doña Angela... Creí que sabríais que se fué a Lombardía.

—¿Qué decís, a Lombardía?

—Digo y es —contestó doña Ana— que vos las dexáteis sin más dicir. Que érais caballero antes della despartir, tan a lo villano.

—Vamos, señora, arriba que hemos de fablar más prolixamente— díxele yo, dada ya al olvido la razón de mi venida allí— que asaz penado estoy para que me pongáis más grilletes.

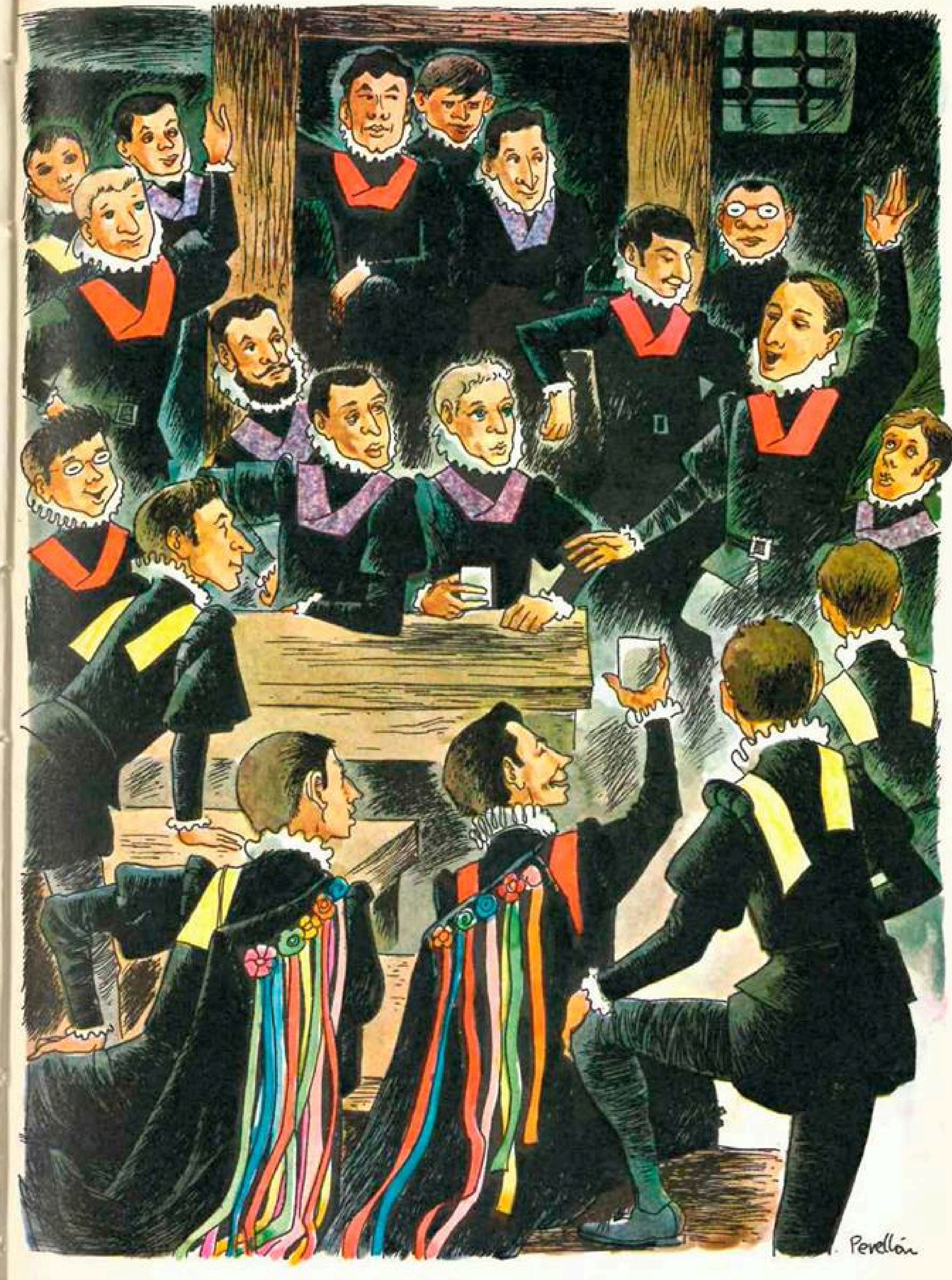
Consintió entre rezongos y subimos la escalera hasta una pieza que había junto a la en que yo trabé mi conocencia con doña Angela.

Allí nos asentamos e quedó ella frente a mí, boca cerrada e insolente el ademán.

—Y bien ¿de doña Angela? —demandé.

—Que no sé, señor mío, como osáis ni tan siquiera su nombre dicir. No tienen corazón los hombres bien se vé. Os amaba, sí, la mentecata, y vos sirviendo las damas de la Europa con esa vuestra tropilla de tunantes que Dios llevará a rondar a Pedro Botero o yo me llamo Melisenda.

—Señora, señora, tate, que me desgarráis el alma. Mirad que es asaz llano dicir lo que vos. Cosas me podíes dicir mas no esa. Vos, señora, sabéis bien cuanta fineza guardé a doña Angela y, a veces, fidelidad por añadidura. Mas, señora mía, considerad como el albedrío queda sujeto, préndido el entendimiento, vacilador el raciocinio, sin norte el ánima, sin sosiego el pensamiento, la fantasía sin



Vime, pues, en el brete de levantarme y dixe ansí... (pág. 73).

reposo, la alegría sin principio, sin término la tristeza y, en fin, todo lo que contesce cuando alguien os encanta el corazón y os lo encadena en su servicio. En esas me ví, de manera que, por no dalle penas a doña Angela que le pudiera evitar, fuíme con mis compañeros de la Gloriosa a tunar las Europas. Otrosí que tronado me han las tercianas tan fuerte que abaxada tienen mi soberbia y quitado me han el bién que anhelaba más cuya pérdida me secó el ánima, enfriado me ha la sangre y tornado agrio, desnudo de alegría y encuerado de ilusiones. Ved y dello colegid si estaba en mí otra cosa facer...

Y en estas me escurrió una lágrima a la gola, que no la pude tener en su vaso, magüer verguenza me deffendiese derramalla, lo cual me entorpeció la lengua y no dixe palabra más, peroque con ello convenciose doña Ana de mis razones y me puso una mano en el brazo.

—Ea, caballero, sosegad, tened las penas, aguardad un breve instante, que os traeré un chico consuelo.

Levantose y fuese a un bargueño de que vino con vino y diómelo a beber.

—Bien cuidan aquestos hideputas de cátaros su bodega, a fé mía —díxeme a mi mesmo e díxele luego a ella— decid pues ¿qué contesció con doña Angela y siguen aquí los cátaros?

—Doña Angela, os dixe, magüer os amase, viose en el trance de no más resestir al Cátaro Mayor por lo que pensó lo dexar y, puesta en tal brete, cogitó que iría mejor con cierto toscano, marqués, que la vido en misa y della se prendó, ansí que con gran secreto tomó el camino y fuése— dexó de hablar un momento y sonriose—. Ríome de recordar qué extremos fizo el Cátaro Mayor cuando tornó e vido que doña Angela era ida "¡Ah, pobre desdi-

chada, como te cegó Satán para cambiar el conocido bien por la segura desgracia! ¡Tantos años de fidelidad en un breve minuto por tierra derribados!" Y dese tenor un valiente rato, tan sin tino y tan sin tiento que doña Galana se vió en el brete de consolallo y, como ya sabéis es un poquillo espesa, no se le ocurrió sino dicir:

"¡Ah, señor, no toméis tanta pesadumbre. Ca no los era tan fiel, sabed que, últimamente, os ponia muy buenos cuernos con cierto escolar que conosció no sé donde."

—Viérades a don Froilán salidos los ojos como rano, más verde que las ovas, más amarillo que la cera y más blanco que la pared y luego como un crepúsculo o una aurora.

Reimos una pieza, olvidada ya mi congoxa, doña Ana y yo, le conté cómo algunas veces, hallándolos en consolaciones, por más holgar, poníamos mi beca al Cátaro Mayor en un retrato que regaló él a doña Angela y que puesto tenía en sus aposento.

—Ansí, señora, ¿háisme dicho de los cátaros? —demandé finalmente.

—Exieron desta casa, sino es mi mantenedor y el Cátaro Mayor anda en cosolaciones con una representanta que llaman la Zanguanga que, vos sabréis mejor que yo, anda en corral o teatro.

—Y, señora —dixe con un punto de ofendido—, ¿Por qué he de saber yo de tal Zanguanga o como se llame?

—Vamos, vamos, don Fulano, que bien nos conoscemos, que sabéis más de representantas que leyes y dicho me han que, veces hay, os guardan en ciertos teatros paracomenzar.

Parescíome peor siguir e díxele:

—Bien no debatamos tales extremos, que a nada conduce, pero sabed que cambiaron mis tiempos.

Sin entrar en prolixidades, diré que salí de allí y fuime retamente al teatro do la Zanguanga mostraba lo que sabía.



Capítulo XI

SE SIGUE Y DA FIN AL SUCESO DE LAS GUEDEXAS CON ALGUNILLA OTRA COSA DE POCA MONTA

Y era cierto que conoscía yo a la Zanguanga porque me paresció dina de la conoscer ca, sin ser rica por su casa ni marido tener, ni otra cosa alguna ni demasiada belleza, iba mejor alhajada que muchas duqesas, de lo que se venía que había de tener muy buenos modos en cierto arte que tiene devotos muchos desde la creación delmundo.

Fuí, pues, a vella en la confianza que me ayudaría. Llegué una pizca antes de acabar el entremés y aguardé que entrara. Cuando me vido fizo grandes extremos.

—Ah, vos ¡dichosos los ojos! ¿Qué os traéis por aquí?

—Veros lo primero y lo segundo demandaros cierto favor que, pues que habéis arte, poco os ha de costar.

Sonriose como avisada.

—Dello coligo, señor mío, que es lo primero lo segundo y lo segundo lo primero. Que es casualidad que lleve con aquesta pieza y entremés más de un mes y agora se os ocurra venir a verme.

—Graves ocupaciones me detuvieron.

—No me las contéis— dixo con gracioso ademán— y pedid.

Le hice breve relación de lo que contescía con las guedexas y me oyó con cariñosa disposición. Acabé y pensó un espacio.

—¡Aguardad que pronto acabarán vuestras cuitas. En breve ha de llegar cierta persona que será su panacea.

Consumimos el espacio en differentes conversaciones y risas y, en aquesto estando, tocaron en la puerta y dió doña Generosa licencia para que passaran. Que no la diese, que quedé más tieso que un pífano al ver entrar al Cátaro Mayor en persona que, lo primero, echó una mirada rixosa de sus ahuevados ojos a doña Generosa y otra a mí, sospechosa, y después besó la mano della y quedó frente a mí, aunque, difícil cosa, mirándome de través.

Acudió entonces, doña Generosa la Zanguanga, en mi ayuda.

—Ved, don Froilán, aqueste es Francesillo, juglar francés que agora quiere venir a mi compañía.

Saludó el Cátaro Mayor y rascó su pescuezo. Y que me miraba las guedexas, lo que notó doña Generosa.

—Hase tenido que dexar esas ascorosas guedexas para el papel de un escolar en cierta pieza de enredo que estuvo haciendo.

Esto causó interés al cátaro.

—¿Cómo, no os placen las guedexas estudiantiles?

—¿Placerme decís? Sabed que con gustarme la mocedad universitaria tanto, por tantos méritos como tienen, sólo esas pringosas guedexas me tienen della muy alexada y me tendrán. Y más: si dieran ya en se las rapar ganarían mucho en mi estima.

Con la nueva restó el cátaro apalominado y, luego que tornó en sí, despidió muy atropelladamente y se fué, como el que lleva el diablo. Guiñó el ojo doña Generosa y reimos un valiente rato.

Despedí yo luego y quedamos en celebrar el cuasi seguro éxito gastando lo que se ganara con la apuesta.

Y no se dió la premática, gané yo mi apuesta, la gastamos doña Generosa y yo. Mancorné segunda vez al excelentísimo don Froilán, Cátaro mayor del Reino.

Quedó ansí aquesto pero, mal que nos pese, otra vez tendremos menos suerte y nos raparán las guedexas, pues no cessan los enemigos de la mocedad en contra ella conspirar, que no la sufren ni la aguantan ni pueden resestilla. Pero Dios es grande y día ha de llegar en que se torne la rueda de la Fortuna. Ansí sea.

Y si aquí se acalló aquesta conspiración de los cátaros, bien sé que aguardan en sus espeluncas nueva ocasión de lanzar el dardo enherbolado de su podrida invidia contra la moza gente.

Seguro estoy que andan agora cavilando nuevos agravios a la libertad gozosa, al limpio holgar, a la insolencia sin malicia del cándido escolar. Cogitando de qué modo le han de hacer la santísima y cómo meterían en cada aposento de los colegios y casas de estudiantes un veedor que pescudara sus risas, sueños, estudios, holgares y cuitas. Para que les prohibiera los primeros y les aumentara las últimas con admoniciones. Recordándoles las postrimerías y, si licencia hubieren, dándoles algún palitrocazo de cuando en vez.

Con aquestos sucesos se consumió el curso y llegaron las vacaciones del estío y en ellas ya me derribó la enfermedad al extremo de que hube de la confesar a mi gente. El físico me mandó hacer una sangría, me miraron la sangre con un anteojo y hallaron que la tenía negra y como pútrida del morbo, con lo que me pusieron una carita muy fea que me dió que pensar.

Capítulo XII

DEL TRANCURSO QUE HUBO EL MÁS PERRO VERANO DE MI VIDA Y EL PEOR CURSO DELLA

Volví, pues, a mi tierra a passar mis penas entre mi gente y pueblo y digo que fué aquel verano el más perro que en mi vida hube si que, como siempre ocurre, no fuera todo malo.

Entré en las danzas de la muerte en cuyas se alegran los danzantes con sofocaciones, ahogos, angustias, fiebres y zaratutes. Y, en lugar de vino, pócimas y elixires.

Y como si la muerte había de venir, sandio era adelantar su venida con tristuras, curé de no dalle de que regocijarse, ni vanagloria haber. Ansí, magüer tener agarrotados la mayor parte de los gonces del cuerpo y aun el corazón, lo que no es maravilla visto que es la parte mayor de mí ca en él afincan sus reales mi gente, mis paisanos y tierra, mis amigos, la Complutense con todas sus facultades y la Gloriosa y Muy Andariega con todos sus miembros llanos, primicerios, Madrinas ,Maestres, Cancelarios, caramillos, becas y pendón, no dexé de levantarme ni un solo día que no me hallara la Parca en cama para mi deshonra.

Tampoco abandoné el rondar, que el tañer nocherniego es tan gran parte de mi vida que, dexándolo, hubiera

dexado la mayor parte della. Sobíanme mis primos y amigos a un rucio y marchábamos los caminos del valle de Gutamarta, palenque de galanteos estivales, a tañer so las ventanas de las damiselas. Y era bien fermoso: aquellas idas y venidas en el asno, guitarras y laúdes al hombro, bota en bandolera, luna en cielo, bromas en la boca y alegría en alma. De tal manera que seguí, mal que pesara al morbo, yéndome al catre después de que las Tres Marías, esas estrellitas del cuasi amanecer, salieran de su escura caxa. Ansí parésceme que son, dentre todas, ellas las que fadaron mi vida.

A las vegadas, restaba solo, que ansí yo lo quería por no empecer el holgar de los demás, con mis dolores que eran de differentes clases para que no dellos me aburriese. Y me empleaba en burlas dellos. A unos que tenía a modo de feridas de saeta y espaciados les avisaba cuando habían de venir diciendo:

—¡Agora! ¡Aaaagora!

De las veces, algunas asentaba la dolorida nalga en algun sitio y empezaba, si solo estaba, a lamentar con muy alzadas voces mi mal:

—¡Nadie vido galán en mi fermosa edad y tan cuitado! ¡De penas combatido, de amor desamparado, de consuelos partido, d'esperanza dexado, sin norte, malastrado, de morbo carcomido!

Y cosas dese tenor que se leen en novelas o en teatros se oyen con lo cual holgaba tanto que comenzaba a reir pero que muy comedidamente pues si reía sin tasa dolíanme todas las coyunturas.

Muchos ratos empleaba en pensar en ella: ¿Do se hallará. Qué fará. Estará cantando. Mirará al río. Tendrá de mi memoria?

Y luego imaginaba con sentir en la cara la brisa su

perfumado viento, en los juncos veía su talle y el color de sus ojos y en los trigos su pelo y tantos otros desatinos que los enamorados hicieron y harán y que si llevados a efeto son de gran terneza, son escritos asaz sandios.

En aquestas passó el estío y torné a la universidad y me hice matricular para que si cessase la enfermedad tuviera ocasión de algo hacer y asistir a las liciones.

No me llegó la sanidad, mas tambien fué yéndose la enfermedad y, parésceme, porque la muerte española es, como todo lo español, muy afetada del ridículo de tal manera que como yo no le hacía sustos ni se me daba una higa que fuera o viniera no pudo resestir más, ella, tan grave, que le truxera tanta burla a sus acólitos y escuderos y determinó se retirar antes que las cosas pararan peor y la muriese yo a ella.

Tuve también la buena fortuna de que vinieran mis amigos a seguir sus estudios aquí y hacíamos muy buenos cónclaves de vinos y mixtelas con músicas y teatros de gran risa.

Acabando ya el curso, estudié algunos ratos por ver si me descargaba de algunas liciones para setiembre y logré algo.



Capítulo XIII

DE COMO RECEBÍ UN BILLETE DE DOÑA NIEVES LO QUE ME DEXÓ TAN PASMADO COMO A LOS APÓSTOLES LA DEL ESPÍRITU SANTO VENIDA

En aquel tiempo dixe yo a mis amigos:

—Paresce mentira que un amor sin fondo y sin altura pueda perderse sin rastro dexar en sitio alguno.

Y aquella mesma noche vino, trascachado en un libro, un billete de doña Nieves. Como lo digo a sus mercedes.

No mayor fué el pasmo de los Apóstoles cuando sobre dellos baxaron las lenguas de fuego en el Cenáculo. Y era breve el billete pero mejor para mí que un tractado. Copió mi señora una de las lindas jaryas que en tiempos se cantaron en el Andalucía, aquella que dice ansí:

Vayse mio corasón de mibi
¿ya, rab, si se me tornarad?
tan mal mío doler l-i-lhabibi
¿enfermo yed, cuand sanarad?

Que puesto en lengua castellana dice:

Vase mi corazón de mí
ay, señor, si se me volverá
tan grande es mi dolor por mi amigo
enfermo está ¿cuand sanará?

No les digo nada sino que alegría hube, medité algunos días y le hice una epístola desta o parescida manera:

"Señora, reina deste coitado, si algo pequé, señora, digo, emperatriz deste pesaroso, no fué nunca de cortedad de lengua o de pluma perezosa.

Palabras nuevas querría en la lengua tener y en el labio cincelar para deciros cuanto holgó mi derribado corazón con vuestra breve carta de tan polido verso y delicada explicación que, con solas cuasi dos palabras, tornado le haís la vida que en amaros perdió.

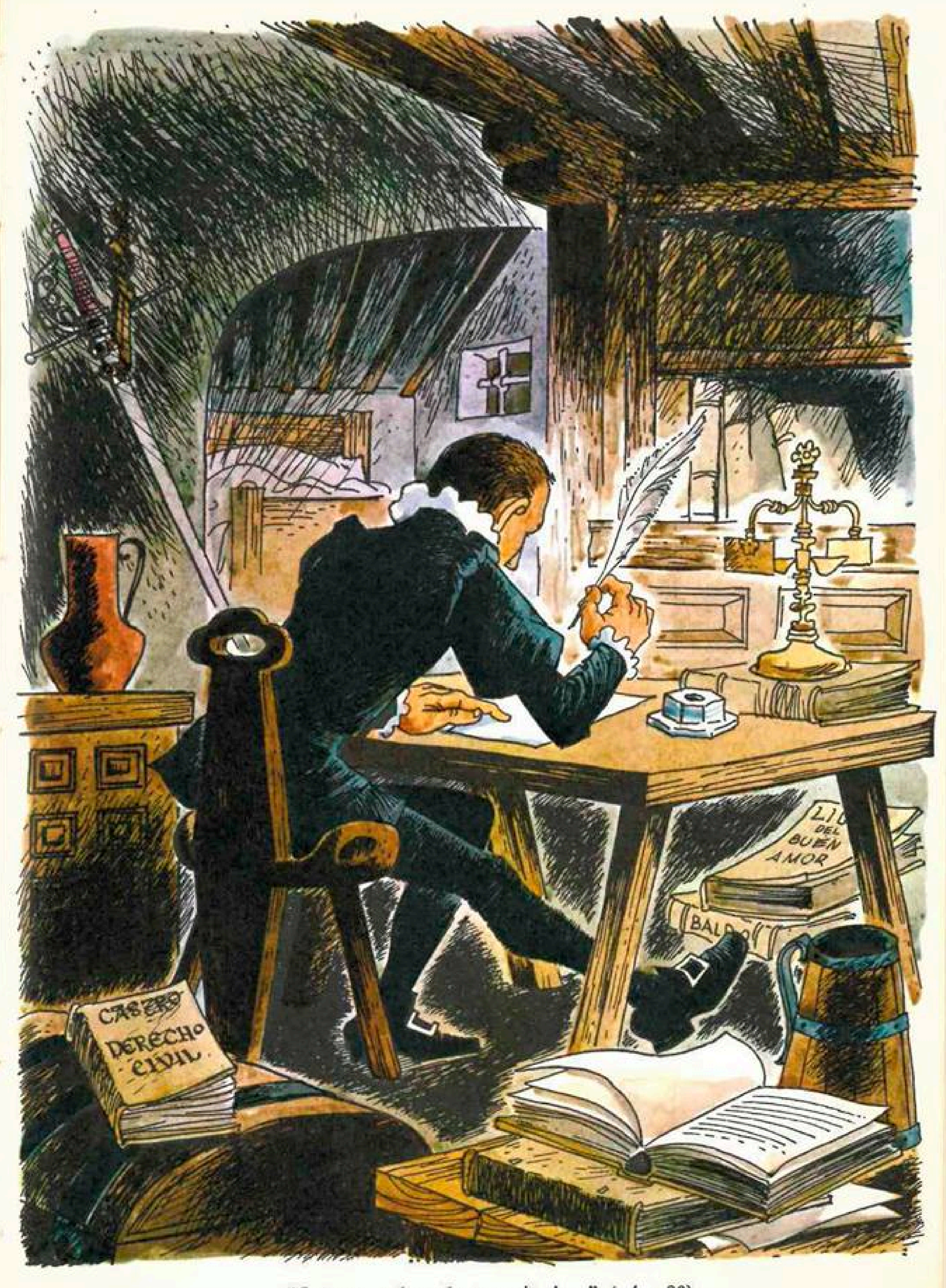
Digoos, que ansí lo creo, que no sé qué méritos puedan deffenderme en vuestra estimación, mas no sería sino necedad andarme en cogitaciones. Si vos me amáis, Dios sea loado y no passemos a más.

Mas ved, señora mía, fontana de gracias, que sólo en veros andar gloria hay, no sea que estéis ofuscada de piedad de tan abatido verme destas tercianas.

Suficiente es que yo cargue con las desazones, los dolores y las penas y no que se opriman vuestros hombros, los vuestros fermosos hombros, con pesos ajenos, aunque míos sean.

Mirad lo que os digo a solas con vos mesma y si véis que queda en vos más lástima que otra cosa, dad la callada por respuesta y no contestéis cosa alguna, que ya inventaré que se perdió la carta o que erró el correo el camino o alguna destas figuraciones que la imaginación urde para guarir las feridas del alma. Otrosí porque serían peor a mi malaventura cancamusas.

Yo, señora de mis entretelas, tomaré la senda echando risas a las penas y espantando hipocondrías con burlas que es como hasta agora corrió mi vida. Y quizá quiera Dios que nos encontremos en la otra, en cuya vida me buscaréis, si en la gloria, en la parte do brille el sol



"Señora, reina deste coitado..." (pág. 90).

y venga luego la nieve y se alcen los montes y coronen su frente de nubes, la corran ríos frescos y la vuelen perdices, do veáis una guitarra, una beca bermexa de pendón y un breve exército de corambre y, en fin, señora mía, escrito vuestro nombre con dagas en los troncos, con sospiros en el aire, en mi corazón con fuego. Si, ca soy pecador, hubiérais de buscarme en la Gran Fogarrina, háislo de hacer do la lumbre sea de carrasca o de oliva, buena para morcillas asar o torreznos y para ver en el color del ascua vuestros labios y en el brillo de la llama el de vuestros ojos, luceros.

En fín queda sólo vos gradescer que hayáis, por una u otra causa, puesto vuestro ojos en mí y besar vuestras manos. Otrosí ofresceros cuanto soy y seré, tenga y pueda y etcétera que todo lo volcará en vuestro servicio el preso de vuestro encantamento."

Puse la carta en la posta que la llevaran a su pueblo que es do ello estaba en los estíos y no me truxo el postillón respuesta ni razón alguna.

Y en lugar de escribir nuevamente pues bién pudiera que lo que en la carta dicía hubiera acaescido, a saber que se hubiera extraviado la carta, ca hay en el Andalucía no menos de tres pueblos y ciudades con el mesmo o parescido nombre, díme a las devociones en las ermitas del trago cuando aún no tenía peladas las tercianas y a escribir y componer endechas en todo tiempo de manera que, de no venir el remedio, que fueron mis amigos de la Gloriosa, hubiera vuelto a lo que dexé. Y fué que, noticiosos de que me andaba afogado de penas, atronando el aposento con desaforadas voces y denuestos, dando alguna que otra calabazada, con mucho tiento, en los muros y estragando la salud, asaz tierna todavía, entraron en mi casa en el momento en que, salidas la nuez y la quixada

y sumidos los ojos, estaba en el primer cuarteto de un soneto de lamentaciones.

Destaparon un frascuelo de aguardiente carrasqueño y diéronme un gran trago, sacaron mis atavíos del baúl, en ellos me entraron, pusiéronme la beca, me colgaron el laúd y, como ellos ya venían vestidos, me sacaron a la calle y me llevaron de ronda.

Y no diré más a vuesas mercedes sino que pondré aquí el soneto como luego se acabó y en él verán el antes y el después:

SONETO AL PERDIDO AMOR

Rigorosa conmigo sois, señora
olvidado me habéis sin culpa mía,
tenéis para dañarme la franquía
para mostrarme amor no halláis la hora.

Es tan grande mi amor, tan alto aflora
que en desolada altura desafía
al Yelmo de Sigura, roca fría,
y en aguas que destila cuando llora

a las nubes que su cumbre rodean
y que a las verdes tierras aledañas
en clara linfa mojan cuando mean.

Vuestro grave desprecio me sosaña
mas, ansí que mis ojos no vos vean,
todo se me dará un de pito caña.

Deste soneto, viéndolo después, colegí cuanta parte en el sufrimiento tiene el deseo del sufridor que busca en ello disculpa para no trabaxar o se distraer, facer denuestos o lograr de los demás lástimas o mercedes.

De todas suertes no me avergüenza dicir a todo el que

leyere que, magüer no llegara ni a le tañer una mano, es la que mas amé y Dios quiera que no lo siga siendo hasta el fin de mis días. Y cuando la he vuelto a ver, báteme el corazón, siento como si me tiraran con búzanos y bombardas en los pechos y múdaseme el ánima de rincón a rincón en el cuerpo.

Y eso que, de cinco veces, seis iba con guardainfante y, sabido es, la más fermosa dama en tal estado mueve a risa andando patiafuera, con la delantera carga.

También es verdad que hay algunos destos timbales tan apepinadillos y extraños que bien merescían llevar la firma del autor. Magüer truxese aquesto las contiendas que vuesas mercedes pueden imaginar.

Y, cuando nos encontramos, passa ella tiesa de desdén, insolente de gesto y endurescido el mirar. Parésceme que, al verme, si es que me ve, dice para sí: "Vé, muchacha, la pieza de mancebo a que miraste. Apalominada mocedad hubiste, hija".

Pues no son las damas misericordiosas para los caídos y no se duelen de perdidos amores. Van a lo suyo y ansí les va de bien.

Y se me ocurre agora pensar que en tener tales y cuales tachas vése qué buen invento es la muger mirando que son el encanto del ojo, la luz del corazón, la alegría del ánima.

Porque sigo yo la dotrina que aprendí del licenciado Juan de Benatae, de desastrado fín. Dicía dicho ingenio que había aprendido de su maestro el Doctor Antón de Porcuna que la muger no es criatura sino invención, si que divina. Porque dicía Marcio Emiliano, discípulo que fue de Camelides, filósofo griego, que sólo son criaturas aquellas hechas por Dios porque ansí lo tenía pensado, es dicir lo creado en los siete días y el hombre y que



Eramos, otrosí, el encanto del casquivaneo de aquéllos pagos... (pág. 99).

son invenciones lo que después se hizo, para servir al hombre, de otras cosas ya creadas.

Es el caso que el Hacedor puso al hombre solo y luego que vido que tan tranquilo estaba que tornando se iba tonto, descostilló a Adán y sacó a la muger que, desde entonces acá, tan buen juego dió a los hombres para que no sosegaran un punto, ni ellos ni sus dineros.

Pues que Dios lo hizo, infinitamente bién hecho está.



Capítulo XIV

DE LA TENSÓN DE TUNAS COMPLUTENSES QUE SE FIZO AQUEL AÑO Y DE CÓMO NASCIÓ LA MUY BULLIDORA TUNA DEL PIZARRÍN

Por aquel tiempo se fizo una tensón o justa de tunas entre las complutenses en el Teatro Español y, con aquella ocasión, torné a me encontrar con un don Antonio, de la gente Garrido, de Siles, estudiante de Filosofía, tañedor de guitarra y de los tunos mejores que en tal mester emplean sus gracias. Es malcarado, pero bueno de condición y de ingenio y desenvuelto con los vinos.

Conoscí mejor que antes a don Ferrán, del que, como del otro, se hablará veces en aquesta estoria y que era pandereta en nuestra Gloriosa.

Ganó, si mal no recuerdo, la tuna de los albéitares, con algunillos mercenarios como don Gadea que era de nuestra facultad y buen tañedor de laúd y de fuelle.

La nuestra Muy Andariega andaba esperanzada en el premio de pandereta, que teníamos uno, don Miguel, el mejor d'España, que da agora liciones en la facultad y el dicho don Ferrán que danzaba muy alegre y ardidamente.

Digo que el don Miguel, sin queriendo, embriagose y a poco cae de la escena en brazos de unas senectas que en primera fila estaban. Y fué porque, como era nuestra

esperanza, comenzaron todos a dalle mimos, cuyos mimos, como somos ruda gente, no eran sino vinos de differentes cepas porque se fortificara. Y nos contesció lo que a los provenzales con el rey Don Pedro, no sé si segundo, tercero o cuarto, de Aragón, cuyas damas, por más ganar al rey para su causa, tan cariñosas fueron con él que no podía luego ni menear el mandoble y ansí le fué luego en la batalla de Albret o de Muret, que no recuerdo agora el sitio.

Don Ferrán ganó el segundo y fué el primero uno muy saltarín y danzante que se llamaba algo como Pito, Tito, Rito, Mito, Lito o Julián.

Y vese que estoy hoy asaz desmemoriado.

El caso es que aquel día nasció la Muy Bullidora del Pizarrín y yo, como salido había de la enfermedad tan ansioso de holgar, tan desbocada mi mocedad con los ayunos y tan dolido de mis perdidos amores, en ella entré, que Dios nos cría y nosotros nos vamos ayuntando y era aquella tuna para mí como amante y manceba que no empecía mi verdadero amor que lo era la Gloriosa, y no hace falta ni lo decir.

Exercíamos en aqueste breve tuna los dichos don Antonio y don Ferrán, don Enrique, tañedor de viola de arco, de medicina; don Gabriel, de Leyes, tañedor de bandurria; don Zappino, protogaleno, toscano, que dicía él, tañía bandurria; don Carlos, tañedor de todo estrumento, que tenía un ojo huero y buenas mañas con las damas y, finalmente, a las vegadas, venían dos de medicina que tañían bandurria.

Desta tunilla no sé dicir si tañía bien, mas si sé que los que en ella andábamos eramos tunos hasta los tuétanos e conoscedores del mester como nadie y no de una ni de dos veces recuerdo de vernos tañer callejeando con los

hombros nevados y la cabeza encanecida de artificio. Y no sé de ninguno de los tigres de la dicha tunilla que quexara del frío o de la escarcha, pues teníamos tanta alegría, tanto calor en el corazón que no había cosa que nos enfriara.

Eramos, otrosí, el encanto del casquivaneo de aquellos pagos, amigos de los dueños y ostiarios de todos los contentaderos, conoscidos de los devotos de aquellas capillas, compañeros de sus capellanes y alegría de todos los que vivían e bebían en aquellos lugares.

¡Virgen de los Siete Dolores, qué feliz compañía, qué gozosa hermandad, qué bienandanza! ¡Cuanto amigo de gentil compostura! ¡Qué fermosas damas trasnochadoras! Allí doña Lola, de tan suelta lengua para la inglesa, doña Pola, de ágil pincel, doña Gloria, doña Mencía, doña María Antonia y, dellos, don Ferrán, don Antonio, don José y don José Luis, de mi mesma facultad, y aquel gentil matrimonio don Celedonio y doña Carmen, pincel y pluma y muy buenos para el tumulto, que dicía don Camilo José.

Jamás tanto trasegador se vido junto, de tan risueña disposición y tan liberal bolsillo.

Gran consuelo saber que, día cualquiera que fuese, siempre hallarías con quien soplar, a quien pedir y prestar dineros, sin hipoteca. fianza ni peño, y, otrosí, que guiara, si eran inseguros, tus pasos a la piltra y cantase contigo las báquicas o contemplara tus bascas misericordiosamente.

Y cuanto aprendí en la del Pizarrín no cabría en un libro pequeño. Conoscí gentes de tan diversa condición, me hallé en ocasiones tan dispares a horas tan disparexas que, a poco avisado que seas, columbras y catas vida, vees corazones y haces pesquisa de almas y vase inclinando la tuya a amar al próximo y, sobremanera, a lo perdonar.

Visto hé, asaz de veces, a encopetadas damiselas mirar

a las busconas en alto y al sesgo, como a perros judíos, sin pensar que, si las rumiascas venden su cuerpo un espacio, ficieron muchas de las dichas damas mercado de su cuerpo, alma y albedrío, de por vida, con lo que el más alto precio en glorias, dineros o fama no es sino ruin soldada. Otrosí, que bueno fuera el vellas en las mesmas que las tusonas hubieron y ver también qué contescido habría con virtud que tan regaladamente se crió.

Y este conoscimiento me vino porque la Muy Bullidora tunaba asaz por las rúas de la Ballesta y las que a ella van a dar que, sábese, son la ciudadela de las cachondillas, o por soldada o por vocación, de manera que conoscí, a lo evangélico y a lo bíblico, algunillas dellas. Y supe cuantos buenos corazones hay en tan vil oficio y que aún conservan cierta doncellez de ánima y tiernos sentires que para sí los quisieran muchas doncellitas que lo son por cálculo o por falta de ocasión.

Passé en aquesta tunilla muy estrelladas noches, de diversos contesceres como aquella en que doña Lola se atavió de tuno y vino con nos a correr la cucaña de aquella guisa, también la dicha doña Pola, buena de su cuerpo y destas que, luego que las ves, les tomas amor que parescen inocentes y desvalidas, ansí como niñas perdidas.

No recuerdo qué passó aquella noche sino que amanescimos en un camino lexano que lleva a Baraxas y de allí tornamos unos ratos a pié, los otros en algún carro.

Había también muy extraña gente como aquella doña Clarisa, entretenida de torero, que parescía pantera y se gloriaba de tener un tío cura ansí como de unas pinturas que otro le hacía y que ella pagaba con lo que mejor tenía que era un cuerpo, del moño a los chapines, que mirallo e sentir pólvora en la sangre, calofríos en la espina y urgencias ingleras era todo uno. Tenía aquesta mala

entraña y la flor de desasosegar a los varones con muy sabias cariscias hasta que echaban lumbre y se salían de su ser y, cuando los vía en ansias, los llevaba a su casa con lo que ellos, en el camino, se hacían mil ilusiones. Llegados al portal, que era de rexa de fierro, en un descuido del galán, íbase dentro, cerraba la cancela y alzándose el halda les mostraba los méritos de abaxo y dicía:

—¿Qué, os place? Pues morded, porque no los cataréis.

Y no sé si aquesta seguirá viviendo o habrá muerto ya de un pistoletazo en el yerbero.

De una noche recuerdo nos llevaron en unos coches, unos que andaban corriendo la cucaña y fuimos a dar cace una duquesa, Grande de España, de traspuesta edad y mancebo tierno, do tenían un buen sarao aparexado con representantas, turrisebúrneos, pisaverdes, gentes del teatro, catarriberas, gentileshombres, nobles y algún sarasa de añadidura y, otrosí, un sastre de caballeros venido no sé como, que, ofuscado de licores, anduvo toda la noche tras la duquesa diciendo que le haría una buena basquiña a muy arreglado precio.

Y vino lo mejor de la celebración cuando todos los que allí estábamos nos pusimos copia de armas que la duquesa de sus antepasados guardaba, ansí almetes como petos o codales, ya cimeras ya sobrecodales o espaldares y, en las manos, partesanas, dagas, mandobles, espadas blancas y negras, broqueles y rodelas, y comenzamos una destas danzas que llaman conga, muy bulliciosa, muy desternillante y reidora y asaz exercitadora del anca. Desta danza, por vella, salí y, tanto reí, me dolieron las tripas hasta la siguiente noche en que las apacigüé con aguardiente de enebro que es muy consolador.

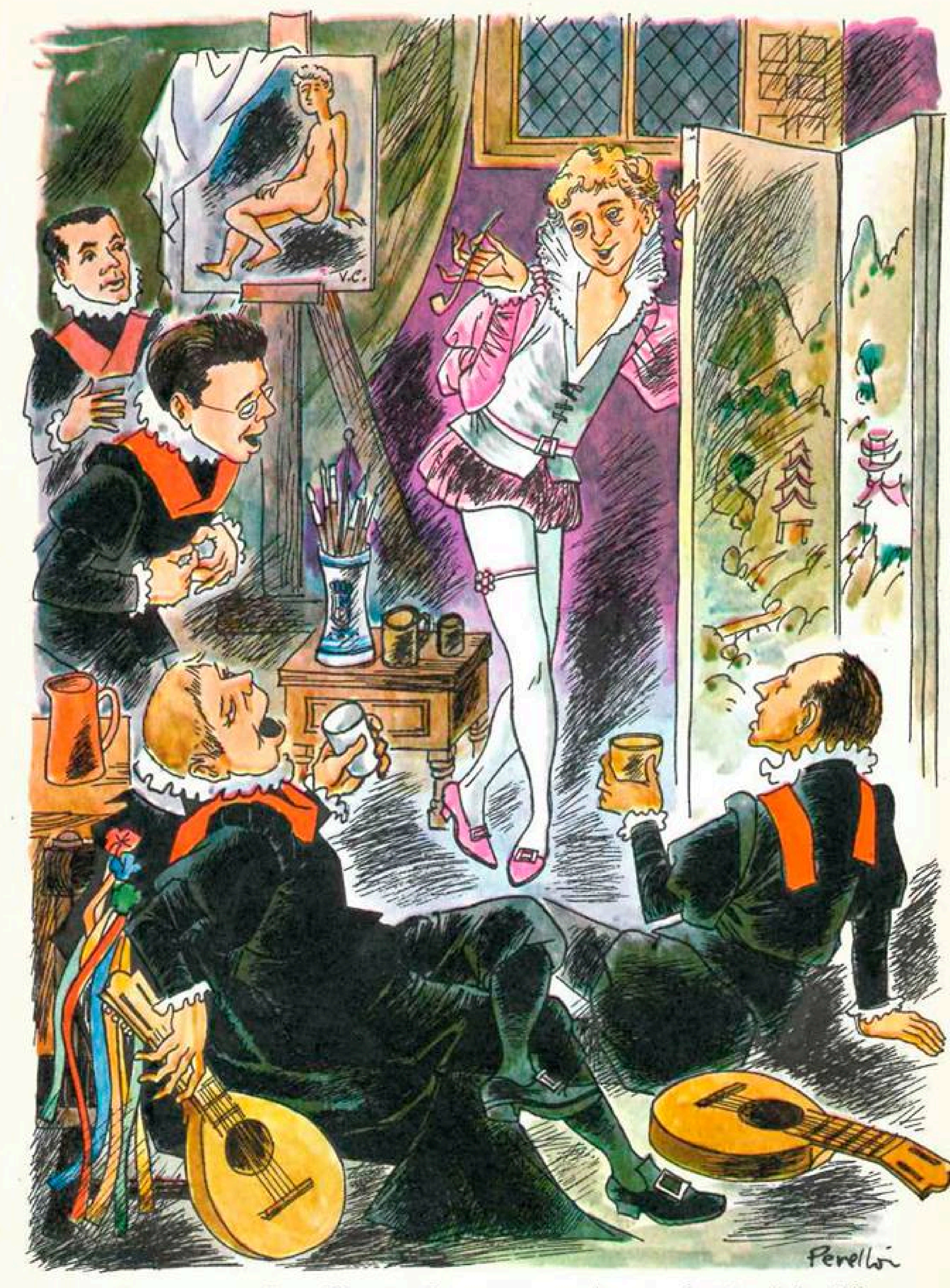
Y era el de más risa uno de menguado cuerpo que se

enmorteró un capacete del tatarabuelo de la duquesa, el duque Rodrigo el Cabezón, y parescía caldera con patas.

Otra noche, hallándonos en cierto holgadero que se llama agora Melodías y antes se llamaba Estrella de las Indias, entró un célebre sarasa destos que andan en teatro y, cuando él llegó, estaba don Enrique tañendo cierta danza andaluza muy hermosa. Oída la cual el dicho sodoma se desnudó un chapeo plumífero que llevaba y comenzó a la danzar con él en la mano. Vido luego a don Gabriel y entrósele por el ojo derecho e díxonos, dengosa e aflautadamente, que si éramos obsequiosos de con él ir a su casa a trasegar un buenísimo vino que tenía: Como estábamos todos los de la Muy Bullidora, cogitamosnos suficientes a deffendernos el honor, ansí que concordamos en ir, soplarnos su caldo y exir luego muy galanamente cada cual para su rancho.

Llegamos, pues, a su casa y luego que entramos nos dixo que nos asentáramos, fué a buscar lo que había prometido y trasegamos.

Con la ingurgitación comenzó a facer las gracias: fuese tras de un biombo chinesco que en el aposento había y, a poco, saliose dél cantando con muy modoso continente la trova que llaman "El fumando espero" con muy femeniles visajes e fación, tanto que comenzamos a nos reir. Tornó tras del biombo e salió nuevamente, agora se había quitado el xubón, con el mesmo canto que la prima vez, pero que más almibarado, pensando, cogitamos, facernos un *strictim* al parisino estilo con lo que contaba seducir nuestras voluntades. Dió unas danzadas por la pieza que nos pusieron en tanta risa que nos dolían las tripas y toda cosa. Que era de ver con su piel bermexilla e papanduxa, su media alicoración y su rahez encueramiento, dando tanto y tan extraño paso.



...y, a poco, saliose dél cantando con muy modoso continente... (pág. 102).

Cuando él pensó que nos tenía embelesados, fuese a recabar el fruto de tan fino galanteo, echándole a don Gabriel los brazos y el don Gabriel, que es asaz anquilargo, sin moverse un punto, estiró el anca e púsole las suelas del zapato en el mesmo cielo de la boca, lo que le enfrió un algo el ansia y vídose cómo recogía trapo e fué con algunos carraspeos a traer más de qué beber, pensando que por falta dello, no había alcanzado premio.

Siguió ansí la noche hasta que le dimos fondo a los caldos del sarasa en cuyo punto, como ya amanescía, nos determinamos a tornar a nuestros catres y él, bien a su pesar, quedó, digo yo, en el suyo.

Diónos, ca era de buen pincel, unas cosas que el había hecho y eran asaz buenas. Que Dios le conceda la virilidad, pues que es todopoderoso.

También aprendí en aquestas tunerías la compostura que han los corchetes de noche que llaman serenos.

Son aquestos de desigual compostura ca, parésceme, no tienen regla que los mande sino la propia naturaleza suya y el unto de los demás y es aquesto periculoso porque llevan tales corchetes unos garrotes tamaños como tripa de solomo y duros más que costilla de estudiante de lo que se siguen grandes males. Ca, si el brazo que mueve el palo no es gobernado por sentido reto o sabias leyes los molimientos serán tan corrientes como a desafuero. Y, otrosí, sacados de la gleba los dichos serenos en su parte mayor, apalean a quien primero topan con la desenvoltura con que en los saraos villanos se zurran la badana por espantar el frío y si el apaleado es fijodalgo o estudiante, el apaleamiento será con alegre semblante y regodeo patente.

Otra de las muchas noches en que en la universidad de la tuna rescibía liciones de vida, se me dió la dicha del

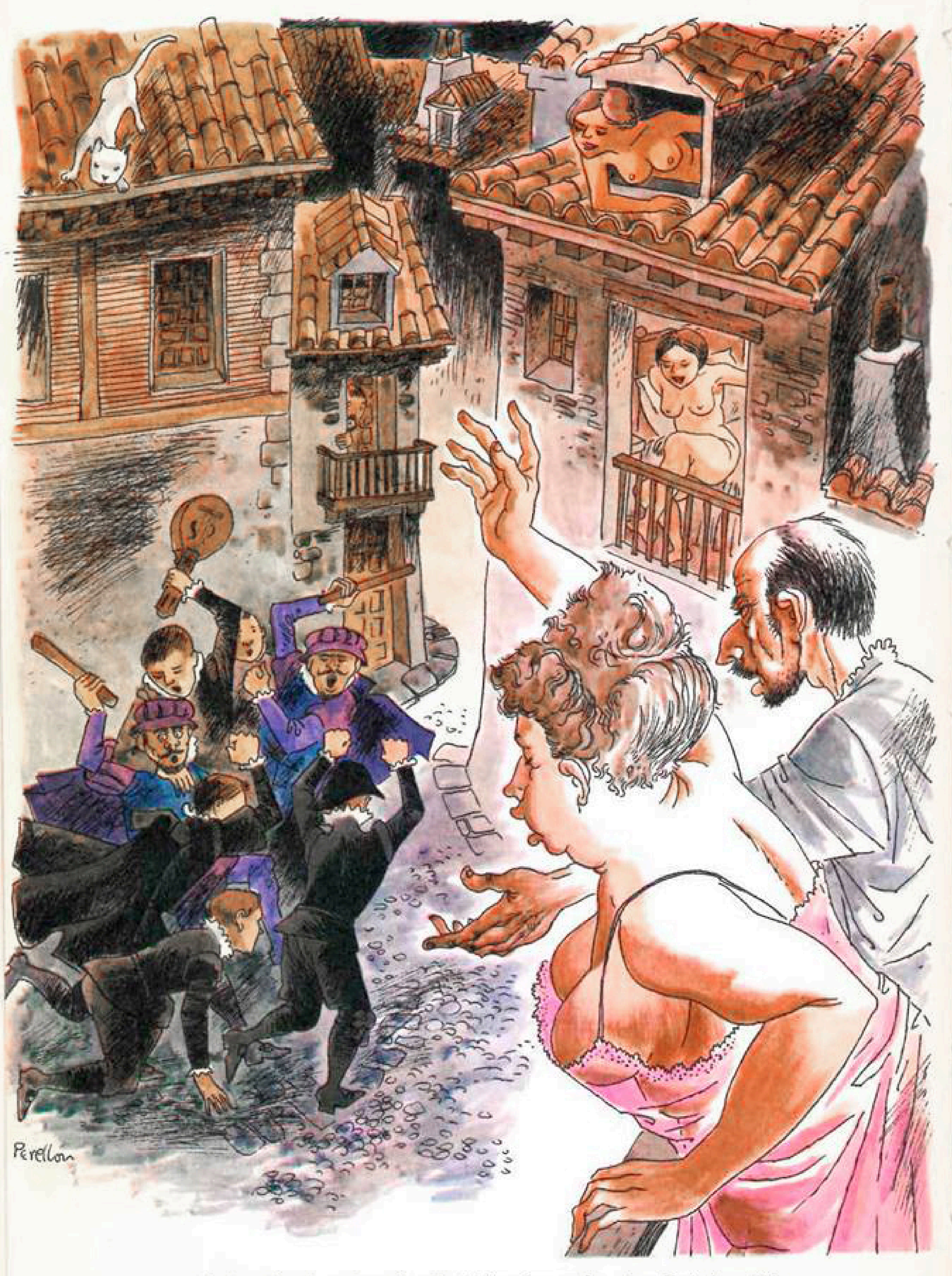
gusto serenil por la leña y el gran vicio del juicio temerario, sin serena inquisición y llevándose de la apariencia.

Venía con la Muy Bullidora, asaz veces, un pobre vagamundo que se llamaba Angel, destos como de treinta y tantos que se les acaba de estragar la mocedad e que no tienen buena madurez por exceso de trago y defeto de sueños y comidas, que andan como canes callejeros aguardando que alguien se duela dellos.

Venía, digo, con nosotros por gozar un algo de nuestra alegría y también, en gran parte, porque siempre pescaba algo en las libaciones a que nos invitaban en tabernas y holgaderos.

Y fué que salíamos una noche de un antrillo que llaman El Refugio, muy concurrido de ethiopes, y caminábamos en procura de la Ballesta, cuando el dicho zángano escurrió el pié en algo, parésceme que mierda, y dió gran costalada en una puerta destas de hojalata arrugada y arrugóla algo más y dió gran ruido. Acudió el sereno y, sin más inquisición, comenzó a le medir las costillas. Como se le escabullía, tañó un pito y acudieron dos o tres de la mesma gallofa que tampoco preguntaron sino que comenzaron a dalle gusto al brazo de manera que parescía el Angel liebre que no se sabía do amparar las orejas. Todo aquesto tan de seguido que, de no ser por don Antonio, que si se llama Garrido bien pudiera llamarse Quixada, que acudió a ponerse ante dellos, allí le hubieran roto las costillas. Si es que alguna le quedaba después de tantas hambres.

Ya puede el que leyere cogitar que carreras, qué vocerío, que sones de chapas, palos y ayes, pitos y flautas, qué floración de denuestos allí se oyeron. Con aquel estruendo asomaron algunos de los vecinos a las ventanas y, a un balcón, la gaita unos esposos.



—¡A la cárcel, a la cárcel! ¡Llévenlos a la cárcel! (pág. 107)

Cuenten con que nos quedamos pasmados cuando comenzaron aquestos a nos denostar, a los tunos, con muy variados venablos de suerte que, tanto nos sobaron la paciencia y nos agotaron la cortesía, comenzamos a facelles responsión y, digo a vuesas mercedes, que a las vegadas, me he dolido de polimiento tener, porque, el tenello, te empece las contiendas desas que usa el vulgo con palabras de alto bordo, de pelleja y de cabrón arriba.

Allí, digo, como nos agotaron la buena crianza, díle gusto a la sinhueso y mis compaños también. Dixo cada uno los que supo y yo los que aprendí de las ancianas y arrieros de mi pueblo, que son de oir.

A fé mía que son los venablos sangrías que dexan el ánimo sosegado y desfogan la sofocación.

El caso es que, guardados en su altura, no cessaba el matrimoniejo de sus ofensas hasta que ocurrió dicir a la mujer:

—¡A la cárcel, a la cárcel! ¡Llévenlos a la cárcel!

En cuyo punto contesté yo:

—¡Y a vos a un corral de vacas!

Y ¡oh, milagro! como era asaz tripuda, pudo más la vanidad femenil que el encono injusto, ansí que retiróse del balcón y llevó tras sí a su esposo con lo que descansamos todos de tanta tribulación.

En fín que fué aquel uno de los años más llenos que hube porque hallé además consoladora como a seguido se cuenta.

Capítulo XV

DE COMO HALLÉ CONSOLADORA EN CIERTA TABERNILLA

En aqueste año, mediado el curso, hallé consoladora y fué de manera que una de las veces que, tras la rota de mis amores, entré en una taberna, a me quitar el frío del alma, lo fice en una que no conoscía, desusada cosa. Asenteme en el rincón más recoleto y batí con la cuchilla la mesa porque me truxeran luego el sacramento y hete aquí que me vino a demandar lo que quería una moza de no más de veinte años, carillena y con muy buenos cachetes, limpia, andar saleroso, recogido con donaire el mandil y una camisa de pechos muy fenchida.

Ví los dichos méritos, mas, con los penares, no me hizo movimiento el ánima y no le dixe esta boca es mía sino que bebí, escribí en las mesas, hablé conmigo mesmo y, en alguna ocasión, alcé la vista por ver quien possaba en la taberna y el que salía y el que entraba.

Y eran los clientes, en una gran parte, arrieros y escolares, algún que otro merchante y, en procura de rincones escuros para sus devociones, algún cucarro camandulero.

Volví veces aquesta taberna por tranquila y de precio poco soberbio y fuese la tabernerilla encascabelando de

mí sin otro motivo de que no le tenía yo mayor atención que la de pagar mis potaciones.

De manera que, con nimia ocasión, me practicaba la arte o suerte del agache

que es la que sirve a mostrar
esa fermosa canal
que divide el pectoral
en dos mitades
redondas, suaves, iguales
secreto sueño de abades,
de clérigos y escolares
de nobles y menestrales
y en fín de todo varón
desde Noé hasta Nerón
y siguiendo por la historia
de Trajano a Andrea Doria,
vos y aqueste pecador.

El caso es que llegóse el punto en que, de no estar hecho de piedra, fuerza era se tomar cuenta de todo aquello, ansí que comencé a otealla muy fixamente, como tengo al uso y ella a contestar a mis saetas de ojo. E díxome un día, al servir el vino:

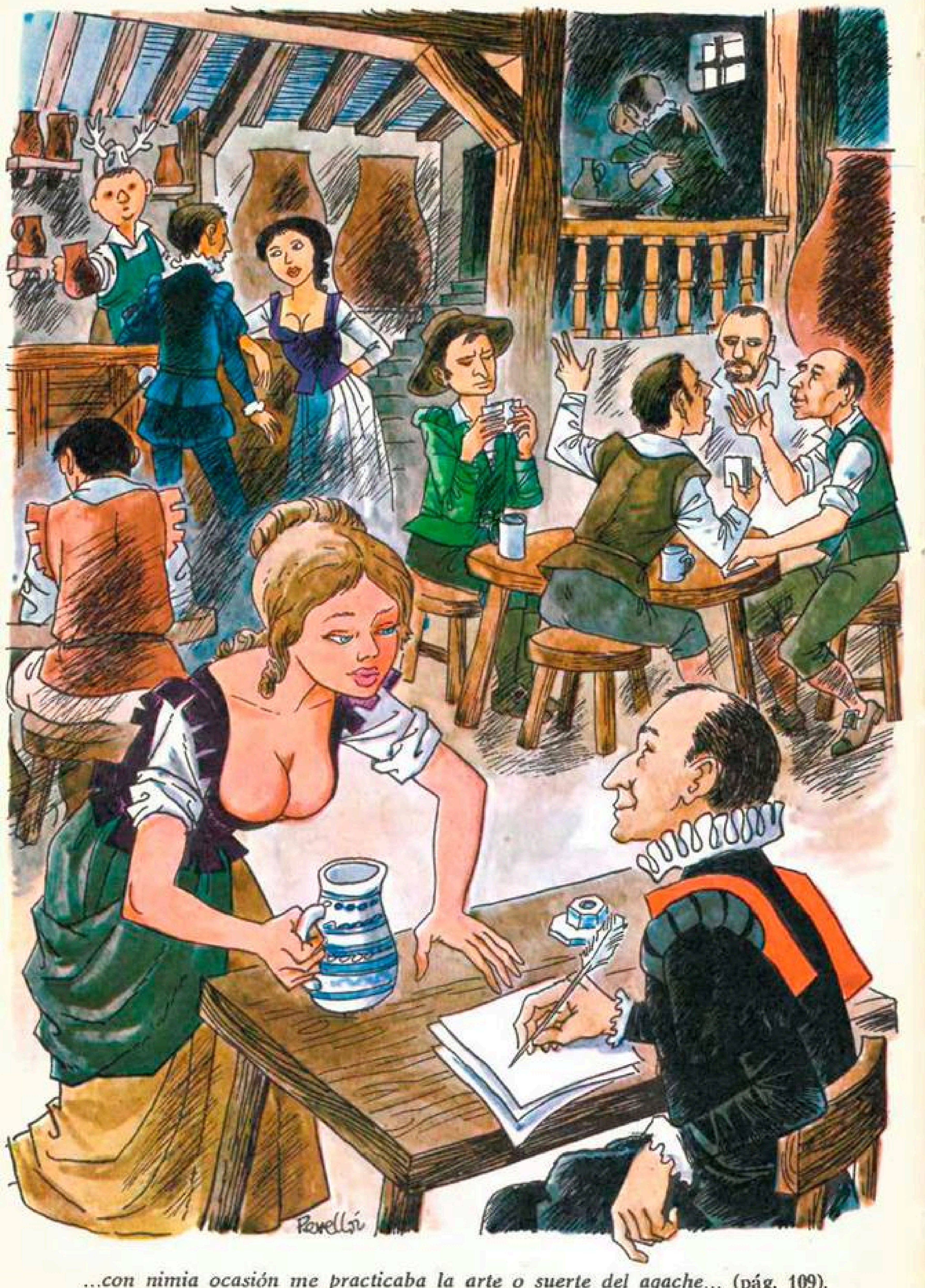
—¡Ay, señor estudiante, cuán trabaxada vida lleva una!

—¿Pues qué, muchacha? Paresce que tuvieras mal de amores.

—No tal que es mi marido el tabernero y me hallo en salvo desos pesares.

Cuquéle el ojo de barlovento y diole risilla.

—Dime, pues, qué te acontesce —dixele— y veré qué consejo te puedo dar, ca, en mi modestia, corrí muchos



...con nimia ocasión me practicaba la arte o suerte del agache... (pág. 109).

payses y conoscí gentes, libros y costumbres tan differentes que raro sea que no haya sabido de otro contescer que nos sirva de exemplo.

—No pasa, señor mío —contestome— sino que voyme de la taberna cuando llega mi marido y estoy en mi casa sola hasta que él vuelve, tan molido que se le oyen los andares a media legua, y en mi casa estando, tan sola, todo se me torna figuraciones y asomos pues soy asaz medrosa.

—Tengo un San Roque en un poyo y le hago oración cuando me acresce el temor y si el santo me hablara o al menos meneara el rabo su can... De lo que pienso que el pavor sólo me lo ha de quitar alguna persona que me tenga conversación y me distraiga de figuraciones y tranpantoxos con cosas de este mundo.

—Parésceme —díxele gravemente— que necesitas galán en casa.

—¡Ay, señor! ¿Cómo podéis decir cosa tan contraria a mi honra? No sea tal que más quiero padescer miedos que murmuraciones.

—Dígote que un galán porque de mugeres no has de aguardar ayuda. Las viejas con su fea catadura harto más miedo dan en lo escuro que trasgo o visage, las nuevas sumarán tu miedo al suyo. De los hombres ancianos no esperes fuerza ni disposición, sino ronquidos y gargajeos. Desto concluyo que es galán lo que has menester.

Me miró, los ojos pícaros y risueño el labio, ca los dos nos entendíamos y respondió:

—¡Ah! Desa suerte sí, que veo que soís de muy dispierto entendimiento. Mas. decidme, qué mancebo querría hacer tal servicio sin soldada, que soy pobre.

—Fuerte cosa —dixe yo sosegadamente— que, en estos tiempos, todo se hace por los dineros.

Puse la mano en la barba y fice como si pensara, alcé luego el rostro y dixe:

—Pues ¿no podías dicir a aquel camándulo que allí bebe que te hiciera tal servicio, que por caridad lo haría? Paresce devoto...

—Del mosto, sí, seor, y mucho. Mas ni me digáis que tal pida que, entre vos y yo, os diré que me dan pavor aquestos clérigos de escura faz y torva. Sabed que, cuando voy a San Martín, hay uno allí desta cara, súbese al púlpito y comienza a dar muy alzadas voces y enronquecidas, cuenta cómo los demonios te trocean las carnes, que a mi empiezan a temblar y achicharran los cueros con pez hirviendo, plomo derretido y otras lindezas. Dícelo con tan grave y afilada palabra, con tanto negro color que torno a mi casa y todo se me vuelven pavores, que no hallo rincón en el que estar sosegada sino que en todos creo que encontraré al demonio, presto a ensartarme alguna redondez, como quien pincha aceitunas, con su lanza.

—No tengas dello temor —díxele sonriendo— que, de tener a demonios en vuestra casa, antes os harían otras cosas que eso.

—Mas el demonio es el demonio, señor escolar.

—Hasta quí estamos, pero nadie dixo que fuera tonto ni sodoma.

Rió, ca le placía, me miró un poquillejo al sesgo y, silenciosa un breve espacio, dixo luego:

—Y vos, que sois tan buen cristiano ¿No me haríais el servicio ya dicho?

Y a tal punto llegamos, que ansí me ha acaescido la mayor parte de las veces. Que, como nunca me pensé dotado de gracias para encantar a damas, no cuido dellas demasiadamente, sino que aguardo que me vayan

cayendo, que los páxaros del cielo ni siembran ni aran y ahí los tenedes, más canoros que un sochantre, ternes y aventajados de buche, con su gabán de plumas y su nido de broza y gozando las páxaras al vuelo.

Llegamos a pacto y dióme una llave que el corral de tras su casa abría, de tal modo que yo, si me urgía la sangre, íbame callandico y, cuando ella se dispertaba, nos hallaba su dispertar so las mesmas cobixas.

Era buena de cuerpo y de condición y asaz juguetona.

Una vez le dió remordimiento de a tan buen hombre y tan manso como su marido arreglalle tan fiero armamento, que no vieran monteros ciervo de tantos candiles y entonces, aquella noche, echó el tarugo porque no surtiera mi llave. Lo cual, que no pude entrar pero a la siguiente, como me soy algo endustrioso, con un arambre arreglé un arte que, metiéndolo por un ñudo que la puerta tenía, me la abrió en menos de lo que tardo en decillo.

¡Ah, vieran vuesas mercedes, qué de alegrías, que de arrumacos, de alharacas, e de regocijos! Que el desasosiego de haberme cerrado el camino la tenía dispierta y, como me sintiera entrar en el aposento, salió dentre las sábanas, púsome los brazos de collar y dióme, en brevísimo espacio, ciento y un mil besos, torniscones y abrazos y dicía muy amorosas palabras, de manera que resultó la mejor noche que hubimos.

Y de allí en adelante no tornó a jugar con cerraduras, sino algunas veces por adobar la cosa.

Ya quedó dicho que era asaz juguetona y, en el yacer, reidora y saltarina en gran manera y tanto que cierta vez le dixe:

—A fé mía, que no se qué arte de amor han usado

contigo hasta agora, cuando ansí desbocas con la primera cariscia.

—¿Arte decís? Aparte de vos, no conoscí sino a mi marido y del bién podéis colegir que es vano aguardar arte alguno. Repizcos si los da, sin tenerme caridades, que hay veces en que pienso que me arrancará la entraña el muy cabrón. Por eso os tendré amor mientras viva, que sois fino amante y de buenas maneras.

—Ea —contesté yo, lleno de orgullo.

En fin que llevabamos muy buen discurrir en nuestros amores, íbame tornando más en mí, voviendo a ser alegre como siempre lo fuí, reidor, parlero y todo lo que yo mesmo era antes de doña Nieves. Mas, bien a mi pesar, jamás en la mesma medida pues los amores no habidos con doña Nieves, el no haber visto el brillo de sus ojos, ni oído el son de su voz en escuro aposento, me ha dado cochura sin fín y quitado el gusto por los limpios amores, de alma y cuerpo, y ando agora cuanto puedo con casquivanas y hembrillas de machihembrar y si no he perdido el trato con las otras sí no les hago sino cortesía y pare su merced de contar. Y si a alguna digo "Soñaré con vos esta noche" dicir quiero "De buen grado os dormiría".

Digo, en fín, que, aparte de lo dicho, iban bien mis amores con mi consoladora. Y contesció que llegó la Cuaresma y pedricome pedricador, que lo era fray Hernán de Pontones, clérigo que tiene a su cargo el llevarme por el buen camino, de cuyo cargo, con ser freyle de anchas espaldas, no le arriendo la ganancia, y me dixo el fray Hernán como sería achicharrado en los infiernos si no dexaba luego dicho devaneo con la muger de mi próximo. Díxome aquesto don Hernán e respondile yo que non era el tal próximo mío, siendo yo fidalgo y él



...salió dentre las sábanas... (pág. 113).

villano, él tabernero y yo estudiante de leyes y, a mayor abondamiento, tuno de Gloriosa y Muy Andariega de la Universidad Complutense. Dicho aquello de buena fé, se encrespó sin embargo fray Hernán y comenzó de venablos piadosos y púsome de réprobo y pecador que no había por donde prenderme. Y me dexó despavorido y coitado, tanto que mandé un billete a mi consoladora en que dicía que peor era seguir el nuestro amorío ca, de seguillo, tendría el mesmo su continuación en los mesmos infiernos.

Respondiome, que me dexó las guedexas de punta, que conmigo estando, no sería tal el infierno. Me empavoreció su dicho más que todos los denuestos de fray Hernán y ansí la dexé, al menos tanto tiempo como durase la abstinencia de carnes.

Mas feliz sería el hombre si estuviera en su mano dirigir solos hacia Dios sus pasos, pero es tan débil su carne que siempre anda tornatrás en el camino de su salvación. Desta suerte me acaesció que, passada la Cuaresma, quedó don Carnal amo del palenque, torné a catar mi tabernera cuando Febo le hizo quitarse chales y albanegas con lo que se echaba de ver lo buena de su cuerpo que era y mis ojos, pecador de mí, íbanse tras sus redondeces. Como ella se tomó cuenta comenzó a zaherirme con guiños y cucasmonas.

Resestí tanto tiempo como pude, que fué unas dos horas y enviéle un billete que comenzaba ansí:

Cada vez que os veo amiga
y os veo de tan buen ver
yo no sé dicir qué os diga
por volveros a tener...

No se había secado la tinta en mi pluma cuando me llegó su respuesta que era deste giro:

Estoy ya que no aguanto
mi señor tuno
sabed que en vuestro sitio
no está ninguno.

Pues que la noche es fría
fría me quedo
porque no viene a verme
mi nocherniego.

Y luego, al final, terminaba desta manera

Consejo dese freyle
no es cosa buena
que fray Hernán no entiende
d'aquestas penas.

Ansí que volví al regosto cuando aún tenía los pechos morados de tanto golpe de contrición. Y Dios tiene con nosotros misericordia sin fin, que aún estamos en la tierra.

Y es tanto el desatino del pecador que encuentra en su pecado virtud. Yo, infelice, dicía para mí:

¿Es justo que esta moza
magüer sea casada,
fuere desperdiciada
y la su piel tan fina
de manos groseras
y duras carisciada?

Digo que era tan cutifina que más que cuero parescía en seda envuelta. Y me llevaban los demonios que su marido, como tengo dicho era tabernero, con las manos rústricas y morcillonas que, por andar siempre en el enjuague tienen los de su oficio, le andudiera carantoñas.

Con aquel devaneo finé el curso aquel y torné a ver a doña Nieves, mas curaba en no miralla para ir, de poco en poco, amatando la candela del su amor, que me tostaba el corazón y el sentido.

Por aquel verano se alzó pendón para ir a Flandes la Gloriosa y dió el aviso don Manuel el Suficiente. Lo cual que yo, aunque había tunado todo aquel año como el que más y hecho muy buenas filigranas con mi consoladora, no me determinaba a ir y fuime a ver a mi físico que era un don José, el cual junto con el de mi pueblo, don Pedro de nombre, que es muy sabidor y risueño, me arrancaron, al alimón, de las garras de la Parca.

Bién, es el caso que le demandé a don José qué me haría de aquella algara a Bruselas y díxome:

—Bien se me alcanzaba cuanta tristura os verná y desazón de no ir a tal expedición y viaje, mas sé que sois poco quieto y bien pudiera ser que si váis os venga la quietud eternal y os perdiese para siempre la Gloriosa y Muy Andariega de vuestras entretelas. Y es mi consejo que os vayáis con vuestra gente y soseguéis aqueste verano, hijo.

Fuí y dí a don Manuel El Suficiente la razón del médico y lo que me contescía y me dispuse a liar los Bártulos y Baldos para ir a mi pueblo y país a passar el estío.

Y despedí, muy sentidamente a mi consoladora y amigos y Facultad.

Capítulo XVI

BREVE Y NO COMPLETO LABIRINTO DE TABERNAS, MESONES, HOLGADEROS Y FIGONES DE LA CORTE; FUENTES DE SUS VINOS Y AVISO DE BOLSAS D'ESCOLARES

Aquel verano se passó alegremente y los ocios eran cortos, pero por recordar al curso anterior, a ratos perdidos, compuse aqueste labirinto de tabernas, mesones, holgaderos y figones de la Corte y aviso de bolsas d'escolares. Que es no completo bien se me alcanza pero holgaría saber si alguien hay que pueda o sepa escribir todo lo que sobre alguna materia hay. De mi parte, el libro más grande podríalo componer con lo que ignoro. Vea, pues, el lector aquí la extricación de lo que yo corrí, aníme su entendimiento a completar lo que él sepa y aquí falte y aproveche lo que aquí se pone que él ignore.

Aqueste primer curso de sanidad fué de cuasi locura.

No bastando a mi cuerpo resucitado, el tunar con la Gloriosa y la Muy Bullidora, dime, en compañía de mi amigo y compaño de facultad, don José Luis, del que ya se habló, a la descubrición y deslíe de tanta maraña de sopladeros de la Corte que al que no está avisado marean la cabeza y vacían el bolsillo.

Nosotros dos hacíamos a modo de estaciones, enhe-

brándolas en un filo por no perder ripio y llevar algún orden, que en toda cosa es conveniente.

De todas maneras, labirinto es pues que con haber dexado, entrambos a dos, buenas horas de nuestro folgar en desenmarañallo, veces había en que no sabíamos do estaba nuestra casa, do nuestros amigos, amigas, do el cielo y do la tierra.

Ansí que pensé que bueno fuera aprovechar nuestras experimentaciones que a otros sirvan.

Porque, de una parte, los vinos y licores que en las estaciones deste labirinto se mercan y toman tienen tantas fuentes que bueno es sopesallas en salvaguarda de la salud deste cuerpo, don de Dios y palenque del diablo. Otrosí que, asaz frecuentemente, se ayunta la mala fuente con el precio soberbio y si la mocedad escolar tiene ánimo para salirse cualquier de enredo y andorga para resestir los mas fieros venenos, tiene un punto tan flaco que no admite muy recios embates y ese punto no es otro que la bolsa.

Por eso, amigos escolares, hermanos míos de la universidad, cofrades en juventud, prendan mi mano porque los guíe por el dicho labirinto, pero si algun punto vuesas mercedes sopieran dél más que yo, sean mi guía y aprenda yo y súmense los saberes y todos acrezcamos en sciencia.

Y a los novatos, crasos o tyrones digo: no porque les enseñe los caminos los han de usar desarregladamente, ca el peregrino, por las ermitas del trago, estraga su salud y arriesga su juicio si no se fuerza a usar con mesura de tan piadoso exercicio.

Sírvales esta enseñanza para volver sanos a los brazos de sus amigas y de las mozas de sus patronas, a las

uñas destas y de los pupileros y para que España y la universidad no pierda a los que les han de dar gloria.

Otrosí, pienso que bastante será con que se den aquí algunos exemplos de cómo hacer los periplos báquicos y que luego el particular ingenio y disposición de cada uno supla y complete.

Hemos de comenzar por el filo más sabido que es el de la calle de la Ballesta y las que a ella vierten. Es aqueste filo de llevar repleta bolsa y ganas de tomar sudores.

Comienza en la calle dicha que es una rama de la del Desengaño y son los contentaderos della de manera especial: la luz escasa, la puerta chica y el aparexo madera y materias oscuras. De bebida, chisqui, aguardiente de enebro y otros licores de raros nombres.

Empezó en aquesta calle un tañedor de fuelle, franco, llamado Juan Freber y puso aqueste ministril el primer contentadero della que se llamó Jimmy's que quiere dicir, en lengua inglesa, de Jaime. Lo que no sé es quien fuera el tal Jaime, ni si era sajón o franco.

Era aqueste Jimmy's de la manera que tengo dicho son la mayor parte de los holgaderos desta calle, mas muy más recatado y de mayor sosiego. Otrosí que tenían allí su Olimpo mucha gente del pincel y de la pluma, ansí como estudiantes y, como el patrón era de buen natural era todo de agradable possar.

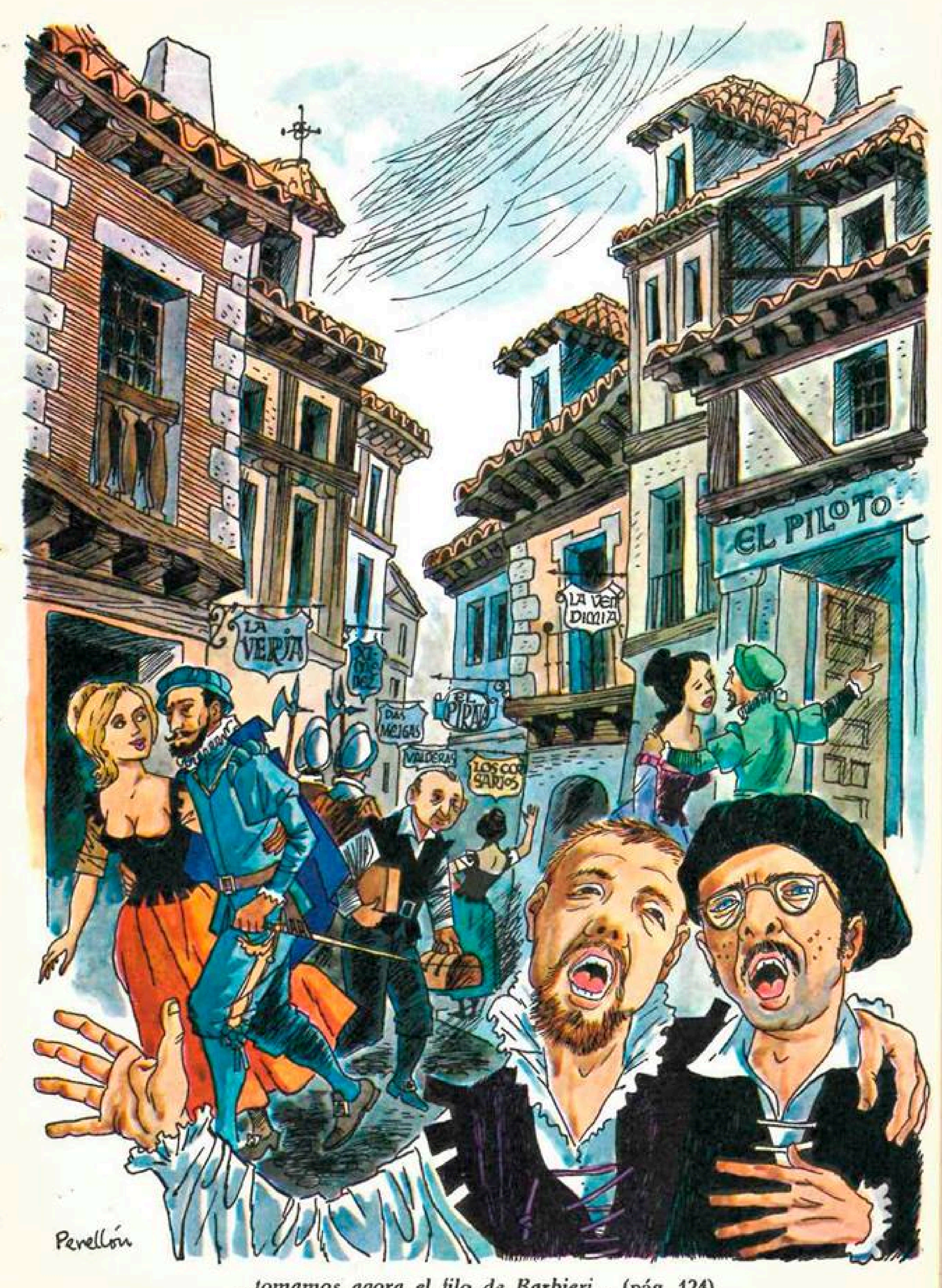
Tras de Juan Freber vino de amo un Mauricio Laparra, de su mesma nación, el cual se era ansí mesmo de noble compostura, generosa bolsa y muy proclive a los tunos, de suerte que allí hubimos los de la Muy Bullidora del Pizarrín nuestro paraíso largo tiempo. Tenía también un mozo cordobés, Rafael de nombre, como la

mayor parte de los de aquella ciudad, que hacía muy buenas pócimas de mixturar differentes licores.

Poco dura lo bueno, sábese, y eso acaesció aquí. Vencido de su abierta mano, dispareció Mauricio y con él fuese aqueste contentadero al huano, que cayó en manos de otros que lo quitaron de su ser por agradar a los mesnaderos usanos y ethiopes con lo que dél fuyeron sus antiguos huéspedes, entre los que se contaban aquellas doña Pola y doña Lola y doña Clarisa, de las que ya se habló. Que no parescía sino que eran aquellos cofrades parte del mesmo Jimmy's. Dellos sólo quedó el ostiario, que nos tenía, y nosotros a él, en gran aprecio, magüer fuera, en los ratos libres, corchete de vara de los del coleto gris.

Al Jimmy's síguele en antigüedad una taberna que llaman La Tasquita de Enfrente, do tenían en tiempos buen pulpo adobado de picante que clamaba al vino como la playa a las olas. Es sitio placentero lo que te hacía olvidar qué gran culo tenían las jarras del vino, labradas en madera de haya.

Hay otros de nombres raros de los que les hago gracia pues todos los de parexa dispusición, y sólo les cambia el nombre, y entro a dicir de dos que se llaman Amador y Tú y Yo. Es el dueño dellos un buen hombre del Reino de Jaén llamado Amador, que es muy avisado en su oficio, de manera que gusta la gente ir a ellos a se consolar y eso que les saca tiras del alma por lo que soplan. Desotra parte, por ser de los pocos contentaderos que, por licencia del Corregidor, quedan abiertos a hora tardía, están cuasi siempre llenos de multitud y en días de fiesta me traen a la memoria la muchedumbre que fuía de la Alcazaba en la toma de la Goleta, pues vense como olas de humanidad, con el mugerío navegante en



...tomamos agora el filo de Barbieri... (pág. 124).

ellas, cuidando de no ser catadas de la hueste y todos, hombres y mugeres, con un tiesto o vasija en la mano guardándolo de los codazos de los demás.

Viene en una calle que a Ballesta sale una taberna que llaman Pigalle, del nombre desta plaza de París, trotadero de tusonas, chulódromo, areópago de alcahuetas y senado de rufianes, ansí como circo de encueramientos femeniles. Aquesta taberna la pongo aquí porque, como La Tasquita de Enfrente, surte a muy importante misión: ser remansos de precios no soberbios, dentro deste caro filo, do trasegar sin perder la hijuela. Ansí que bueno será que el que venga dispuesto a seguir aqueste filo, llene algo en Pigalle o en La Tasquita, que desa suerte no le costará tanto andar con el hombre del vino.

Mas si ya estuvieren alicorados no entren aquí, pues están las paredes llenas de unas pinturas de muy fuertes colores, como la mixtura que es usada para poner los vítores en las paredes y al que no tenga muy clara la cabeza parescerá haber entrado en el mesmo infierno.

En la mesma calle, sigue una tabernilla que llaman Salero do se trasiega vino peleón y, a precio arreglado, fino del Andalucía. Es limpio el estilo, muy encalado y ponen chanquetes, pescadillo sabroso, asaz frecuentemente.

Y, dexada la Ballesta, tomamos agora el filo de Barbieri. Es en él do comenzaron, no ha mucho, unos taberneros con un mesón bien aparexado que llaman La Vendimia Xerezana, de buen encalado y rexería. Son las fuentes de sus vinos xerezanas y es uno de los pocos sitios do se pueden soplar tales caldos sin tener luego que demandar por Dios en las calles. Tienen un vino que le dicen palo cortado que entra como Juan por su casa, y acompañado

de gordales o de acedía o bienmesabe, que son frituras, hace muy buenos trabaxos en las entrañas de los que en cuitas andan.

Como todo lo hecho de hombres, tiene una tacha y es la de ser los mozos dél un algo malcarados y, mal que me pese, he de dicir que si un andaluz sale de mal astro no hay quien le saque ventaja en malastrado y malauva.

Hay en junto deste mesón, otro que se fizo tras dél que se llama El Piloto y es limpio y bueno en toda cosa. Fertiliza los ingenios que a él se allegan con vinos de buen passar y finos, sin asaltarte con aquestos la bolsa. De acompañamiento, chorizamen en brasa, morcilla y costillas de cerdo y una cosa que llaman farinato de Salamanca cuyo no osé probar, pues que viene de farina y ella es encobridora de flaquezas cocineriles.

Viene luego, por no dexar en reposo al devoto, otro mesón que llaman del Pirata y otro Los Corsarios y aquestos últimos quitaron al primero un nanillo marinero que tenían en la puerta. Son los dos de muy buen aparexo y un algo más soberbios de precio que los ya dichos.

Hay, otrosí, un mesón de gallegos que dicen das Meigas do se beben, quien los beba, los repuntados del país y caldo del mesmo.

Tenemos otra taberna llamada Valderas, do bueno será que soplen sus mercedes cerveza que la dan buena y que la acompañen de lomo de puerco asado, que llaman los del oficio montaditos de lomo, que son de arreglado precio.

Y, por fin, una que llaman La Lidia do, por un escudo, dan una medida de vino y un huevo duro.

Ansí que, en mi flaca sciencia, parésceme que ha de llevarse la devoción aquí desta manera: Bueno será que comiencen por el último dicho para aderezar buen lecho, con el lomo y la cerveza, a los caldos que luego vendrán,

vayan luego donde gustaren y finen, para mudar de vía, con el Mesón das Meigas do un buen tazón de caldo les arreglará la andorga para posteriores y gloriosas empresas.

Dexamos agora aqueste y tomamos otro filo que es más que filo, madexa pues que sale, entra, rodea y socava toda la Plaza Mayor y las calles que en ella desaguan.

Es el más antiguo oratorio el que llaman Mesón del Segoviano. Dan en él, si antes no lo adviertes, un vino tan dulce que paresce xarabe y dicen unos que tiene fuente toledana, mientras otros están en que es de alquimia. De precio es asaz soberbio y esto porque hase puesto en moda y cae por allí todo viajero que a la corte se allega. Mas, con todo, es de gran concurrencia estudiantil porque y dexan tañer todo estrumento y cantar lo que viene en gana. Desotra parte es concurrido por ser palenque del ligamen, que allí tiene su reino, ca hay copia de damiselas germánicas, francas, saxonas ansí como cachondillas y ligonas del país que también son de considerar.

Peroque que acaesce que ha tomado tanta fama en ese palo que hay siempre más galanes que damas, más guitarras y cantores que buenos tañedores y voces, de manera que se estorban los unos a los otros en el ligamen.

Tras dél está el Mesón del Verdugo, cabe el Arco de los Cuchilleros, barato abaxo, caro arriba, de angosta escalera, do tiene la Gloriosa de mis entretelas algunos convivium de los *simplex*.

En el otro estribo del dicho arco tiene Luis Candelas, famoso ladrón, sus cuevas y también allí hallarán ligues si los buscaren.

Subense las escaleras de Cuchilleros y están Las Rexas, do, si quieres beber, por fuerza has de engullir alguna cosa, sin cuyo requisito no te darán vino y contesce que

lo que de comer tienen es de precio soberbio de suerte que los escolares que no sean fijos de ricohome han de seguir su camino si no quieren verse encueros y en tanto averigüen si las ordenanzas del gremio de taberneros permiten tal desaguisado.

Si en lugar de subir las escaleras vanse a la siniestra mano, hallarán, aparte de las otras puertas del Candelas., otra ristra de mesones que se llaman de la Tortilla y de la Guitarra, primero está éste y llámase ansí porque, al que lo pide, dan tal estrumento que lo taña a su sabor, este mesón lo puso un tuno vetero llamado, de apodo en la tuna, Kubala que agora tiene otro en otro lugar. En el de la Tortilla la faena es la mesma que ya diximos en Las Rexas, tomen, pues, las mesmas prevenciones.

Hay en aqueste barrio copia de mesones, tantos que no alcanzaría a los decir ni aún en parte y aunque pusiera los que agora hay, poniendo que pusiera el punto final de la relación habríanse aparexado no menos de media docena, de suerte que concluyo diciendo que figones de comer haylos buenos como Botín, do pueden sus mercedes oír trovar a la Muy Osada de Alquimistas, y el Mesón de San Xavier.

También resta por les decir que no vengan aquí en fiesta o en vísperas que no hallaran ni sitio para respirar, sino copia de menestrales engalanados que, sin culpa suya, no estan sobrados de polimiento y otrosí que quien quiera más saber deste filo demande a don Madexón en la calle Duque Juan que él les dará descarte de todo muy mejor que yo.

Pensaba siguir con otros filos de sitios de beber pero pensado hé que, para muestra, asaz es un botón y, desotra parte, lo que ha de hacer el escolar avisado para regalar el garguero y salvaguardar su bolsa es buscar siempre al-

gun lugar nuevo para trasegar cuyo tabernero quiera hacerse notorio, pues, luego que son sabidos, los ciega la cobdicia y empiezan a dar gato por liebre. Ansí ha contescido con mesones de tan buen possar como La Casona, cuyo tabernero ponía antes papas de las Indias con salsa picante y escasea agora tanto la salsa que las papas amarillean vergüenza en la escudilla. Y hasta dicho me han que El Piloto parte los chorizos por la mitad para doblar el precio sin que se tomen cuenta y tiene agora chorizos sietemesinos.

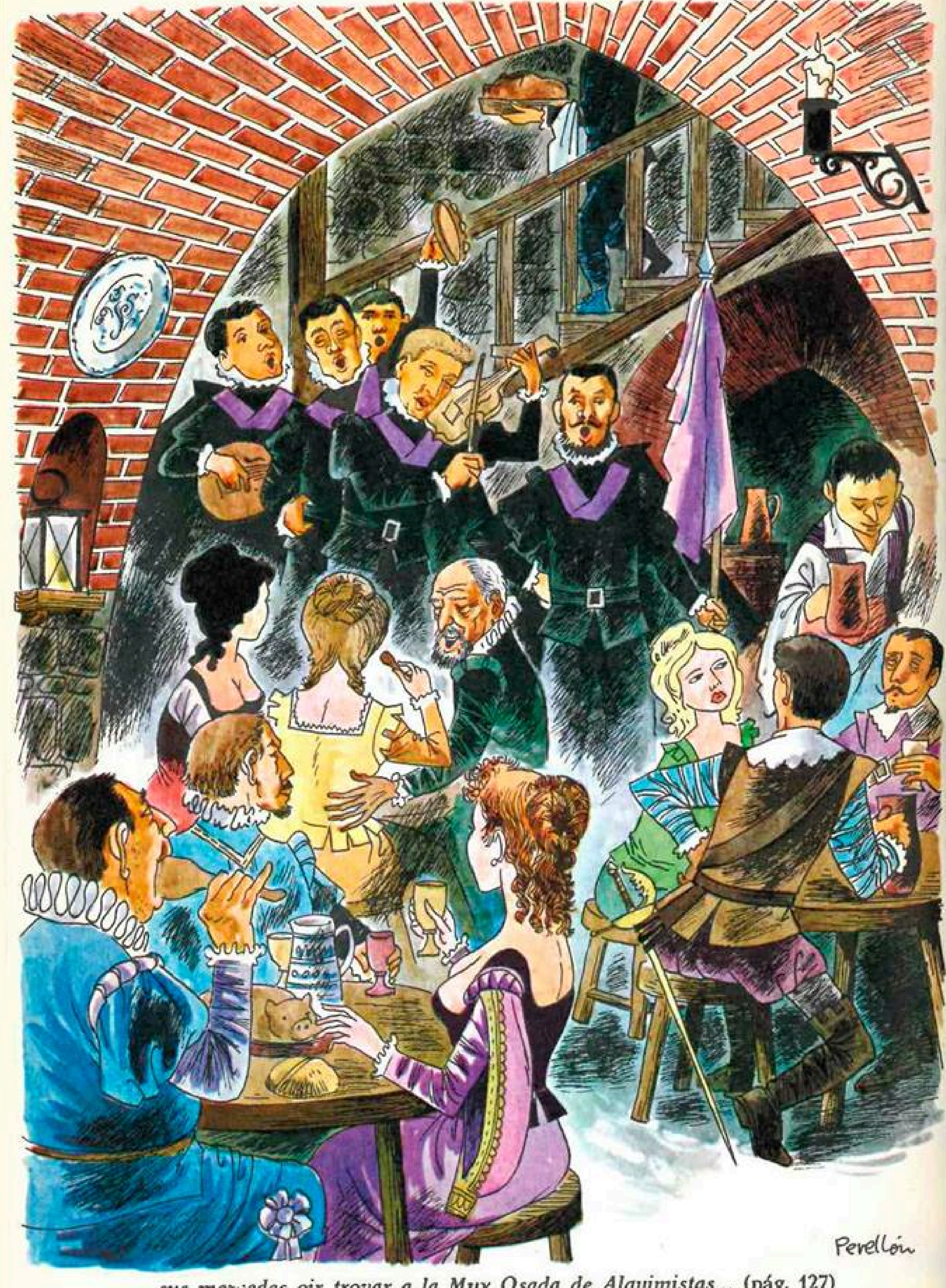
Vistos los sopladeros bueno es que demos una breve vuelta a otros holgaderos, destos que tienen danzaderas y ministriles tañedores. Todos ellos son de tentarse la bolsa si no es algunillo, cuyo nombre no digo, que es de tres escudos, si es que no ha disparecido ya, que ansí me lo dixeron. Es asaz concurrido de trajinantes y arrieros y bueno para finar la noche, cuando se tiene poco en la bolsa y ya han cerrado los otros lugares. Son aquí las tusonas gordas o ancianas o papanduxas y sólo por maravilla vese alguna que valga algo. Pero tiene la utilidad ya dicha.

Comenzaré por cierto contentadero de cuyo nombre no debo acordarme pero que algunos conoscerán cuando lean lo que dél digo. Sólo contenta en los estíos, ca no tiene techo y es de fresco estar con muy buenas casquivanas y precios asustadores. Mas tiene, dexados los precios, otra tacha, que no sé si seguirán teniéndola, y es que hay ostiarios demasiados no sólo en la puerta peroque también en los interiores de manera que si, como acaesce asaz frecuentemente, los mozos descorteses, tardos e zafios, no traen el servicio y el cliente protesta rescibirá recado del maestresala de que entre a le hacer visita y, cuando confiado

vaya a vello, no hallará sino a los ostiarios, con la hache delante, que le medirán las costillas con gran esmero.

De manera que dos consejos se han de dar a los que aquí vengan: el uno que no dexen en casa la espada o, al menos, lleven una buena daga oculta y el otro que si les mandare el maestresala o cómitre de pellejas algun billete citándolos. contesten muy polidamente que le haga la invitación a su señor padre que vendrá con más gusto, o bien llamen a un alguacil a ver el dicho cómitre y oír qué explicaderas tiene.

Ibamos el mi dicho amigo y quien aquesto escribe, en tiempos antaños a un lugar destos que llaman el Muchacho Vaca, muy extraño nombre que está en la calle de Leganitos, lugar muy concurrido de mesnaderos usanos y ethiopes, muy proclive a la bronca, do él tenía gran predicamento con una de las cariñosas que, paresce que las estoy viendo, era rubia de alheña y yo también tenía alguno, aunque menos, con una morena de muy fermosos ojos que solía vestir haldas y xubones de telas rameadas y zarcillos largos, cuya era asaz amorosa y, parésceme, muy buena. Dexamos aqueste contentadero porque dél disparecieron las dichas y, otrosí, un día contesció que entraron corchetes y cercaron a las alegres en los retretes y luego las llevaron a la trena. Displació aquel acaescimiento, de manera que mudamos los reales a un sitio que está en la plaza de Bilbao, y es un mesón o fonda para viajeros que tenía el pudridero en el sótano, muy bien dispuesto con unas damiselas en la cobranza y el mostrador que eran la alegría del ojo de la parroquia. Que a todos es notorio cuanto solaz se sigue de que moza fermosa, sana, dispuesta, sonreidora y discreta traiga el bastimento. Sábete mejor el vino, más sabrosa la comida y aún el precio, con ser



...sus mercedes oir trovar a la Muy Osada de Alquimistas... (pág. 127)

cosa delicada, paréscete arreglado y no soberbio. Por lo dicho los venteros y mesoneros que no se son lerdos cuidan muy de tener de las tales en sus ventas y tabernas. El dueño de aquí ansí lo entendía. Recuerdo al dicho dueño que blasonaba de universitario y ansí cuidaba de lo parescer con palabrillas y modos polidos, siendo luego destos mercaderes mezquinos que te negarán a la primera ocasión. Desotra parte don José Luis comenzó, y no terminó porque no quiso, a soplalle las damas, ambas a dos, que, a lo visto, él tenía en el ánimo beneficiallas.

Y he visto un par de exemplos destos: hay otro cómitre destos también se las daba de lo mesmo y luego hacía cosas que no parescen verdad. Me contaron a mí que llegó cierta noche una destas que les dicen bacalaos porque están para que los clientes beban, y le dixo con gran angustia:

—Ved, don Fernando, que ya no puedo trasegar ni un adarme, bien podiais tenerme la caridad de me dexar ir a mi casa.

Y el tal contestó:

—Vamos, muchacha, no quexes que eso tiene pronto remedio: ve al retrete y entrate los dedos garguero adentro y desocupas el andorga, ya verás qué buen trasegar tendrás luego.

También hacíamos estación en otro destos lugares como el que llaman Querica, pero las casquivanas dél eran de las que llaman leonas muy bellas y asaz ligonas destas que con una breve mirada las tienes subidas en lo alto, diciendo:

—Alahé, vida ¿cómo estamos?

Fuimos, a las vegadas, a uno que llaman Ribalrío, en

la ya dicha calle de Leganitos, aparexado en cava, como cuasi todos, sitio con muy fermosas damiselas, magüer sean asaz sopladoras y el precio de la potación quince escudos al menos. Aquí topamos alguna que otra vez, con dos colegas de la facultad un don Antonio y un don José que chicoleaban al alimón a las pegajosas y no sé luego qué apaño hacían si echar a suertes o qué. Si los torno a encontrar les demandaré que me pica la curiosidad y es siempre tiempo de aprender cosas nuevas.

Y no es de olvidar uno que llaman Caracola, cerca de la iglesia de la Santa Cruz, es muy fermoso de mugerío y de tañedores diestros y de los más costosos, pero digo a vuesas mercedes que estarán muy a gusto en él con el tiesto en la mano, arrimados al mostrador, catando las danzaderas, oyendo los ministriles y repizcando a las errantes.

También son de contar ciertos lugares que se llaman "tablaos", ansí dicho, a la villana, do se danzan y cantan las del Andalucía que son, para mucha gente, las fermosas del mundo. Y es que haylas alegres, de corazón repiqueteado, y haylas tristes que remueven el dolido sentir y la amargura antigua.

Destos danzaderos hay asaz y de fundamento no muy dilatado. Desenvuelven en ellos sus potencias unas danzarinas que, al que escribe, todas parescen fermosas con su pelo partido, sus caracolillos cucos, sus haldas rizadas y sus largos zarcillos. Y le llenan el corazón de amor. Y, no se lo diga vuesa merced a nadie, de deseo. Y, si de mi pendiese, pasaría mis noches en aquestos lugares. En Las Bruxas embelesado con sus danzarinas, o en Los Tarantos, El Duende y tantos otros.

Mas si me perdiese de todo punto, sin noticias de mí, busquenme en El Corral de la Morería do luce y danza

Lucero y don Manolito, el amo del danzadero, exerce cortesía y generosidad y muestra su polido atavío.

Y aunque es mejor oir y ver aquestas danzas en las tabernillas de los arrabales, en las ciudades andaluzas, pues aquí se echa de ver cierta artificiosidad, se muestra y demuestra que sigue siendo Andalucía la madre de las danzas y los cantares. Como lo fué, en tiempo de los romanos, Cádiz, que se lo pregunten a Marcial, o, en los arábigos tiempos, Ubeda, como dicía Alsaqundi.

En fín, parésceme que es justo dicir que todos los que andábamos en las potaciones íbamos a dar el cuerno a cierto lugar, sopladero, llamado Totallana que, a los devotos dél, daba cobixo después de la hora que el Corregidor tenía señalada para el cierre de los contentaderos, con lo que nos hacía gran caridad. Y allí, por el común interés de no ser catados de la ronda, guardábamos de alzar la voz, de manera que se oían más los besos que las palabras y otrosí, en vez de velones o faroles, ponían destas lamparillas que ponen para alumbrar a las ánimas de los muertos peroque servían allí para alumbrar a los más vivos de la Corte.

Y quisiera, de colofón, dicir las excelencias del oficio taberneril. Van los entendimientos arreglando su discurrir al del tiempo de manera que no hay agora oficio que se tenga por ruin, ca fué el mandado de Dios dado para todos los humanos y no sólo para unos cuantos, mas síguese teniendo por no muy honroso el oficio taberneril. A fé mía que si todos los oficios son honrosos más lo es el dicho, pues no hay más noble mester que el dar casa al errante, alegría al triste, calor al arrecido, de tal manera que olvide que no tiene casa o que perdió los sus amores, se caliente manos y alma y tome fuerzas para otras andaduras por la penosa senda.

Capítulo XVII

DE LA VUELTA A LA UNIVERSIDAD Y DE CÓMO DIERON LOS ESCOLARES SAXONINDIOS EN VENIR AQUEL AÑO A NUESTRA COMPLUTENSE

Passó aquel estío que, como ya dixe, fué de ocios cortos pues no perdoné ninguna de las devociones ni romerías de mi tierra. Corrí en el encierre de mi pueblo, los novillos de Fornos, las danzas de Segura, los aguardientes de Pontones, los chicoleos de Benatae. No perdoné San Roque, ni la Virgen del Carmen, cuidando muy mucho de santificar las fiestas como mejor supe y pude. No dí descanso al rejalgar, ni para vinos ni para cantos, no dexé nalga de moza sin pellizco o palmada, que son las serranas sanas y bien carnadas, alzadillas de nariz muchas dellas, cachondillas y dadas a la risela.

De suerte que, si, por una parte añoraba el tunar con la Gloriosa, la alegría de con mis paisanos estar y soplar, holgar y cantar, aventajaba con mucho la penilla de la añoranza dicha.

Torné, llegado el tiempo, a mi universidad, ya licenciado para seguir más altos estudios y volví, digo, lleno de vida y colorado de salud y presto a poner a mi tabernerilla en muy buenos bretes y a no dexar ronda, expedición, algara ni descubrición sin complir ni a la que negar mi

concurso, que ya osaba con el morbo y me atrevía con quien fuera.

Lo primero que hallé, de nuevo, en mi universidad de mi alma fué que estaba toda ella llena d'escolares saxonindios, ansí varones como damiselas y ya don Antonio tenía comenzados devaneos con algunas dellas y les había trabaxado la oreja con algunas rondas de la Muy Bullidora del Pizarrín. Y aquesto nos tenía muy abiertas las puertas destos corazones. Que todos los que exercen tunería sabrán qué encanto brilla en los ojos de las damas la prima vez que oyen trovas y tuna ven.

Conoscimos también a dos españoles que con los dichos escolares venían de lenguas: don Andrés, que enseñaba la castellana, y don Manuel. Eran ambos a dos muy gustosos del sarao y del canto, con mucho amor de España, acrescido con la ausencia y palabras de sus padres. Y, no podía por menos, hicimos con ellos muy buena liga, fructífera en holgares y ligámenes, en trasnochadas y potaciones y en donosos acaescimientos.

Los dichos, don Antonio y este pecador que escribe armábamos unos buenísimos saraos destos emparexados en los que, tras un rato de danza, van dispareciendo los danzantes de dos en dos y queda la música sola, sonando para nadie.

Conoscimos, de las damiselas, a muy curiosos elementos como aquella doña Nancy que era destas que derriten la cera a dos varas. Cuya era asaz arañadora y, en cierta agarrada, averiole a don Andrés la espalda que le saltaba la sangre por los cabezones y hubo de dicir en su casa que ferido lo habían en contienda deffendiendo la religión, porque no le hicieran sudar la camisa y el coleto.

Con ella y dos amigas suyas que se llamaban, o las llamábamos, a la una doña Juanita la Larga y a la otra doña

Tery, hacíamos, de los saraos antesdichos. copia. Iba don Antonio con doña Nancy, don Ferrán con doña Juanita y don Enrique con doña Tery y, como aquestas damas cuidan poco de alcurnias, danzaba en los saraos mesmos una su criada, malcasada y cachonda, la cual, no es porque me tocara a mí en suerte, estaba asaz de aprovechar.

Con estos devaneos y otro con una damisela germánica, descuidé un algo a mi consoladora y, para acabar de arreglarlo, fuése a vivir fuera de la ciudad a un lugar llamado Puebla Nueva de San Blas. Cada visita a saber, el ir y volver y el yacer no dilatado, me llevaban una jornada y, de palafrén, un cuento de maravedíes. Ansí que fuí espaciando, bien a mi pesar, las visitas a la tabernera y ella, como me tenía ley, entristecíase y como le dixera que mi flaca bolsa d'escolar no consentía tal gasto de ir a la visitar, ofrescía me dar lo que hubiera menester para el palafrén, de manera que me enternecía. Pero, a poco, engolosinado de chicoleos con las extranjeras damas, tornaba a la descuidar y ansí iba passando el curso.

Y en aqueste cambió el Maestre porque a don Manuel el Suficiente levantaron ciertas habladurías que, como no eran sino mentira podrida, no las digo y creyó mejor dexar el maestrazgo. Quedó, pues, la Gloriosa sin maestre y fuimos a votación en una de las aulas de la facultad y fueron de solicitantes un don Marco y don Agustín.

So la promesa de cierta expedición a las Indias, hicimos los primicerios bandería con el voto y sacamos Maestre a don Agustín que lo fué con el sobrenombre de El Yeti, de no mucho polimiento y asaz amado de pellejuelas y él las encantaba aún más poniéndose un pañuelo bermexo sobre la gorguera y un anillo de canto rodado en el dedo pequeño.

Ansí que, parésceme, no tuvo la Gloriosa buen cambio

pues la única tacha de don Manuel era el ser algo poseído de sí, parésceme que por ser hijo unigénito de sus padres y, para mí, el demasiado blasonar de sus amores que, como vivíamos vecinos, a mí tocaba aguantar muy largas cancamusas y prolixas de lo que le tenía dicho a tal o cual dama ya en prosa vil, ya en tercetos, ya en alexandrinos. Y era para mí exercicio de cortesía y de dominio de lengua callar mis cositas que, ya saben vuesas mercedes, las tenía.

Y por tenellas llegué a columbrar cuanta hojarasca puesieron los poetas en aquestos asuntos y las inquietas lenguas y parleras de los trovadores, como nosotros mesmos: y ansí lo vees cuando, hallándote biemencamado, árdete el estómago y no hallas manera de quitártela de encima y trasegar alguna pócima apaciguadora. O las otras veces, gozado que la has, en que darías cien doblas por tenerte a ciento y una mil leguas de la yacija, catre o piltra, nadando en alguna limpia agua y fría de secreto río o tendido en algún fresco prado de lexana sierra, viendo qué sendas caminan las nubes y qué cantiñas se trae la fontana que cabe dél nace y a su través discurre y no en aquellos sudores y escuridades.

Y bien veo que ido se me há el filo, que tractaba de los maestres de la Gloriosa. Don Agustín duró poco en el maestrazgo y vino tras dél don Ismael el Niño, llamado ansí porque tenía cara de anciano infante o de viejo mamón, no se sabía de qué. Era asaz avisado de los que saben barrer para adentro y sacar leche de una alcuza y fué unos destos que el Gremio de los estudiantes se saca de las mangas del xubón cuando le viene en gana. Dicía él de sí que tañía bandurria mas no se tiene noticia de que jamás nadie lo viera en tal coyuntura.

Durante su maestrazgo, disminuyó algo la Gloriosa en

número pues es destos que en la tuna quieren pocos y muy devotos.

Aquí, en aquesta época conoscí mejor a un don Luis, tañedor de pandereta, de muy buena pluma y misterio- sos entresixos, ca nadie sabe dicir dél si es apostólico romano, órfico, dionisíaco o adora el fuego, ni tampoco si es del emperador, o de las Comunidades o Germanías. Aqueste vino con la Gloriosa en la expedición que se hizo a Valencia, de la que ya se habló, siendo Maestre don Manuel el Suficiente, pero lo hizo de vergonzante, sin atavío, ni beca.

Con el dicho don Ismael, viose la Gloriosa asaz de veces en la puebla que llaman Corea, muy poblada de mesnaderos usanos.

Era asaz dado a levantar pequeñas partidas de tunos y a facer con ellas guerrillas, como una que llevó a la Escandinavia y de la que tornaron seguidos de los acreedores que les querían aliviar no menos de seis mil escudos.

Una destas chicas partidas truxo ella sola gran gloria a nuestra Tuna y fué la formada por él mesmo, don Luis, don Emilio, Maestre luego con el mote de El Erótico, don Madexón y don Gadea, del que ya se dixo que estuvo de mercenario con la tuna de albéitares y muy flaco a los embates de Morfeo. La dicha partida estuvo presente en una justa que hubo en la ciudad de Bristol en la Ingalaterra, tañó y estuvo en teatro y ganaron de galardón un placa de plata que les dió el "Sunday Times" y que tiene agora en guarda el Excelentísimo Rector, Cancelario o Maestrescuela de la Universidad Complutense que Dios guarde. Y dé la gloria que merescida tiene.

Capítulo XVIII

MAESTRE DON SOTOHERMOSO, SE BUSCA MADRINA Y SE URDE UNA EXPEDICIÓN A GERMANIA

Se fué don Ismael del maestrazgo, no sé por qué, y vino tras dél otro llamado don Sotohermoso, llamado El Epicúreo, que era de desenvueltas maneras, muy buena voz, reir agorero y encandilado del maravedí.

Muy pocas veces tiene abastanza de andorga de suerte que hallarás su gracia si, engullendo cabe dél, le ofresces algun bocado de tu pitanza.

Buscó una Madrina, destas españolas de las Indias, llamada doña Isabel, con la cual hubo la Tuna unos saraos de inolvidable memoria, que Dios se lo premie y, desotra parte, nos consoló la escarcela con asaz buenos hierrines.

En este tiempo se comenzó a urdir una descubrición de Germania y esso porque, quien más quien menos, había tenido sus ratos de holgar con damiselas de aquel país y tenían gran predicamento como inocentes de ánima, suaves de cuero y generosas de sí.

Empezamos, pues, a recabdar para nos ir, empleándonos en diferentes modos, y al fin se alzó el pendón en la plaza de Colón, cabe de la possada del Ave Fénix, una madrugada.

Se hicieron las salutaciones matutinas, parésceme que

con aguardiente, y eximos con ánimo alegre para atravesar Castilla en procura de la tierra de Vizcaya por do pensabamos passar al reino de Francia.

Passamos, pues, Burgos y Vitoria y rescebimos de los gobernadores unos viáticos y potaciones que nos fueron dados con muy buena cara.

Fué el primer sitio que llegamos la ciudad de Tours, do acuñan las libras tornesas, de buena disposición.

Vino la hora de ir a la yacija y fuése la mayoría, mas don Armando y el que esto escribe cogitamos que era muy más arreglado hacer sortida a catar el pampaneo nocturnal desta ciudad, ansí que nos ataviamos de beca e de golilla y nos fuimos a correr las rúas.

Demandamos a un corchete, sabese que, por andar en su persecución, son ellos los que más conoscen destas cosas, do hallaríamos holgaderos o tabernas o mesones o contentaderos o lugares de gente alegre, cantora y amigable e díxonos una calle do, a uno y al contrario lado, había de tales lugares y hacía ella meneamos los zapatos.

Dubdabamos do entrar y lo ficimos en uno dellos de música salida por la puerta, tañida de artificio.

Era el dicho contentadero de alargada hechura y en él, ansí mesmo alargadamente dispuestos, había hasta veinte mesas, vintiocho tusonas, trece ethiopes, dos franceses, ocho moros, cinco mozos, dos mozas y toneles, botellas, fumos y velones. Y, otrosí, los olores de todo lo dicho, a saber, espliego, jazmín, orines, vino, alcohol y madera con otros de que no me vino el viento.

Assentamos don Armando y yo a una mesa y demandamos flúido y nos lo truxeron con otras cosas que no teníamos pedidas; quiero dicir dos casquivanas de no mala fación y tan encuerados como limpios y carnados brazos

y paletillas con las que, conformándonos a nuestro hado, comenzamos el devaneo.

Era la que a mí me llegó en suerte de más aventajada edad que la de don Armando, sin llegar ninguna a los veinticinco.

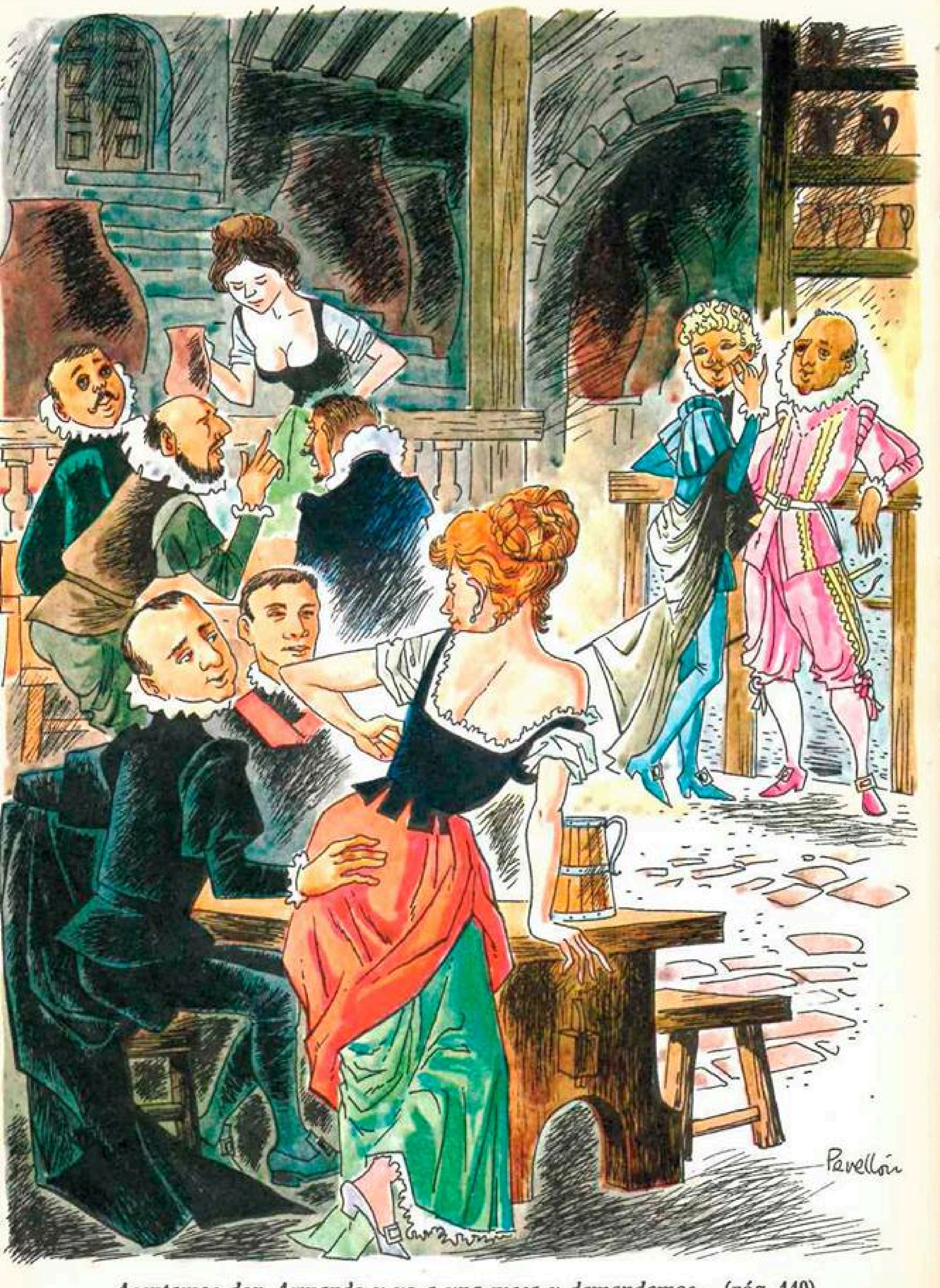
Y comenzamos el trasiego, la danza y el otear el contentadero.

Aunque tenía a la cariñosona que tocado me había muy embebecida y me urgía a con ella possar, me dió la flor de galantear a ojo a otra que, a su mesma vez, estaba haciendo obligación con un toscano. De suerte que la casquivana me buscaba a mí, yo buscaba a la otra, aquesta al toscano y, entiendo yo, que el toscano andaba tras de algunos de los ethiopes que en el contentadero había, de manera que no nos concertábamos a facer responsión amantes y amados y que, finalmente, harta mi casquivana de mi desvío, fuese, la que a mí me llenaba el ojo, el ethiope y el toscano concordaron y salieron los tres juntos, sin saber yo qué arte de concordato habrían hecho, y quedeme hambriento con haber tenido tan a mano el alimento.

Y esto porque tengo la tacha de que no siendo avaricioso de oro, ni ganoso de glorias, soylo en demasía de amores, en cuya parte tiene lugar, como en todo, aquel dicho que dice "Avaricia rompe el saco".

Después, en aqueste mesmo lugar, quísome comprar una gorda el honor, por dineros, mas pensando que, no bien soltara amarras me envolvería, negué el concurso. Y pensé después que, al menos, debía haberle preguntado en cuanto me apreciaba, que siempre es de enseñanza saber cuanto vales para los demás. Otrosí que, como tuno medular, que soylo, remuérdeme la conciencia cuando dexo alguna experimentación sin complir.

A buen seguro que en aquella ocasión hubiérame aba-



Asentamos don Armando y yo a una mesa y demandamos... (pág. 140)

xado el orgullo por la menguada merced que ofrescido me hubiera. No tengo sino recordar que a don Xulio, que es el más galano mancebo que la tuna tuvo, le ofrescieron ciertas damas inglesas que desbarcaron de una nao en Niza, una libra tornesa por ósculo. Visto él y visto yo es mi parescer que no hubiera sacado más de un maravedí por un yacer y ósculos a caño libre.

Tunamos algo en aquesta ciudad al siguiente día peroque sólo por la mantenencia, ca andábamos presurosos en procura de París y, mayormente, de Germania.

Passamos, pues, con premura, los campos de Francia y, mirándolos, llegué a saber por qué nuestra España, que colmó Dios de bellezas y pobló de gentes esforzadas, es flaca de riquezas. Aquellas planuras de regalada labra y los ríos cabdales como los mesmos mares y aquestos, los nuestros, campos corcovados y ríos entecos con los cuales si te lavas los pies no riegas las fabas y viceversa.

Y con aquello pensé cuán necessario es que acrezca nuestro ánimo en la contrariedad que natura nos puso y no hagamos della cuenta, pues ¡Qué contescido habría si Hernán, en aquella ocasión de Otumba, en lugar de luchar hubiérase dado a la muchedumbre de los enemigos que, tanta era, sólo ventoseándolos hubiera acabado con don Hernán y los suyos?

Con aquestas meditaciones y differentes tragos de los franceses que no son vinos malos pero sí baxos de vigor y algo alzados de precio, llegamos una mañana a París que es gran ciudad y de la que se sale pensando en volver.

Capítulo XIX

DE LA CIUDAD DE PARÍS, SUS DANZAS, GRACIAS Y PAMPANEO

La ciudad de París es, en su hechura, como cuasi todas las de la Europa que son algo viejas. Quiero dicir que tiene una parte hecha a la buena de Miguel y la otra con el entendimiento y aquesta última es de las más fermosas y mejor dispuestas que vide.

Es París, aparte de capital de Francia, capital de lo desusado y allí encontrarás, cada vez que vayas, alguna cosa nueva sea en atavíos, sea en danzas, sea en cantares.

Y aquella mi primera vez en París era lo nuevo una danza que llaman *tuis*. En toda la taberna, mesón o contentadero, cuando menos se cate el soplador, entrarán o ya estarán dentro, dos o más danzantes deste tuis que paresce danza para desgonzados y lo danzan de la siguiente manera: plantan ambos pies en el suelo y, sin moverse un punto del lugar del comienzo, comienzan a se hacer mojigangas y vanse el uno hacia el otro y el otro hacia el uno como rixosos y tornar atrás como si se aguantaran, cerniéndose muy mucho de las caderas, no sólo las mugeres peroque también los hombres. De suerte que, al que los mira, paresce una *spetiosa fornicatio* que diría San Joan Crisóstomo.

Aprendimos el dicho danzar, ca es muy arreglado para

aligerar andorgas del mucho trasegar y aduana para el ligamen con las damiselas francas. Otrosí, es de recomendar para los que andan en procura de notarías o de alguna prebenda dese tenor, cuyo estudio no les dexa lugar para ir a la caza, ni a correr cañas ni a ningun otro exercicio del cuerpo de lo que se viene que les engorden en demasía las nalgas y enflaquezcan los remos y de cacumen.

Danzan aquí también, más que en ningun otro sitio la danza del *strictim* que vimos en Ginebra, que es una próspera invención pues, por vella, se despuebla a las vegadas nuestra patria. Se danza, digo, mucho y bien y hay sitios donde las danzaderas piden al bebedor que las descorchete él mesmo y en otros en los que hay siete u ocho dellas y estan de continuo encuerándose. Y en un sitio tal se me ocurrió pensar, viendo cómo salían de tan differentes naciones desde rusas a ethiopes, y atavíos, ya de pastora, de labradora, de moza de mesón y etcétera que, sean lo que fueren y de donde fueren, es su común destino el mesmo: encuerarse.

Olvidé decir a vuesas mercedes la grande abundancia de tabernas, mesones y holgaderos de toda laya a los que van asaz de fermosas damas y damiselas sin recato ni cuido de vieja alguna y en ellos, cuando llega la ocasión, se cantan canciones potatorias muy donosas como aquella de los caballeros de la Mesa Redonda y otras que, maravilla es, la cantan las más encopetadas, como la que comienza:

Les filles de Camaret
se disaint toutes vierges
mais quand elles sont dans mon lit
elles preferent tenir mon vit
qu'un cierge

y sigue luego:

Mon mari, que fais-tu lá
tu me perces la cuisse

y dese tenor que bien se vé que no son canciones para novicias.

También es de ver cómo, en calles y plazas, tabernas y burdeles y aun en la mesma universidad, no víamos sino negros ethiopes y tártaros amarillos y todos coidaban vestir a la francesa, asaz polidos y remilgados.

Y dixo don Antonio que los dichos ethiopes y tártaros eran solicitados más que ningunos. De una parte porque las francesas, o, por mejor dicir, alguna parte dellas, hanse cansado de amores, de tanto usar, con cristianos y aman a estos de defuera de la Cristiandad y cuanto más defuera mejor, otrosí, porque tiene la tal gente las bolsas más grandes y plenas de toda Francia y en tercer lugar porque, de los cafres y ethiopes lo dicen, tienen más de lo suyo que nosotros de lo nuestro, por lo que las damas les son falagueras. De lo primero doy fé porque vílo, lo segundo díxomelo don Antonio y de lo tercero nada puedo dicir y Dios quiera que nunca lo pueda dicir. Amén.

Como en toda ciudad grande hay en Paris asaz de sarasas y, no podía por menos, nos contesció un acaescimiento con tales animalitos. Entramos todos a tomar ánimos a una tabernilla tan chica como bien alhajada y dimos panderetazo con lo que llenamos la pandera de monedillas. Determinamos, pues, facer y mesmo convite y asentamos a una mesa. La tabernilla ya dicho queda que se era asaz pequeña y tenía muy poca luz, que no habría más de dos o tres velones con unas pantallicas verdes que no dexaban la luz passar.



Vido el corchete que vido, al tornar la vista arriba... (pág. 148)

Pedimos que nos truxeran bastimento y alguna vela, velón o quier cosa que fuera a dar luz y nos dixeron que no tenían más aparatos que los que allí se vían brillar, maravillonos y dixo don Manuel:

—Bién va, ca no es mester luz en siendo el vino bueno, curado el magro y los galillos expeditos.

En lo que todos acordamos comenzamos a trasegar desto y de aquello y no nos dimos cuenta, entre el tañer y el ingurgitar, de que en aquella estrellada tabernilla no había que hombres con no usados atavíos.

Y nada hubiera passado a no comenzar uno dellos a conversar con don Ferrán que, no queriéndole hacer descortesía, respondía complidamnente y, más aún, tampoco hubiera acaescido nada si el dicho no comenzara a querer palpallo, con lo que don Ferrán, rodeando el brazo, enviolo a la otra parte del aposento do quedó mohino y descompasado. Y todo el concurso quedó callado como muertos.

Passó un espacio y sobió la escalera otro archipisaverde con más colgantes que rucio de molinero y pestañoso más que la madre que lo parió.

Y desque nos vido, andaba remoloneando y haciendo visajes en nuestro derredor, sin quitalle nosotros ojo por lo que suceder pudiera.

¡Catense vuesas mercedes que fué a dar ansímesmo en don Ferrán!

Y este, quemado de nuestras burlas, alzó las trusas y dióle tan gran puñada que acertó a sacallo por la ventana y quiso su perra suerte de aquel día que, al ras de la calle, estuviera un corchete de la ronda, con la pica derecha para arriba, ca estaba de palra con una coima, y que sobre della cayera de nalgas.

Vido el corchete que vido, al tornar la vista arriba, la aceituna que en el escarbadientes se le había ensartado

y quedó de piedra y nosotros más o menos, más bien menos pues en un breve instante, con el revuelo, nos pusimos fuera de la tabernilla todos los de la cofradía, antes de que tuviésemos que explanar lo que acaescido había, que los juristas y los de la justicia hablamos en dos maneras: nos con la lengua, ellos con el palo. Otrosí, que bueno fuera vernos en tal faena usando la francesa.

Luego, viendo cómo el sodoma había rescebido su fin, pensé cuán verdad es aquel dicho que dice: "Do está el vicio está el perjuicio".

Con estas algaras fuimos conosciendo cómo era París y lo mejor dél es que están todos los escolares en un barrio juntos, el que llaman Latino que rodea la Sorbona y llega hasta San Germán de los Prados. Y es bien fermoso ir de taberna en taberna sólo viendo gente de tu mester y edad, alegre y abierta. Y eso que aquí, como ya quedó dicho, hay en demasía gentes de payses extraños y de infieles ansí como de unos que llaman existencialistas que son devotos del que dicen el Sastre, a los que por el olor conoscerás, que no son proclives a la ablución de parte alguna de sí. Y, para acabarlo de arreglar, se ayuntan en tabernillas chicas y arcanas y allí sudan, soplan y sahúmanse al tiempo que, como los mesmos turrisebúrneos, se trasiegan de boca a oreja, las palabras escuras.

Como en Alexandría, hay aquí un museo llamado El Louvre, donde tienen muy buenas cosas que no es deste lugar dicir, pero sí diré que hay un retrato de dama de un pintor toscano y van ante dél todos los que por aquí passan y luego cuentan dél maravillas:

"¡Divina sonrisa, a fé mía!"
"Misteriosa apostura, insondable ademán!"
"¿Dama o doncel?"

Y desa suerte dicen y escriben y hablan y lo que te rondaré morena. Y, entre vuesas mercedes y yo, porque no estoy tras de prebenda ni beneficio, oso dicir que no sé qué ven en tal retrato que bueno es, más otros hay mejores y, desotra parte, la dama que representa a mí me paresce destas que, por mentecatas, no osan dicir, ni reir, ni aún mirar y tiene apostura de sandia y risela de mema. Y Dios quiera que aquesto no me cueste la vida.



Capítulo XX

DE COMO PASSAMOS A FLANDES Y SE LLEGÓ Y TUNÓ, BREVEMENTE, BRUSELAS

Pensando en cuando tornaríamos a París, salimos dél y tomamos el camino de Flandes para luego ir a Germania.

Como el espacio es corto, en breve tiempo nos llegamos a Bruselas y nos hospedamos en un mesón de la mocedad católica que está en no sé qué calle, dexamos los avíos y nos fuimos a tunar la ciudad aquella noche que había de ser la única que allí posáramos pues era nuestro fin llegar en el menor tiempo a la Germania.

Salimos, que otros se quedaron durmiendo, don Miguel, don Xavier, don José, don Ferrán y el que esto escribe y encaminamos nuestros pasos a la Plaza Mayor, do están las casas de los gremios que son grandes, bien puestas y con los frentes dorados. Y pendones en las ventanas.

Y hete aquí que, cuando andábamos mirando todo aquello viendo do se hallaría el asiento del holgar, la bufa y las casquivanillas se nos acercó un caballero de agradable continente y, maravilla fué, dixo en puro castellano:

—Buenas noches, caballeros, tendré grande placer en convidar a vuesas mercedes, que conozcan las cervecerías flamencas que son de cierta manera.

Y, echando delante de nosotros, nos fué guiando hasta una grande que en unos de los lados de la plaza estaba.

Era aqueste gentil huésped licenciado en medicina por la Complutense y, como físico, conoscedor de lo que a la mocedad es conveniente de manera que, antes de que nos tomáramos cuenta, nos vimos asentados ante de unas jarras de media azumbre y unas lonchas de jamón que parescían cartas de marear, abrigadas de pan y manteca y comiendo a dos carrillos y a más que hubiéramos tenido.

Las jarras do bebíamos tenían un artificio que, cada vez que las levantabas para empinar el codo, tañían una musiquilla.

Aprendimos la musiquilla y don José, que ansí se llamaba el dicho, nos demandó, aunque mejor lo sabia él que nosotros, si queríamos mudar de sitio que los fuéramos conosciendo, los que en la ciudad valían la pena. Como somos flacos, otorgamos y nos mudamos a otro lugar que se llama Internacional y cuyo amo es asaz diestro en conjugar bebidas como aquí el que llaman Pedro Chicote. Allí le dimos unos cates a las pócimas y, como nos vido que estábamos comidos y alegres, le paresció bien y a nosotros excelente, el ir a redondear la noche a cierto holgadero con ministriles tañedores, buenos vinos franceses y cachondillas de buen catar. Y allí consumimos la noche que fué de las mejores que he tenido y tendré.

Y viendo la gentil compostura de don José y la generosa mano y la honda conoscencia de lo que a los escolares gusta y conviene y necesitan o con lo que huelgan, en un relicario que yo llevo puse un aviso para que no olvide las maneras deste caballero cuando mi mocedad haya passado.

Al final de la noche fué él al Mesón del Amigo do

possaba y nosotros tuvimos que llevar a don Ferrán en volandas que estaba un algo alicorado. Y, como no consentía en que lo lleváramos hube de hacer teatros:

—¡Ah!, don Ferrán mi amigo, sostened a aqueste vuestro compaño que, tanto trasegó, no puede tenerse en pié.

Y entonces íbase a me sostener y so capa deso, lo sostenía yo a él, y con aquestos fingimientos conseguimos llegar a la piltra cuando la gente de la basura comenzaba su trabaxo.

Gustaría de volver a Bruselas que es la gente gentil, y el estar alegre. Aparte de la dicha plaza no tiene sino la catedral de Santa Gúdula, que no es de las mejores.

Salimos desta ciudad y nos fuimos a la frontera de Germania para ir a dar el cuerno a la ciudad de Munster que era nuestra primera estación.



Capítulo XXI

DE LA LLEGADA A LA CIUDAD DE MUNSTER; DE LO QUE ALLÍ HUBIMOS Y DE LO QUE, POR ANSIOSO, PERDÍ

Es fermosa esta ciudad, con más huertos de viciosas flores que casas y un laguillo en el centro que da frescor, si falta hiciera.

Aquí tañimos en un teatro que nos prepararon nuestros compaños y llevó todo muy buen discurrir.

Conoscí, a poco de llegar, a una tal doña Irene y gustome por redondilla, risueña y de alzadilla nariz y, por lo mesmo, de fácil ósculo, ansí que comencé a galantealla con finos modos, hícele un par de entradas fogosas e pluguiéronle.

Tras de nuestro tañer, aparexaron los estudiantes desta ciudad un buen sarao, con cervezas, danzas y cantos y en el discurso dél, magüer tuviera a doña Irene a punto de caramelo, namoréme de una doña Mónica que hablaba nuestra lengua. Era aquesta como de treinta muy bien empleados en gracias para encantar el ojo y paresciome que me hacía buena cara. Comencé, pues, a descuidar a doña Irene, olvidando el ya dicho refrán de que más vale páxaro en mano que coz en la horcaxadura.

En fin que, llegado el momento de danzar me fuí con

doña Mónica, mientras que doña Irene lo hacía con un don Ricardo, lansquenete que se había venido con nos desde España. Tentaba yo de llevar a efecto aquel desideratum de "sopas y sorber" y en tanto danzaba con doña Mónica no dexaba de lanzar saetas de ojo a la otra.

Y de poco me sirvió tanta prevención. Llegó el momento y fuese ella a los brazos de don Carlos el Cuatrero y quedé yo mohino y solo.

Y me dígome ¿Aprenderé alguna vez? ¿Seguiré cayendo en la mesma avaricia de amores que me tiene perdido?

En aquesta ciudad don Sotohermoso, con el cante y la risa agorera, hizo ligamen con una cachondilla que había estado en nuestro concertado concierto y la convenció de que era necesario de todo punto que ficieran conoscimiento y, como es marrullero, dicía no tanto porque él hubiera deseo sino por lo conveniente que a la muchacha le sería tal conoscencia. Aquesto dicía el taimado.

Y la doncellita estaba convencida, mas no consentía porque vivía con una su abuela que la aguardaba siempre hasta que tornaba a recogerse. Argumentaba don Sotohermoso que cuasi todas las agüelas son sordas, y juraba que la suya más que ninguna, y asaz frágiles a los embates del sueño, que, valiente gusto tiene el hermafrodita olímpico, les acomete tanto sentadas como de pié. Convencióse la casquivanuela ¡Qué fermosas casquivanuelas, qué gran consuelo dan, cuánta caridad hacen! y fuese con él hacia su casa.

Llegaron a ella e díxole la muchacha por señas que vivía ella en el piso de arriba y su abuela tenía el aposento en el de abaxo, que tendrían que passar y que, passado

que lo hubieran, no tendrían cuido alguno de que la vieja los catase.

Comenzaron a sobir las escaleras con tanto tiento como podían, mas don Sotohermoso, como es pesado, hacía más ruido del que les convenía a la buena execución de sus asuntos.

Passaron el primer piso y creyeron a salvo se por lo que, antes de entrar en el aposento, comenzaron a se hacer alegrías, carantoñas y un si es o no es de refocilamiento y, ellos en aquesto estando, como le hiciera don Sotohermoso cierto barbilleo a la moza dió a ella risa que no la podía tener y con ella dispertó la anciana, asomó a la escalera en hábito de bruxa y comenzó a les hablar en una fabla que es la más dura de la Europa y que le dicen alemana es, además, endiablada y, como la hablaba muy depriesa, don Sotohermoso que sólo sabía la palabra *cartofen,* se sobresaltó por temor de corchetes y echó escaleras abaxo con más priesa que tiento, perdió pié y, en cuatro tumbos amanesció en la calle, sentado en sus piedras, molido como farina.

Tornó la vista atrás y alcanzó a ver a la vieja que le hacía ademanes de que tornara, y con ello le acresció el pavor de nupcias forzosas o venganza de familiares. Y es maravilla cómo se mueven las piernas fuyendo de coyunda en pos de libertad.

No acabaron aquí sus desventuras, sino que llegó al mesón do la Gloriosa possaba y, como era destos que cierran porque los mancebos no extravíen, a hora temprana, fué a entrar por do lo hacíamos todos, a saber, una ventana, mas, como es aventaxado de vientre, por más que esforzó, no pudo poner entre la fría noche y su delicado cuero las paredes de la possada y aún hubo de dar gracias de que pudo sacar el mondongo del marco

y baxarlo del alféizar y no tuvo que quedar allí hasta el amanescer, medio dentro medio fuera. Y la passó junto al río que cerca corría, a cuya orilla lloró amargas lágrimas, compuso algunas endechas que el agua se llevó y perdió el calor que le dió su cachondilla.

Y he oído dicir, que no sé si será cierto, que, a corto espacio dél, durmió don Pacho que, ofuscado de potaciones, no hallaba la ventana para se guarecer. Y no se apercibieron hasta la siguiente mañana.

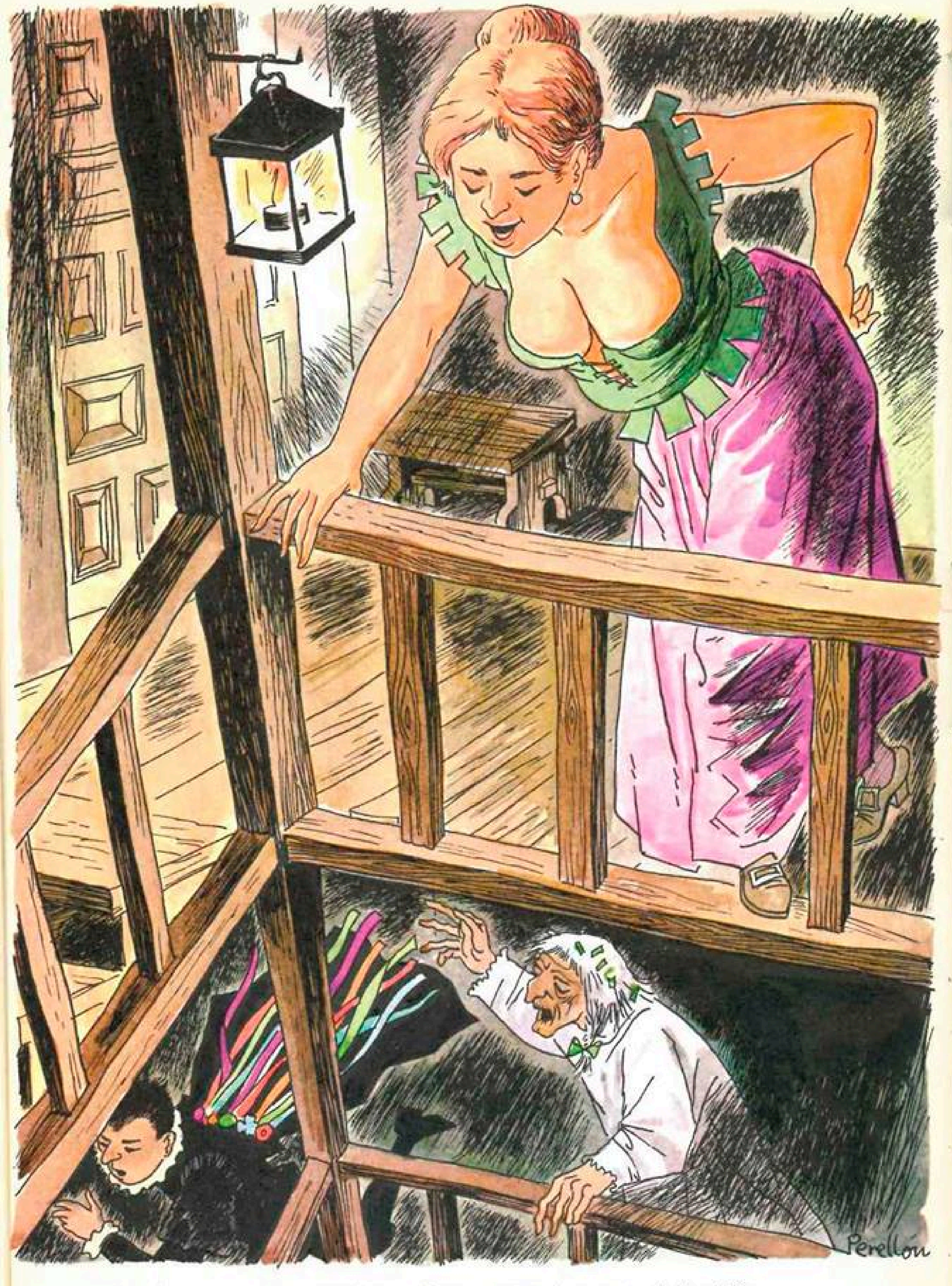
A todos nos plació aquesta primera ciudad de la Germania. La vimos bien dispuesta y cortés.

Nos llevaron a la casa del Concejo y nos metieron en la sala de capítulos y allí nos tuvieron a dos velas, que alumbraban un Cristo, y el burgomaestre nos dió un buen discurso aunque asaz largo, pues nos contó cómo allí se había hecho una paz en la que de por pocas nos dexan a los españoles encueros y que le dicen la de Westfalia.

En venganza desto tomé yo la palabra y le estuve hablando cuanto quise, pintándole muy por menudo las bodas de mi abuela y la manera como se arrancan en mi tierra las cebollas y todo lo que me vino al caletre. Con aquesto holgó asaz pero no acabó de darnos vino. Que Dios se lo haya perdonado.

Cuando ya nos íbamos desta ciudad, la damisela de don Sotohermoso vino a lo visitar y le dixo, que por qué había fuído con tanta priesa, que la su abuela no dicía sino que entraran a refocilar al aposento, no fueran a coger allí una pulmonía.

Desto se sigue cómo deben los tunos saber lenguas, cuantas en el mundo se hablen y más que fuesen a inventar. Y el saber lenguas no es tan difícil como paresce pues que, sin ser llano, sabida la primera van las demás como soga tras caldero. Pues es la cuestión amaestrar la



...y echo escaleras abaxo con más prisa... (pág. 156)

lengua, que sepa meterse en los dientes, baxar al garguero, subir a la narria, retorcerse y todo lo demás que Dios no pensó que una lengua pudiera facer.

Tras ir por el campo unas leguas passamos el Rin, río cabdal, surcado de naos con toda cosa, carbón y fierro sobremanera y que se cruza por un puente de fierro de dos zancas que es maravilla el vello.

Por él llegamos a la ciudad de Colonia de la que hablaremos a seguido ansí como de los contesceres que la Gloriosa hubo en ella.



Capítulo XXII

DE NUESTRA ESTADA EN COLONIA, DE SU CATEDRAL Y DE COMO DON ARMANDO TOPÓ MARICAS Y LO QUE CON ELLOS LE AVINO

Llegamos, pues, a la ciudad de Colonia, de fundamento romano, y fuimos a engullir al mesón que tienen los estudiantes para tal fin y, como bebíamos agua, nos miraban como a trasgos, que ellos, con la comida, no bebían sino cerveza o leche.

Corrió la primera parte del día en differentes cosas hasta que se llegó la hora de ir al teatro que nuestros compaños habían aparexado, y en él hubimos buen tañer. Al final una damisela española que allí estudiaba dió unos pasos de danza y se quedó con la gente, ca era graciosa y se llamaba doña Isabel, amiga de cierto amigo mío, don José Luis que andaba, como yo, en procura de Notaría.

Tras del teatro, como acaescido había en Munster, nos pararon los escolares un sarao en una nao que estaba en el río y allí consumimos la noche, yéndonos a la piltra a hora de la aurora, aunque no con ella.

Y en esta primera noche nos passó el primer tropiezo con los mesones desta ciudad.

Y contesció que fuimos aquesta primera noche a cierta possada grande, de buena traza y guarnimiento de vidrios

y mármoles y de toda cosa menos de vino que no había traza. El ventero era de mal rostro y no paresció placelle nuestros atavíos de españoles y, a mi saber, comenzó a nos urdir la mañana de jugárnosla para el siguiente día.

Subimos a nuestros aposentos, dexamos nuestro avíos y nos fuimos al sarao que ya quedó dicho. Como la venta era destas que cierran a cierta hora, dexamos una ventana abierta y luego, cuando tornamos, nos fuimos entrando por ella, sin más dilación ni ruido alguno.

Pero héte aquí que, amanescido el siguiente día, cuando no habíamos la mayoría hecho sino caer, rendidos del holgorio, en los catres, cuasi nos despertó el son de trompetas y atambores tañendo la diana. E pensamos los que estábamos en disposición de pensar, que algun cuartel había cerca y ansí recurrimos a meter las orejas so las cobixas, aguardando que cessaran en el estruendo, pero que no cessaban, antes bién venía cada vez mas cerca y se escuchaba más fiero hasta que conoscimos que estaba allí mesmo y, a poco, se abrieron las puertas y entraron unos malencarados esbirros y dicían:

—"Guter morguel."

Y aquesto quiere dicir en lengua germánica "Hala arriba" o "Alevanta". Y de los nuestros ni uno movía un dedo que, quien más quien menos, no llevaba dos horas en la dulce compañía del catre.

De mi parte, pensé que errado habían la puerta, pues nosotros no habíamos dicho que nos llamaran a hora ninguna, que no estamos locos para alzar el espinazo a tan desusado tiempo. Como salieron, pensé que tomado cuenta se habían de su error.

El caso es que los hideputas tornaron tiempo después

con los mesmos desaforados gritos y denuestos, que nos pusieron a todos a parir y comenzamos a acordarnos de sus familias y se oyeron allí más venablos que en pelea de gañanes. Se retiraron segunda vez y tornaron la tercera con la mesma cara que la primera vez y agora dando gritos de "Guau, guau" que quiere decir "fuera, fuera" y al tiempo comenzaron a sacar nuestros sacos de viaje al corredor y la mayoría no podíamos, aunque ya dispiertos, los resestir que, de velles las caras y oílles los ladridos dimos en reir que no nos podíamos tener. Y sólo don Pedro, de la tuna de los albéitares que venía de mercenario, baxó de la litera presto a les sobar el morro, con lo que los esbirros que se eran tres dieron en fuir. No embargante quería el dicho ir tras ellos a les medir las costillas, que no se fueran de vacío, mas le argüimos los demás que no tal hiciera pues nuestra lengua, el lansquenete, mucho nos había encargado que y lo dexáramos bién y, otrosí, los españoles tenemos cierta fama de gente de gresca y lo que acaesce es que siempre nos andan buscando las cosquillas.

El caso es que, como pudimos, nos alzamos y salimos de allí y, viendo al salir la cara o, por mejor dicir, jeta del mesonero, que la tenía de satisfacción, pensé que debíamos de haber arrasado aquello de alto en baxo que la fama al menos sea merescida.

Luego pensábamos a qué arte de sitio fuimos a parar. Unos dicían que era monesterio, otros que madriguera de cátaros o de alguna otra laya de herejes esquinados enemigos de España y de la religión verdadera que buscaban quebrantarnos, sabiendo cómo éramos los tunos los más firmes sostenes de una y de la otra.

Y, para avisos de viajeros incautos, diré que se llama aquesta possada Kabronenherberge-Köln y lo que tiene de

grande el nombre tienen de largos los cuernos del possadero. Saludos a su muger.

Pero no pararon aquí nuestras experimentaciones con las possadas desta ciudad. Visto por nuestros amigos el desastrado fín de aquella noche nos llevaron a otro lugar que está en mitad del campo a unas leguas de la ciudad.

Era el ventero aquí de noble fación, lo que dionos tranquilidad pero Dios tenía dispuesto que no dexáramos nunca el sobresalto.

Estabamos todos en el zaguán aguardando que se nos señalase el aposento, cuando el posadero llamó a nuestra lengua, que ya quedó dicho que lo era un don Ricardo, lansquenete de Bavaria, y le dixo algunas palabras con lo que quedó suspenso y parésceme que dubdaba en nos las dicir. En fin nos dixo:

—Bueno, agora dise el senior possadero que pora sobir a las vuestras dormideras debedes facerlo con los pies desnudos como es usado en aquesta venta o possada.

Restamos quedos, abierta la boca y los ojos salidos, sin saber qué camino tomar y ansí hubiéramos restado no sé hasta cuando a no soltar don Pedro gran risa, con lo que todos lo miramos e dixo con sonora voz:

—Descalzo me hé, salvese quien pueda.

Y se sobió fuyendo escaleras arriba como alma que lleva el diablo.

Fué aquello como dar la voz de "A las uñas, cabo López" que quedose el zaguán con sólo el ventero y don Ricardo que, sostenidos entrambos, tentaban de resestir el viento que de los calzados venía. Lo que no sé si conseguirían.

Es el caso que aquella noche dormimos como príncipes y alzamos a la hora que nos vino en gana, como debe ser con personas que son de otro pays y tienen differentes

costumbres. Y dimos todos gracias a Dios de que allí les hubiera dado por tan inofensiva locura, menos para las narices de los coitados que passaran el zaguán.

Expliconos nuestra lengua que aquello lo facían porque íbanse allí a guarecer caminantes del campo, como boticarios de yerbas, que van con calzados rudos o enlodados lo que nos cumplió la curiosidad y nos afirmó en lo que pensamos: que en Germania hacen las leyes y, hechas, olvidan para qué las hicieron y las aplican como Procusto su catre a los desgraciados viajeros del Atica.

Que la ley sin excepción es *summa iniuria*. Y esto traeme a la memoria de cierto monasterio de España do rescibieron a damiselas extranjeras que venían a horas desusadas, en olor de mosto y muy acompañadas de galanes en el mesmo olor, otrosí, que no gastaban ropa demasiada lo que daba asaz escándalo a las muy envueltas madres. Pues las monjas, con ser monjas, se dieron cuenta de que no habían de les empecer que complieran sus cosas como en su pays le solían y ansí lo consentían con todo dolor de sus corazones.

Y tornando a lo que estábamos diré que el que quisiere buen dormir, tranquilo y reposado vaya, en Colonia, al lugar últimamente dicho que se llama Die Gañanenfreunde Kendenich-Köln.

Salimos, descansado que hubimos, a tunar las calles y nos fué bién, que ansí es la vida, una de cal y otra de arena. Y en cierto figón, llamado Hanchen Braterei, tras de tañer y hacer la siega, nos invitó el patrón a comer lo que había que era pollo tierno, más que doncella quinceañera, y firmamos además en el libro que para huéspedes de honor tenían. Con ello se vió que el dicho patrón tenía conoscimiento del mester de tunería.

También quiero contar aquí cómo don Armando halló maricas y lo que con ellos le avino.

Estábamos en cierto mesón trasegando cerveza cuando don Armando conosció a cierta cachondilla carillena que le hacía buen semblante y ansí determinaron de consuno ir a cierto mesón a dar un concierto de catre, que es de lo que se trataba.

Nos fuimos los demás a seguir el tunar por cierta calle que corría parexa al río do hay gran cantidad de bebederos y holgaderos de differente laya.

En esto don Armando estaba con su carillena, díxonos después, y paresce que no llegaron a concertar, por hache o por be, de suerte que don Armando, dexándola, se salió a la calle a buscarnos. Estuvo en tal intento vagando una gran pieza y, como no lo lograra, dexó las nalgas en un poyo de piedra que le descansaran y, a poco de estar allí, se le acercaron dos pisaverdes que conosció ser maricas y comenzaron a dalle conversación y él, por oíllos, a seguirsela. Y dixéronle que si era gustoso de con ellos ir a vaciar unas medidas en una taberna que no lejos de allí se encontraba.

Pensó y determinó seguillos sin descuidar el pomo de la espada por si hubiera de cortalles la iniciativa. Y confióse más viendo que la taberna no era como la de marras de París, do acaesció lo de don Ferrán, sino que era grande y llena de luz y aun había unos corchetes que soplaban con las espadas sobre la mesa y las picas arrimadas a la pared.

Sentaron los tres a una mesa y, a poco, vinieron otros dos de la mesma ralea y comenzaron todos cinco a pedir de differentes bastimentos de comer y beber con lo que don Armando pensaba: "Ahí me las den todas" y meneaba dientes y muelas cuanto mejor podía. Y eran asaz come-

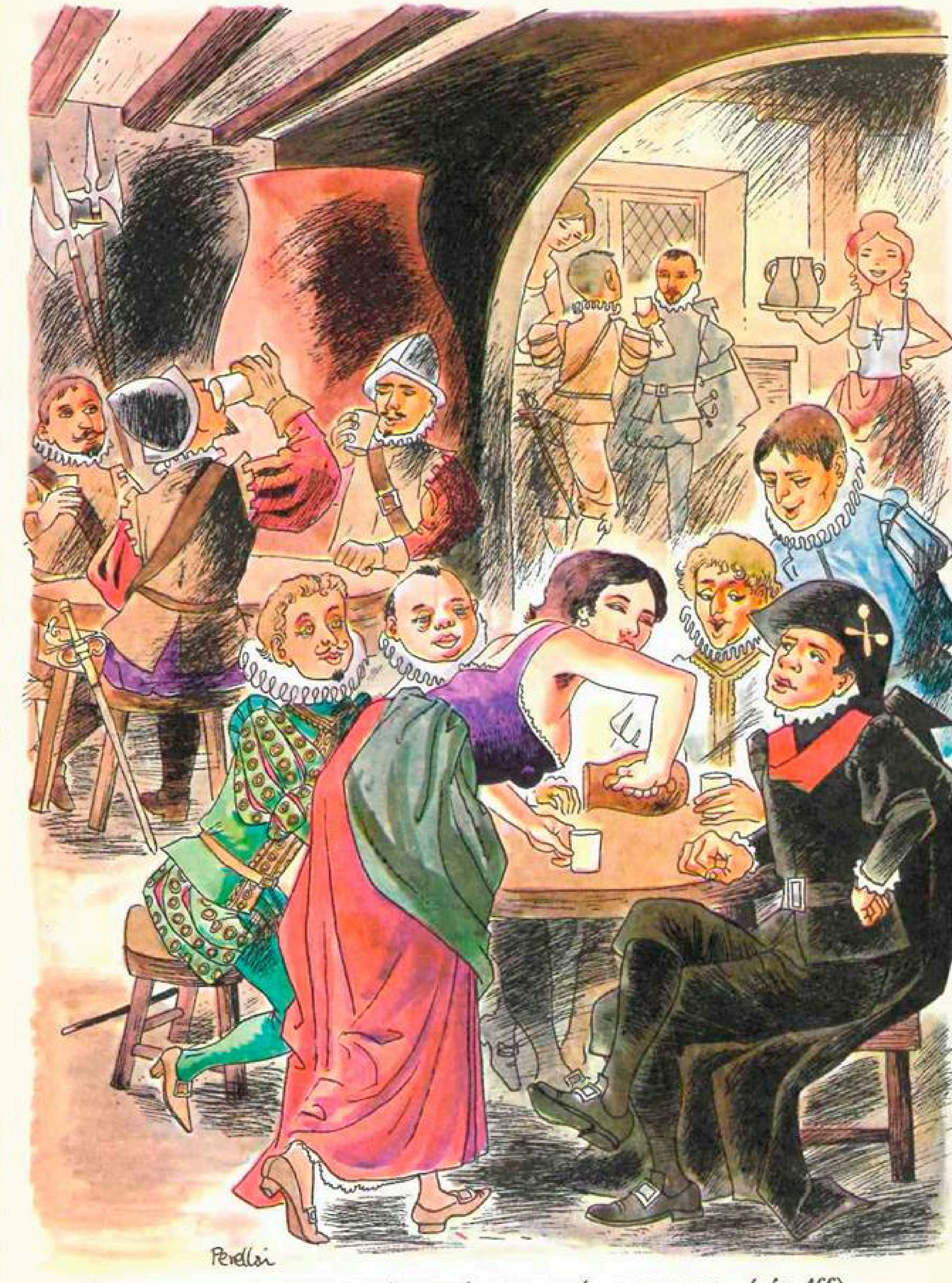
didos. Y, al mesmo tiempo, don Armando no dexaba de considerar cómo la moza que los servía era una fermosa moza, sonrosada y saliéndose la mocedad por encima de la camisa, de modo que, discretamente, no perdía viaje de la doncellita y vido por do iba a traer las provisiones a los parroquianos. Ansí, una de las veces, a pretexto de hacer aguas menores, salió tras della y se la encontró en el corredor y quedaron en encontrarse de allí a dos horas en la calle de atrás, cuando ella hubiere finado su quehacer.

Asentado de nuevo a la mesa, comenzó a pensar cómo se encontraba sin un maravedí y a dalle vueltas a la pelota, buscando de dónde.

Pensó finalmente y contó a los sarasas que estaba apurado por la falta de lo necesario, que sus compaños eran idos y dellos estaba perdido, que no sabía donde estaban y, en tanto les liaba allí los enredos de don Armandil de Trapobana, dexó, como al desgaire, el bigornio sobre la mesa, con lo que los sodomas comenzaron a soltar algunas piezas, que es maravilla como todos los que a esta hermandad pertenecen tienen de llena la bolsa y de dispuesta. Y, los infelices, se miraban contentos pensando que comprado habían lo que deseaban y don Armando, por los entretener les danzó una pieza la pandereta y fizo otras monerías hasta que llegó la hora de hacerles la mejor.

Vido como la moza se retiraba de sirvir y se aprestó a salir en su seguimiento. Recogió lo que en la montera había y, cuidando de poner rostro de mentecato, lo guardó; passado un momento dixo que iba de nuevo a sus necesidades, lo que no extrañaron que es la cerveza líquido asaz meante.

Saliose don Armando a do la doncellita lo aguardaba y fueron a cierto mesón lexano paraa complir ciertos exercicios que son muy convenientes en la edad moza.



...como la moza que los servía era una fermosa moza... (pág. 166)

Y, ellos en aquesto estando, los sarasas, unos a pié y otros a caballo, andaban buscando a don Armando por la ciudad corridos y furiosos.

Y todo esto lo llevó a efeto don Armando sin saber palabra de la lengua germánica. Que es de ver qué despabilados mancebos cría la Gloriosa en su alegre regazo.

En fín, que fué nuestra estada en la ciudad de Colonia asaz adestradora porque, además, vimos una de las más fermosas catedrales que labrado ha de la mano del hombre pues, dexada su buena labra, está toda su nave limpia de capillas y capilluelas de tal suerte que, con un solo golpe de la vista, la abarcas toda y se te corta el resuello, lo mesmo que cuando miras, muy propincuos, unos ojos claritos y limpios y un poquillejo amorosos.



Capítulo XXIII

SE SALE DE LA CIUDAD DE COLONIA Y SE LLEGA A LA DE BONN QUE ES AGORA CAPITAL DE LA GERMANIA Y VAMOS A VISITA DEL EMBAXADOR DE ESPAÑA

Salimos, pues, de Colonia y fuimos hacia Bonn que está a corta distancia, por lo que llegamos en breve tiempo.

Usan agora aquí germánicos la capital, ca tienen la parte de Germania al otro lado de cierto río los tártaros, que han fundado allí otro reino.

Es pequeña la ciudad pero bien compuesta y de dilatados espacios en sus calles, tiene universidad y en ella tañimos para la mantenencia.

Nos rescibió aquí el embaxador de España, que lo era el Marqués de Bolarque, asaz polido y cortés. Holgó grandemente con nuestra afinación que, dixo él, no es virtud fácil de hallar en la tunas y es que la Gloriosa no descuida cosa alguna por dar fama a España y su universidad. El caso es que recuerdo al señor embaxador, en tanto tañíamos, dar al dedillo, a guisa de batuta, como quien manda una orquesta.

Al fín del concierto y el trasiego y la conversación, dionos el marqués un viático de cien marcos de plata y, lo que más nos gustó, una caja de vinos de España, con la que passamos una fermosa jornada de los años de la ba-

talla de Lepanto. Que, el que más y el que menos, teníamos las andorgas como cuasi parturientas de trasegar tanta cerveza.

Dionos, otrosí, entre tantas una botella deste vino que llaman champán y, como no víamos la manera de lo repartir, determinamos el Maestre y el que escribe, que iba de Vicemaestre y Contador Mayor, lo beber nosotros mesmos, en pago de los sinsabores y trabaxos que el gobierno de la Gloriosa y Muy Andariega, pero también Sopladora y Muy Traviesa, nos traía. Como el vino dese modo es espumoso, da cierto ruido cuando se abre y no sabíamos cómo bebello allí en el vehículo, sin que los demás se tomaran cuenta. Y lo hicimos ansí: nos fuimos a la parte de atrás del dicho vehículo don Sotohermoso, don Jose Antonio el Encuerado y el que esto escribe y, una vez asentados en tal lugar, comenzamos, por encobrir el taponazo, a cantar a desaforadas voces la trova "Clavelitos" que, de tan trovada, da vahidos, angustias y ansias de muerte a los tunos veteros cuando se tañe, de suerte que nuestros compaños tornaban hacia nos los rostros y mirábanse los unos a los otros como dubdando si estábamos en nuestro juicio. Y luego como a los otros se les había agotado ya la alegría báquica y estaban medio adormilados era curioso de ver los de delante como en funeral y los de atrás risueños y canoros como ruiseñores.

En aquesta ciudad de Bonn nasció uno de los músicos más famosos de Germania y aún del mundo que se llamó Bethoven y fuimos a su casa a la ver y visitar pero como cobraban cinco marcos de plata pensamos que mejor era imaginarla, otrosí que muchas veces en estos lugares contesce que lo que te muestran es de una tía del famoso o de su abuela porque lo suyo se quemó o peresció en una casa de empeños.

Como aquesta ciudad es de sosegado estar nos dixeron que si querríamos ir a cierto pueblo cercano que llaman Königstein, do tenían entonces sus fiestas y diximos lo que ya se figuran vuesas mercedes, de suerte que salimos de Bonn y llegamos y desfilamos en una procesión de ministriles tañedores, danzaderas, ediles, paxes, damiselas, corchetes y garambainas con pieza de añafiles, trompas, timbales, caxas, albogues, pífanos, caramillos y otros tururús.

Ibase todo aqueste cortejo al castillo que domina la puebla en cuyo lugar, en los patios de armas, había armadas copia de tiendas para el trasiego y el engullimiento y, otrosí, en las poternas y soterráneos del mesmo castillo vídose luego cómo iban los unos con las otras e las otras con los unos a desfacer tanto condumio con differentes exercicios de no muy pío discurrir.

En una destas idas y venidas halleme solo y vino a demandarme chicoleo una muy grande dama que con uno estaba y que dexolo, digo yo que al ver la beca bermexa que como tuno de la Gloriosa me señalaba. Y víme solo allí, dexado de mis compañeros y acometido della y como había trasegado tanto que fablaba germánico y hasta tártaro no resistí mucho espacio de modo que me hallé con ella en una poterna, so especie de llevarme a ver la obra y aparexo del alcázar. Y do fuimos a parar había muchos otros que allí estaban con la mesma, peroque la conoscerían a palpo que uno que quiso encender la yesca lo descalabraron y allí se estuvo dando ayes sin que lo acorrieran ni los padres trinitarios.

Quedó la valquiria contenta de mi labor y yo algo quebrantado y nos separamos en buena armonía. Luego me envió por la posta una cinta para la capa que, como algunas otras que me habían llevado algún trabaxo, perdí en no sé cual celebración nocturna.

Compuse a ella unos versos, por recordar luego todo aquello, y río cuando los leo. No sé si a vuesas mercedes les acaescerá igual, por si ansí fuese aquí tienen su comienzo:

Valquiria fermosa y rubia
como los rayos del sol
llevásteisme a la poterna
a do no quería ir yo.

Escura la estancia era
escuro era el corredor
os conozco por el palpo
por la vista cuasi no.

Y como hay pocas cosas que termine no están estos versos completos, porque hay cosas demasiadas que piden atención y los versos son, la mayor parte de las veces, buenos en su comienzo que es cuando se te vino a las mientes y luego, lo que sigue, es peor, por forzallo al metro y la rima con que comenzaste.

Della perdí toda cosa y sólo recuerdo que era rubia como cuasi todas ellas y de nombre Inge como la mayoría de las damas germánicas. Por eso, si a España viniere, como han dado en hacerlo las damiselas de su nación, que me cite en lugar escuro y ansí puede ser la conozca.

Digo, en fin, que la dexé aquel día para ir a ver a mis compaños que no sabía do eran idos y quedamos que nos veríamos el siguiente día pero no se complió.

Hallé el primero a don Miguel, que era entonces de los tyrones, crasos o novatos, y que vido el cielo abierto porque andaba perdido ansí mesmo y, como no sabía aún que, vistiendo el atavío de la de Derecho, un tuno tiene

todos los caminos expeditos y todas las puertas abiertas, estaba un algo pesaroso.

Seguimos, pues, ambos a dos, buscando a los nuestros y nos encaminaron a un seminario, vacío entonces, do passamos algún tiempo hospedados con nuestros compañeros.

Tuvo aquí don Ferrán un acaescimiento y es que fué preso de Baco.

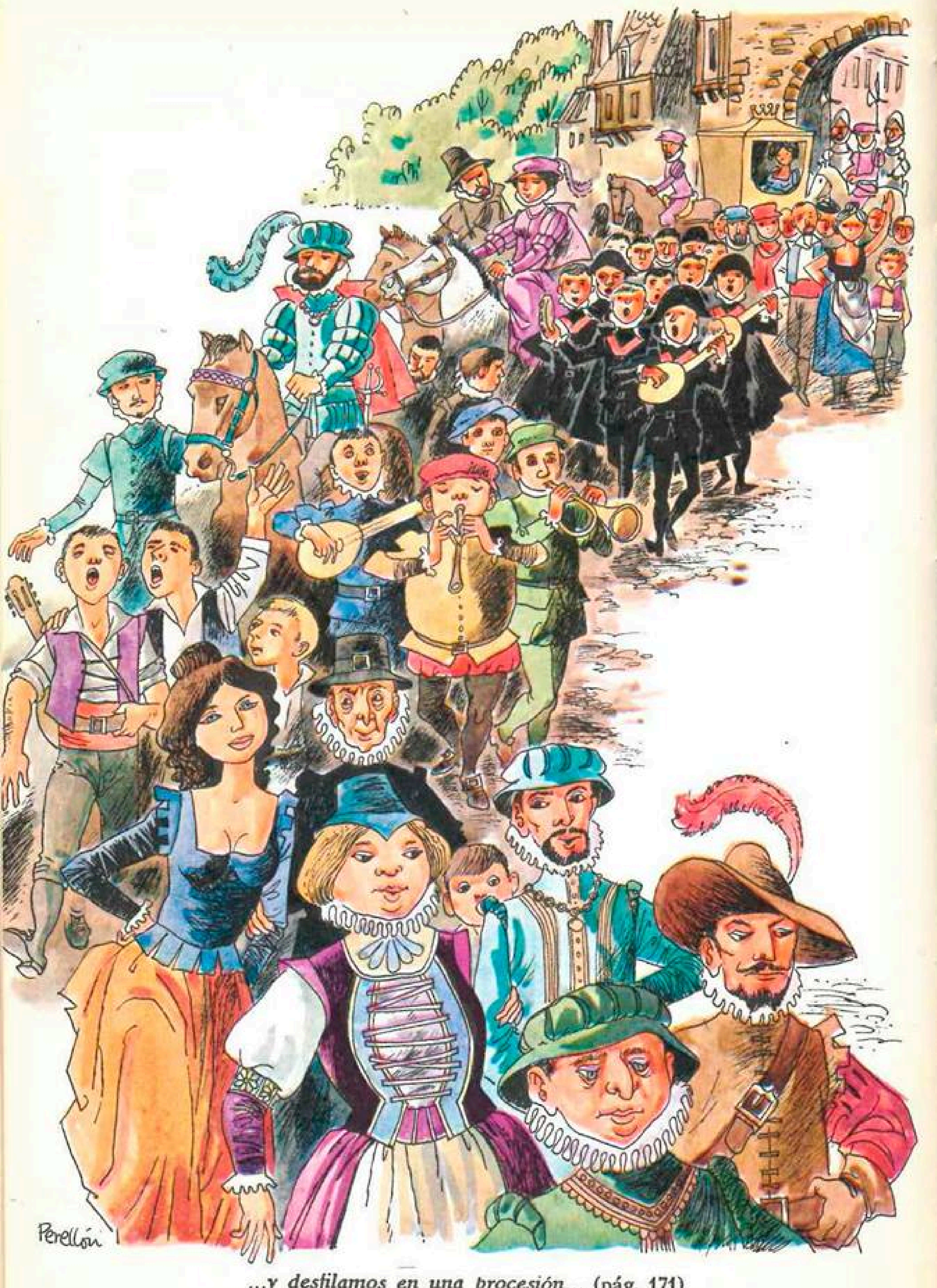
Como en el dicho sarao del castillo comenzaron a nos invitar a vinos y a cervezas, daba al dicho don Ferrán pesar de que ante dél passaran las jarras sin hacelles doblar la testa. El caso es que, pienso yo que por venganza, le hicieron las jarras a él el mismo hecho, de suerte que don Ferrán, perdido el seso, danzó primeramente sobre las mesas y luego tomole enamoramiento de cualquier dama que viese, ansí casada como soltera, germánica como saxona, y católica como hereje y lamentábase muy amargamente de no poder servir a todas las que en el mundo había. Entonces, don Xavier, que con él estaba, por broma, díxole:

—Ved, don Ferrán, que sóis de poca edad. Bien pudiera ser que, si empezáis agora mesmo, os dé la vida para realizar tal sueño.

Como lo oyó don Ferrán, que por la pena dicha estaba derramando lágrimas tan tiernas como copiosas, levantó del banco, dió un grande abrazo a don Xavier y contentóle:

—¡Ah, don Xavier, en los buenos consejos se conoscen los amigos buenos y agora mesmo comienzo, que mañana es tarde!

Y sin más disquisiciones empezó a osculear a todas las del contorno, lo que displació a un marido y a dos o tres damas, pues que no demandaba licencia, sino que caía



...y desfilamos en una procesión... (pág. 171)

como alcotán sobre dellas, lo que fué causa de sobresaltos algunos.

Cuidaba don Xavier de aplacallo, mas no lo podía lograr y como cada vez era mayor el escándalo determinó dalle con qué dormir y, con el dolor de su corazón, dió a don Ferrán una gran puñada en la quixada y lo echó en brazos del hermafrodita olímpico, que lo mesmo rescibe hombres que mugeres. Como lo viera un germánico, no sabiendo que cosa contescido había, creyendo que era traición de compaño, dió sin más dilación otra puñada a don Xavier y lo echó a una cuesta abaxo. Como lo vieran otros que andaban buscando pretexto para calentarse, entraron a la parte y, en menos de lo que lo digo, se formó allí una florida gresca, florida en palos, puñadas y todo lo demás. Con el ruido acudió la ronda y, a no ser porque vieron los atavíos de la Gloriosa, habrían dormido en la trena todos los del tumulto.

En fin, que, sin queriendo, formaron don Xavier y don Ferrán un hermoso auto. Y lo podríamos llamar sacramental por lo que allí se repartió.

Por aquesto, el Maestre, el Vicemaestre y el Contador Mayor, que lo era el que escribe, acordamos que don Ferrán pagara treinta marcos de multa por el desaguisado.

Y, en eso se vé el corazón de la gente, reconosció don Ferrán su culpa con toda humildad y se comprometió a pagar no bién pudiere.

Que es todo cuestión de medida o mesura. El vino es bueno, que Noé no era lerdo y fué lo primero que inventó cuando cessó aquel aguacero del que le vino el horror al agua, que no la podía ver de allí en adelante. Eso dicen las Escrituras.

Porque es de considerar el vino qué buena cosa es, cuando se guarda la compostura con él. Si don Ferrán

cuando llegó al punto en que se le pusieron los ojos alegres no hubiera seguido adelante o, a mayor abondamiento, no passara del momento en que, con grave rostro y clerical entone, comenzó a cantar aquello de

Mihi est propositum
in taberna mori

todo hubiera discurrido graciosamente. Porque el enamoramiento que don Ferrán sintió es una de las virtudes más señaladas del vino: que la más horrible del mundo paréscete Afrodita y sientes que la amas sobre todas las cosas del mundo y la deseas más que el Paraíso. Y no es flaca virtud aquesta, ca, veces hay, en que es tormento para el varón cortés que alguna dama, por buena voluntad que en servilla tengas, no te diga cosa alguna al corazón ni a la sangre. Y no mayor caridad se le puede hacer a una destas que mostralle amor.

Y, siguiendo un breve espacio con el tema que la casualidad truxo a mientes, ¿Qué decir de la lengua, de su soltura y disposición con el vino? ¿Pues, y la pluma? Corre ligera y caprichosa y escribe palabras que quizá no comprendes pero, si consigues leer, son alambicadas y extrañas y muy bien traídas. Que ya lo dixo cierto despabilado escolar: *Tales versus facio quale vinum bibo.*

Y, ya que alabamos la virtud de la mesura, no desmesuremos elogios y siga la relación.

Salimos de Königstein para Haidelberga no sin que don Ferrán, don Pacho y don Xavier hicieran una breve algara a Francfort, de la que si algo me contaran ya sabrán vuesas mecedes.

Capítulo XXIV

DE CÓMO FUIMOS A DAR A HAIDELBERGA, MADRE Y FLORÓN DE LAS UNIVERSIDADES DE GERMANIA

Terminado que hubieron las fiestas de Königstein, eximos del pueblo y, tras de una breve siega en la ciudad de Stuttgart, nos fuimos hacia Haidelberga, con toda priesa, que todos estabamos ansiosos de llegar a esa universidad.

Hállase la ciudad orillas de un río que llaman Nécar, de bueno y magestuoso discurrir y las colinas que el río parte están cubiertas de verdura que no se alcanza a ver la tierra.

Mas, con ser la ciudad de buenos aires y acogedora, si bien algo brumosa, y tener un gran castillo, es lo que más prestancia le dá el tener una universidad famosa en toda Germania y en Europa, luminaria de saberes y de las más antiguas, aunque no tanto como la nuestra de Salamanca que la aventaxa en algo más de un siglo.

Es la ciudad fermosa y amable de todo punto y no digo sus moradores, que, con dicir que son en su mayoría escolares, dicho hé lo que mejor dicir puedo de nadie.

Aquí nuestros hermanos nos hicieron gran agasajo. Tañimos en el Aula Magna de la universidad, el que entró a oirnos pagó un marco de plata, de lo que salió nuestra

mantenencia los primeros días, y todos holgamos grandemente.

Como a todos plació el estar allí pensamos dilatar la estada y salimos los siguientes días a tañer y recabdar en los mesones y tabernas y en todos ellos nos rescibieron galanamente, ca entendían nuestro mester y nos daban cerveza a revientacintos, de manera que cuando finamos íbamos asaz tripones y no digo de cierto tañedor de bandurria que parescía dueña de a boca parir.

Y no de callar un acaescimiento y es que hallamos a cierto catedrático de la Universidad de las Canarias, llamado don Felipe, el cual llenose de gozo por hallarnos y vino con nos por mesones y contentaderos, holgando y bebiendo en nuestra compañía por todo lugar. Ibase con nos como uno más. "Rara avis" que hay de nuestros maestros que tienen como dura carga el serlo y te miran menos que a una caca senil. Y alguno paresce sátrapa o tirano, distante la mirada, orgulloso el apostura y con un algo de asco por tener que ir allí a enseñar su sciencia a díscolos mozalbetes. Desotra parte, más atención merescen los que no sean ansí, como aqueste don Felipe, o don Francisco, don Ursicinio, don Quintano, don Antón, don Leonardo o don Joan y los otros señalados que haya buenos que no la legión de los condenados.

Bién, el caso es que aquella noche la hubimos buena, buena y siempre la tendré en memoria.

En aquesta ciudad de Haidelberga, no podía ser menos, halló la Gloriosa los mejores ligámenes de toda la expedición. Yo bién lo procuré, mas, como la contaduría me daba muchos malos ratos, estaba de mal astro, con la pólvora aguada.

Fueron los principales los que hicieron don José An-

tonio y don Sáin de Urturi. El primero con una dama, que Dios la conserve, con la que dispareció el primer día de nuestra llegada a la ciudad y aparesció el postrero y, como ella se llamaba Eva, coligo que comieron la manzana.

El don José Antonio era bueno y muy reidor aunque un poco jaque y solías hallarlo en vivas carnes por los pasadizos de los mesones y posadas, so pretexto de abluciones. Contesció que la dicha doña Eva le dixo que no visto había cuerpo de tan buena conformación como el suyo y no digo a vuesas mercedes cómo cresció en él el ansia de lo mostrar.

Y nosotros, por tiralle de la lengua, le dicíamos:

—Vamos, don Jose, que, desque gozásteis a doña Eva creído os tenéis don Adán.

Y él contestaba muy dignamente:

—¿Acaso vos, caballero marrano, os bañáis con trusas y xubón.

Y con aquello holgábamos una pieza.

Y el otro ligue fué, como queda dicho, de don Sáin que hubo la más fermosa damisela que tuno hubo en todo el descubrimiento de la Germania, si bien la de don Jose Antonio le andaba a los alcances. De don Sáin no puedo dicir lo mesmo, a saber, que comieran la manzana, pues el ser navarro le traía siempre el ánima suspensa de no perder el Paraíso, pues sábese que los navarros, noventa de cada cien, tienen sitial señalado en él sin más mérito, procura ni valimiento que morirse. Y agora más.

Aunque desto ya me comienzo a escamar, ca, estudiando los Fueros de Navarra, vide cómo, en dicho reino, tienen ansí mesmo fijos naturales como en las demás partes de la monarquía, contrariando mi creencia de que no se hacían fijos en aquel pays sino con licencia eclesiástica. Cosas veredes.

Tienen aquí los estudiantes unas cofradías, con sus banderas y casas, como si fueran tunas serias, y a una destas cofradías nos invitaron a una compañía de la Gloriosa.

Tenían muy buena casa y, dispuesto en la parte baxa, un gran salón para sopladero do nos dispusimos a les hacer los honores a ellos y a una buenísima cerveza que tenían para obsequiarnos.

Passamos allí una noche bebiendo como saludadores hasta que nos rompía la barriga y el que escribe, como es soplador de caldos del Andalucía, que con poco que bebas bastante llevas, y por tanto de chica andorga, vino un punto en que salíase por las orejas y rogaban los compaños alemanes que más bebiera y, estando ya apurado, recordó lo que los romanos hacían, fuese al excusado, se metió los dedos en el garguero y tornó vacío a la mesa y ya no hubo quien le rogara, que falta no hacía.

Tenían aquestos escolares, escritos en libros, todos o la mayoría de los cantos potatorios que son usados en la grey estudiantil y como nos dexaron uno a cada uno, cantamos con ellos toda la noche como mejor pudimos y supimos.

Queda por dicir que atendionos en aquesta ciudad una damisela estudiante, alta, de buenísima hechura, mirar claro, risa franca y larga, melenilla escura y corta y que se llamaba doña Sibila, que encantó a todos con su buena disposición. Cuando eximos de Haidelberga se le dexó de recuerdo un tunillo de alfar, aunque más de uno hubiera querido quedarse con ella en vez del muñequillo de barro.

Cuando salimos de allí estábamos en que iríamos a dar a Helvetia, saliendo a la ciudad de Zurich para luego seguir por las de Berna, Lausana y Ginebra para llegar al mar de Francia, pero el lansquenete dixo que sería bueno que fuéramos a su ciudad, que era Munich, capital de la

Bavaria, que allí hallaríamos con qué holgar y mantenernos. Como no hase visto tunos que nieguen ir a sitio que no conozcan, determinamos hacer tal viaje y ansí, dexando el camino de Zurich nos fuimos ciento y algunas leguas adentro de Germania a la ciudad ya dicha, que tiene universidad y es patria de los cerveceros y archidiócesis de la cerveza.



Capítulo XXV

SE LLEGA A LA CIUDAD DE MUNICH Y SE HABLA AQUÍ DE SU PAMPANEO, DEL LUGAR DO POSSAMOS Y DE LA DONOSA ESTORIA DE LOS CALZONES DE DON CENCERRO

En aquesta ciudad fuímos a possar, que lo tenían aparexado para albergar viajeros, a un castillo extramuros de la ciudad y estaban, aparte de nosotros, una lucida tropa femenil de bachillerantes, destas a las que natura acaba de dar las armas con que las de su especie nos truenan los sentidos y que no saben aún los estragos que facer pueden. Se alborotó tal tropa con nuestra llegada, mas decencia nos deffendía entrar nosotros mesmos en el alboroto y eso que algunas bien pudieran ser, según su compostura y hechos, que supieran más que cualquiera de nosotros.

Había también en el castillo un grande rebaño de papanduxas que entretenían los ocios de su edad en formar juegos de palma y patada, hábiles si que enfadosos. De tal suerte que don Armando, harto de las oir y ver, pidió a dos que le tañeran Carrascosa, saltó en comedio del corro y comenzó danzar la pandereta dexando las ancianas suspensas y maravilladas.

El caso es que, unas por tiernas y las otras por pasadas, con tocar en suerte cada uno a cinco mugeres, con nin-



El caso es que a las dos les dió tal risa... (pág. 185)

guna pudimos, digo, quisimos, holgar. Que conciencia o gusto nos lo empecían.

En aquesta ciudad contesció uno de los acaescimientos que nos dieron risa para algunas jornadas y fué lo que ocurrió a don Cencerro y a otro que agora no recuerdo con unas damas germánicas con las que hicieron ligamen.

Eran dichas damas de muy buen ver, tanto de rostro como de cuerpo y, a quien más quien menos, dábamos cierta envidia. Y digo aquesto último porque tuvo mucha parte en que luego fuera la risa mayor y más duradera.

Digo que ficieron ligamen y determinaron ir aquella noche a los aposentos dellas a complir devociones como es usado.

Y el don Cencerro, como se era poco ligante, andaba tan gozoso que enfadaba y hacía como si los demás no hubiéramos visto en nuestra vida muger ni supiéramos lo que es. Muy mucho se aparta de la verdad que si en expedición tunesca falta a veces, por descuido o defeto de previsión, municiones de quixada, nunca faltó de las otras cosas como vino y lo demás que me callo y aquesto último los tenía a algunos con los cintos floxos e la faz marrida.

Cuyo marrimiento no impedía que todos quisiéramos servir las damas, por creer que las serviríamos mejor que el don Cencerro y el otro. Pero, como aquestos sustentaban la mesma opinión y eran llegados primero que los demás, con ellos fueron las damas. Y fueron a casa dellas a holgar.

¡Más les valiera haber endosado la libranza!

Contesció que el don Cencerro, la anterior noche escribiendo a su familia con solas las bragas puestas, le escurrió de la pluma un chorrejo de tinta que le fué a caer en las dichas bragas, con lo que quedaron, en cuanto a limpieza, mal.

Llegó el momento del "strictim" y luego que la dama

le vido los calzones, tomole la risa que no se la podía tener y saliose del aposento y truxo a su amiga porque lo viera, que era de ver. Es el don dicho negro como cuervo, seco como sarmiento, gruñidor como guarro y de muy mala uva y, para acabarlo de arreglar, con lo que ya se dixo de las bragas.

Es el caso que a las dos les dió tal risa que no podían ni hablar y tan sólo dicían, de cuando en vez, dos palabras:

—¡Kein omo! ¡Kein ese!

Con aquesto se amoscó don Cencerro e, sin recabdar cosa alguna, salió descompasado del aposento y casa a la calle.

No acabaron aquí sus desventuras, ca, como había quedado en ropas blancas quiso su mala estrella que se cruzara con maricas nocheralgos y que ellos lo cataran, con lo que tuvo que andar fuyendo hasta la aurora dellos, pues, como olvidado había la espada en casa de las damas, no tenía su honor más defensa y amparo que la ligereza de sus piernas y ansí estuvo corriendo hasta que halló el mesón do possabamos, pidió árnica y espantamos a los sodomas con cantos rodados que descalabraron a dos al menos, vistos los ayes que se fueron dando.

Después deste acaescimiento, hubo trovador o juglar o tuno, que pudo ser, que compuso la famosa Trova de don Cencerro que comienza ansí:

Don Cencerro, don Cencerro
¡Qué mal servicio feciste
cuando de calzas e trusas
en Munich te desvestiste!

¡Ah!, coytado don Cencerro,
si no era limpio el calzón
¿por qué no quedaste a escuras
y no apagaste el velón?

Por tu culpa, don Cencerro,
hoy cantan las muniquesas
una trova que conoscen
belgas, rusas e francesas.

En aquesta ciudad fuimos también a tañer a la Universidad. Pararon las liciones y todos nos vinieron a escuchar y luego, cuando teníamos que irnos no querían dexarnos, tanto les plúgo nuestro tañer.

A la noche siguiente nos invitaron que fuéramos a una fiesta que daban en el Mesón Regina que es uno de los mejor alhajados desta ciudad y allí fuimos.

Y vimos allí una cosa que antes habíamos visto en Colonia. Andaba el que esto escribe cuitado por la necessidad de aguas mayores y vido cómo había, en la plaza cabe la catedral, un sitio para tal fin aparexado. Alborozose y fuese a él como el rayo. Y quedó suspenso. La puerta de cada excusado tenía un arte que no abría si no le dabas de comer una pieza de como seis maravedíes. Detúvose, fizo cálcul y vido que le saldría a maravedí el adarme lo que, descontado el asco que siempre le truxo tal faena, le paresció caro en demasía, con lo que determinó dexarlo para otro día, y esto no es extraño ni desaforado que acaezca en un sitio de todo el mundo, pero sí raro y rahez que suceda en un mesón que se tiene por bueno, como el ya dicho de Munich, otrosí que es poco caritativo que, cuando es una buena muger quien cuida de tales artes bien puedes suplicalle si eres pobre, pero al artificio nada le hace la súplica o el denuesto y reventar puedes que abrir no te abrirá.

Mas, como la Tuna es palestra de ingenios, pronto hallamos la manera de engañar la máquina, que engañar máquinas paresce trabaxo de defensa de la dignidad humana;

y es tal manera el entrar uno al tiempo que sale otro, sin que la puerta tenga lugar a cerrarse y, como desde dentro siempre es posible abrir, se abarata grandemente el producto. Y vimos luego cómo ansí lo hacían nuestros compañeros estudiantes de allí. Y dí gracias a Dios porque no se dexaran gobernar por artificios en tan baxo e ruin menester.

Y viene toda esta cancamusa a que en aquestos países urden mil y cien maneras de descomulgar bolsas lo que hace enfadosos en algunas ocasiones, que quisieran sacarte los dineros por resollar. Tomen desto nota los venteros y mesoneros de España que, agora que tienen tanto número de viajeros, no se dexen llevar de la cobdicia y quieran hacer granjería de toda cosa, se les eche de ver la avaricia y den asco al huésped.

Terminamos nuestra estada en Munich con una serenata que dimos por soldada, pues estando en cierto figón que hay cabe de una fuente y cerca del dicho anteriormente mesón, nos vinieron a buscar unos para nos demandar si holgaríamos en ir a le tañer a cierta dama con la que tenían obligación, Trudel de nombre, y concordamos. Nos llevaron a cierta calle silente y apartada, muy buena para serenatas y comenzamos a tañer. Fué una de las mejores que hemos dado y quedaron contentos. Cincuenta marcos nos valió.

Salimos, en fín, a la siguiente mañana de Munich y cogimos el camino de Helvetia a cuya ciudad de Zurich pensábamos ir a dar la sacramenta.

Aquí quedó nuestra lengua, el dicho don Ricardo, ca era su casa.

Capítulo XXVI

DE COMO VOLVIMOS A HELVETIA NUEVAMENTE, TUNAMOS LA CIUDAD DE ZURICH, LLEGAMOS A LA DE BERNA, TUVO SU DESENLACE EL DEVANEO DE DON XAVIER Y NOS FUIMOS LUEGO A OTRAS CIUDADES

Salimos, hecho lo que ya se relató, de la ciudad de Munich y en procura de la frontera suiza. Se hizo de noche el viaje y por montañas y lagos de escuras aguas y brillantes. Y mirándolos íbame yo pensando en qué fermosas son las damas germánicas. Y es que son la mayor parte dellas rubias y paresce como si las desta color fueran más inocentes que las otras, aunque sean luego todas iguales, y qué generosas de sí, magüer tuviera yo que venir a España para gozar desa disposición. Recordé también que la Germania, con ser país de fermosas tierras, resultábame enfadoso el no hallar, sino en pocos lugares, sitios libres de casas y gentes, de máquinas y de bestias domésticas. No hallar, digo, lugar en que te parezca que, si detienes el paso, te encontrarás a solas contigo mesmo, con tu pieza de cielo y tu ración de tierra. Tan sólo en el último trozo de nuestro camino, cerca de Munich passamos unos grandes bosques, aunque solos, polidos demasiadamente y como cortesanos. Como contesce con los castillos del Loira que jamás viéndolos pensarás que se ficieron para dar guerra

a alguien sino a maridos celosos. O, como dicía don Manuel, piensas encontrar, en lugar de barbados guerreros, a aquella damisela que llamaban Blancanieves con sus Siete Enanitos.

Y en estas cogitaciones, passado San Gall, llegamos a Zuricha, ciudad muy endustriosa que está al norte del país.

Llegamos por la mañana y buscamos do aliñarnos las barbas y bigotes y paramos el vehículo en una plaza. Fuimos a la dicha faena y, al tornar, vimos junto al nuestro uno lleno de viajeros flamencos que visto nuestro atuendo comenzaron a catarnos con más pasmo que discreción, sin poder encobrir su curiosidad, hasta que al fín uno de ellos, el que parescía más aterminado, vínose hacia mí e díxome:

—¿Nicht toreros?

—Kein toreros, studenten.

Y abrieron bocas tamañas, los tíos.

Y después de aliñados de barba, comenzamos a tunar la ciudad.

Está ésta partida por un lago y un río, como muchas deste país y esto porque están en un valle estrecho y son muy abundosas las aguas, de manera que los ríos que baxan de los montes remansan muy pronto y disputan a las ciudades la tierra.

Llegamos, digo, a aquesta ciudad sin un maravedí, que la descubrición de Munich, con su viaje de doscientas leguas, nos había sangrado la escarcela, por lo que determinamos dar a la guadaña. Y es que en la capital de Baviera no tañimos sino para nuestros compaños en la universidad y sólo pandereteamos en un mesón en que, como ya quedó dicho, mear llevaba un cuento de maravedíes.

Como en otras ocasiones en que urgían los dineros,

dividimos en dos compañías, por mejor batir la plaza, y salimos, capas al viento y el corazón latiendo so la beca bermexa, a ver qué cuanto se contaba las gentes de aquella ciudad.

Fuimos una de las compañías al lago, ca éramos de afición marinera, do había unas falúas que se alquilaban para pasear las aguas y en ellas pensamos que sería arreglado tañer y fructuoso.

Fuese la otra compañía por la tierra firme por ser, parésceme, menos osados. Peroque hallaron mejor logro, pues a los del agua comenzó a soplarnos el cierzo y no dió la gente en embarcar en las falúas antes bien se retraxeron a las tabernas y mesones a calentar el andorga con vinos y los cueros y pantorras con buenas fogaradas de brilladoras ascuas.

El caso es que, llegada la hora de la junta y convinium, llevaban ellos muy más contento que nosotros con lo que el Maestre comenzó a pavonear, ca fué él de capitán de tierra:

—A fé mía, caballeros, que la cagásteis, con perdón sea dicho, risas me dan de ver qué gran saco de dineros me traen, qué cornucopia de Fortuna derraman en las arcas desta Muy Andariega que no sé si podremos arrastrar con ella —diole risilla agorera, con lo que nos puso a parir—. No paresce sino, que, en vez de trabaxar mezquindades, estuvieron sus mercedes trabaxando mozas y rascando barrigas y palmeando nalguetas femeniles en lugar de parchear y rascar cuerdas, que es de lo que hoy se trataba.

Alargó el morro e dixo aún:

—Desto se sigue que no paresce justo que participen de lo que nosotros, los desta compañía, guadañamos. No caiga, aquesto —y mostró un bigornio lleno de dineros—

en las arcas desta Gloriosa, sino en las bolsas de los que hicieron correr la plata hacia aquesta marecillo bigornial. Digo.

—Dice y dice mal su merced —respondió don José, quitando a los demás la palabra de la boca— que nos tornó la espalda el hado con el cierzo, bóreas y septentrión. Y los otros vientos, de manera que aliena fué la culpa de venir tan descargados. Otrosí, que no es la tuna granjería de unos cuantos o provecho de los más afortunados, sino que es compartición de las malas y las buenas.

—No digo que no —contestó Sotohermoso— mas siempre que todos tengan el mesmo ardimiento en el tañer y no se abandonen a la molicie coydando que otros les sacarán las castañas del fuego y allegarán con qué haber mantenencia. A aquestos les llaman en mi pueblo, que es Madriz, caraduras.

Aquesto que dixo puso a don José a caballo de la cólera, ansí que, tomando el bigornio y dando vuelo al brazo, se lo estampó, a don Sotohermoso, en toda la jeta al tiempo que dicía con alterada voz:

—Aquí tenéis, don Sotohermoso, lo que tanto amáis, comed dél y que buen provecho os haga, que me paso yo a vuestros dineros, a vos y a quien los inventó por la horcaxadura.

Derramósele a don Sotohermoso todo el bigornio de los maravedises barba abaxo y por las mexillas, de manera que lloraba plata y babeaba dineros. Como si se le hubiera complido el sueño que desde niño tuvo de ser Creso o el Rey Midas o alguno destos que apalearon los cuartos.

Ante tales razonamientos convino El Epicúreo en había de partirse lo poco de unos y lo mucho de los otros y ansí se fizo y hubimos la fiesta en paz.

Tras deste acaescimiento tan exemplar de cómo se han de conducir en la tuna los asuntos del vil metal, eximos de la ciudad para ir a dar a Berna en la que ya habíamos estado antes como recordarán sus mercedes.

Hallamos la ciudad igual: las sus pinas callejas, su fuente del arcabucero, sus soportales y huertos. Fuimos ansí mesmo a nos hospedar en la posada de la vez anterior.

Allí estaban las mozas españolas de que se habló y aquella doña Berta que encascabelado se había de don Xavier en el anterior viaje a la ciudad. Todas, y los que regían la possada, que eran toscanos, nos rescibieron alegremente y allí no tuvimos impedimentos de horas, ni garambainas.

Con la llegada de don Xavier sintió la doña Berta que le renascía el amor que por él concibió y comenzó a ponelle cerco y él que, aunque de gentil apostura y buena fación, se era un algo lerdo, no passaba la libranza al cobro con lo que a ella se la llevaban los demonios.

Visto por don Jose Antonio lo que contescía pensó dar sebo al asunto que fuera adelante, ansí que lo primero que fizo fué llamar aparte a don Xavier y recriminallo:

—¿Vos creéis, señor amigo, que es de caballero tuno tener ansí la dama y dexarla a posteriores huéspedes? Catarvos, hermano mío, que no tan sólo sóis vos, sino que con vos sufre el prestigio de la tuna más amorosa que pisó los caminos del mundo, de la universidad y de la mesma España. Tan siento vuestra lerdez, que, si vos no acorréis la dama, tendré yo que dalle con que consolarse. Y no digo qué.

—Bien quisiera —contestóle don Xavier— tener la seguridad vuestra de que la dama está tan expedita.

—¡Voto al chápiro que colmáis mi paciencia!

Y fuése echando venablos y comenzó a urdir.

Y urdió, en una pieza de la possada, un sarao de poca ropa y ansí que don Xavier, a quien había llamado, comenzó a danzar con doña Berta salió con su dama del aposento y allí quedó don Xavier sin defensa en los brazos della. ¡Ea!

Luego estuvimos en Berna muy poco espacio, que ya quedó dicha que es en demasía tranquila para el gusto tuneril, y eximos hacia la ciudad de Lausana, orillas del lago, do estuvimos bañando el cuerpo con ciertas valquirias que, en una isleta de artificio, se refocilaban con labores propias.

En aquesta ciudad tuvimos ciertos dimes y diretes con los corchetes con lo que se vido la differencia con los de Berta y Ginebra. Fué que comenzamos a tunar en las cercanías del agua en un lugar que llaman Ouchy, y en estas, llegó un corchete y nos dixo que si queríamos ir con él a su cuartel. Como tan buen rescibimiento nos habían fecho en las otras ciudades en los cuarteles, holgamos grandemente con la invitación y fuimos tras dél alborozados, cogitando que tendríamos un buen rato.

Llegamos allí y hallamos en él un alférez malcarado que, tamaña nuestra sorpresa, comenzó a nos recriminar por tañer y cantar, lo que nos sorprendió, y empezamos a le dicir cómo en los demás sitios no sólo habíamos tunado, sino que habían venido con nosotros corchetes y alguaciles para que lo hiciéramos más llanamente. Y al dicho alférez todo se le volvía dicir:

—Oui, mais pas ici.

Y parésceme que si se hubiera seguido con el diálogo, caso de que hubiera merescido la pena hablar con leños, podría haber sido desta suerte:

—En Berna y en Ginebra son polidos e corteses.

—Oui, mais pas ici.

—Como sabidores, en Berna y en Ginebra, precian nuestro mester.

—Oui, mais pas ici.

—En todo lugar do fuimos nos rescibieron muy alborozadamente.

—Oui, mais pas ici.

—Gusta a toda gente de abierto entendimiento la música bién acordada.

—Oui, mais pas ici.

—Tiénese en todo el mundo a los escolares de universidad por flor de la nación y orgullo de la patria.

—Oui, mais pas ici.

Y desa suerte diciendo sin límite y ellos, él, por mejor dicir, contestando a todo lo que sobre amistad, gentileza, polimiento, sabiduría y todas las otras cosas que a las naciones cristianas distinguen, con la mesma frase:

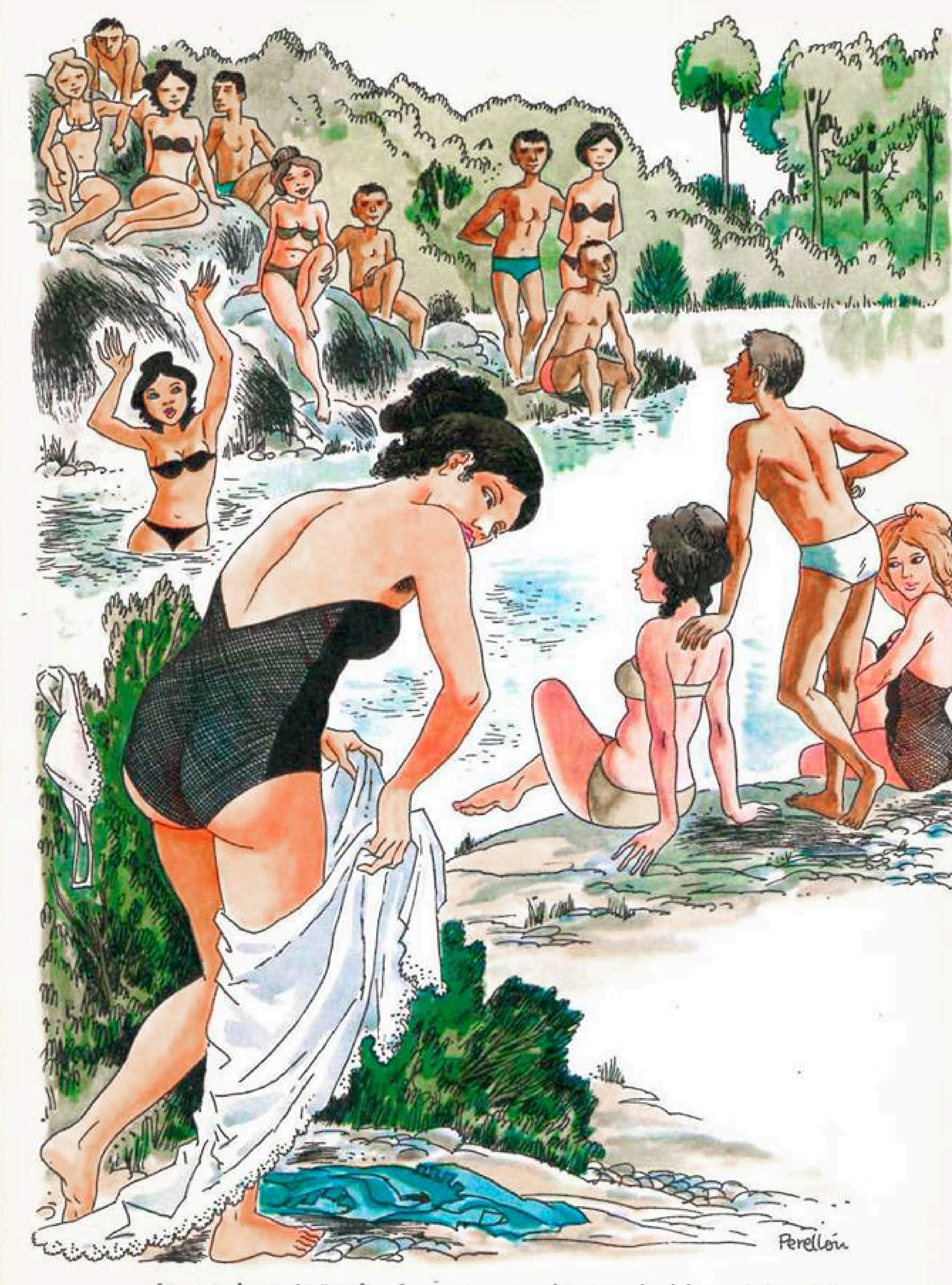
—Oui, mais pas ici.

Que Dios lo haya perdonado cuando le reventó la hiel.

Salimos del cuartel y holgamos con perdello de vista, dexamos el tunar y nos fuimos, como ya se dixo, a mojar el cuero con las valquirias de la isleta.

Y salimos para Ginebra a quitarnos el amargor con la galana compostura de aquella ciudad.

Fuimos allí a ver nuevamente a nuestro amigo el alguacil don Renato, del que no recuerdo si alguna vez hablamos, que era gustoso del holgar como pocos, dispuesto trasegador y muy dado a la música. Le llevamos, de presente, una botella de vino nuestro y, como es de generosa compostura, nosotros mesmos, en su compañía y la de su muger, nos lo soplamos. Eso son alguaciles y lo demás no son sino hideputas.



..do estuvimos bañando el cuerpo con ciertas valquirias... (pág. 193)

Luego salimos a tunar como es usado y hubimos muy buena noche y a una compañía que iba de retirada al mesón nos contesció lo que sigue.

Passando el puente que llaman de las Naciones, porque en él están los pendones de todos los países del mundo, y aún creo que de algunos que no existen, paró junto a nos una fermosa carroza y héte aquí que, en polido castellano, nos demandó, el que dentro iba, que do íbamos nosotros. Respondimos que a recogernos, que ya la habíamos corrido asaz bien aquella noche. Contestó él que si no seríamos gustosos de con él ir a trasegar una pieza más, para tener mejor entrada en el jergón.

Nos, flacos, acordamos en con él ir, acordamos en hacelle compañía y acordamos en subir con él a la carroza, que no nos gusta a los de la Gloriosa ser discutidores sobre ciertos asuntos.

Era nuestro anfitrión licenciado en leyes, parésceme que por la de Barcelona, de nombre don Mariano de Brualla y de origen del Reino de Aragón, partidario del Justicia, y llevonos, de primera providencia, a una tabernilla a tomar viáticos para el comienzo y luego fuimos a dar a un sitio que llaman el Clu 59. Clu es en lengua inglesa lo mesmo que mesón peroque á él no entran sino los del gremio dél.

Es el tal sitio de sosegado estar, con música mansa y ninguna risa. Parésceme que, magüer fueran ricohomes, non hay quien ría tras pagar, uno sobre otro, docientos escudos, sí, cincuenta doblones, por una chica botella dese aguardiente que llaman chisqui. Y eso pagó por nos el licenciado, ca no era bolsa dolida.

Nos contó que había estado cuando pandereteamos en el Möven Pick, cervecería muy fermosa que siempre visitamos, y que estuvo explanando, a los que a él había

cercanos, qué cosa éramos los tunos, adornándonos de todas las prendas que le vinieron a la imaginación.

Tras deste lugar fuimos a otro más alegre, más risueño, lleno de casquivanuelas y seguimos allí el sople, si no fué un don José Luis, invitado que truximos de la Muy Hospitalaria tuna de Zaragoza, que allí cayó vencido del chisqui y hubimos de ponello, en un breve vuelo, en su cama. Nos rogaron allí que tañésemos y lo hicimos, no sé si bien o mal, ca teníamos los dedos muy cansados, los estrumentos con algunas cuerdas rotas y el cuerpo molido. En fin, ya pueden imaginar de que traza estábamos para determinar la retirada a dormir. El caso es que tañimos, haciendo honor a nuestro mester que ansí es de excelso, caritativo y sacrificado.

Cerraron luego los contentaderos, pero, como se nos había espantado el sueño, ninguno queríamos ir al catre ansí que, de consuno, determinamos entretener el tiempo hasta que fuera la hora de tornar a abrillos por la mañana y estuvimos paseando en la carroza hasta la hora dicha. Durante tal espacio estuvimos en sabrosas conversaciones de muy differentes materias, de arriba y abaxo, divino y humano, derecha e izquierda, todo lo que nos vino al caletre.

Terminado el debate, la ingurgitación matutina y las fuerzas, que nos quedaban nos fuimos a dormir al blando lecho del Metropol que nos acogió so sus suaves cobixas.

Llegó la hora de ir de camino y la compañía que fué con don Mariano no acababa de despegar el espinazo de la sábana. Nos levantaron como mejor supieron, nos pusieron en nuestro lugar y, ansí, en sueños, emprendimos el camino hacia la mar Mediterránea.

Capítulo XXVII

DE CÓMO, AL TRAVÉS DE BRAVAS SERRANIAS, FUIMOS A DAR A LA MAR, A LA CIUDAD DE NIZA, SEGUIMOS LA MARINA ADELANTE, LLEGAMOS A BARCELONA Y CONTESCIÓ CIERTA COSA A DON ARMANDO CON UNA RUMIASCA BACHILLERANTE

Comenzamos un camino asaz austador, porque iba encomendio de los Alpes, que bueno fuera que Aníbal se hubiera determinado a pasallo. Eran bravos de todo punto los montes que no sabías do estaba el cielo ni la tierra. De tal suerte que nuestro auriga renegaba y soltaba venablos como un condenado.

Avistamos, al fin, la mar y muy poco después llegamos a la ciudad de Niza, lugar muy amado de inglesas cuarentonas que sobre dél caen como alcotanes. Tiene claro mar y sereno, mas la playa guijarros tamaños como puño, por lo cual no es de muy buen andar.

Estuvimos poco tiempo, el necesario para descansar, hacer algunos ligámenes y tomar nuevamente la senda.

Aquí contesció lo que ya dixe de don Xulio y es que, estando en el puerto, llegó un galeón de damiselas inglesas y luego que lo vieron cayeron sobre dél y le daban diez libras tornesas por ósculo sin que él, modestia se llama aquesto, otorgase. Y es que es el dicho asaz polido y muy parpadeador y no hay quien le iguale en la Gloriosa en punto al atavío. Viste xubones, trusas y ferreruelos de

muy ricas telas y de varia color, amén de capas y manteos de ricos paños, y no del veintidoseno que todos llevamos, lleva de púrpura la beca y calza labrados borceguíes. El caso es que las dichas damiselas ansí que desbarcaban de la galera y lo vían, caían, entre vahidos e sospiros, amortescidas por tierra y, luego que volvían en su ser, le ofrescían la merced ya dicha.

A aquesta ciudad volvió la Gloriosa en otra ocasión como ya diré a vuesas mercedes, si tuvieren la paciencia y aguante de seguir leyendo.

Seguimos marina adelante medio encueros, por nos ahorrar el conreo de desvestirnos, ca estábamos cuasi todo el tiempo en el agua, y passamos differentes sitios de los que luego hablaré, más adelante. Y es que pasamos muy depriesa que, el que más y el que menos, se le vían los huesos a través de los cueros.

Llegamos a Barcelona, tras de cruzar la frontera con premura, y allí determinamos sosegar un par de días y llevar tranquila vida que no nos vieran en nuestras casas tan amariellos y marridos de faz ¡Viérades cosas, una tuna tranquila!

Dormimos cuanto menos pudimos y aquella noche que al descanso teníamos destinada nos halló holgando en los differentes sitios que a tal fin en Barcelona hay, que son muchos y buenos y aparexados en differentes filos en los que bien a pesar mío, no estoy en demasía práctico y perdonen vuesas mercedes aquesta ignorancia que, no bien pueda, cuidaré de borrar. En fín, por lo que pude colegir, ver y catar, hay que tener, al menos, los filos de Escudillers, Las Ramblas y la Carretera de Sarriá, dexando el Barrio Chino del que ya se habló en otro lugar.

Aquí le contesció a don Armando cierto acaescimiento que parésceme de alguna risa y exemplo.

Fué que hizo ligamen con cierta rumiasca bachillerante y fué con ella a yazer y el don Falín, ansímesmo tañedor de pandereta, con otra. El caso es que don Armandil de Trapobana entró a palacio con la suya y, como es gustoso de cuentos y asaz novelero, comenzó a le fablar de muy altos asuntos, ansí de historia como de teología, haciendo de la piltra nuevo jardín de Academo. Y don Falín, que fué quien luego lo contó, veía y oía desde su aposento, por un ñudo todo lo que adentro acaescía.

Al comenzar don Armando sus cogitaciones, la buscona, por dárselas de sabidora, atendía con abiertos ojos lo que él dicía, mas luego empezó a cansarse y, sobremanera, cuando don Armando tocó a la filosofía. Dice don Falín que una de las cosas que oyó fué la siguiente:

—Y ¿qué me decís de los eleáticos, señora?

—Mal rayo los parta.

—Pues qué ¿acaso no os placen?

—No digo de los flemáticos, caballero —dicía ella—, sino de los maderos deste catre que chillan como atormentados y no me dexan oír vuestro polido discurso.

Y comenzó don Armando a le platicar de los eleáticos y de Parménides, le pintó muy vivamente a Heráclito el Escuro, truxo a colación a Anaximandro y a todos los que pudo y supo. Tanto que llegó un punto en que la cariñosona no pudo más resestir y, en un descuido dél, cogió unas vedijas de lana y se las metió por las orejas y a lo que dicía contestaba lo que primero le venía al caletre como "Razón tenéis" "Ansí dicía Lucrecio" "Castor y Pólux" y dese tenor. Y es que don Armando cuando se pone a mostrar su flaca sciencia, revienta una pared maestra.

Passó, digo, don Armando toda la noche exercitando

ambos sesos, el de arriba y el de abaxo, de suerte que luego, cuando tornó al aposento de la possada, lo tomó Morfeo en sus brazos muy reciamente.

Amanesció la siguiente mañana y fuimos a despertallo para la partida y, por más golpes que dimos, nadie respondía dentro, de tal suerte que colegimos que no había allí dormido sino que estaría en algún lugar ignoto. Determinamos aguardallos, que tampoco don Falín aparescía, dos horas y, passado que hubo aquel espacio, tomamos el camino de nuestra universidad.

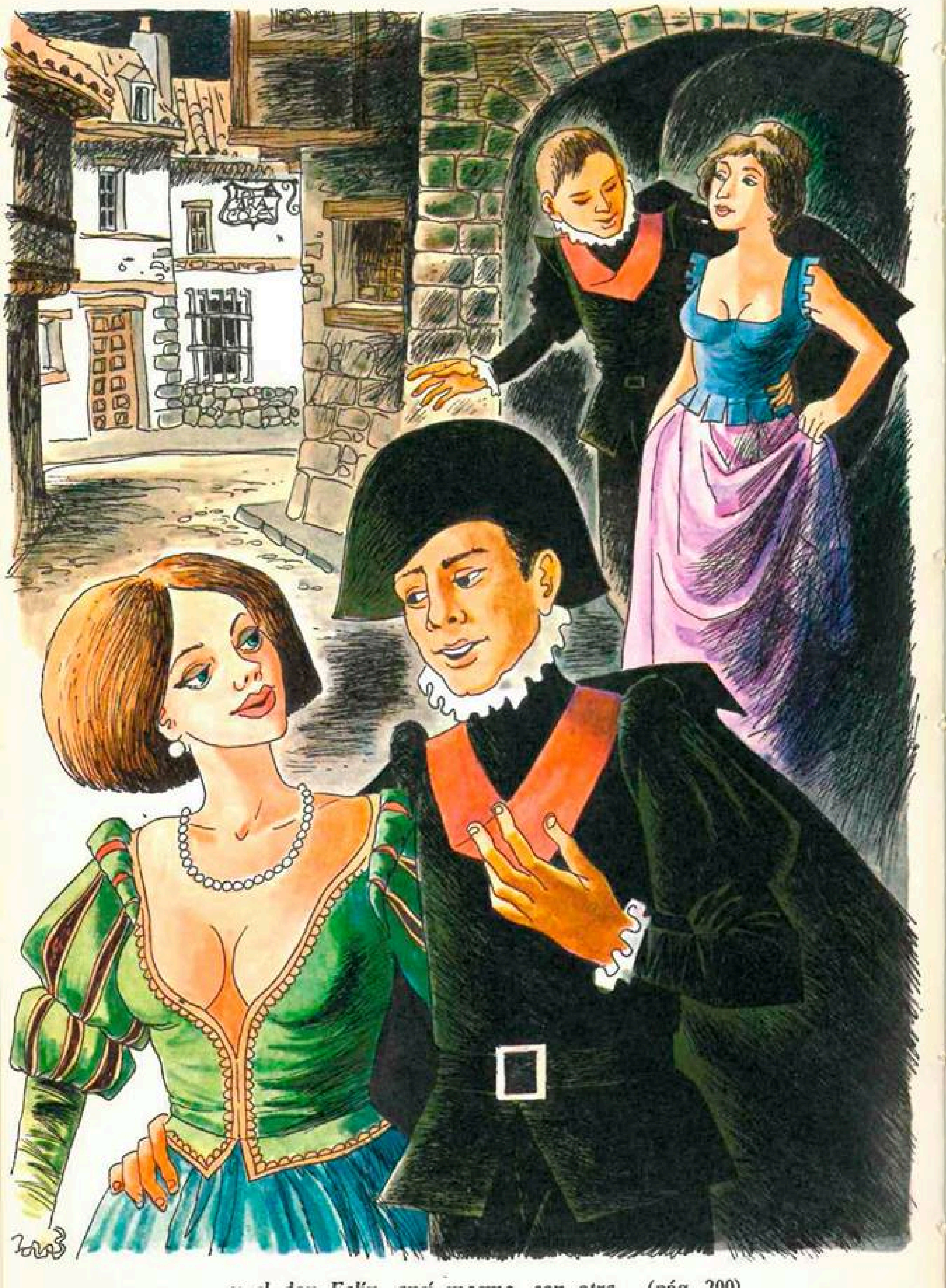
Detuvimos el paso en Zaragoza a soltar al tuno zaragozano que con nos venía y encontramos allí a un juglar que se llama José Luis que es tañedor de guitarra, paisano mío, que fue asaz gentil con nos.

Cruzamos con grandes calores las Castillas y llegamos finalmente a la Corte do nos despedimos unos de los otros y cada cual comenzó a preparar su vuelta al seno de su familia.

Quedé en la Corte yo algunos días pues tenía algo entre manos, aunque no recuerdo qué, y fuí a tomar la sopa de lugares acostumbrados y en ese tiempo, como hay menos sopistas y ponen la mesma sustancia, estaba mucho más espesa y lucidora.

Como tan desvalido estaba de dineros, fuime a la carretera de Andalucía a do me puse a hacer señicas a los carros, por si alguno quería llevarme en procura del sur.

Me tomaron primero unos carreteros manchegos y me llevaron hasta Manzanares, do ya se beben muy buenos vinos. Luego, en otro tirón, hasta Valdepeñas y ansí hasta que, con unos sevillanos, passé el áspero portillo y fiera garganta de Despeñaperros que estaba asaz linda, con copia de árboles y flores que, de artificio, crescían sobre las mesmas peñas.



...y el don Falín, ansí mesmo, con otra... (pág. 200)

Seguí Andalucía abaxo y llegué a la ciudad de Jaén muy vencida ya la madrugada y no busqué possada ca, magüer la hubiera hallado, de poco me hubiera servido, tan caneada tenía la bolsa.

Anduve un valiente rato desmayado y mohíno. Y cayéndome de sueño, hasta que acerté a pasar por delante de San Ildefonso, que es una iglesia de muy buena labra, vide la puerta abierta y, sin pensar por qué, entréme. Hallé que tenían unas devociones matutinas un clérigo y como docena y media de viejas, ansí como dos monescillos que, de sueño, ni aún podían menear el incendiario.

Púseme de hinojos a rezar la oración de San Cristóbal y no había acabado aquello de "Bendito San Cristóbal, pues llevaste al Señor a cuestas..." cuando, vencida la escuridad, vide en el banco de atrás del mío a dos que dormían, mancebos con traza de estudiantes, con el brazo de almohada y de cortina el bigornio. Y vide que uno dormía de cierta manera. Destapé muy cuidadosamente el bigornio y allí estaba mi señor hermano sosegando sus devaneos en un pesado sueño. Con aquesto conoscí que había de ser el otro don Gil de Fornos, del mesmo estudio y pupilero. Me paresció bueno el exemplo y dormí hasta que ellos me dispertaron con grande alharaca.

Bisbiseamos una pieza para saber de nuestras cosas y salimos luego a la calle, do el cielo se derramaba a chorro tieso de unas nubes de estío que passaban.

Y como mi hermano es asaz discreto, tomando agua de una canalera se lavó rostro y manos y nosotros hicimos lo propio.

Luego que paró el turbión salimos los tres a las calles por ver qué se contaban los trescientos hijosdalgo.

Passamos la plaza de la catedral y tomamos una calle

que llaman Maestra, hurtando las narices a los olores de las differentes frituras y cochuras que se salían de las puertas y trasminaban de las ventanas.

Baxando una plazuela, acercándonos a cierta taberna do suelen ir a dar las gentes de mi sierra, hallamos a don César, primo nuestro de Segura, y allí acabaron nuestras cuitas y es que aqueste, mi señor hermano y yo, teníamos comunicados nuestros caudales y compartíamos plata, pan, vino y vinagre.

Comimos, bebimos y recobramos fuerzas. Dormir no dormimos, que no era cuestión desperdiciar el día en tal minucia. Nos passamos lo que a él restaba de estar en la ciudad en differentes devociones báquicas con chichas de cordero y ajos fritos.

Con ellos torné a mis lares, a la deseada quietud, al sosiego soñado, al claro aire, al lento, pausado y placentero discurrir del tiempo.

Ya en mi tierra empecé las devociones de que ya hablé a vuesas mercedes en otro lugar y las acabé en las fiestas del Rosario, en Segura, con aquellos bailes que armaba la tía Caxillas, destas serranillas tetoncicas, de serio continente, chatungas y cachondas y muy devotas del señorío. Eran unos saraíllos de cierta manera a los que iban, asaz devotamente, alguaciles y cuadrilleros de la Santa Hermandad que, luegò que se alicoraban, echaban pestes de su oficio. Se daban en ellos muy buenas grescas en las que alguien acababa dando un sombrerazo al candil, armándose la de Dios es Cristo. Y las serranillas corrían de un lado al otro con sus sayas floridas, dando los chillidos de rigor en casos semejantes.

Llegó el fín del estío y el tiempo de tornar a la Universidad do habían acaescido ciertas cosas en la Gloriosa que ya les contaré.

Capítulo XXVIII

DE LA VUELTA A LA UNIVERSIDAD Y DE CÓMO DON SOTOHERMOSO DEXÓ EL MAESTRAZGO Y ENTRÓ DON EMILIO EL ERÓTICO EN ÉL

Empezó aquel curso con novedades y fué la más de señalar que don Sotohermoso, como la expedición a Germania le había socavado el prestigio, pensó dexar el maestrazgo y que fuera Maestre el que escribe pues, pensaba él que era el más arreglado al cargo. Pensaba yo de la mesma manera y no por otra cosa sino porque, si otras cosas dudo, no que sea yo de los que más amor tienen al tunar y más sacrifiquen por su Gloriosa los propios caudales y sosiego.

Magüer, digo, que se pensara en la de Derecho quien había de ser Maestre vime en el brete de no querer, porque no hase visto hasta agora quien esté en procura de Notarías y esté al mesmo tiempo de Maestre tunantesco, ca son ambos oficios de mucho trabaxo.

Decliné, pues, el deseado honor y dura carga y hubo cónclave para señalar quien tendría el maestrazgo y, tras de algunos dimes y diretes, salió don Emilio el Erótico que es de muy buen natural, tañe como pocos la guitarra y canta muy decentemente. Y viénele el sobrenombre porque cuando pasan sayas junto dél, olvida su propio nom-

bre, nación y naturaleza, sus amigos, familia y paisanos y no se puede hacer cuenta dél.

Fué su maestrazgo de los más trabaxados que tuvo la Gloriosa, enlazábase la noche con el día en el rondar, no se paraba un punto en casa, no se sosegaba el dedo. Veníame a la memoria aquel año en que comencé a tunar con la Muy Bullidora del Pizarrín, en que no había día de la semana en que no vistiera el atavío de tunante. Y eso que yo, por los estudios que seguía, estuve un algo retraído y escurriendo el bulto.

También tuvimos el don Sotohermoso y el que escribe ciertos debates con el carretero que, como toledano, era un algo zafio y, como comerciante ruín, avaricioso. Pues tras de haberle pagado más de doce mil escudos, lloraba y pateaba por trescientos y nos truxo de un lado al otro, demandando a don Leonardo, al Gremio y a la Compañía de Jesús. Y la mezquindad halla siempre el mesmo castigo: ya no volvió jamás a portear a ningún sitio a la flor y nata de las tunas d'España, suma de la gentileza escolar y honra de la Europa y, de paso, se perdió muy buenos dineros del porte.

Llegó don Emilio al maestrazgo y comenzó a urdir una peregrinación a Roma a ver el Papa, que lo era Joan XXII, y luego que lo supo el Decano, holgó, mas nos castigó muy severamente que no fuéramos osados de hacer tal viaje y expedición con los atavíos que al uso teníamos "ca estaban asaz ajados". Ansí que él por su parte comenzó a ver la manera de que don Segismundo otorgara y librara con qué nos hacer otros atavíos.

Nosotros de nuestro lado, por castigo de don Alfredo El Hiena, comenzamos a armar una expedición menor a Extremadura, de donde El Hiena era natural, pues dicía

él que della traeríamos caudales para hacer más llevadera y descansada la expedición a Roma.

No pude yo hacer tal pues ya quedó dicho estaba metido en la empresa, vetusta y poco gloriosa, de conseguir notaría.

Allí don Pleis halló a un su tío; don Alvaro, Maestre luego con el nombre de El Ceremonioso o El Plañidero, perdidos los anteojos, metió, en un charco de fango, el anca hasta el garrón y luego, como además era de noche, la metió hasta la ingle y ansí hubiera acabado sus días de no sacallo los demás, que no lo hicieron antes porque la risa les mermaba las fuerzas.

El viaje, en fín, si no fué bueno si fué muy reidero en el recuerdo, como passa siempre con los viajes de tuna que el más perro que se presente tiene más historias que la descubrición de América.

Vinieron los tunos más experimentados en lides, más seguros de sí los que eran novicios y hablando más alto que no es poco beneficio para los de tal oficio.

Fuimos a que nos cortaran nuevos atavíos y don Leonardo, de su bolsa, mandó que nos labraran unas becas nuevas, bordadas de oro y plata que, hasta agora, no las tiene igual ninguna tuna complutense.

Recabamos dineros de differentes sitios y dignidades, aportamos de nuestra flaca bolsa lo que pegado estaba a las costuras y tras de recoger ciertas hortalizas de mal nombre y recianchas que se suelen dar en las facultades, salimos un vintiséis de junio de la ciudad con los alegres augurios y osada disposición que son de rigor en tales empresas.

Capítulo XXIX

SE LLEGA, EN LA EXPEDICIÓN A ROMA, A BARCELONA, SE SIGUE A FRANCIA Y SE TOMA LA COSTA QUE LLAMAN AZUL Y LA RIVIERA

Salimos como ya quedó dicho, hacia las doce de la noche, y tomamos el camino de Barcelona volando, que se nos esperaba en Roma el día cinco.

Era la expedición de unos veinticuatro, muchos dellos novicios en salir al extranjero y no muy tañedores y es que El Erótico es de gran corazón y no quiso dexar a nadie en tierra y truxo, además, a un síndico del Gremio Estudiantil que había sido bandera de la Gloriosa tiempo atrás llamado don Gallo y a un estudiante de físico al que pusimos El Hechicero, pues llevaba con él ciertas pócimas, mixturas y elixires, como los de su oficio. Venía ansí mesmo un veterano, don Telmo, de la primera expedición que llevó la Gloriosa a Italia so el maestrazgo de don José Pico de Oro, en la que fueron no menos de cuarenta y alzaron deudas por más de quince mil escudos, en mesones y ventas.

Llegamos a la costa de Francia y los que ya la habíamos passado en otras ocasiones, no nos hizo mucho movimiento la sangre, pero los novicios no había quien los sosegara, que ya es sabido qué económicas son aquí las

damiselas para gastar tela en los vestidos, lo que las honra de hacendosas, de suerte que dichos novicios andaban desatentados corriendo la marina a catar las damiselas y, cuando les decíamos que era hora de seguir que no llegaríamos a Roma, dicían que no se mudaría Roma de sus fundamentos por una jornada o dos que tardásemos. Y eso nos daba a los veteranos gran risa de vellos tan dispuestos y ardidos.

Paramos un gran rato en Cannes, lugar de muy fermosas damiselas y muy encueradas, las hijas de mi vida, que eran un contento vellas. Seguimos luego viaje a Niza, en cuya playa, ya se dixo que hay unos cantos rodados como el puño y es un algo más tranquila que Cannes.

Salimos desta ciudad a las cinco de la tarde y, tras cruzar la frontera en Ventimiglia, tomamos el camino de Milán do habíamos quedado que hallaríamos a don Félix y dicía el Hechicero que tenía él unas amigas muy caudalosas que nos darían con qué mantenernos y passallo bién.

En Milán, llegados de mañana, miramos la Catedral, cuya es más bella por el lado que de frente y nos desdesayunamos a muy soberbio precio, que en todas partes cuecen habas los ladrones.

Y aquella primera mañana la entretuvimos contando lo que había contescido a don Xulio con cierta dama en San Rafael que fué ansí.

Hallándonos en la playa, oteando el ligue, vino uno a dicirnos que él tenía un mesón a las afueras do se acogían copia de damiselas y galanes que andaban en los baños de mar, por aquellos pagos y que si concordábamos en ir nos daría hospedaje y docientos escudos porque tañéramos un espacio. Paresció a todos de perlas y aquella tarde salimos hacia tal sitio tras de ciertas ingurgi-

taciones y trasiegos que llevamos a cabo en Frejus, lugar do al altísimo poeta Garci Lasso le dieron con la piedra. Llegamos al lugar la noche ya cerrada y vimos que no era la tal possada corriente pues que se formaba de pabellones separados do se dormía y de uno grande do estaba el sarao armado. Todo dispuesto entre un bosquecillo de unas veinte hanegas, do los huéspedes de aquesta possada andaban como sátiros y bacantes, aquí trisco, allá retozo y acullá corro.

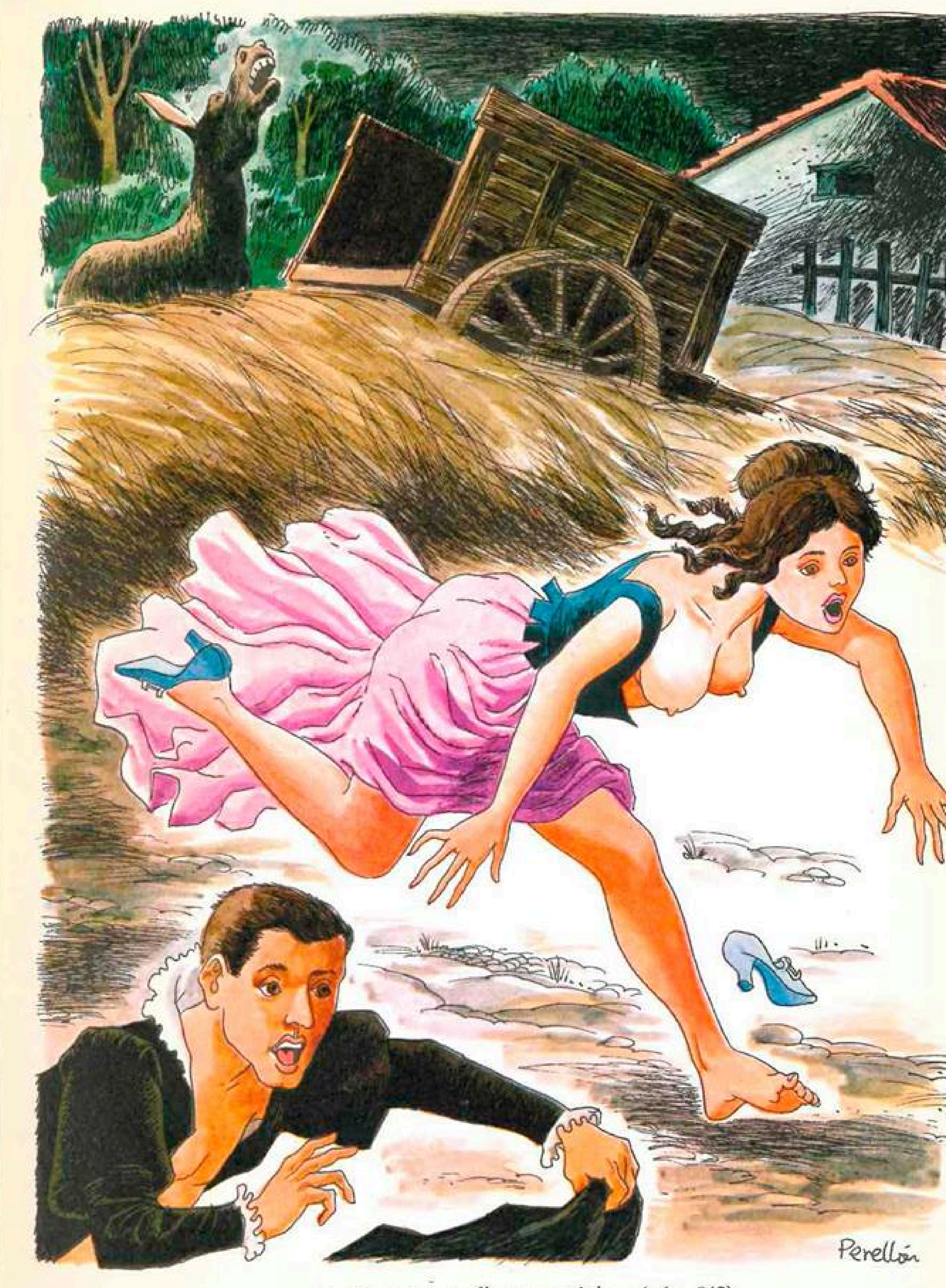
Con la vista desto se nos alegró el ánima, ca cogitábamos buen holgar en aquel jardín de las Hespérides.

Llegamos, digo, y nos pusimos a tañer en el pabellón de enmedio y teníamos a las damas, que eran de differentes naciones, presas de embeleco y aquesto se echó de ver luego, cuando quedamos una pequeña parte de la tuna tañendo, porque los demás danzaran y, no bién soltaron los nuestros el estrumento, cayeron sobre dellos sin les dar cuartel y sin que ellos lo pidieran y en un visto y no visto estuvieron todos enmaromados.

De allí a una pieza comenzaron a disparecer por yuntas los danzantes y aún nosotros dexamos el tañer y buscamos quien quisiera atender nuestras cuitas, que eran todas del mesmo tenor.

Y la más donosa estoria de todas las que acaescieron en aquellas escuridades fué la que le avino a don Xulio. Como es polido, fizo muy tempranamente obligación (Partida V) con una damisela y se salieron ambos a catar como iban los cuartos de la luna y cabe del carro se pusieron a complir su astrología.

Hallábanse encandilados en su estudio y recostados en unos haces de alfalfa, que para pienso de las mulas estaban, aquesto por mejor ver las estrellas, cuando hete aquí que un asno aventurero que por allí andaba, acercose



...se aterraron y dieron en fuir... (pág. 212)

y le vino el viento de la alfalfa y se acercó aún más, sin que ellos lo sintieran, y le plúgo tanto que, sin más aviso, soltó un rebuzno tan desaforado, digo, tan a destiempo y destemplado, que don Xulio y la dama, embebidos en sus estudios se aterraron y dieron en fuir, el con las calzas en la mano, ella dexando en el campo los senogiles y lo demás que me callo.

Como aparescieron allí descompasados, hubo gran risa en toda la venta, mas el dueño della, visto que lo vido, y que las damiselas tenían asediados a todos los claros varones de la Gloriosa, retiró su ofrescimento de darnos possada aquella noche, temiendo a corregidor, inquisidor o qué sé yo. De suerte que don Xulio nos desgració, sin él querello, el holgar que tan a mano se nos ofrescía.

Y toda aquesta estoria, nos la contábamos en las escaleras de la catedral de Milán, aguardando que el Hechicero pusiera a punto sus ligámenes. Y don Xulio, que es muy modesto, parpadeaba y enrojecía.

Fue el viaje a Milán inútil, pues no hallamos a don Félix que es natural de Añover y, cuando quiso se salir del pueblo, como eran fiestas, hubo algara porque no se saliera y les tañera para danzar.

Desotra parte, las damas que conoscía el Hechicero, se aterraron, que no eran tan caudalosas como él creía o le habían dicho y nos llevaron en mitad de cierto bosque de la ciudad a darnos unas sopas. Luego, por fantasma, cogimos al Hechicero en borombillos y le dimos unas vacas del cura muy apañadas.

Y es que era un tipo particular. Recuerdo que, en el camino, en una siesta campestre, entrósele al que esto escribe una paja en un ojo que paresçía la lanza de Amadís. Súpolo el galenillo y, como estaba deseando ocasiones para exercer su flaca siencia, acudió no bién lo supo

con sus pócimas y su buena intención a le remediar. Echole en el ojo de cierto licor para adormecello y que no sintiera dolor, escurrióle a la boca y le dexó boca y lengua que no cantaría ni Clavelitos, trova que un tuno de su veteranía canta, no ya con la boca sino con cualquiera de los otros forados, más o menos honrados, con que Dios nos comunicó las entrañas con la afueridad.

Siguió el camino sin más que señalar hasta cierto pueblo que llaman Acquapendente, en un río que está cerca dél que se llama Paxa. Contesció que llegamos orillas del dicho río y determinamos detener allí los pasos un punto para hacer abluciones y aguas y yo, mal acuerdo tuve, me aparté un espacio a hacer ciertas faenas que me callo y vide ciertos malecones o muros hechos de gaviones con muy buen arte, para defensa de las aguas, y en catallos me entretuve y para mí que estuve un gran rato mirándolos. El caso es que, cuando torné a do mis compañeros habían quedado, no hallé ni a ellos ni al vehículo, ni aún se veía el polvo y sólo halleme a mí mesmo, en comedio de la carretera, en bragas, con dos o tres maravedises en una faltriqueruela y más hambre en la panza que aquella santa muger que llamaron Santa María Egiciana que por el disierto entretuvo sus ocios con hambres y penitencias.

Quedé suspenso pues que, en todo lo que la vista alcanzaba, no se veía choza, alquería, aldea ni maxada, ni otra cosa a que acogerme.

Como siempre que me veo precisado, asenté la nalga en el suelo y comencé a pensar qué me haría. Y no se me vino nada al caletre, sino mirar al alto cielo por ver si algún cuervo le daba la idea de traer una hogaza y arenques, como a los santos eremitas cuentan las estorias que traían. Mas no ví cosa alguna, ni aún cuervo y

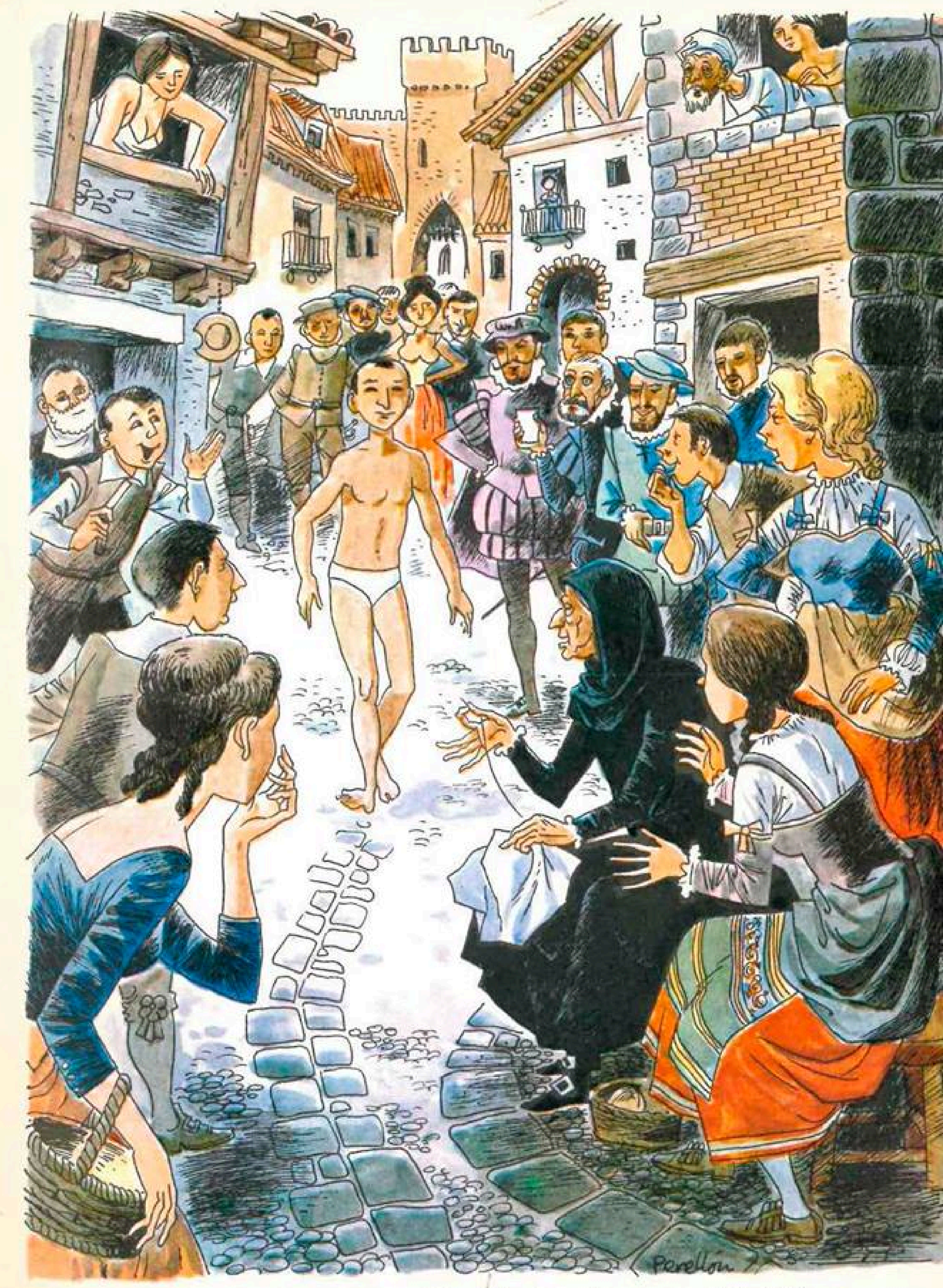
cogité que en el cielo tendrían grande risa de catarme de aquella guisa que parescía salido de manos de salteadores.

De todas maneras no me preocupé en demasía. En parte porque, menos la guadaña de la Flaca, todo tiene remedio en este mundo y en la otra parte porque, siendo aquel el camino de Roma, milagro fuera que no passara algun cosario que me llevara con él en el carro o la mesma princesa Melisenda o galera de freyles o de cómicos, o cortejo de tusonas, recua de arrieros, compañía de peregrinos o alguna clase de los que por caminos andan, que me acorriera al menos de noticias del próximo lugar y, puestos a pedir, con un bodigo, un trozo de tocino y un regular trago de vino.

Pero con todas estas cosas, el caso es que nadie venía ni passaba por allí, de suerte que determiné echar andar camino adelante para no dexar al hado todo el trabaxo de me ayudar.

Tenía andadas unas docientas varas, cuando vide salir en un camino a la carretera un arriero con una recua de unos cinco rucios y, como me vido a pié, me demandó si quería montar en una de sus bestias y respondí que de mil amores.

Monté y, a poco, comenzó el arriero a engullir de unas tripas de lomo que llevaba y me preguntó muy polidamente que si quería. Yo, que me traspongo de fino, contesté que buen provecho cuando, si hubiese contestado lo que sentía, hubiese dicho: "Traed acá que veredes el remolino de Scila y Charybdis tragando bastimento". Acabó, Dios sea loado, aquel tormento y avistamos el pueblo de Acquapendente que está sobre una loma y es asaz antiguo según se muestra en el aparexo de sus murallas.



...comencé a cruzar, quedo pasito, la calle mayor... (pág. 216)

Díxome el arriero que él tenía que dexar allí el camino para tomar otro más excusado, por no pagar portazgo, que si quería con él ir, me llevaría caballero hasta Perusa. Mas, como aquello me apartaba de mi camino, díle las gracias, desmonté y me fuí al pueblo.

Iba pensando de qué modo me entraría en él, pues que ver a un encuerado, en poblado de tierra adentro, que se entra al pueblo en pleno día, no es cosa que acaezca cada lunes y cada martes.

Y no me importaba el ir con tan poca ropa pues si tengo pudicia de ánima no la tengo del cuerpo, que sería osado de bailar la zarabanda en porra en el mercado de Zocodover. Y no lo hago porque a nada conduce de útil y hase de respetar al próximo en su sentir.

Dos cosas temía y era la una que me prendieran los de la Santa Inquisición por pasear en hábito de Adan por mitad de la puebla y la segunda que dieran en mí los mozalbetes y, viéndome de aquella guisa, me corrieran a pedradas hasta los egidos.

De lo primero hallé salida que fué preguntando, no bien llegué a las primeras casas del pueblo, do estaba el cuartel de la Santa Hermandad Carabinera y me dixeron que a la otra punta del pueblo con lo que se aumentó el peligro de que me lapidaran.

Sabido es que el vulgo es sandio y medroso, ansí que pensé que el modo de salir de aquel enredo era echar adobo al lance, pues, mientras los tuviera atónitos tenía el pellejo a salvo, al menos de burlas y escarnios. Tendría, pues, que lograr no ya que a mí no me avergonzara ir de aquel atavío, sino que ellos tuvieran vergüenza de no ir como yo.

Ansí que, ocultando mis temores, comencé a cruzar, quedo pasito, la calle mayor del pueblo, con parsimonia,

magestad, insolencia y desenvoltura, como si, en vez de escolar medio encueros, fuera obispo con mitra, rey con armiño, capitán con banda o pícaro sin vergüenza. O todo en una pieza, que es posible en la viña del Señor.

Como lo pensé, quedaba la gente atónita. Alzaban la vista las que estaban dándole al dedal y dexaban la hebra al aire. Asomaban de las barberías los hombres y milagro fuera que no degollaran a alguno. Y yo mirando a unos y otros, serena y orgullosamente y aún con cierta benevolencia.

Sentía luego, cuando passaba de cierta parte de la calle, como se volvían a oir las conversaciones y los que algo vendían recobraban la voz.

Tras del camino más largo que caminé en mi vida llegué ¡al fín! al cuartel de la Carabinera y el que estaba en la puerta de guardia me miró como a trasgo. Me fuí a él muy desenvueltamente y le dixe, en toscano, lo que me contescía, me miró un gran espacio y parpadeaba. Dió finalmente gran carcaxada y gracias a Dios que vide que me había entendido mi mal toscano.

Llevome arriba y me presentó al capitán, al que contó mi caso y él no se rió, que su dignidad se lo deffendía delante del otro, pero se sonrió y demandó qué podía hacer en mi obsequio, díxele que eran idos mis compaños y estaba allí solo y sin dineros.

Hizo que me asentara y comenzó a fablar por uno destos artes de filo a los carabineros de los pueblos que mis compaños habían de passar, diciendo ansí:

—Qui é un guaglione spagnuolo senza camisa e senza pantalone, in pantaloncino.

Mas, a lo visto, iban en tan rápido andar que no los vían en parte alguna.

Como no daban dellos descarte, determinó el capitán,

al que llamaban marechalo, llevarme en el vehículo que la Hermandad tenía y allí comenzó el auto segundo de aquella pieza que se llamó "Solo, encuerado y sin cuartos" que me tocó hacer en aquel día del mes de Julio.

Salimos el marechalo y yo a la calle y, si posible era, fué aún más de ver que mi llegada. Era él buen mozo, con prestancia y muy buen atavío y yo pequeñuelo, vellosas las piernas y en porreta. Parésceme que jamás se vido en aquel pueblo parexa tan disparexa. Y como fuimos por calles differentes, volvió el asombro de la buena gente, y el callar las conversaciones y el darse con el codo y lo demás.

Fuimos hasta Bolsena y no los hallamos y tornamos a Acquapendente. Allí hizo el marechalo que detuvieran a un hidalgo, don Alfa-Romeo, que passaba y le rogó que me llevara hacia Roma y él otorgó de muy buen grado.

Ansí llegamos a Viterbo del Papa do recuperé la deseada compañía de mis hermanos de la Gloriosa los que, creyendo que había sido en aquesta última ciudad do yo había disparecido, enzarzado con alguna, me estaban poniendo que no había por donde cogerme, luego que me vieron y les conté lo que contescido me había, se maravillaron y me dieron de comer, cada cual lo que tenía a mano, de suerte que recuperé mi alegría y tranquilidad y reímos asaz cuando les conté mi paseo por el pueblo y el pasmo de sus gentes.

De allí partimos para Roma, que era la siguiente ciudad, y en el camino iba yo pensanlo qué gozo hubiera sido el entrar en bragas en la Ciudad Eterna que es bien seguro que nadie hasta agora lo habrá hecho desa manera. Y me dolí de mi mala suerte.

Capítulo XXX

DE LA LLEGADA A ROMA, DE CIERTA POSSADERA VISTALARGA QUE NOS TOCÓ EN SUERTE Y DE LAS VISITAS AL EMBAXADOR DE ESPAÑA Y A SAN PEDRO

Huelga dicir cómo saltaban nuestros corazones con la cercanía de aquella ciudad que llamaron, y por algo sería, eterna.

Distantes cogitaciones venían a las mientes: Nerón, los cristianos, San Pedro, César, Séneca, Diocleciano, doña Sofía y tantas estorias que tiene uno oídas y leídas de los que allí estuvieron, ya en los tercios, ya en el estudio o en la farándula.

Ansí que, cuando en ella entramos, nos parescía mentira hallarnos allí y que no fuera aquello un encantamento que había de tener fín. Tan pasmados íbamos que, yo al menos, no puedo dicir agora que fué lo primero que columbré en la ciudad. Vide murallas, torres, pórticos, columnas y bien provistas damas, que aquesto último ya lo esperaba ver, segun las noticias que me habían llegado.

Era nuestra possadera una muger que debió conoscer mejores tiempos, aunque no los tenía demasiado malos si se consideraba los años que contaba. Y, en ellos escudada, tenía la flor de se entrar en los aposentos de la tuna sin más aviso y en el punto en que los mancebos

de la Gloriosa estaban, por cambio de atavío o preparación de sueño, más descubiertos de ropa.

Al fín y a la postre, poco nos costaba que la dona passara algún ratejo catando los muy andariegos perniles de la jurispericia complutense. Que va poco con el mester tunantesco el ser avariciosos de sí y mucho el tener caridad y buena disposición.

Dormimos unos mejor que otros. Y aquestos últimos éramos don Pacho y el que escribe que, no se sabe por qué, estabamos con menos dineros que los demás y dormimos en cierto sitio para guardar, para cosas de más holgar, el subsidio de dormida que la tuna daba.

Alzamos el espinazo y nos pusimos a facer una breve descubierta, nos desayunamos, tomamos los primeros vinos matutinos y luego nos ataviamos para ir a ver al embaxador de España, que lo era Gómez de Llano, que nos tenía citados para aquella hora de la mañana.

Está nuestra embaxada en cierto palacio de la Plaza de España y el embaxador gastó asaz de gentileza con nosotros. Nos mostró el palacio y, luego que lo hubimos visto, nos dió unas copas de vino del nuestro que nos supieron a gloria. Era Gómez de Llano de buen conversar y en el agapito nos entretuvo relatando ciertas cosas de Roma y también qué gran trabaxo de tarabilla le había costado que los del Vaticano nos dexasen entrar a la Basílica con los atavíos tunescos, pues que antes no había contescido nunca y no se apartan allí fácilmente de las costumbres que han. Y pensé, yo para mí mesmo, que de haber tenido que ir a la audencia con hábito de gente llana, del mesmo modo que los demás, hubiese tenido más gusto en quedarme fuera.

Nos avisó, en fin, que estuviésemos a determinada

hora en San Pedro, que comenzaba la audiencia y nos despedimos dél contentos, canoros y gradescidos.

Luego dividimos en tres compañías pues íbamos, como ya se dixo, ciento y la madre y comenzamos a facer la descubierta por la ciudad y eximos, lo primero, a las escalinatas de la plaza que son floreras, bulliciosas y alegres.

Tras de allí, nos derramamos las tres compañías por toda la ciudad y cada una se fué por su sitio y lugar de la manera que en la tuna se usa, a la buena ventura, buscando el hado y los acaescimientos, sin norte ni aguja de marear.

Fué la nuestra por la vía Véneto, do hay muchos lugares de sople con terrazas al aire y se ven damiselas fermosas como en pocos sitios. Fuimos también a vía Margutta, calle muy alegre con gente de la pluma y del pincel, unos astrosos, los otros con extraños atavíos y todos dicharacheros, reidores y dados al manoteo.

Estuvimos, como todo el que a Roma se allega, en la Fuente de Trevi, fermosísima, la tía, do es usado echar una moneda dentro del agua con cuyo sencillo sortilegio se torna a Roma, según cuenta la tradición.

El que escribe cogió los cuartos que tenía pensado tirar, fuese a una taberna, mercó un vaso de vino, se salió cabe la fuente y, brindando a los tritones que en ella hay labrados, díxoles:

—Que vuelvo, niños, que vuelvo.

Parésceme que he de sirvir igual porque me dixeron que, cada noche, se barre la fuente y los dineros van a parar a las arcas del municipio.

Aquella noche la terminamos en un extrañísimo sarao, de gentes raras, al que no sé cómo llegamos, ni por qué, ni de la manera que salimos. Que en la vida tunantesca es curioso ver cuántas noches y momentos hay destos en

blanco. Y es que llegas a lugares desconocidos, con gente extraña que habla lenguas que jamás oíste o que no comprendes y pierdes el rumbo. Paréscete que estás soñando o en el limbo. Oyes y hablas y te ríes y, como es usado, tañes y cantas, te dicen nombres, dante la mano, enamoraste de damas, palmeas criaditas, soplas vinos, enfadas maridos, a las vegadas, meas o devuelves en el excusado y luego, cuando sales de aquello, si alguien te demandase, no sabrías si alguna de tales cosas passó o las soñaste, te las contó alguno o las leíste.

El caso es que la noche de antes de ver al Papa nos acostamos no sé a qué hora, y, llegada la de levantarnos, no había quien moviera un dedo. Espoleados de la negra honrilla al fin nos alzamos, aliñamos la barba y el cuero y nos fuimos al Vaticano tan depriesa como pudimos.

Llegamos una pieza tarde, cuando ya la audencia había comenzado.

Nos hicieron los suizos que dexásemos los estrumentos y el pendón en el atrio y, cuando llegamos al sitio que se nos tenía destinado, ya estaban paseando a Su Santidad en borombillos unos gentileshombres ataviados de carmesí y lo llevaban a su sitial.

Nos colocamos en él, digo en nuestro lugar, y todos los fieles nos miraban de una manera una algo atravesadilla, porque, habiendo llegado tarde, teníamos uno de los lugares más cercanos al Pontífice. Y es que toda la gente, y aun los cristianos, es desagradescida y, por lo visto, ya se les había olvidado lo de Lepanto que, si no es por nosotros les dan el baño los turcos, y estarían los unos dando al remo en las galeras del Gran Turco, y las otras dando a otras cosas en su serrallo y no allí, tan ricamente, rescibiendo indulgencias a todo trapo.

Comenzó a nos fablar Joan XXIII con voz muy to-

nante y recia, que era él desa complexión, y luego un clérigo que a su lado había hizo la presentación de los peregrinos que allí estaban. Y, luego que los nombraban, comenzaban todos a vitorear. Sonaba con esto toda la catedral, pues eran todos por centenares si no éramos nosotros que no passábamos de vinticinco.

Llegó nuestra vez y, picados de que fueran ellos tantos y nosotros tan pocos, dimos tal salva, con nuestras manos hechas a fandangos y porompomperos, que atronamos todo y de nuevo nos tornaron a mirar al sesgo. Y es que, parésceme, que es toda la gente, y aún los cristianos, desagradescida y, por lo visto, ya se les había olvidado lo de Lepanto, que si no es por nosotros les dan el baño los turcos y, no recuerdo si ya lo dixe, estarían los unos dando al remo en las galeras del Gran Turco y las otras dando a otras cosas que me callo, en su serrallo, y no allí rescibiendo indulgencias a caño.

Salimos de la audiencia y nos fuimos por la Plaza adelante de San Pedro, tañendo, que se fueran empapando los peregrinos, y allí contescieron diversas cosas curiosas.

Andaba tras nosotros, catándonos, cierto clérigo apocadillo, que al final acercose y demandó que a qué orden monástica pertenecíamos.

Una dama, caridad le hago en decille dama, vínose a nosotros y, sin qué ni canasta, que vase perdiendo la cortesía y el comedimiento, nos dixo:

—Todos los escolares españoles son del Opus Dei.

Tal espuesta le dimos y tal fación le pusimos que se fué como gato escaldado, no fuésemos a seguir mentándole cosas y familias.

Otras damas, caridad les hago en decilles damas, con

trazas de tragonas y rumiascas de la reserva, se llegaron a nosotros y nos dixeron que en España esto y aquello y lo de más allá, una sarta de desatinos, y el Hechicero cuasi se las come y que den gracias que no les echó un exorcismo y las convirtió en zorras de las de hopo y no vergonzantes como ellas. El caso es que salieron de fuyenda.

Y, luego, lo fermoso: los sorprendidos rostros y maravillados de las damiselas, los cándidos de las monjas, los aplausos del concurso, los retratos y la demanda que quienes éramos y cómo cuando decíamos que nos éramos españoles ponían la fación de pensar: "No de otra manera podía ser". Y nuestro orgullo de nos hallar en el ombligo de la Cristiandad, exerciendo nuestro mester. Y el gozo del alma de ver tanto arte y tantas buenas labras, ansí en estatuas como en edificios.

Y era una fermosa, española, alegre y luminosa mañana de sol.

Nos fuimos de allí a la otra embaxada que España tiene y nos rescibieron también muy costésmente, magüer se hallara el embaxador ausente, nos dieron vino y con qué sahumarnos las entrañas. D'estrambote un viático de veinte mil liras que nos dieron un buen respiro.

Tras de la embaxada salimos a comer.

Lo más que se come en Italia son cosas de masa, que, parésceme que han acabado ya con los differentes modos con que la farina se puede presentar. De manera que puedes estar seguro de que, cualquiera que sea el nombre que le den, hallarás en el plato masa. Te darán unos vástagos della, foradados, y les dirán macarrones, luego unos más delgados, sin forado, y les dirán fideos y, por no les enfadar con más prolixidades que además quizás sepan vuesas mercedes mejor que yo, también les

pueden poner espaguetis que son fideos sin fín ni principio, de suerte que, para comellos, es menester liar ciertas madexas con los dichos espaguetis y al enrolle dellas dan los italianos mucha cirimonia. Ansí que, cuando uno de los nuestros, por se quitar de cuidados, comenzó a los cortar con la daga, los vecinos de la mesa parescía que lo querían trocear a él, tales miradas le echaban.

Hay otra cosa que meresce punto y aparte, y es el manjar que llaman piccha, magüer sea redondo y no alargado, y es que contesce con él como con el pastel que aquí llamamos de mil hojas, que, de tan hartizo, no hay quien aguante más de dos dellos. Con lo que resulta que con poca tela se viste la más desnuda hambre. Nunca pude, aun aquexado de necesidad, pasar de la media torta desta piccha.

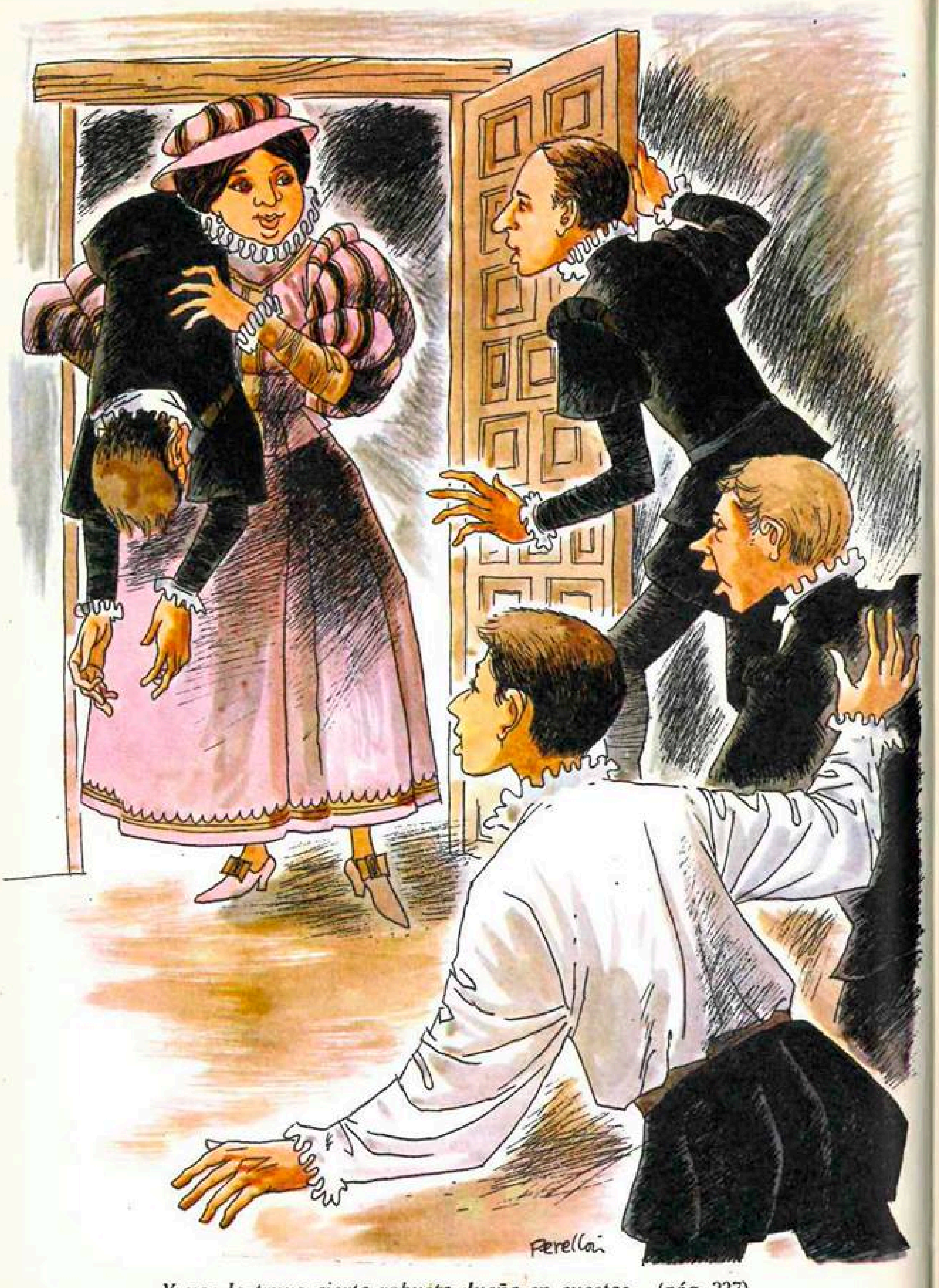
Y no es necesario dicir que conviniente es para tunos conocer tales astucias.

Entretuvimos aquella tarde en differentes cosas y, llegada la noche, comenzamos de nuevo nuestro mester.

Tañimos a cierto grupo de damiselas saxonas que estaban allí de visita y que eran muy risueñas y destas que les dicen quedonas, porque se quedan.

Vimos, de noche, las escaleras de la Santa Trinidad y holgamos allí un rato con tañeres y cantares. Que son muy differentes de noche a de día y llenas de encanto distinto.

Vencida la noche ya, nos hallamos en los bosquecillos de Villa Borguese, lugar do se allegan a holgar las gentes romanas. Es un apañado lugar lleno de gente por todas partes do la Gloriosa se dexó caer en fila de a cuatro, presta a rebullir lo cansado, y lo triste a espantallo. Dispertamos a cierto tabernero que nos pusiera vino, levantose del catre en bragas, nos dió dos botellas de Chianti,



Y nos lo truxo cierta robusta dueña en cuestas... (pág. 227)

pedimos más y luego fuimos a las frondas a diversos oficios que no son deste lugar.

Como amanesciera nos fuimos a acostar, que no sabíamos si en Roma hay cosas como las sopas de ajo en España, y las de cebolla en Francia, o como nuestros churros o texeringos para estas horas y ocasiones. Otrosí que, al siguiente día habíamos de ir a Siena do nos aguardaban nuestros amigos de aquella ciudad.

Ya entrada la mañana nos llevaron a don Madexón, que lo habíamos perdido en una ronda aquella noche. Y nos lo truxo cierta robusta dueña en cuestas, ca él no se podía tener.

Enviamos un billete aquí a don Xulián, caballero español de muy buena pluma, y él estuvo asaz gentil con nos. Quexó de que antes no le hubiéramos dicho nuestra venida para aparexarnos saraos, rondas y madrinazgos con damiselas de alcurnia. Demandónos que si podíamos dilatar la estada y contestamos la verdad, que no nos era posible porque se nos aguardaba en Siena por los de la contrada del Puercoespín, lamentó y, como nos puso los dientes largos, convinimos en hacer lo imposible por tornar en diciembre para llevar a efeto todas aquellas cosas.

Salimos, en fin, para Siena sin haber empezado ni aún a conoscer Roma, de manera que está la Gloriosa y Muy Andariega emplazada a menear hacia la Eterna Ciudad el zancaxo no bién tenga ocasión.

Capítulo XXXI

DE CÓMO VOLVIMOS A LA MUY HOSPITALARIA CIUDAD DE SIENA A PASSALLO CON NUESTROS AMIGOS DEL ISTRICE

Acaesció cuando íbamos camino de Roma, que llegamos a la ciudad de Siena que es muy antigua y muy fermosa.

Llegamos a dicha ciudad y hallamos por sus calles bullicio de trompas y algaras alegres que corrían la ciudad con cánticos y estandartes y ricos atavíos y también diversos estrumentos ansí las dichas trompas como caxas y caramillos, tañendo todos ellos y batiendo el aire con los pendones, banderas y oriflamas. Holgado es dicir que, visto que vimos aquesto, determinamos baxar a catar y conoscer aquello, ca es el conoscimiento de todo lo que en la tierra acaesce y ocurre en los corazones de los hombres, cómo distraen aquestos sus ocios, trincan sus vinos y gozan sus damas, uno de los fines que lleva consigo el mester tunantesco y hace a la tuna excelente de todo punto y escuela de vida.

Salió, pues, una embaxada con el Maestre don Emilio el Rixoso, don Alvaro y fué de lengua don Madexón, que las fabla, dice él, todas y no paresce sino que estuvo en el Cenáculo cuando la Llama Divina les tostó a todos el

cacumen; salieron los dichos tres por la ciudad a veer si había algo que hacer en ella y, de allí a poco, tornaron con buenas nuevas y es que se nos invitaba a gozar de aquellas celebraciones. Eran aquestas celebraciones las que llaman del Palio, famosas en Italia entera y que tienen sus origenes en que, en tiempos passados, los sieneses entretenían sus ocios y desfogaban sus hipocondrías con ricos leñazos y andaban a puñadas y estocadas no bién les venía la ocasión hasta que, no recuerdo quién, urdió, como la guerra es juego, trocar un jugar por el otro y fué éste el correr palafrenes dos días al año.

Lleva cada barrio o contrada su palafrén y los corren en la Plaza del Ayuntamiento, que tiene una fuente de mármol y una torre garbosona. Van los caballeros a pelo y, por más holgar, permítese dar leñazos con un zurriago que llevan no tan solamente al propio caballo sino también al caballero rival. Si a esto se añade que el piso de la plaza es un algo resbaloso para las ferraduras y que pueden los caballos entrar solos ya se imaginarán vuesas mercedes cuanto se huelga viendo la carrera y justa.

El caso es que aquel año en que caímos nosotros por allí ganó la Contrada Istrice, que está en el barrio de la Puerta Camollia y tiene de enseña un puerco espín y de divisa "Sol per difesa io pungo" como otras contradas tienen otros animales, ya tortugas, ya lobas, águilas, y divisas.

En fin, que la dicha contrada nos dixo que con ellos fuésemos a celebrar su victoria y a beber su vino y, como eran abierta gente y cariñosa, otorgamos. Nos pusimos nuestros atavíos, terciamos becas y capas, recabamos los estrumentos y, el estandarte al aire, nos echamos con ellos a la calle a reir, beber y cantar por toda la ciudad, que estaba en fiestas y llena de damiselas risueñas y de



Lleva cada barrio o contrada su palafrén... (pág. 229)

gente voceadora, colorada, etílica, cantora y amistosa. Entramos en el cortejo que corría las calles con todos los caballeros de la Contrada de Istrice, que es agora la de la Gloriosa y Muy Andariega de Derecho y aprendimos sus cantos de vitoria que los hay muchos como éstos:

Sol per difesa io pungo
é scrito nel salone
e viva l'Istricione
e viva l'Istricione.

O aquel otro de

La nostra bandiera
é di cuatro colori
noi siamo istriciaioli
noi siamo istriciaioli

y dabanse ansímesmo gritos:

¡*I, I, Istrice*!

Los aprendimos con ellos, con ellos los voceamos por toda la ciudad y passamos una fermosa noche destas que se pasan entre amigos, vinos y cánticos. Y que no me digan a mí agora que hay contrada mejor que aquesta, que tendremos pendencia y moquetazos algunos.

Querían nuestros amigos que nos quedásemos con ellos más tiempo pero como debíamos partir para Roma se lo hicimos ver y, tras de apurar aquella noche lo que pudimos, nos fuimos para Roma, quedando en que a nuestra vuelta restaríamos con ellos un espacio.

Y ansí fué como tornamos a Siena segunda vez a disfrutar nuevamente tan galana compañía.

Fuimos a possar al Mesón de los Tres Moros que es silente y hospitalario y luego nos sacaron nuestros amigos a ver la ciudad, que tiene mucho que ver y muy buenas obras, ansí seglares como eclesiásticas.

La primera noche nos ayuntamos a cenar y hube de les contar lo que acaescido me había en Acquapendente y morían de risa imaginando mi apostura y el pasmo de los del pueblo, que se lo pinté con muy vivos colores.

De allí nos fuimos a una terraza do estuvimos tañendo hasta hora tardía y ellos nos danzaron la danza de los estandartes, con unos de seda que al efeto tienen. Bailó don Luis la pandereta con el trance y ardimiento que él suele poner cuando de dar honra a la Gloriosa se trata y rescibió muchos parabienes. Y allí todos aprendimos las gracias de los demás que es ansí como se añudan las amistades.

Al siguiente día nos llevaron nuestros amigos a visita del Conde Chigi, gran señor desta ciudad y de nuestra mesma contrada, que es gran mecenas de artistas, de abierta mano y complida generosidad.

Tañimos en el patio de armas de su palacio y dió el Conde no menos de tres vivas a España entre trova y trova y envidonos luego a soplar cierto licor que llaman Punt e Mes de paladar amargoso.

Luego nuestro don Germán, muy aventaxado tañedor de guitarra, la tañó en uno de los salones del palacio, aparexado a tal fin y de muy clarísimo son. Plúgo asaz al Conde el tañer de don Germán, tanto que le dixo que podía venir a tomar liciones de Andrés Segovia, español angélico con la guitarra y que allí venía a poner cáthedra algunas temporadas.

Aqueste día, tras de la visita, salimos una compañía a otear la ciudad de nuestra cuenta y andamos a la ventura

por ella. Y fué que, al passar so un arco nos llamaron desde unas altas ventanas unos donceles que nos dixeron que eran escolares de la universidad de Siena y que nos rogaban, si éramos gustosos, que tañéramos alguna pieza de las nuestras.

No terminado habían de hablar cuando ya estabamos tañendo concertadamente lo que mejor supimos y pudimos y les agradó asaz, baxaron y nos dixeron luego que bebiésemos con ellos y yantáramos en su compañía. Como mejor compañía no puede demandar un estudiante que otros de su mesma condición, concertamos y restamos con ellos a menear los bigotes. ¡Dios, qué fermosa es la hermandad de la gente universitaria! ¡Qué llano el entendimiento! ¡Qué natural la generosidad! ¡Qué fácil la cortesía!

Comimos y todo nos supo a gloria con la conversación fácil, la risa expedita y el garguero limpio, con vino, de telarañas. Luego que terminamos, nos dixeron de cierto escolar que se hallaba poseído del morbo que no y cuasi se podía valer y era muy gustoso de la música y tañía estrumentos de puga y, como nos lo dixeron, pensamos le hacer una visita y estar con él algún espacio por distraello de sus cogitaciones y ansias.

Salimos, pues, de la casa de los estudiantes y nos fuimos a ver al enfermo, subimos a su casa y con él estuvimos una gran pieza asentados, tañendo, que él tañó con nosotros, y hablando de mil suertes de cosas y nos mostró una bandurria que le habían traído de España. Y tengo para mí que le dimos grande alegría y nosotros la hubimos con él.

Dixeron después que fuéramos a tañer so cierta ventana por ablandar un corazón duro y allí nos fuimos. Tañimos y asomó la dueña del dicho corazón un breve es-

pacio y tengo por seguro que si nuestras trovas no se lo blandearon y pusieron en mejor dispusición para el cuitado, despedir podría aqueste sus amores.

Se señaló la partida para la tarde del día siguiente y nos vinieron a despedir todos los de la Contrada con caxas y atambores y, los pendones y oriflamas, de la mesma suerte que nos habían rescebido a nuestro regreso de Roma, y con la mesma cortesía y cariño.

Y en aquel revuelo de la despedida y en ciertos debates que hubimos para señalar el camino de retorno, dexé mi laúd de mi alma contra de una pared y allí lo olvidé. Cuando luego, mirando mis pertenencias, vide la gran pérdida que había tenido, no me podía consolar y allí fué maldecir de la fortuna, llamar hideputa al hado y pelleja a la suerte. Perder ansí a un amigo en cuya compañía tantas noches hube dentre las mejores de mi vida, dexar en una tierra lueñe al testigo callado de mis felicidades y mis cuitas. Otrosí que en su madera, con señas sólo de él y de mí sabidas, estaba escrita aquella nuestra estoria común. Aquel surco largo de cuando caí de la fenestra, aquel trozo saltado de cierta gresca cariñosa con doña Angeles en un holgadero del filo de Ballesta, por un quitame allá que miras las casquivanas y dese tenor tantas y tantas cosas.

De suerte que estaba para darme calabazadas en las peñas.

Salimos de Siena con el sentimiento de dexar allí tan buenos amigos y para que los recordáramos nos dieron un pendón de los que usaban ellos, labrado en seda con los cuatro colores de Istrice: azul, bermexo, blanco y negro.

Fuimos a dar desde Siena a Pisa, do ya habíamos estado a la ida, y no tunamos en ninguna ocasión, sino

que nos detuvimos las dos a recrear la vista con sus gracias.

Aquí tuvimos ciertos dimes y diretes con un estanquero que lo tenía en una calle que sale cuasi enfrente del campanil y que debía tener el alma tan torcida como él. Entramos en su tiendezuja a mercar para escribir a nuestras casas y desque hubimos los papeles le demandamos que nos hiciera merced de nos prestar un cálamo para escribir y no sólo nos lo negó, que en su derecho estaba, sino que, ansí por las buenas, nos dixo que en España sólo dormir y nadie trabaxar.

Quedas siempre que alguno te ofende ansí, de pronto y sin motivo, perplexo y suspenso un espacio, que no acaba de te entrar en la mollera el que haya, en las naciones que llaman cristianas, gentes tan cerriles, de manera que, en la suspensión, no sabes qué cosa responder, parpadeas, te rascas las guedexas y daste un repizco y, luego que te dispiertas se te suelta la tarabilla y no dexas títere con cabeza. Ansí contesció allí, nos quedamos tácitos un espacio y cuando recobramos el resuello, comenzamos a dalle a la sinhueso y el estanquero no sabía do esconder las orexas. Allí él y sus cuernos, sus progenitores y los suyos, allí todos sus difuntos cubiertos, de cuatro en fondo de ascorosa sustancia, danzaron arrebatada danza, movidos, espoleados y fustigados de nuestra ofendida lengua y, de añadidura, nos fuimos hacia él, prestos a soballe la geta con la mayor galanura y, de paso, a le hacer algunos tiestos que tuviera con qué entretenerse sin ofender a nadie. Y en este punto le dixe yo, no sé si bien o mal dicho, que el toscano lo sé, como don Pleis, tan sólo de las trovas que oigo:

—Noi siamo amici degli italiani. A Siena amici nostri.

Y el pobre ignaro, demudada la color, contestó:

—Anche ío, signore, anche ío.

Y nos dió lástima de vello tan cuitado y nos salimos de allí.

Luego nos dixeron que aquello venía de cierto bufón o cazurro italiano que andaba contando ciertas gracias sobre los españoles. Y aquesto de hacer gracias fáciles con los defetos, reales o imaginados, de los amigos da poca honra al ingenio del inventor.

Y con aqueste acaescimiento torné a ver cómo se nos tiene entre mientes en todos los sitios o para tenernos gentilezas más que a nadie o para nos ofender. Y desta extremosidad do más vimos fué en Italia. Las coces del estanquero y de las arpías de Roma y otras muchas y las cortesías y gentilezas de los carabineros de Acquapendente, de la gente de Siena y otras muchísimas.

También vide lo mesmo que otras veces: que cuando un español pone entrecejo y vase adelante empalidescen los más templados. Y que no se nos diga pendencieros y amigos de gresca, pues lo que pasa es que no hay nadie de ninguna nación que, sólo con decilla, levante tantos amores y desamores, sin aguardar a ver y catar si los que allí hay desa patria son de buen natural o malo.

Y cuando pienso en aquestas cuestiones vieneme siempre al pensamiento aquel hideputa y archicabrón del Kabronenherberge de Colonia y cuasi lloro de considerar que escapó sin escarmentar y sin que se los partiéramos a leñazos.

(Ea, sosiega, no te dé un torozón, que sería gran pérdida, hijo.

Descansa el ánima recordando cuánto parabién logró tu Gloriosa, cuántos amores sus fijos, cuántos tristes fueron consolados y cuántas bolsas se aliviaron.

Entorna el párpado y verás, pintados en tu memoria, tanto acaescimiento donoso, tanta estoria reidera, sabrosos devaneos, lexanas músicas y fermosos rostros y cuerpos que te verná la risa al labio y te irá entrando la bienandanza en cada resollar. Y bendecirás que tu amor a la libertad y curiosa dispusición, tu gusto del tañer y regalado labio, para vinos y para damas, te llevara a las filas de la más galana, andariega, amorosa y sopladora tuna que la Complutense parió en sus facultades.

Pues, ¿Qué parte de la Europa no has conoscido? ¿Qué vino no bebiste o danza danzaste? ¿Qué color de ojo de doncella no conosces o miraste o viste en su pupila o cubriste de besos? Otrosí ¿En qué lugar del mundo no tienes un amigo? ¿Quién te negará sus dineros, pocos o muchos, y a quién le negarás tú los tuyos?

Olvida, pues, hijo, los cátaros y los turrisebúrneos y a los sarasas, además, apiádate dellos y sólo los recuerdes en tus oraciones. No pienses en los corchetes de Lausana, sino en los de Berna y Ginebra, no en los de Milán, sino en los de Acquapendente y Siena. Olvídalos, que bastante tienen.

De manera que sosiega, torno a decirte, sonríe, duerme, sueña.

Quedo, ansí, callado, tranquilo. Quedo, quedito...

Ya.)



CAPÍTULO XXXII

DE CÓMO TOMAMOS LA MARINA ADELANTE CON LA QUERENCIA DE LA COSTA AZUL, PASSAMOS SAN REMO, NIZA, ANTIBES Y SAN AYGULFO, CON MI ENAMORAMIENTO Y EL YACER DE DON MADEXÓN

Salimos desde Pisa al mar y fuimos siguiendo su orilla y espoleados por la querencia de pronto llegar a la Costa Azul que todos, unos más y otros menos, guardábamos buenos recuerdos y mejores imaginaciones.

En este presurado caminar llegamos a San Remo, en cuyo punto como se empezaba a catar cuero, determinamos detener un algo el paso a ver el pampaneo de la ciudad. Nos partimos, para tunalla, la ciudad en dos partes y cada una fué dada a una compañía y contesció que la que cayó en suerte a la mía, como se hizo la partición de noche, no era sino una pequeñísima parte de la ciudad, mas, como estábamos en ella los veteranos de cien parchazos, no nos arredramos, antes bien salimos con buen ánimo y hallamos buen resultar.

Quedamos a cierta hora en la playa para hacer el yantar todos juntos y cuando allí estábamos cogitando, se acercó cierto italiano y nos dixo que él había estado en las últimas guerras de España, luchando en la Germanía, y que tenía muy buenos recuerdos. Demándonos que si

nosotros éramos de la Germanía y contestamos que bastante teníamos con ser de la tuna, que ella se llevaba sola nuestros ardores y estaba por su instituto apartada de todas esas contiendas de dinastías y tronos. Luego truxo a la madre del cordero que era el tener él un figón cercano do se nos ofreció a darnos buena comida a precio de amigo que para él lo eran todos los españoles de cualquiera bandería o fación. Como igual nos daba, allí comimos y, cuando terminamos, con la comida y la libación, cantamos y el italiano holgó con los recuerdos.

Luego nos salimos a ver la ciudad despacio y sin priesa.

En aquesta ciudad de San Remo hacen justas de canciones, de lo que se sacan muy buenos dineros, que son muy dispiertos en aquestos menesteres, ca tienen, como los mesmos franceses, lengua tierna y muelle en tanto que es la nuestra poco arreglada a blanduras que no consiente, como otras, más mascurreadas o de menos empaque, dicir con ella vaciedades demasiadas. Sobremanera la francesa es de tan sufrida condición para canciones que cualquiera podrá en ella las hacer. El que escribe, agora que tienen unas copichuelas dentro, lo hará. Vean:

C'est vrai
J'ai une liaison
avec un ami
de mon mari
mais ¡quoi!

Que c'est que vous voulez
si c'est necessaire
pour faire
un joli menage a trois?

D'ailleurs
il de son coté
se rend amoureux
de l'epouse
de mon cheri
voilá ce menage a trois joli
il est abouti
encore plus interesant
un menage a quatre. Dis-moi
París lá lá.

Y aquesto con una tonada destas que llaman java, queda asaz apañado.

Bien, el caso es que anduvimos por la ciudad oteando aquí y allá y perdimos el tino y no sabíamos do estaba nuestro vehículo que iba a ser aquella noche la dormidera, de suerte que nos encontramos perdidos en la noche. Y nos hallábamos molidos, los cuerpos de baños y yaceres, los colodrillos de mirar campaniles.

Aquí fizo ligamen don Xoaquín, llamado el Faquir, con cierta damisela que lo llevó a su casa y en ella lo tuvo y, dice él, no hicieron sino cogitar y comer algunos churros. Y era una fermosa damisela de lo cual se vino que el dicho don Xoaquín hiciera lo que de camino le quedaba en estado de nirvana, sin hablar ni bullir y en estado de protolimbo.

Hallamos al fin nuestro carro y descabezamos un breve sueño, peroque suficiente, salimos de San Remo, passamos la frontera con Francia y fuimos a dar a Montecarlo, emporio de las tafurerías del orbe y feudo de los principes Grimaldi, do detuvimos el paso a catar todo aquello. Anduvimos la Condamine y la GranTafurería, de do se salía copia de gente en cueros, que los habían dexado ansí con ciertos juegos.

Estuvimos, no sé quién conmigo estaba, con una reunión de muchachuelas asaz tragonas y cachondas, no muy avaras de sus gracias y de extraños atavíos, y en éstas nos llegó la hora de dormir.

Amanesció el siguiente día y hubo ciertas banderías en la tuna. Y fué desta manera: como don Emilio el Erótico andaba toda hora tras de las damas, la nave de la Gloriosa hacía agua, de suerte que don Alvaro, don José Manuel y don Pacho comenzaron a conspirar para lo derribar del maestrazgo. Y es curioso dicir que eran los tres tañedores de pandereta que, sabido es, no dan golpe sino de tarde en tarde y el no dallo les dexaba tiempo para andar en aquellos trabaxos y, parésceme, que había de andar de por medio don Luis, ansí mesmo tañedor de pandereta, que no me hago a la idea de que él no estuviera en aquello, que no en balde tenía de sobrenombre Catilina. Contesció que en Mónaco afloró el enredo pues los dichos tres se alzaron con el maestrazgo, en una estada de la tuna junto al mar, y proclamaron el triunvirato ya dicho.

Y el que esto escribe hallábase algo apartado sin tomar parte en la disputa, mas, ellos en aquesto estando, vino una destas aves que llaman gaviotas e possó do yo asentaba y vide que tenía rostro humano, e comenzó a me fablar:

—Ved, vos, cómo de aquestas contiendas vendrán grandes males a la Muy Andariega y por eso en las Ordenanzas Viejas, en su Primera Partida, se dice: Que no ninguno de los Maestres sea quitado ni abaxado de su preheminencia cuando esté la tuna en payses estrannos, esso mesmo, que nadie, so especie de mal gobierno, no ose alzar pendón ni banderas en tanto no fine la algara e se hallen los tunos en su escuela e universidad e so vista del Cancelario.

Oído que oí lo que me dicía el páxaro, alcé presto la

curcusilla y fuyme a do estaba el concejo y pedí voz y me la dieron y dixe:

—Hermanos, Dios me libre de hacer aquí juicio de don Emilio, que no nascí yo para juzgar a nadie, mas vean qué a desafuero es el alzar agora aquestas banderías y qué mal exemplo para los que han de venir tras nos en aqueste fermoso mester el ver contiendas en tan apurado trance como una algara en tierras extrañas. Pido por caridad a vuesas mercedes que cessen en aquestos excesos, haga cada cual lo que tenga a bién y siga don Emilio de Maestre, que pronto estaremos en nuestra Complutense do todo tendrá el curso que demande. Dixit tunus.

Con ello comenzaron los más a rascarse el azotea y se retiraron y no hubo más triunvirato.

De allí passamos a Niza y possamos en cierto mesón do, en el viaje a Germania, habíamos estado, por el precio de cinco, veinticinco pues, luego que la mesonera se distraía, en cada aposento entrábamos todos a chorro y ansí lo tornamos a hacer que no echaran de menos nuestras astucias y creyeran que la de Derecho no se era ya tan afiladilla de ingenio como en tiempos antaños.

Otrosí seguía aquí de huésped cierto inglés que hallamos en nuestra anterior estada en la ciudad y que tenía un aposento de dos camas y la flor de embriagarse todas las noches a hora no tardía. Llegábamos a su cuarto, lo empaquetábamos en un armario, con abrigo que no se refriara y teníamos dos yacijas muy apañadas y nada caras. Y el arte nos lo enseñó cierto mozo de la posada, picardo de nación, que en el aposento del inglés sosegaba sus ligámenes.

Nos detuvimos en Niza esta vez dos días y tres noches. Ibamos por el día a la playa con ciertas holandesas

muy bien carnadas y la noche la empleábamos en exercer el mester.

Una destas noches don Pacho y don Gabriel, como son asaz lúbricos, andaban buscando con quién, aunque fuera de soldada, y, no hallándolas, se cercaron al primero que les paresció y le demandaron y no los entendía. Entonces don Pacho, haciendo el gesto del que sube un saco del suelo a un carro, díxole, con su desenvoltura gallega:

—Monsié ¿signorina per fogliare?

Y los entendió. Y es de ver el don Pacho que habrá dicho en su vida unas doce palabras, cómo, cuando le apretó la necesidad, aún tuvo ánimos a inventar una lengua nueva para remediarse.

Nos fuimos una mañana de Niza y paramos a mojar el cuero en Juan los Pinos que está al lado de Antibes y en el seno del Golfo Juan, y, como nos paresció arreglado lugar para possar unos días, allí pusimos el rancho.

Porque es allí el mar limpio y olorosa la tierra, con pinos vestida, y se andan las playas buenas zagalas en la flor de la edad que alegran el ojo del más cuitado.

Estando allí tostando la pelleja, digo nuestra pelleja, nos vino un propio de un mesón de ricohomes que está en el cabo de Antibes, cuyo amo es asaz devoto de la tunantesca e nos dixo que si gustábamos ir a tañer en él, nos daría yantar y los dineros que concordásemos, cuyos dineros dexamos, en su monto, a la bién probada largueza dél.

De suerte que subimos al siguiente día al sobredicho mesón que se llama Eden Roc y, en verdad, es un edén sobre un peñasco.

Tañimos primeramente en la pecina do estaba empecinada copia de gente, dentre ella muy buenas damiselas

ansí como dueñas de reposado mirar destas a las que los años no hacen sino añadir prestancia y, al tiempo que les restan vaciedades, les suman embeleco. Había también, como en todas partes, algunos destos que dudan entre las calzas y las haldas.

Luego, un breve espacio, tañimos en el comedor y después nos aparexaron unas mesas y nos pusimos a llenar el andorga, cosa muy necesaria a mancebos pues que la alegría pide condumio y el servir damas muy más abundoso.

Y contesciome que namoréme. Y fué porque tenía el reir fácil aunque con mesura y sosegadamente, dientes blancos y parexos, melenilla rubia y los ojos de limpio mirar.

Y agora que lo pienso fué el enamorarme della el que era en cuasi todo semejante a doña Nieves, hasta en tener, que allí estaba con ella, marido, cuñados y suegra. Y allí fué de nuevo el denostar la fortuna, maldecir del hado y el quexarse de la providencia y es que ellos o quien tuviese la secretaría de los porvenires en el gobierno del mundo tiéneme malquisto, de suerte que no oso pensar qué haré mañana pues, luego que lo pienso, vase todo desbaratando por esto o por aquello.

De manera que, en breve espacio, se me entróseme en las entretelas del alma y, de estar en mi mano, hubiera hecho no otra cosa sino fincar ante della la rodilla y dicir deste modo:

—Oh, señora, bien me puedo dispensar agora de seguir corriendo el mundo pues que hoy os hallé. Catarvos que no sé de vos sino que os ví. Ni sé vuestra fabla, ni vuestra compostura, ni que habéis en el pensar y no falta me hace lo saber.

—Sabed que profeso la Orden de la Tunería andante

que no la hay más excelsa en el orbe redondo, mas, con ser tan alto su exercicio, presto estoy a dexarlo si me tenedes un algo de amor, aunque poco fuere, para serviros desta hora en adelante hasta que la última me llegue.

Mas, como no en mi mano estaba, allí quedó ella en el Eden Roc y yo y mi congoxa seguimos marina adelante. Y es la única cosa mala del mester nuestro. Como el tuno ha de seguir su camino por dar alegría a cuantos más pueda y tornar a su universidad con sus Bártulos y sus Baldos, son la mayor parte de sus amores flor de un día y aún de un instante, y vanse quedando trozos del alma entre manos de damas de las que, a las vegadas, hasta su mesmo nombre ignoras.

Y aquella me truxo de mal talante lo que restaba de la expedición. Ni fice ligamen, ni fuí buen compañero, ni tuve buena uva y eso que, como ya les diré más adelante, la torné a encontrar.

De Juan les Pins, en un vuelo, nos fuimos a San Rafael y, cabe de la playa, plantamos el real.

Tañimos en una taberna que llaman La Cigala, bien aparexada y grande y luego salimos a la exploración del lugar y de la mar.

Don Carlos, tañedor zoco de bandurria, es de buen natural, mas contéscele que tiene un pie en la clerecía y el otro en la tunería de cuyas resultas es, a las veces, extraño. Es una destas resultas el no querer yacer sino con licencia eclesiástica y le contesció que, estando en los baños, ficieron ligamen él y otro, que agora no recuerdo, con dos cendolas de las que por estas riberas andan vagamundas con el mesmo oficio de los apóstoles, a saber, de pescadoras de hombres.

Tocó a don Carlos en suerte la más poderosa, que lo era mucho, de las dos, siendo ansí que don Carlos es asaz

magro, no sé si por natura o por las penitencias con que se mortifica la carne pecadora. El caso es que fueron orilla del mar a catar, digo yo, el paso del Conde Arnaldos.

Quedaron en bragas de baño y tendieron el espinazo y Febo los caldeó con sus dedos y se amorrongaron y en estas estuvieron hasta que Febo mudose a otros continentes, peroque los dexó tan caldeados que les duró muy entrada la noche la calor.

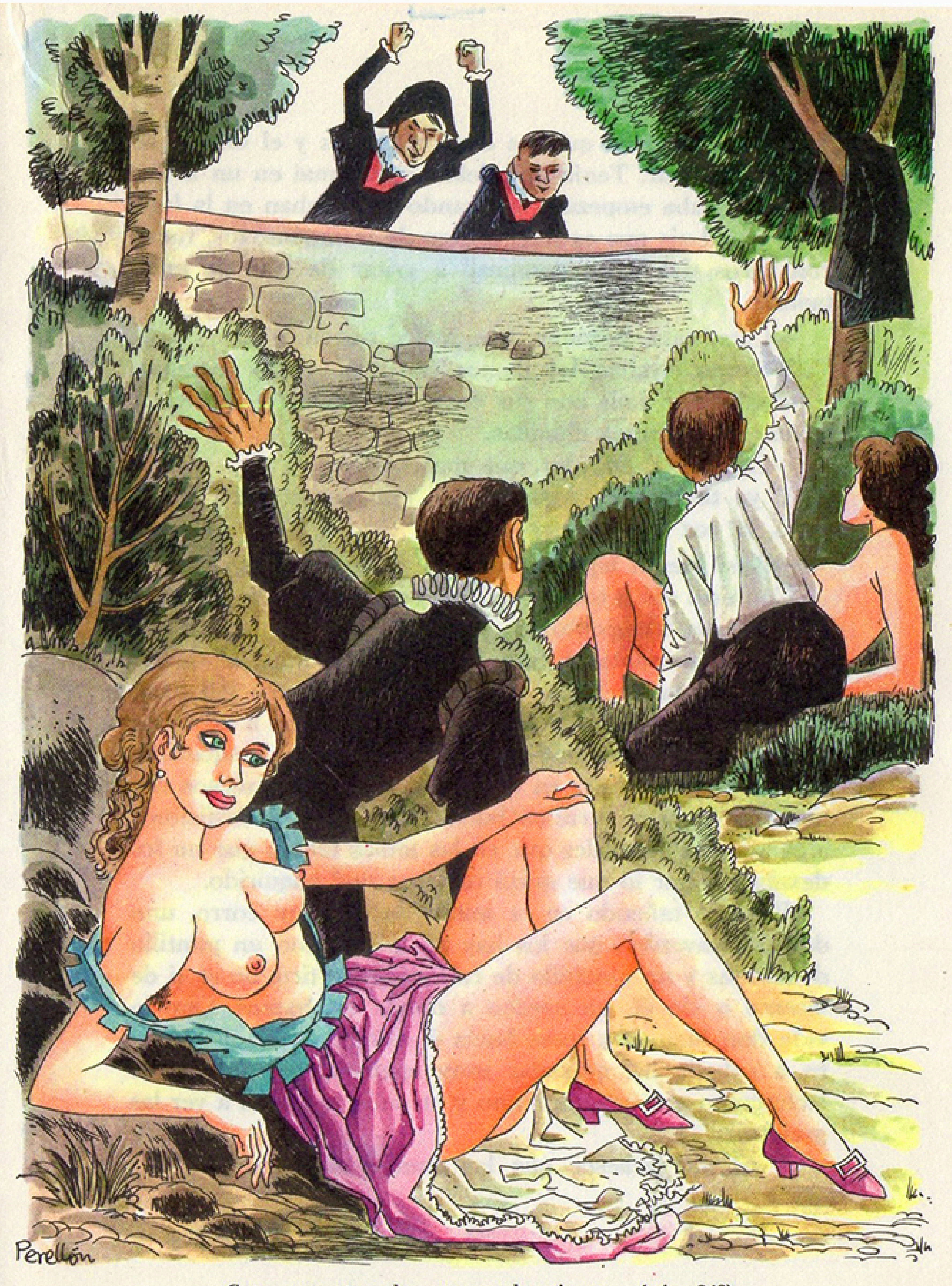
Quiso don Carlos resestir a la poderosa. Que no pudo el cuitado y, passada la media noche, tornó con demudado visaje y estuvo hasta la siguiente mañana con muy fieras penitencias, dándose calabazadas en las peñas y con ciertos zurriagos en nalgas y costados.

Llegó la siguiente mañana y con ella la poderosa vino por nuevo bastimento. Tentó don Carlos de trascacharse en la marina mas lo avistaron y dieron en él y tornó a se hacer todo lo de la noche anterior.

Y daba grima al más duro corazón ver a don Carlos en los mesmos huesos que no hay Hércules ni Príapo que pueda resestir holgares y penitencias en tan seguido discurrir.

Valiole la vida que salimos de San Rafael al siguiente día y, luego que salimos, aportamos, por alimentallo, quién longaniza, quién pan, quién leche, mas, como no podíamos ninguno dalle absolución, no le lucía el bastimento y bailaba dentro del xubón, tan demasiado le venía. No concurría ayudar a su estado lo enviciado que andaba con el tabaco indiano del que adoban en Holanda, que llevaba un cañuto para afumarse las entrañas y en él quemaba una clase de dicho tabaco que apesta un mucho a istiércol y muy poco a miel o pandehigo.

También tuvo aquí historia don Xulio que, con don Xoaquín que salido había de su letargo, hallaron un par



Cata, cata, pecador, que males tienen... (pág. 248).

de la mesma ralea que las de don Carlos y el otro y se fueron a holgar. Tenía una dellas cierto mal en un labio, del que estaba empezada y, cuando se hallaban en la función, don Luis que es muy amigo de trampantoxos, fuese con otros dos y les comenzó a gritar de tras de unas tapias:

—Cata, cata, pecador, que males tienen.

Y como estaban los dichos encerrilados no cessaban y tornaba don Luis con sus voces cavernosas y les tiraba ansímesmo algunas chinillas.

—Cata, cata, pecador, que males tienen.

Y ya tanto los cargaron que, uno dellos, alzó, como pudo, la voz y contestó:

—Ansí fuesen leprosas no han de irse de vacío.

Con esto dió a todos tanta risa que hubieron de cessar ellos en sus trampantoxos.

De allí passamos a San Aygulfo do, porque el dueño de la possada de Frejus do acaesció el suceso del asno habló de nosotros, nos dixeron que fuéramos a otra que tiene la mesma dispusición, encomedio de un bosquecillo. Tañimos allí también en el pabellón que a los saraos tienen destinado y tuvimos buena acogida. Les desfizimos algunas mezquindades que en las almas tenían que no les dexaban soltar lo que quizá tuviesen mal adquirido.

Estando tañendo en la mitad de un gran corro, uno destos pisaverdes, que los hay algunillos, con un puntillo de sarasas y un muchillo de cabeza huera tiró, no sé si de intento o sin él, un corcho a donde estabamos. Que lo vido don Manuel y fuese hacia él soltando venablos presto a soballe las quixadas muy apañadamente. Salió el lechuguino que echaba humo y no se le tornaron a ver las greñas.

Y es que acaesce que las damiselas, luego que ven

tuna, magüer no sepan cosa es, inclínanse de su natural hacia ella y ello da rabia a los que las conquistaron con roñas, greñas y andraxos, ca sino los hubieran olido ni vellos los hubieran visto.

Tras de tañer nos derramamos, como era ya usado, por el bosquecillo y lo más de señalar fué que don Aurelio halló una dama lapona, parésceme, que, tan bella era, causaba respeto y don Germán otra del mesmo pays que daba a la primera sopas con honda.

Lleváronlas a la Venta de Malabrigo, ca las hay asaz numerosas entre tantos sotos, follajes y enramadas, como en aquestas costas hay, pero no cumplieron como buenos venteros, ca, si amorrongaron, no conoscieron a lo bíblico. Por aquesto se les motexó y vinieron a reprehensión ante los primicerios y se les demandó el por qué de no haber terminado el asunto como es costumbre por aquellos pagos, cuando la cosa tiene tan buen comienzo.

Contestó el primero don Aurelio y dixo que, de su parte, no haría cosa alguna que a muger diera satisfacción, que le tenían hechas muy malas partidas.

Se le castigó que no era cristiano que unas pagasen las culpas de las otras, que bastante tenían con ser mortales y con tener que usar afeites, parir e las demás servidumbres.

Dixo don Germán, de su parte, que habíale parescido como angélica la su dama, tanto que le había deffendido el llegar a lo fondo de la cuestión. A él se le castigó de la manera siguiente:

—No paresce, caballero —díxele en nombre de todos— si no que no supiérais qué cosa es catre cuando tal cosa dicís. Háis de recordar que la más excelsa de las damas, mal que os pese y que nos pese, pasa por tal servidumbre de gozar con ciertos menesteres, de los que hago gracia,

y que muchos altísimos amores vanse a pique y aún al huano, que es más ruin lugar, por defetos de función. Y en fín a los dos vos dicimos que han de catarse que un tuno de la Gloriosa ha de tener siempre presente en toda hora la gloria della. Queden apercibidos de que, reincidentes que se les halle, acabarán con cinturón de castidad aqueste periplo. Cancellarius dixit y las reclamaciones al maestro armero.

Se terminó la junta cantándoles a cuatro voces, para mayor escarnio, aquella trova del cuco que dice ansí:

Cú-cú, cú-cú, cú-cú
guarda no lo seas tú
Compadre debes saber
que la más buena muger
rabia siempre por h...
harta bien la tuya tú.

Que, como ven vuesas mercedes, fué aquella estada de mucha risa y acaescimientos diversos. Y eso que queda por dicir el de don Madexón, a la siguiente mañana, que fué ansí:

Ibame paseando orillicas de la mar y en esto oí grandes clamores y aplausos, ansí como vítores en uno de los pabellones que cabe de la playa había. Llevé a él mis pasos y vide lo que nunca creyera: don Francisco yaciendo con una damisela, rodeado de una gran multitud que le gritaba y animaba con grande ardimiento:

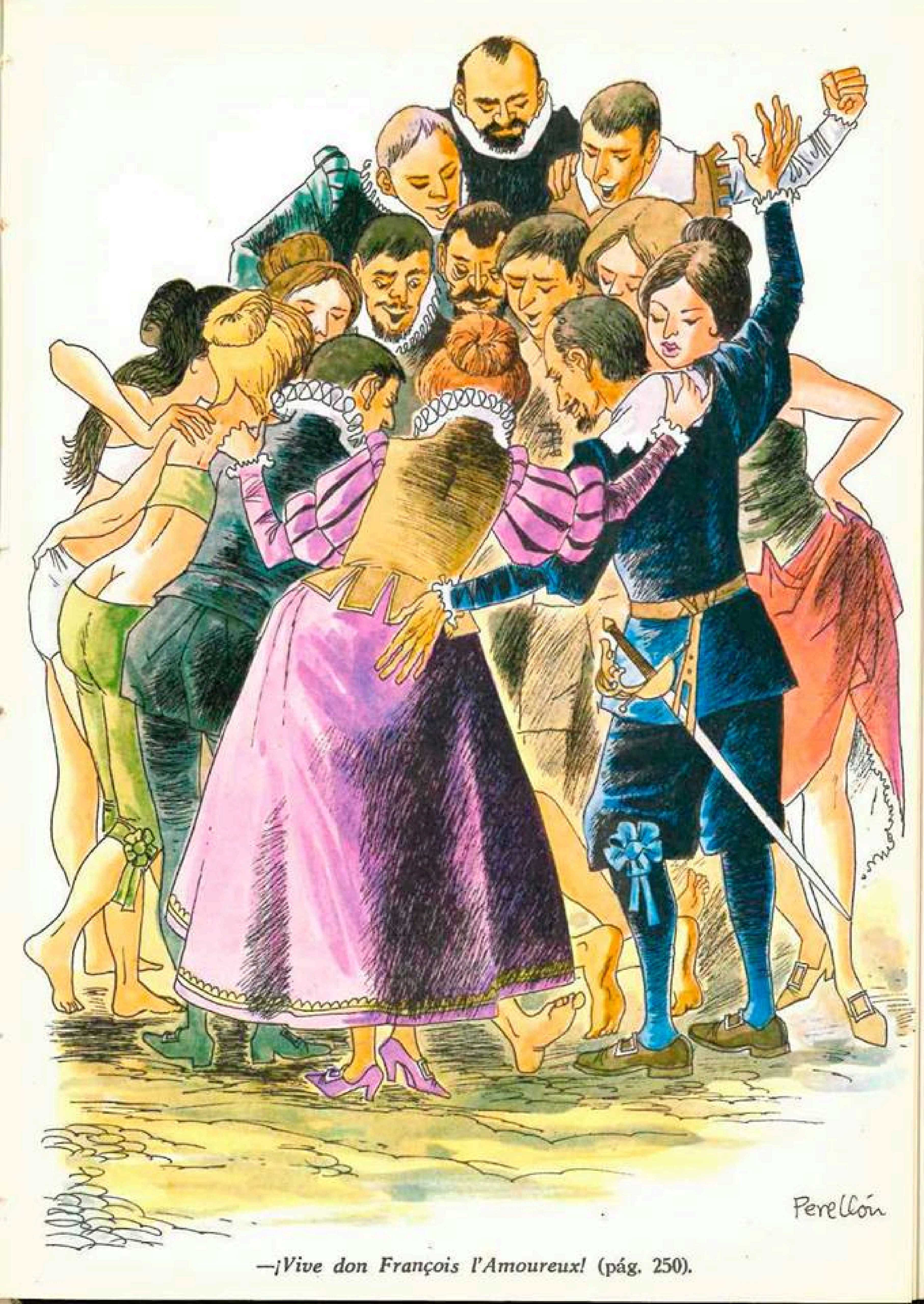
—¡Allez, don François, besognez ferme!

—¡Encore un coup!

—¡Un autre, un autre!

—¡Vive don François l'Amoureux!

Y dese tenor.



—*¡Vive don François l'Amoureux!* (pág. 250).

Y don Francisco, de cuando en vez, alzaba el brazo y saludaba a sus espectadores con lo que crescían las voces y el clamor.

Pregunté a don Xulio que allí estaba, pasmado y parpadeante, y díxome que, como don Madexón no gusta de hacer ciertas cosas en secreto y no estaba allí nadie de la Tuna para que lo viera, había alquilado unos alabarderos a los que dió dos *sus* por barba y luego fueron añadiéndose passageros hasta que llegó a tanta muchedumbre, la cual víase acrescida de vez en vez y hubiera acrescido sin parangón de no venir unos de la gente de armas que, cogitando que don Francisco cobraba soldada por el yacer ante la gente, demandaron que fuera servido de pagar el tributo y gábela que al rey tocaba e decíanle muy atropelladamente:

—Un sous par coup.

Y a don Madexón todo se le volvía explanar cómo no le iban dineros en aquello, sino que lo hacía por enseñar como era el arte de yacer en Náxera que es un algo differente del francés. Mas como todos saben, los que estuvieron en Francia, hablan allí muy arrebatados y sobremanera la gente de armas o corchetes que no saben dicir sino "Allez, allez" sin atender razones. De manera que don Francisco, harto de sólo hablar los otros, tomó a su damisela en brazos y mandose mudar a lugar ignoto y, como el tropel fuera tras él, en un descuido, volvió una esquina y ocultose en un quicio, mientras la gente procuraba lo hallar por la ciudad entera y, como no lo hallaran, se airaron y comenzaron a dar gritos en contra del corregidor y de los hugonotes y, habiendo hallado algunas teas que por ciertas ventanas salieron encendidas, dieron fuego a unas tiendas de unos hebreos usureros, forca a

dos sarasas y forzaron a dos busconas que volvían del mercado con coliflor y apio.

Cuando los mill y quinientos zagales que en el tumulto estaban vieron que bién les iba, cuanta algara y cachondeo gozaban y que se iba aplacando, dieron luego voces de "Muera el Duque de Guisa" "Empalen los consumeros" "Matemos al Arcipreste" "Los herejes a la pira" y otros tan sin tiento como arreglados a los gustos del vulgo con lo que comenzó de nuevo la función.

Como vimos aquello y oímos que el rey había mandado llamar los suizos que dieran para el pelo a los del motín, determinamos exir de allí no nos fueran a colgar el fallescido. Que sabido es qué buena cabeza de turco son los estudiantes para ese menester.

Seguimos, pues, marina adelante y fuimos a dar a San Tropez, pueblo muy aparente que está passado el de Santa Máxima y en un golfo de aguas demasiadamente azules, cuyo color enfada un algo que paresce alquimia y no de natura.



Capítulo XXXIII

DEL PUERTECILLO QUE LLAMAN SAN TROPEZ, SUS DAMISELAS, MÚSICAS, DANZAS Y PAMPANEO

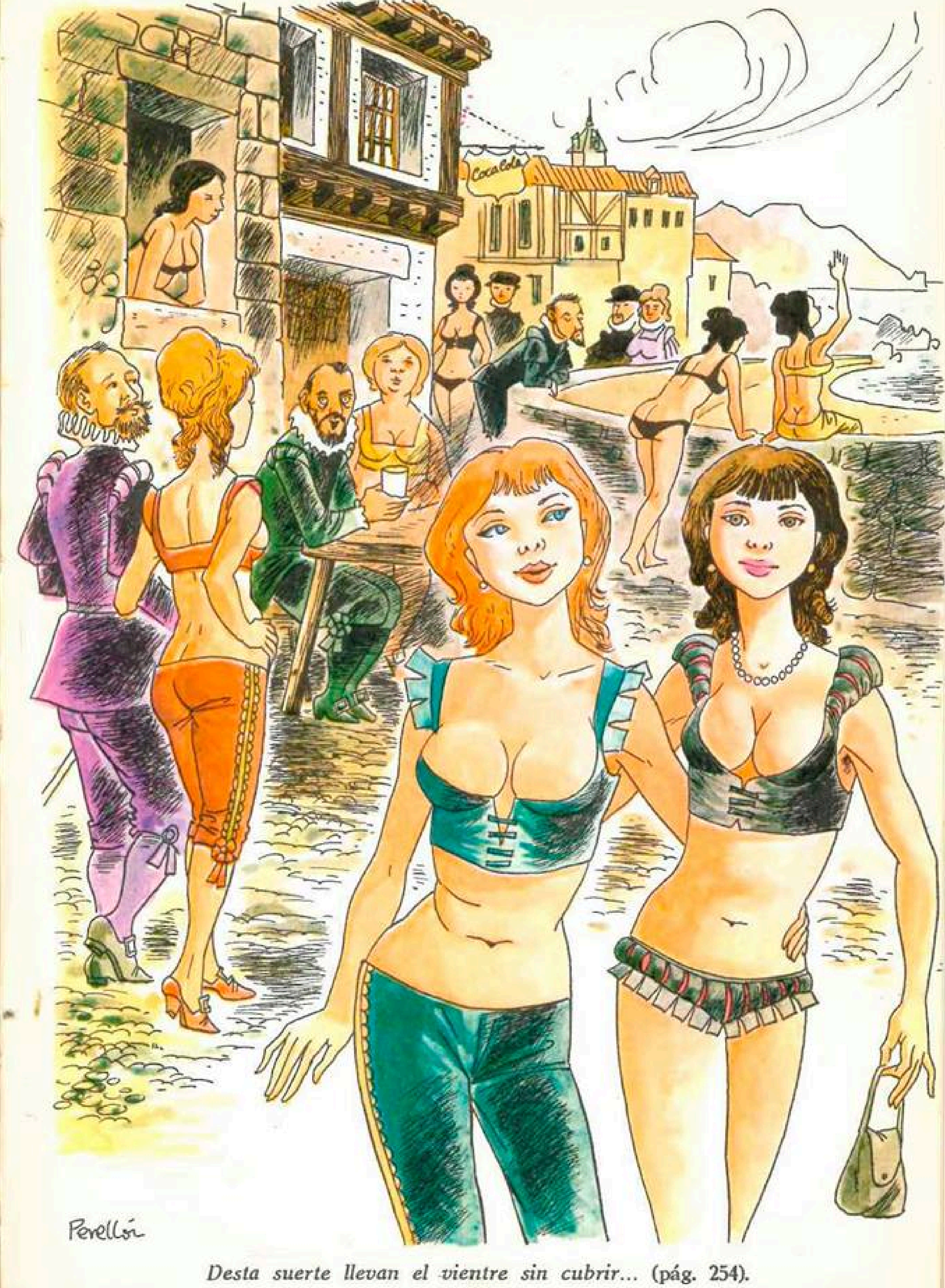
Digo, pues, que llegamos a San Tropez, puertecillo de poca pesca o de pesca mucha según qué arte de pesca sea usada. Digo que llegamos a él y de mí sé dicir que tornaré no bien pudiere.

Tiene el pueblo una buena fila de mesones que confrontan al puerto en cuyas tabernas y mesones ni de noche ni de día dexan el folgar y aquesto porque los que aquí vienen a eso se allegan y no a penar y, como tienen todos la mesma intención, no entre dellos desacuerdo ni contienda porque los unos quieran dormir, los otros trabaxar, otros beber, los de más allá orar o meditar. Desto no se siguen sino bienes.

Los holgaderos, las tabernas, las calles y los baxeles están toda hora llenos de gente soplando como saludadores y besándose como en bautizo de primogénito.

Y los méritos deste pueblo vense acrescidos porque tiene de guarnición compañías de damiselas que no las habrá de mejor catar en toda Francia. Ni de más extraño atavío. Y es éste, que luego vimos era usadero en muchos lugares de la marina, de la siguiente manera:

Una suerte de coselete o xubón que no cubre más del



Desta suerte llevan el vientre sin cubrir... (pág. 254).

pecho, y este coselete de las veces, unas tiene manga hasta la muñeca y las más no la tiene hasta ningún sitio y el vestir de arriba con ello se cumple; por baxo llevan unas calzas no folladas que se les tienen y mantienen en el redondo de la cadera. Desta suerte llevan el vientre sin cubrir de manera que vense, en ombliguillos morenetes, veros primorcillos redondos.

Y, como son, las más dellas, de gentil cuerpo y miembros delgados, dexan al que las mira muerto de amor. Dellas sólo me resta dicir cuantas veces las tengo en memoria y cuán deseo tornallas a tener en algo más y que solían llevar, en aquel tiempo, que ya acabado habrán esa moda y tendrán otra, sus melenillas rubias con las puntas de los cabellos curvadas con lo que, cuando en ellas pienso, se me llenan los ojos de amorosas lágrimas. ¡Hijas de mi vida!

Y eso magüer tenga por seguro que ninguna dellas sabrá hacer salpicón ni aún freir un huevo. Perdonado lo tienen.

Estuvimos en aquesta bienhallada puebla en differentes sitios y uno de los que más nos plúgo fué el que llaman La Citadelle porque era de gente moza. Llegamos y estaban danzando, al son de un artificio tañedor, un danzar tan desasosegado que llevaban todos tohallas al cuello para se secar los sudores y se los secaban de cuando en veze, entre pieza y pieza.

Luego que entramos nosotros pararon el artificio y nos hicieron rueda y tañimos nuestras trovas con lo que holgaron grandemente y es que a la gente nueva nos suenan en el corazón las mesmas cuerdas. Terminado nuestro tañer siguió su danzar tan desasosegado y alguno de nosotros entró en el corro y danzó con ellos y luego entramos la mayoría, magüer no tuviéramos tohalla y uno

dellos comenzó a bailar con su dama un pasodoble de una manera tan extraña que nos dexó pasmados, que jamás la habíamos visto.

Aquí tornó don Germán a facer obligación y hubimos de dilatar la estada en el pueblo una pieza que le diera algunos osculejos a ella, que no quedara tan desconsolada.

Dentre los otros lugares fuimos a uno que no olvidaré, pues que torné a hallar en él a la mi vida que en Antibes perdí.

Y fué que, habiendo avistado, tras de un arco de la muralla, uno de los vistas, una taberna con gente asentada en la calle, aprestamos los estrumentos, alzamos los corazones, echamos el pendón al frente y, al son de Sebastopol, passamos el arco y salimos a do la gente se hallaba soplando frescuras y los dexamos suspensos.

Formamos el redondel y entonamos con muy gentil apostura aquello de:

Señor, dat al escolar
que vos viene a demandar
dar merced e ración
y os cantará una canción
de solaz.

y no habíamos llegado al "dat merced y ración" cuando a poco se me cae la puga de la mano, pues, delante mesmo de mí, se hallaba mi melenilla de mis entretelas, sonriendo como lo han de hacer los ángeles.

Quedé quedo, la mano colgando, los ojos abiertos y la boca un algo y hasta el aire de ordenanza lo perdí, con lo que comencé a chocar con mis compaños que lo llevaban bién.

Y ansí, mal que bien, seguí la ronda, yéndoseme el alma por los ojos y sordo de los fuertes golpes que el corazón me daba en la caxa del cuerpo.

Acabó aquello y, al tiempo de nos ir para otros lugares, alzó la mi señora con su séquito para irse también y echó unos pasos delante y yo que la caté avivé los míos, de manera que fuimos a confrontar so el arco ya dicho de la muralla y, como la vide tan cerca, como estaba tan risueña, como le meneaba la brisa los cabellos y los ojos le relumbraban en lo escuro, no pude tener mis sentimientos, me llegué a ella y, con la mesma devoción del que comulga, le dexé un osculillo en el labio y un sobresalto mediano. Quedó un breve espacio suspensa, mas, como vido que su marido no lo había columbrado y que fué el besillo más limpio que hombre dió a muger desde que se inventaron, me perdonó y no dixo sino:

—¡Ah, les espagnoles!

Y es que tuvo de ver qué amor me nasció por ella.

Y no lo olvidaré, porque fué el único y lo será.

Y pienso que al menos desta tengo eso, mas de doña Nieves ni aún a le rozar una mano llegué y, cuando ansí lo hago llenaseme el ánimo de una malencolía tan profunda, siento un sentir tan dolido y una gana de llanto tan aguda que me paresce que me muero a chorros.

A la siguiente mañana dixeron que ficiéramos algara a cierta playa destos encuerados que llaman naturistas, porque al sol llevan las suyas, y que estaba como a media legua, para columbrar su desenvoltura y catar su deparpaxo.

Nos faltaba por ver aquesto, ansí que concordamos en tomar aquel conoscimiento que no dixeran que algo nos quedaba por saber. Y, a fé mía, que eran de ver más de cien

papanduxos y papanduxas, con sus enarenadas horcajaduras, andar de un lado al otro de la playa, ansí como su madre los tiró a las manos de la partera. Pero muy más de ver era don Aurelio, catándolos, por la marina, pálido, que no le gustaba solearse, con las manos en los bolsillos de sus zaragüelles de lana, su coleto de lo mesmo y unas pantoflas que fueron de su abuela.

Llaman a aquesta playa Honolulú que es una que hay en la mar Pacífica y do dicen que andan las zagalas con una mata de yerbaluisa por la cinta y una ristra de geranios por el pescuezo.

Y, aún agora no lo acabo de creer, a la vuelta desta algara, ya muy cerca del pueblo, hallamos una monja. A mí se dicir que me pasmó y, no sé por qué, vínome a la memoria cierta canción antigua francesa que dice ansí:

Quand se vient en mai
que rose est panie
je l'alai coillir
per grant druerie
en poc d'oure oi
une voix serie
lonc un vert bousset
pres d'une abiette
"Je sent les douls mals
leis ma senturette
malois soi de Deu
qui me fist nonette".

que puesta en verso castellano es, más o menos, aquesto:

Cuando vino mayo
y la rosa abrió
fuíme yo a cogella
con grande ilusión.

A poco sentí
que una voz salía
desde un verde bosque
junto a una abadía
"Siento dulce mal
baxo de la haldeta
quien me fizo monja
¡fizom' la puñeta!"



Capítulo XXXIV

DE CÓMO SE SIGUIÓ EL CAMINO, LLEGAMOS A MARSELLA, MUY GRAN PUERTO Y SEGUIMOS LUEGO, AL TRAVÉS DE LOS PIRINEOS, HASTA EL PRINCIPADO DE ANDORRA PARA PASSAR A ESPAÑA

Con el dolor de nuestros corazón dexamos San Tropez y tomamos nuevamente el camino, separados agora un algo de la ribera que ansí va la carretera y llegamos al puerto de Marsella.

El grande puerto que los focenses fundaron sigue con sus méritos que son en buena parte todos los que ornan a los puertos de mar y es que ves gentes de las más diversas tierras y payses, composturas y faciones y luego muy buenos antrillos y espeluncas, do dexar dineros, salud y aún la cordura si me apretan.

Los deméritos sabidos son: asaz de guarrería en las aguas y proclividad a la gresca en los holgaderos.

En el mesón do possamos hicimos la de Niza, que ya la conté a vuesas mercedes, y es que cuando se vuelve de una destas expediciones, en lo último del camino, suele llevarse la escarcela cariacontescida y es mester dormir más estrechos.

Está en Marsella, en la mitad del mar, un castillo famoso que llaman de If, do son enchiquerados los que el

rey quiere que callen o, por feos, no quiere que los vean demasiadamente. Algunos de la Gloriosa fueron a vello en un falucho. Al que escribe, con ser no dolido de bolsa, le duele el dinero echar en cosas que es mejor imaginar.

Fuimos a tañer, entre otros, a un figón de nombre español y vide en él, una vez más, qué cara se les queda a los de nuestra nación cuando llevan largo tiempo fuera de ella. Tienen cara de idos o de orates y nos miran y escuchan como a aparescidos. Ansí contesció con los dueños deste mesón y los mozos y recordé de una vez, en Lausana, que entramos en una taberna y no bién comenzamos a tañer "España Cañí" una moza comenzó a llorar de unos fermosos ojos negros que tenía, tan dulce y desatentadamente que nos puso a nosotros a punto de lágrima.

De Marsella tomamos el camino y no nos detuvimos sino lo necessario al cuerpo. Passamos Arles, Mompeller, Sete, Beziers y llegamos a Perpiñán y desde allí nos metimos adentro del país para passar, por Burg-Madama, al Principado de Andorra, último, o de los últimos feudos de los fenicios, aunque sean fenicios de secano y más bien covachuelistas que marineros.

Las montañas son asaz fermosas pero no he mentir a vuesas mercedes diciendo que el valle me gustó. Es en demasía angosto, no encuentra el ojo espacio para se recrear y los peñascos de las laderas están tan propincuos y tan abocinados que te hacen peso en los pechos.

De la gente diré algo, mas considere el lector que los conozco poco y, a las vegadas, contesce que se tiene mala fortuna en las conoscencias de passada y das con el más animal del pueblo o descortés. El caso es que la gente de aquí paresció fría y desdeñosa y, lo que paresce increíble de todo punto, soberbia. Porque no sé de qué pueden

estarlo si lo que tienen de común es los dineros, su ansia, el buscallos y atesorallos y el engatusar forasteros con fabricaciones de artesanos extranjeros. Otrosí, que no viven sino de benevolencia de sus vecinos. En fín, les torno a dicir que presto estoy a mudar de opinión en cualquier momento. Lo más cálido que hallamos fueron los españoles que allí había afincados o de passo que eran en su mayoría del vecino Condado de Barcelona, aragoneses y algún andaluz suelto.

Atravesamos la frontera por Seo de Urgell y, nos vino el viento de la patria y su son y su olor y sus cantares y, con todo ello, se nos entró la bienandanza entrañas adelante.

Passó la cansera que traibamos de tan largas andaduras y tornaron los cantos y el alella, que es vino de burbuxa, nos ayudó en aquestas primeras singladuras, luego fué al cariñena en Zaragoza y ya todo fué sonrisa.

Atravesando la jurisdicción de Guadalaxara, determinamos acabar con dos cosas que nos había dado asaz de guerra, digo a nuestra narices. Era una el tabaco indiano de don Carlos que, ya se dixo, olía un mucho a boñiga de caballo y un algo a miel o pandehigo. Y es que, cuando comenzaba a arder el refinado estiercol, empezaban los denuestos y venablos que parescía aquello gresca de carreteros. Sobremanera don Manuel, que es de muy expedita lengua, que como había luchado contra los berberiscos, sabía de cierta yerba que allí queman que llaman quifi y la de don Carlos le traía tal recuerdo.

Contesció que en cierto pueblo se le ocurrió al dicho don Carlos encender su cañuto y, no acababa de lo hacer cuando don Manuel, llamado El Rixoso, abrió la boca.

—¡Por los cuernos del buey de San Marcos! ¡Otra vez aquese maldito quifi! ¡Mejor se metiera el cañuto por el sieso y nos dexara descansar las narices!

Fué aquello como el grito de guerra: detuvimos la marcha y nos fuimos para él y él, fuyendo, se abaxó al camino. Lo cogimos y, como en aquellas habíamos acordado hacer despoxo a don Aurelio de sus pantuflas, atamos a don Carlos a un árbol del camino y tornamos por don Aurelio, que como es tranquilón y no le había dado al mosto, no baxó al expolio de don Carlos. No defendieron los iberos Numancia tan ardidamente como don Aurelio sus zapatillas. Repartía leña con ellas mesmas y daba rugidos como león:

—¡No mientras viva! ¡De mi abuela las hube y a mis nietos passarán! ¡Atrás, atrás los infieles!

Y ansí un valiente rato hasta que se las pudimos conquistar y, en unión del quifi de don Carlos, les dimos fuego en mitad de la carretera y de la conxugación de los dos hedores, poco faltó para que cayeramos amortescidos por tierra. Otrosí que no teníamos las piernas muy seguras después de tanto trabaxo y libación.

Y seguimos el camino con las narices descansadas.

De modo que íbame yo pensando qué dulce es el camino de la patria cuando lo corres de vuelta. Y es que, al salir, vanse dexando so el sol y en las zarzas del sendero cachos de la entraña y luego te contesce como a aquel zagalillo que llamaron Pulgarcito que hallaba su camino a su casa por ciertas piedrezuelas que, de trecho en trecho, al suelo dexaba caer. Va el peregrino que torna hallando en cada vuelta de la senda, en aquella y aquesta vaguada,

en esotro collado, en cierta piedra y árbol, el lugar do se dexó la mirada prendida.

Y es de tal manera que, a las vegadas, pienso que en el ir está ya el regusto de tornar y por aqueso no oyes otra cosa que cierta voz que te dice "Más allá, aún más allá". Que cuanto más luenga es la ida más gozosa es la vuelta.

Desto tengo que dicir que, cuando voy de caminata por los montes, ca soy asaz andarín y hallo gusto en dalle el zancaxo, viene luego la sed a me dar tormento y, como sé que cuanto más elevada es la fuente más fresca, más pura, más risueña y canora es el agua, voy dilatando de fuente en fuente el saciar mi apetito hasta la última que puedo y allí, tomando agua con la mano, me quito el polvo de los labios, enjuago la boca y con esa disposición tiéndome de pechos en el suelo, meto el morro y aún la cara entera en el agua y voyla bebiendo muy despaciosamente, con trago sereno y goloso. Descanso y resuello y torno a beber hasta que me suenan las tripas, dexo entonces la faena, tiendo el espinazo en la tierra y me lleno de aire la caxa de los costillares, me sonrío a mi mesmo y al Dios que risueño me hizo. Cierro los ojos y voylos luego abriendo más o menos, de manera que la luz que se cuela abre y cierra las varillas de ciertos abanicos de las más extrañas colores, differentes y desusadas que nadie puede imaginar que existan.

Y, volviendo a lo que estábamos, que era el fín de la expedición a Italia, les diré que llegamos a la Universidad, dexamos en ella el pendón y cada uno tomó la senda para volver a su casa.

Volví yo a la mía y la hallé tan fermosa como la dexé. Brilloso el cielo, verde y bermexo el suelo, humildicos

los ríos con sus aguas limpias y ocultas, volando alto los alazores y las palomas en los rastroxos y todo en fín lleno de luz y de silencio.

Y que todo es necessario y formoso.

Con el regalo de la casa propia y la tranquilidad, fueron saliendo mis ojos de sus cuévanos, se me ocultaron los huesos y quedé en disposición, si falta hiciera, de salir a tunar las mesmas Indias.



Capítulo XXXV

VÍNOME CIERTA DEBILIDAD; DE REPENTE Y A SORPRESA, Y TENTÉ A ME ENAMORAR AL PLATÓNICO MODO Y DE LO QUE DELLO SE VINO

Por aquel tiempo, sin qué ni canasta, me acometió, de repente y a sorpresa, cierta nostalgia de limpio amor y comencé a otear a cierta boticaria alquimista y a le cultivar las entretelas. Llegamos a pacto de que, luego que ella se licenciara y alcanzara yo la prebenda, matrimoniaríamos.

Y rodó bien la cosa al principio, que a todos place la carne fresca. Danzábamos y holgábamos juntos y hacíamos los estudios en compañía, de suerte que a mí, sangre adelante, me fueron entrando muchas cosas de su sciencia, como el saber de plantas y de yerbas y el conoscer algunas cosas de su alquimia.

Pero, cierto día, mirando en el espéculo de mi alma, vide que no era aquello sino engaño y figuraciones que yo me hacía a mí mesmo.

Y, como me tomé cuenta dello, comencé a me hartar della y a encontralle tachas, faltas y defetos.

Ansí, si me arrimaba, como entre enamorados se usa, para mirarme a los ojos, yo, en lugar de entornar los míos, osculealla, furgalle el riñón, cosquillear la nuca y

las demás cuquerías, la miraba muy fríamente y dicía para mí:

—Vean qué arte de bizquera saca agora la pelleja alquimista.

Y es que ya saben vuesas mercedes que cuando alguien se te acerca demasiadamente y te cata de frente se le suman ambos ojos en uno al modo de Cíclope. Y, otrosí, si alguien te otea con amor, como en aquesta manera se pone cara de sandio o de ido o mentecato, como no sea muy bella o no le tengas amor, te viene una risa que te mueres.

También cuando le dicía:

—Señora de mis sentidos, quien se viese con vos en un soto, en solana, cabe del agua, sin gente, ni moscas ni ruidos. Con vos y conmigo, con el cielo limpio y olorosa tierra.

Pensaba que aquello no era para aquellas pringosas sino para la orejilla chica y el zarcillo redondo de doña Nieves.

Y el día que rompimos las paces me dolió, porque vide que no era sino porque la dicha y dichosa doña Nieves seguía teniendo mi corazón, como desconsolado ruiseñor, preso en la verde prisión de sus pestañas.

Y aquella noche me fuí con el hombre del vino y me monté, muy reciamente, en la uva.

Volví a mi casa, como tantas veces, cuando la de las rosadas nalgas se levantaba a dispertar el día y, sin saber qué me hacía, perdido el seso, me llegué' so los balcones de doña Nieves y estuve diciendo desatinos. Y escribiéndolos, pues llevé, de una taberna, en previsión de aguas mayores, copia destas servilletas que en tales sopladeros se usan.

Y porque se pasmen los que leyeren de tanta sinra-

zón como se sigue de las ingurgitaciones demasiadas, lo pongo aquí. Cuando yo, al siguiente día, lo leí, me quedé pasmado y abierta la boca y me prometí a mí mesmo andar con mucho tiento en las libaciones. Lean vuesas mercedes y perdonen los disparates:

"Bien podéis agora, señora, dormir tranquila, que me tenéis sin alma.

Bien gozar de vuestro marido y casa, que me tenéis sin norte.

Bien en vuestro lecho estar, ca me estoy yo en la fría noche, llorando sin tiento por vos.

Bien sosegar, pues que a mi dexásteis sin sosiego.

Por eso, señora, os maldigo a vos y a vuestros fermosos ojos, vuestro pelo y cuerpo y vuestra boca: que no del alma se me borra vuestra estampa.

Maldigo a vuestra imagen, vuestra parentela y marido, si lo tenéis, vuestros fijos y todo lo que hay junto a vos y habrá y ha de nascer o nascido es: que no os olvido.

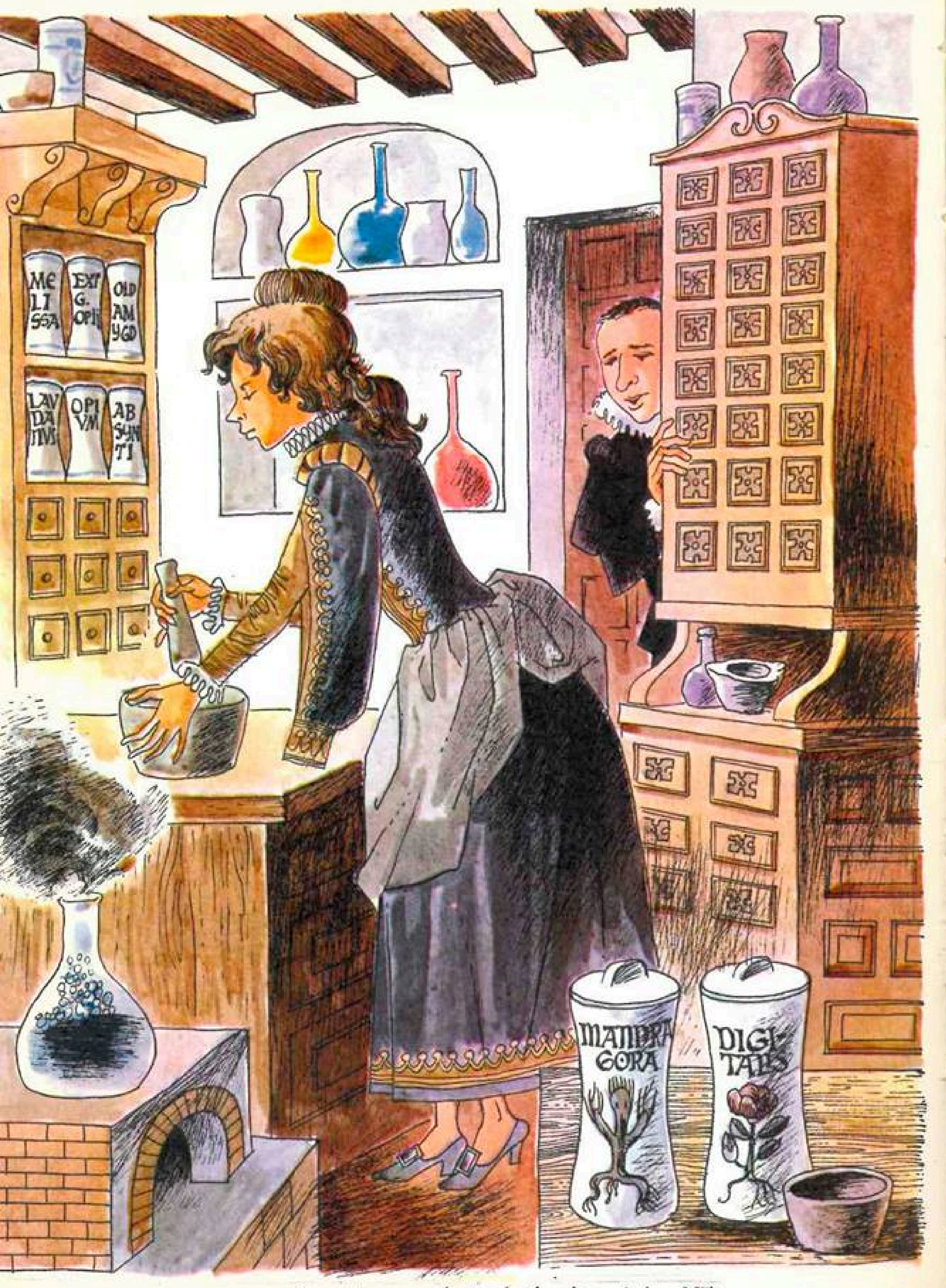
Ansí el afeite se os volviera vitriolo, los polvos azufre, el bermellón cerecilla, el alheña pólvora, el xabón pringuezorra, los vestidos fuego: que no os dexo de amar.

Mal dolor os dé que os revolquéis en vuestra mesma sangre y vomitéis las entrañas. Vos y los vuestros desde la oncena generación adelante y atrás: que os quiero más que a nadie.

Dios permita que llaméis la muerte y no venga, que pidáis clemencia y halléis saña, agua y os den vinagre, bálsamo y os traigan sal: que no os puedo echar de mí.

¿Por qué os dió la flor de tan siquiera mirarme? Harto mejor hubiera sido para mí el desprecio.

¡Ay, amargo de mí, que os amé! ¡Ay infelice que quemé mis pupilas en los rayos de sol de vuestro pelo! ¡Ah, ciego, tú, aguilucho, agora, y ella sol luciente todavía.



...comencé a otear a cierta boticaria... (pág. 267).

¡Tanto blasonar de altivo y aquí os tenedes, en mitad de la noche diciendo desatinos!

¡Ah, cuitado, tonto, sin seso, malastrado!

Idos a devolver los tragos. Entraos los dedos al garguero, descargad, idos al catre, mojad en lágrimas la sábana y la lana y no espantéis los nocturnales gatos con voces y sospiros. Que os faltaron agallas a matar y valor a morir.

Cuando perdisteis el bien, mejor hubiese sido, y de más hombre, tomar la vuestra espada y saliros al mundo a medilla con la de los infieles, colgar vuestro laúd al cuello y exir a tensonar con otros trovadores al extremo de la tierra. Buscar a la Desdentada do se hallara, sorprender el Amor do se ocultase, aprender cuantos músicas cantan las humanas bocas y no restar aquí en el sosiego y amparo de la Patria, en el seno amigo de vuestra Gloriosa, poniendo la hortera do la sopa es segura. Entreteniendo la hambre desmayada de vuestro corazón con meajas de amorcillos del tres al cuarto o con miradillas, figuraciones, y cogitaciones presuntuosas de que solo a vos ama y que todo fué el destino y a daros puñadas en los pechos como diz que ciertos grandes monos hacen.

Mas, ¿qué de mi hubiera sido de no ser tuno? ¿Do hubiera hallado consolación y reencontrado alegría?

A buen seguro estaría agora, el cuerpo estragado, los ojos vidriados y la sangre aguada, en algún sopladero, en olor de mosto. Viéndoos en lo fondo del vaso, en la escura madera de la mesa, en la cal desconchada de los muros, la llama del candil y el labirinto angulado del artesón.

Mas, dolido Dios de mi futura suerte, me fizo tuno y no hay pena que crezca, tome cuerpo ni perdure so la be-

ca bermexa. Púsome también, ca es Todopoderoso, en el tuétano el amor de la libertad y, cuando se ama libertad, no hay otra alguna que compararse le pueda. Con ser la libertad amada infiel, traidora, esquiva, desalmada, que, por un breve instante que la tienes en brazos, tiénesla en el deseo media vida."

Y reiterando el hilo que me traía, diré que terminó el devaneo con la alquimista y, aún prendido en la mesma mentira, namoreme, tiempo después, de cierta morenilla que parescía una destas avecillas que llaman de las nieves y, algunos, coliblancas. Afiladilla, limpia, alzada la cabeza y cuello grácil de graciosos movimientos.

Malgasté con ella palabras y cortesanías, desperdicié sueños y ligámenes de holgar y, al fin, fuese ella con un capitán de cuadrilleros, alto, bueno y sosegado, y quedé sin amor.

Descansando.

Aquesto me confirmó en cierto revelo que tuve tiempo atrás de ser mi sino no tener más amor duradero que mi tuna y mi tierra, mi patria y mi facultad.

Que no puede tuno que, por instituto, ha de enamorarse al menos cada semana, tener su ánima y albedrío sujeto a doña Tal o doña Cual. Antes bien se ha de derramar sin tasa, ni avaricia, ni mesura entre todas las que sus ojos alcancen a ver, sus oídos a oír, a ventear sus narices.

Y es que, si nada hay que apurar, menos los amores. Que no hay cosa más gustosa que el primer bocado al melocotón, o, mejor, el olello antes y el imaginar cómo ha de ser tal bocado.

Punamos por desabrochar, desatar, desvestir. Llegados que somos al cuero, recordamos qué bella era con el brial, el zarcillo, la seda o el paño. Nos viene entonces

cierto amargor y un algo de tristura y, pudiera ser, el secreto deseo de dexarla en huesos.

Desa suerte muchas ilusiones desfallescen cuando crees tenellas asidas. Que el ser lueñes les prestó embeleco, la alienidad, encanto.

Desotra parte, a las vegadas, piensas que no son los enamoramientos sino trasgos. Pues el fumo de la olla los disuelve, el brillo de la gloria los oculta, la fruicción del folgar los empuerca y los achaques de la senectud tornan enfadosos.

Otrosí, que el amarillo sol del oro sale en todo horizonte y a todo ojo humano encanta su amarillo relumbro. Y, sobremanera, al femenil.

Que les dices:

—Agora quisiere estudiar qué raíz tiene que los micos traigan rabo, las formigas seis patas, los elefantes trompa, cuernos tanta gente y otras cosas del mesmo tenor.

Y ellas con carita de ángel te demandan:

—Y, señor, decid: ¿Cuántos maravedíes renta tal estudio?

Se te desploma el ánimo y el alma.

Porque sientes que pesa más su razón que tu sueño.

Y que están en sus cabales y eres tú alguien extraño y desquiciado. Fuerza es conoscer cuán ciertos son aquellos dichos que dicen: "De la panza sale la danza", "Dame pan y dime tonto", y "Los duelos con pan son menos", con los otros del mesmo giro. Y falsos aquellos como el "Contigo, pan y cebolla". Pues la cebolla, sin otras cosas, desconsuela la andorga y hace sonar las tripas.

Y no se les suele alcanzar a las mugeres que halles gusto en mudarte como alárabe y placer en dormir una noche en el más fermoso mesón de Ginebra y a la noche

siguiente en la marina, envuelto en el manteo y espantando el frío con aguardientes.

No imaginan algunas damiselas cuán repatean los hígados cuando te dicen:

"¿Y no es llegado el día, señor mío, en que busquéis prebenda, oficio o beneficio? ¿No paresceos que músicas y aventurillas no son sino niñerías, que más honra hallaréis en honrada casa, con honesta esposa, suegros de buena sangre, retoños retozadores, respetuosos criados y palafrén de buen anca? Y no aquestas dilatadas noches y amanesceres, tanto sarao y tan differente do no hallaréis sino tentaciones y malos embarques o algunas bubas que por ahí se desperdicien."

Y cortesía te impide responder airadamente:

"¿Sabéis lo que os digo, señora? Que vengan bubas y lepras y malandanzas, cuernos, pobrezas y desastres, que nada será tan gravoso como hallarme enganchado con vos en perpetua coyunda, con vos como veedora y cómitre y sangradora y aspamentera y parturienta, que lo seréis como ésta, aquélla y la de más allá."

Pues, y cuando te dicen: "¿Acaso no tenéis ambición de ser y sonar, de mandar y de que os respeten, de, en fin, veros ensalzado"?

Y callas lo que te gustaría decir:

—Si tengo ambiciones, vive el cielo, aprender lo que hoy ignoro, ser más amigo de mis amigos y menos enemigo de mis enemigos. Creerme menos perfeto y hallar en los demás más perfecciones y todo lo demás que vos no ambicionáis.

También dicen:

"¿Por qué no sosegáis, dexáis de andar tras de unas y de las otras y quedáis tranquilo?"

Y, con gusto, respondería con palabras de un mi

maestro en la facultad, don Antonio de Luna, que dicía con voz aflautada:

"Quien está tranquilo y es conservador, siendo mozo, es que lo castraron."

Y pienso yo de la mesma manera, que no hay quien sosiegue con tanta fermosa como anda la calle y con tanta cosa que, para tener el entendimiento inquieto, hay en la naturaleza, los cielos, la mar, nosotros mesmos y nuestros semejantes. Tanta cosa de las que no alcanzas algo a saber o a en su ser entrar, ca están frente a tí cerradas a toda llave, negadas a toda luz.

Por aquella consideración ya dicha de los refranes, el mancebo que no tuviere el ánimo domable como vimbre o como hoja de Toledo, que no matrimonie por riquezas, pero los que ansí lo tengan que se caten que no hay beneficio ni canonjía parigual al matrimonio caudaloso. Luego, en los ratos perdidos, siempre habrá huérfana que amparar, viuda que consolar, doncella a que enseñar u otras caridades en que distraer los ocios y ganar sitio en el cielo.

De mi parte, como tengo la desgracia de no tener tal disposición y pensar que no hay caudales en el mundo que paguen el libre albedrío, voyme remediando y curo de tener, en cada sitio de los que paso o estoy, alguna casquivanilla que me sea favorable.

Y no piensen vuesas mercedes que, por azucaradillas y libres, las miro de través. Mucho bien hacen a su próximo, pues dentre las cosas fermosas que el mundo encierra y que Dios derramó de sus manos, pocas habrá que lo sean más que el ver una cabecita cuca en tu mesma almohada, sonrisando muy blandamente, turbados los ojos de ensueño

y de una poca de luxuria. Brillando, digo, como el agua de los ríos del sur entre la cañavera.

Y, del embozo abaxo, comunicación de bienes.

Destas cendolillas, a las que tanto quiero, es la que más me place cierta doña Guiomar. Porque la mayor parte de las mugeres, cada vez que con ellas possas, les has de hacer un nuevo cultivo y, como estén de mal talante, ya puedes arder que no se derretirán. Estarás tú echando fuego y un algo tartamudo y ellas más frescas que lechugas. Como pelando gallo o mixturando salpicón.

Pues aquesta doña Guiomar que digo, ponelle la mano encima, comenzar a le sonar muelas y dientes como cascabeles, tremar como azogada y brillar las pupilas como orate era todo uno.

Mas no compliría con la senda que me señalé de descubrir a quien leyere un alma tunantesca, si callara, cuando puna por salir de la pluma, que passó la toma de la Goleta, el de Trento Concilio, la circumnavegación del planeta, la rota de los Comuneros, las inundaciones, las sequías, los iviernos y estíos. Passan tiempos, gentes, cosas, devaneos, ligámenes y amores, van días y vienen días y no dexo de tener en memoria a aquella malhallada doña Nieves.

Y si vuesas mercedes no tiran en aqueste punto el libro, hartos y enfadados de tanta sobería, retrátanse de pacientes y Dios les ha de premiar tal virtud.

Y vean, de paso, lo hartizo que es escuchar cuitas de otros.

De añadidura, veces hay en que se da, contando las

penas propias, de qué holgar al vecino. Que ya lo dixo aquel Al Mutanabbi, esclarecido ingenio y altísimo poeta de los árabes:

No quexes de tus males
porque sólo traerás alegrías
es como el ferido en la lid.
que quexa a los cuervos y a los buitres.



Capítulo XXXVI

DE CÓMO SE COMENZÓ EL NUEVO CURSO, SUBIÓ AL MAESTRAZGO DON ÁLVARO, SE NOMBRÓ MADRINA A LA DUQUESA DE ALBA Y COMENZAMOS A URDIR LA VUELTA A PARÍS

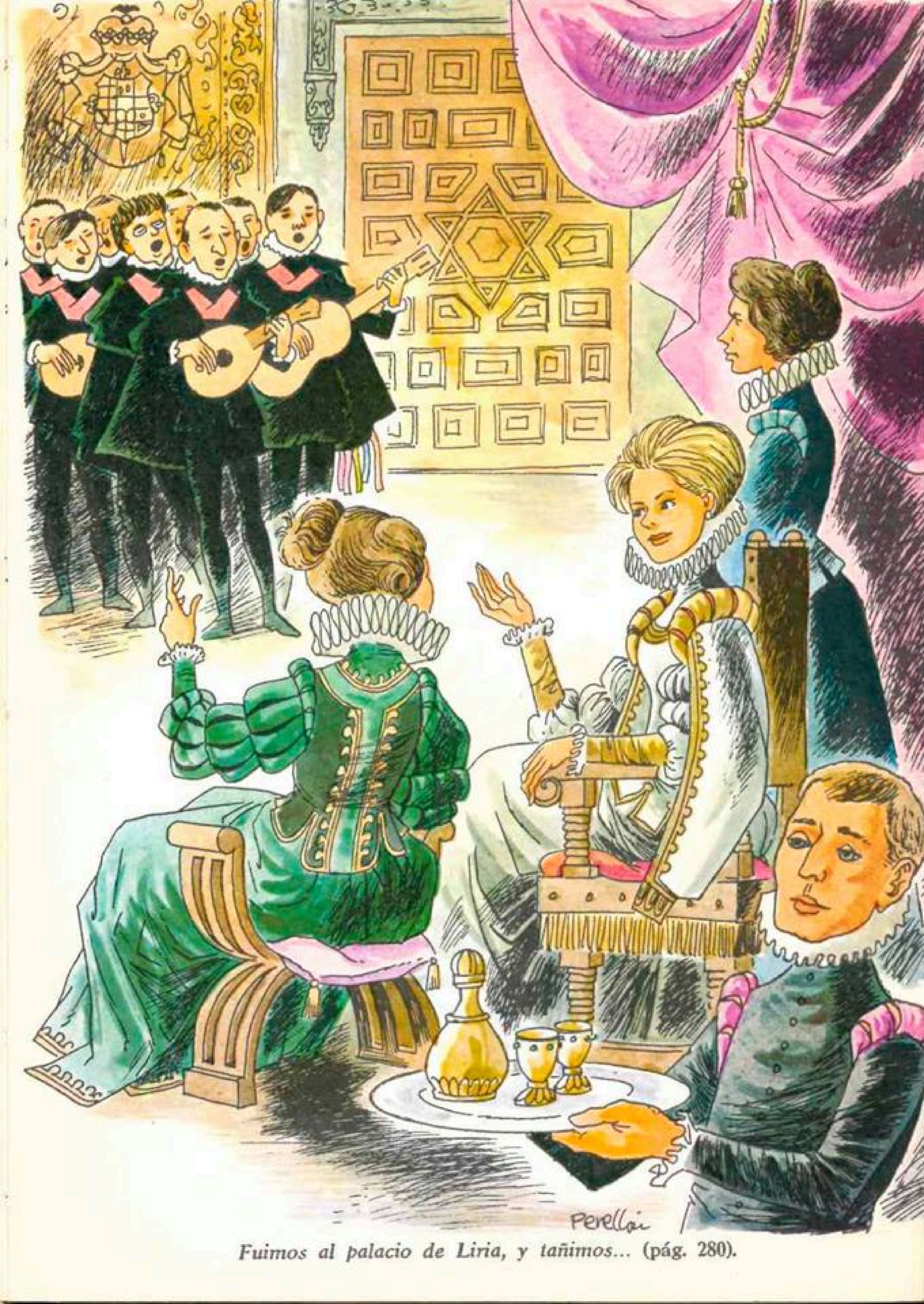
Passó mi estío en las labores propias dél, a saber, rondas, giras, ingurgitaciones, danzas, toros y festejos.

Volví a la Universidad al tiempo que los demás del estudio y allí nos recibieron patronas y pupileros cantando a coro aquello de:

Vanse unos estudiantes
y vienen otros
nos passamos la vida.
domando potros.

y, cosa curiosa, también las mozas dellos cantaban tal trova, siendo ansí que era a ellas a las que se montaba en aquellos días y los venideros.

Había nuevas en la Gloriosa y eran que don Alvaro, llamado El Ceremonioso y El Plañidero, se era Maestre. Ya recordarán vuesas mercedes de las banderías que contescieron en Mónaco, pues, luego más adelante, don Emilio, don Manuel, don Pacho, don Gabriel, llamados Erótico Rixoso, Tácito y Osezno, determinaron que no habían



Fuimos al palacio de Liria, y tañimos... (pág. 280).

satisfecho bastante ciertos apetitos a los que Dios confió la perpetuación de la especie y que no les era dado volver a casa en tal estado, por lo que creyeron conveniente a su salud y tranquilidad de espíritu llegarse a París y dar la algara de ordenanza por la ciudad.

El caso es que formaron compañía y se fueron para dicha ciudad, con lo que quedó la tuna sin Maestre, haciendose cargo de la gobernar don Alvaro y don Luis "Catilina", baxo cuyo mando llegó a España. Comenzó aqueste curso y se votó que siguiera El Ceremonioso de Maestre y quedó don Emilio libre para andar toda hora tras de las damas y damiselas, con lo que le volvió la tranquilidad.

En aqueste curso acordaron las tunas complutenses nombrar Madrina de todas ellas a la Duquesa Cayetana de Alba y todos holgamos con ello que es aquesta una señora chatunga y abierta muy amiga de las tunas y todas músicas y asaz hospitalaria. Fuimos al Palacio de Liria y tañimos lo que hubo lugar y passamos una buena velada y, parésceme, holgó la señora con nuestros tañeres.

Como todos teníamos muy buen recuerdo de París, andaba en la Gloriosa el toletole de que fuéramos allí a cambiar el año que es una fiesta asaz cachonda y bullanguera, muy besucona y florida de borracheras.

Y todos estábamos en ello, que nos quedó cierta cochura de la primera vez que por París possamos, que fué en la expedición a Germania, y estuvimos algo brevemente.

Ansí que hacia el mes de noviembre comenzamos a aparexar los ánimos y los otros pertrechos para llegar a dicha ciudad y una madrugada del mes de diciembre salimos todos con los corazones cantarines prestos a correr la cucaña mientras hubiera lugar en París y tornar luego con el cacumen descansado para los estudios.

Atravesamos España y entramos en Francia con más

frío que donde lo hacen y mucha niebla por todas partes con lo que nos arreciaba el ansia de llegar.

Vino con nosotros cierto don Antonio, del que ya les hablé, que estuvo en la Muy Bullidora del Pizarrín y en la de Filosofía, el cual proveyó a su calor mercando, en cada lugar do deteníamos, muy fermosas botellas de vino con las que nos regábamos los entresixos y ansí, mal que bién, pudimos resestir aquellas tribulaciones. Que es aqueste otro de los méritos que al vino ornan: que puedes llevar encerrado en una cantimplora, botella o garrafa un hogar de leños de oliva y irlo echando a tragos.

Llegamos en fín a París y fuimos a nuestro barrio, el de todos los escolares, alrededor de la Sorbona y paramos en la Posada de Flandes por ser de precio no soberbio. Es bastante anciana de suerte que paresce que está hecha de miga de pan y barrillo y blanqueada luego con azulete y mocos o cerilla de los oídos. De guardia, en la puerta y de noche, cierta ethiope de la isla Martinica que tenía el capricho de menear el trasero como si cedazo fuera y la flor de dexar la puerta abierta de su aposento cuando los de la Gloriosa volvían de sus labores nocturnales o cuando, por mejor dicir, amanescía.

Una destas noches cierto don Antonio, extremeño y differente del Garrido que se dixo, tornó y estaba la tal en una yacija que le ponían en la entrada porque oteara quien entraba y salía. Llegó el tal y la vido y Baco le dió ciertos consejos que ya saben los que con él han tenido trato los que son. De manera que lo escuchó y se acercó al catre de la cedacera a ver qué trova le gustaría que le tañeran, asentó en el borde y comenzó a templar el estrumento y ella no dicía sino:

—¡Monsieur, mòn mari! ¡Mon mari, vous etez fou!

Y don Antonio miraba a un lado y otro y dicía:

—¿Qué ton mari ni qué puñetas? Vamos a holgar que la vida es breve.

Y es de ver cómo, cuando de ciertas cosas se trata, cualquier idioma sirve.

Y don Antonio echó la bandurria a la espalda y comenzó ciertos y peligrosos manejos que a la ethiope placían pero que también le daban temor. Y dicía:

—¡No, no, je vous en prie! ¡Vous soyez, fou fou fou!

Y don Antonio contestaba:

—Aqueso, aqueso, tía escura: fu, fu, fu!

Y, al tiempo que dicía "fu", hacía cierto gesto procaz y moviendo el puño al sesgo con el brazo doblado...

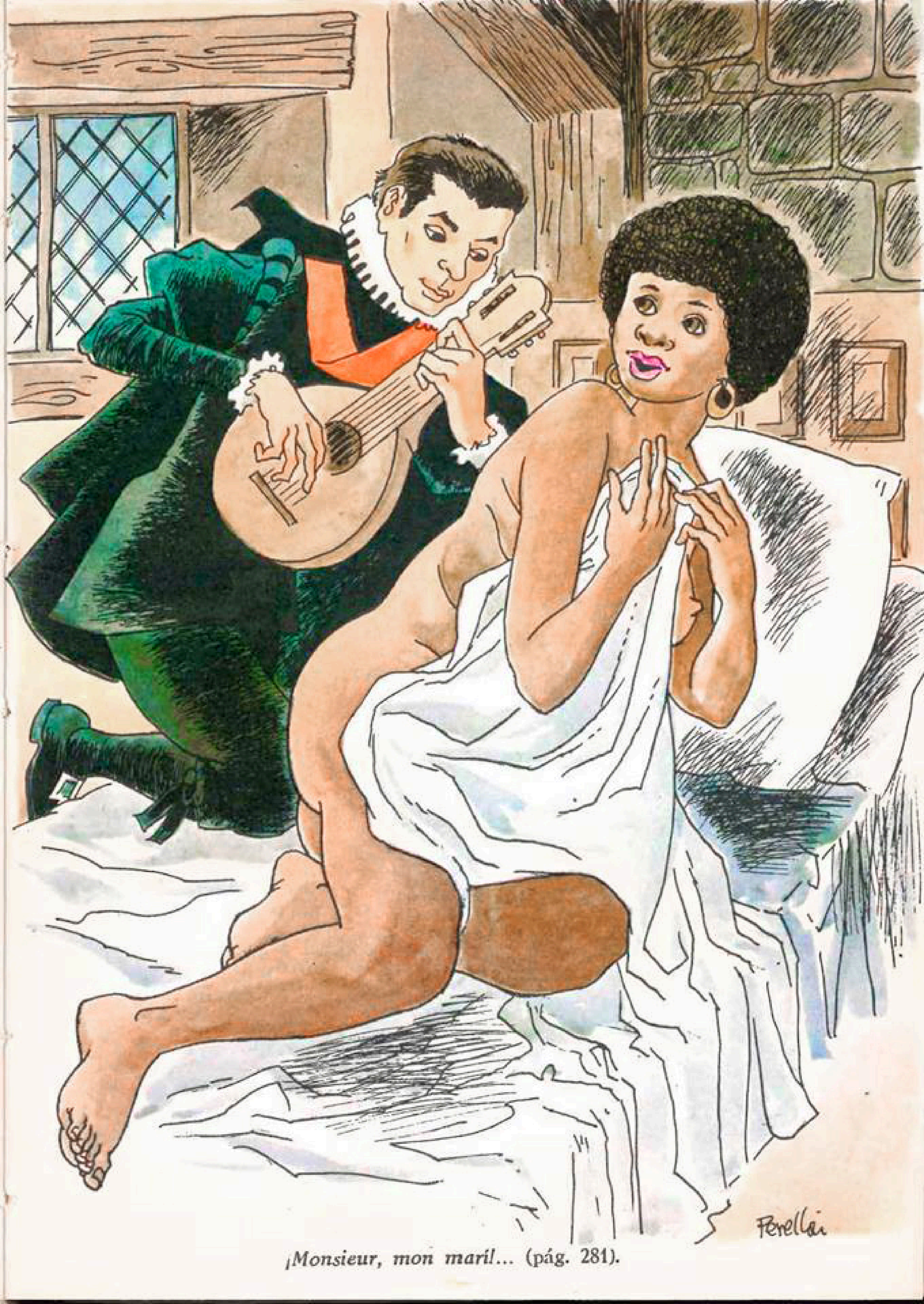
ellos en aquesto estando
el marido que se oyó
don Antonio que lo vido
la color se le mudó.

Suerte tuvieron que no se tomó cuenta el marido del pampaneo que allí se traiban, de manera que tuvo lugar don Antonio de se alzar, componer el gesto y dicir muy polidamente:

—Bon soir.

Salió escaleras arriba al aposento y se le passaron todos los ardores que traiba y luego contaba el episodio con muy despaciosa voz lo que nos daba gran risa.

Este de que hablamos era, ya se dixo, extremeño de nación, de muy buen semblante y amante del mester y siempre se quexaba de su patrona diciendo que el yantar escaso y la parca cena lo tenían tan mal abastecido que, de no ser por ciertos chorizos y morcillas que, de cuando en vez, de su casa le mandaban, en vez de tañer bandurria en la Gloriosa, tañería arpa en el reino de los cielos.



¡Monsieur, mon mari!... (pág. 281).

Y, dexando aquesto, diré que tornamos a reiterar lo que en París teníamos ya corrido. Tenían ya nuevas danzas como una que le dicían bostella que es como un juego que se hace en mi pueblo que se llama "a ropa que hay poca", peroque con música.

Como es París lugar de junta de toda la gente extraña, son aquí maestros en las invenciones contra natura y en aquesta nuestra estada en la ciudad era la que tenían la llamada tercera esquina, que son unos que ni fú ni fá. Vimoslos primero en el Bonaparte que está cabe San Germán de los Prados, monesterio donde se guardaba el Código de Eurico. Son aquestos de la tercera esquina unos que no se sabe a prima vista si son fembras o varones, pues anda tan descaminado en ellos la fación y el atavío que ni el maestro Hipócrates sabría qué eran.

En efecto, cuenten vuesas mercedes con que ven a uno destos, o destas, por detrás y lleva sus calzas y capa o ferreruelo y aún espada, espadín o daga, pues no han de fiar, que acaesce, asaz frecuentemente, que, mirados por delante, llevan los pechos fenchidos, no sé si por arte o por natura. Otro día verán a varones con fieras barbas y bigotes ataviados con sayas, guardainfante, brial o cualquiera otra cosa o con moño, zarcillos y axorcas. Y se besuquean todos con todos muy ascorosamente.

Por lo antesdicho, harán bién vuesas mercedes si ficieren obligación en aquesta ciudad, con alguna dama que paresciere algo estraña, en demandalle cédula, con cuño y rubro del Corregidor, do aparezca su verdadera condición y sexo. Ansí se quitarán de sospechas y afán. Otrosí que no descuiden sus dagas, por si el rubro fuera contrahecho y el cuño falso, que pudiera acaescer, con lo que podrían quedar más corridos que una mona y aún con el honor abaxado.

Y cuando nos partimos de París ya se andaban en la invención de la cuarta esquina que a saber lo que sea.

Tunamos aquí ciertos figones que son de tártaros y en alguno dellos no querían que tañéramos, digo yo que por no conoscer en Tartaria que cosa es tuna. Mas, como ellos eran tártaros o chinos o indochinos, nos hicimos nosotros los suecos, echamos el pendón al frente y les dimos el panderetazo como es usado.

Tras de volver a los sitios conoscidos, don Antonio el de Filosofía, que había vivido en París algunos años, nos mostró ciertos sitios nuevos y uno dellos fué el mercado de Les Halles que tiene mucho movimiento de gente, ya de madrugada, porque, dexados los que allí preparan las ventas del siguiente día, es el lugar más aparexado para tomar las sopas de cebolla que tiene allí el mesmo papel que aquí las de ajo, a saber, confortar las tripas de los que consumieron la noche en ingurgitar caldos y no de puchero.

Digo, pues, que llevamos nuestros pasos al dicho mercado que es do van a dar el cuerno todos los que andudieron en las potaciones pues tienen la sopa en todos los figones que en la plaza del dicho mercado hay.

Iba, como capitán desta expedición de la sopa francisca, Don Antonio delante por nos guiar y porque, como es asaz devoto della, tenía priesa en la catar nuevamente.

Topamos en el camino una compañía de soldados que cambiado habían a Marte por Baco y, con esta compostura y amigable dispusición que el vino da, nos hallamos tunos y arcabuceros, con los brazos por los hombros, danzando al son de una destas canciones que en la milicia se cantan si que procaces, graciosas, aquella que dice ansí:

Et l'on s'en fou
d' attrapper la verrolle
et l'on s'en fou...
pourvu tirer un coup

Con lo que holgamos ellos y nosotros, tanto que estuvimos hasta que finamos el cantar, y nos separamos con parabienes, alharaca, abrazos y vítores a España, a Francia, a las mujeres y a todo lo fermoso. Que es la mayor parte de lo que en la tierra hay.

Seguimos la marcha muy más alegres y, a poco, llamaron a don Antonio con muy grandes extremos. Erase un hombre que iba sobre de un carricoche y que era amigo dél. Estaba por el día en aquel mercado y de noche gobernaba cierta taberna destas que es concilio de mugrosos de los del Barrio Latino.

Se saludaron muy amistosamente, pues era don Antonio de los más asiduos clientes de tal taberna y no por mugroso, sino por curioso. Otrosí que hay, dentre las marranillas que se allegan, algunejas que si logras que se laven dan muy buen juego de catre. Ea.

Quedamos en que iríamos por la taberna al siguiente día y continuamos nuestro camino a uno de los figones soperos. Tañimos allí y luego nos asentamos y pedimos nuestra escudillas de la sopa. Tiene aquesta muy mala vista porque le echan queso fundido y derretido que se queda en los bordes del tazón y le da apariencia de bacín mal fregado. Pero hace la sopa de cebolla muy buen asiento en la andorga del soplador, ansí que parésceme arreglado que vayan allí los potantes a finar la noche. Otrosí que donde fueres, haz lo que vieres.

Como habíamos quedado con Mauricio, que ansí se llamaba el tabernero, en hacer visita a su taberna la si-

guiente noche, ansí lo complimos y caímos, tras de las rondas al uso, por ella.

En la cual no son usados velones ni candiles muy prolixamente sino que a cada mesa que se ocupa, le ponen una sola vela embutida en una botella y ansí se despacha todo el holgadero de luz.

Pónente en él vino y viene luego el tabernero o alguno de sus mozos y echa sobre la mesa un puñado de garbanzos aliñados a la argelina y es necessario curar de que no rueden al puro suelo. Luego están asaz gustosos por bién guisados y aderezados, otrosí que la mugre de la mesa les da sustancia y emoción el suspenso de estar a ver si morirás del morbo que en la mesa prendan.

Fuimos más veces a la dicha taberna, al garbanceo, y es de ver cómo es el sitio de buen possar, magüer la poca luz y ninguna limpieza y escaso polimiento del servicio; que es asaz extraña la razón de en un sitio estar bién aún todo y en otros, bién alhajados, polidos y limpios hallaste como en el disierto.

Recuerdo de una destas noches que volvimos a ella. Estábamos soplando y había, cabe nuestra mesa, una junta de raros entre los que se hallaba uno destos de las orillas del Paraguay, en las Indias, que comenzó a nos hablar en nuestra lengua con lo que holgábamos y le respondimos, entrando los demás luego en la conversación. Desotra parte, había un viejecillo destos que lo son por el trago, con el picaporte como un pimiento morrón y que allí consolaba no sé qué penas con vino.

Luego que nos vió hablar con los extraños nos comenzó a facer guiños hasta que nos acercamos a él y entonces nos dixo en su lengua:

—Guarden sus mercedes que son sarasas.

Por gradescelle el aviso, le diximos que fuera servido

de venir con nos a tomar unas medidas y nos dixo que fuésemos con él a su casa pues ya iban a cerrar la taberna y no nos darían más de beber.

Como nos cayó bien y parescía sano, determinamos ir con él y anduvimos unas calles en su compañía hasta que llegamos a una buena casa que era la suya. Entramos y, como lo hiciésemos quedo para no dispertar, nos dixo que no era necesario, que allí era él el amo, y a los demás que les dieran morcilla.

En el primer aposento se comenzó a descubrir su secreto que era una su hija muerta cuando niña, casi a la mesma vez que su mujer y cuyas muertes lo habían llevado a estar en aquellas consolaciones en que lo conoscimos.

Nos mostró el aposento de su hija, que lo tenía como cuando ella murió, sin mudar punto, y hasta con una muñeca sobre el lecho. Y en este momento le reventó la pena con muy duras y amargas lágrimas y nos salimos a la saleta por no dalle más de qué sofrir. Lo consolamos como mejor pudimos, y luego nos sacó vino y nos rogó que tañéramos una pieza, que Dios nos lo pagaría. Tañimos con toda nuestra alma y nos bebimos su vino, y al final salimos acongoxados y contentos que differentes sentires nos combatían el ánima.

Y ví allí otra prueba nueva de cómo los tunos llegamos, sin lo pretender, al corazón de la gente, y nos lo descubren de grado. Por eso mesmo es trabaxo perdido tentar que los que son enemigos nuestros, cátaros y turrisebúrneos, lleguen a querernos. Que no quiere el corazón razones.

Capítulo XXXVI

DE LA ÍNCLITA ORDEN DE LOS CABALLEROS DE LA CAMA REDONDA, Y DE CÓMO DON CARLOS, CON PRÉDICAS, LE SOPLÓ LA DAMA A DON FÉLIX Y DE LA RONDA A LOS CLOCHARDOS

Había oído yo hablar a cierto amigo mío, llamado don Xavier, de una Orden que se titulaba Inclita de la Cama Redonda y de cierto maestre della, que servía a la causa de la orden aparexando saraos en su casa y, cuando damas y caballeros se hallaban en danzas, él y alguno de sus amigos, al grito de "En lo escuro no me apuro", soplaban las buxías y cada uno se aplicaba a la que más cerca le caía, formándose en el aposento el guirigay que vuesas mercedes pueden pensar.

Della me dixo también el don Xavier, que era de mi facultad y, además, destos que el Fisco emplean en explorar las reconditeces de las bolsas d'España, y que tienen sobresaltados y sin sueño a la mitad de los españoles, que la dicha orden es de las que se pueden llamar cismáticas "per se", que no son católicas, ca sirven a muy distintas obediencias y no tienen un maestre solo, antes bien, hay muchos de los tales maestres en las differentes partes del mundo que, buen mérito aqueste, no quieren ser los únicos, ni los que más manden sino que buscan complir los fines de la orden sin disputar jurisdicciones ni sobe-

ranías. Son los fines della los que se dicen en sus cuatro mandamientos y que tienen por norte tornar, en el campo de la yacija, a aquella tan nombrada edad de oro en que no existía ni el tuyo ni el mío.

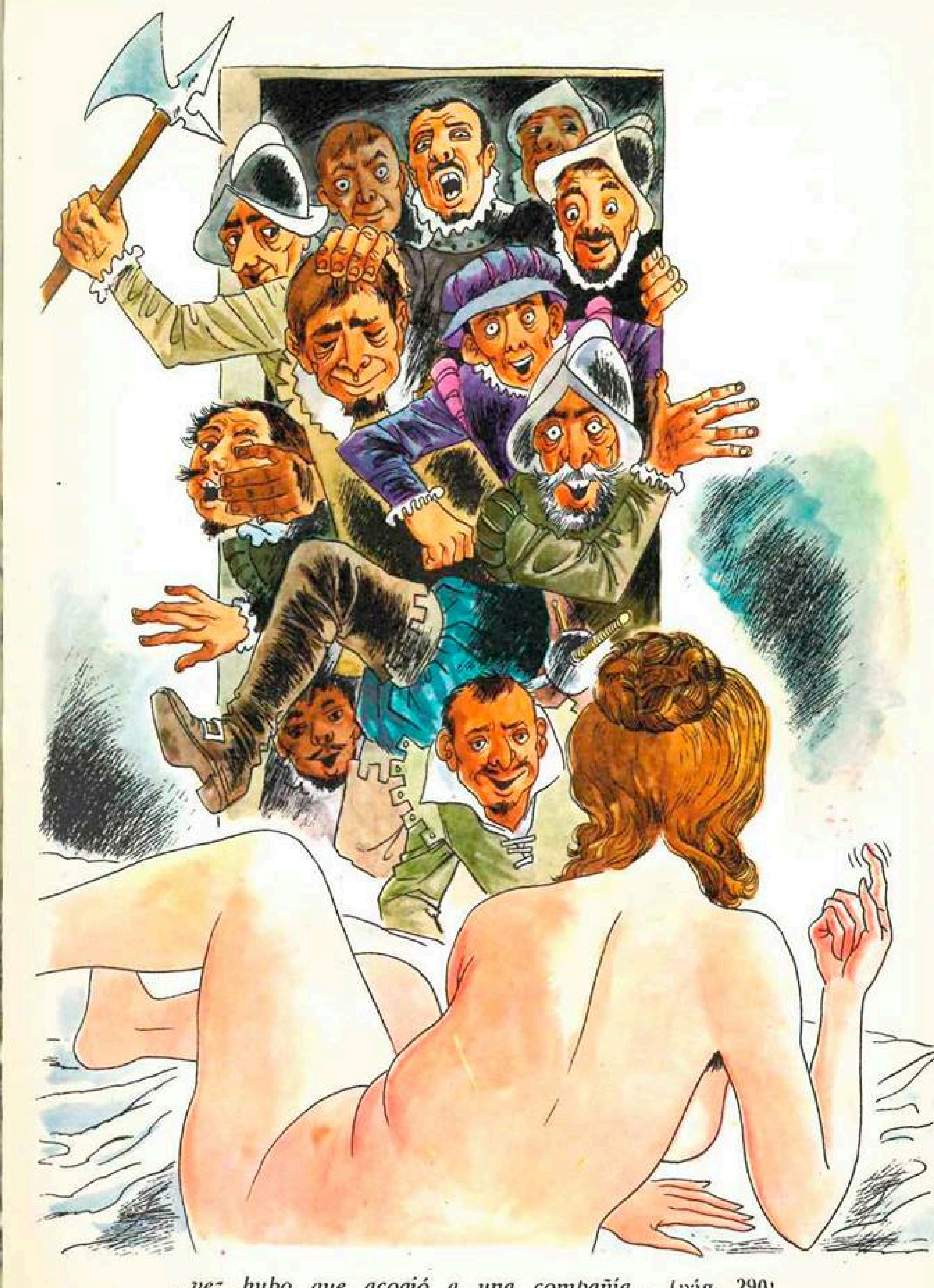
Son los cuatro mandamientos de la orden los que siguen:

I Mucha copa y poca ropa.
II Lomo, jamón y centollos, y no coles ni repollos.
III Nadie dolido con cuerpo compartido.
IV La fama empieza en la cama.

Bién, pues, como no podía ser por menos, que lo que en la tuna no se aprenda no se ha de aprender en parte alguna, llegamos aquí a conoscer a otro de los maestres de la muy cachonda y xaranera orden que, curiosa cosa, era ansí mesmo de nuestra patria.

Fizo don Gabriel, llamado el Osezno, una destas algaras suyas de ligamen que las hace en un francés de reir a mandíbula batiente, pues lo pronuncia a la española, pero que le entienden todas, como si Ronsard se lo fablara. Parésceme que porque el don Gabriel se ayuda mucho con el gesto y las manos, de manera que igual fablaría con sordas y ciegas.

El caso es que fizo ligamen con cierta damisela o lo que se le quiera dicir, que se llamaba Maximina, española, cuya no era partidaria en ninguna manera de se acostar con uno solo, antes bien prefería lo hacer con dos o más o cuantos cupiera la yacija que al efeto armada tenía, que era destas que llaman de matrimonio y, según cuenta ella mesma, vez hubo que acogió a una compañía entera de arcabuceros con sus coimas, que caridad defendiole dexalos en la calle en una fría de enero noche,



...vez hubo que acogió a una compañía... (pág. 290).

destas que en París se dexan caer de cuando en vez. Cuyos alabarderos, cuidando no llegara su capitán de sorpresa, no osaron se desarmar y allí entraron todos con partesanas y rodelas de suerte que, dice en sus memorias doña Maximina, oyóse toda la noche una barahúnda como de caballo loco en tienda de calderos, y exieron de allí a la mañana siguiente cascados de espaldar y abollados de almete la mayor parte dellos. Y me truxo aquesto a la memoria aquel romance, que dice:

Siete años había siete
que no me desarmo no
más negras tengo mis carnes
que no un tisnado carbón.

En el catre de doña Maximina tuvo la Gloriosa alguna de sus assambleas para discutir ciertos y graves asuntos cuya explanación sería en demasía prolixa.

Y dexando lo desta Orden, aunque no a doña Maximina, que seguirá saliendo en esta estoria, parésceme de contar lo que contesció a don Félix con cierta dama y don Carlos.

Recordarán de don Carlos vuesas mercedes su dificultosa postura de tener un pie en la tunería y el otro en la clerecía y de las negras que le ocurrieron en San Rafael, en la Costa Azul, con aquella poderosa..., pues, por el mesmo motivo ocurrió en París otro acaescimiento con el que parésceme que han de holgar.

Hallándose don Félix en aquestos menesteres, que son propios de la tunantesca, fizo obligación ("ligamento que es fecho según ley e según natura", que dicen las Partidas), con una española, si que un punto de escuálida de no mal catar y, como había él de continuar en el exer-

cicio, para haber mantenencia, díxole que le aguardara en el Cujas o do iría él, finados sus quehaceres. Es aqueste lugar una taberna que hay esquina al Boul' Mich', que es como le llamamos en familia a la calle de San Miguel, que va desde el Luxemburgo hasta el río. Es la tal taberna de limpia condición, sin soberbia en los precios y con gran gentileza en el trato, sobremanera con los de nuestro mester. Eran sus dueños un gentil matrimonio que nos llenaba de atenciones y es agora el amo un antiguo mozo, de nombre Yago, muy devoto ansí mesmo de la tunantesca y que se peresce porque tañamos la trova o ronda del silbo.

Allí, pues, recala la Gloriosa cuando a París va, allí sopla, ingurgita, tañe, descansa y sosiega los ligámenes por los madurar que tengan buen fin, y allí mandó don Félix a su delgada que lo esperase.

Fué al sitio y se sentó con algunos que de la Gloriosa estábamos allí y, a poco, llegó don Carlos que venía de unas devociones en Nuestra Señora que facían los servitas, muy asustadoras y llenas de trenos, y comenzó a le hablar a la damisela y ella contó, cómo a nosotros, que aguardaba a don Félix.

Luego que don Carlos lo supo, y visto que teníamos cerca de allí la possada, barruntó lo que don Félix, cualquiera otro en su lugar, traía en el magín y determinó impedir que pecaran, con lo que pondrían sus almas en peligro de perdición eternal. Pensándolo, comenzó a desasosegar a la damita diciéndole cuán extraño sería que don Félix tornase, ca lo había visto con una ansiosa germánica muy amorrongado. Contestaba ella que no le haría tal cosa que era caballero y le razonaba él que, habiendo fembra de por medio tanto daba caballo como caballería y porfiábale ella del mesmo modo, hasta que

don Carlos halló razón tan de peso que no pudo la cendola resestilla, ca era la cumbre de la sabiduría y el "non plus ultra" de la prudencia y le dixo: "Más vale páxaro en mano que coz en el compañón". Desta suerte consintió en con él sobir la calle hasta nuestra possada.

Llegaron a la alcoba y hallaron a don Pleis allí, que estaba filosofando. Rogóle don Carlos que los dexara que tenían algo entre manos.

Salióse don Pleis y abaxó al Cujas do los demás seguiamos en las potaciones.

—No sé, o sea —díxonos, rascándose las guedexas— hase subido don Carlos una, parésceme, suerte de mozuela, algo flaca, a lo visto y quitáronme de cogitaciones... Digo yo, o sea, no sé, que querrán como yacer...

—¿Don Carlos yacer? Negra es —dixo don Gabriel que sobaba el riñón a Maximina— en prédicas anda.

Comenzamos cierto debate recordando unos que don Carlos holgó al menos con la poderosa de San Rafael, y sabido es que a eso se acostumbra uno pronto, como a todo lo bueno, y otros retrucaban que aquello no fue yacer sino que violaron a don Carlos, y ansí se passó un espacio. El que más dicía era don Gabriel que no se apeaba de su asna.

En aquesto estando tornó don Carlos con su apestoso cañuto en la boca, se asentó con nos y restó tácito.

—¿Acaso no habíais llevado a cama una fermosa damisela? — demandó don Antonio.

—Llevela y en ella está —contestó, mascurreando las palabras con el cañuto.

—¡Alahé! ¿Qué vos decía? — dixo don Gabriel, sin soltar a Maximina.

—Pues qué, don Carlos, que no le hacéis caridad — demandé.

—Ya la tiene fecha — contestó, aún con el cañuto mordido.

—¿Pues...?

—En cama quedó que es lo que deseaba...

Fabló agora don Antonio, bien oiréis lo que dirá:

—Vamos, vamos, don Carlos, por muy rozando el cielo que andéis, no me digáis que no sabéis eso. A saber, que de las damas la mayor parte desean más cama con alguien que disierta.

—Ansí es la ruín natura —dixo don Carlos—, mas ya cuidé yo de dicille en breves frases, cuando mal nos vendría de juntos yacer.

—¿Y qué le dixisteis? —demandé por oíllo—. A fé mía que todos tenemos necessidad de lo saber, por si nos hallásemos en el mesmo brete, que todos sabemos cuán empecatada está la mocedad hodierna.

—Pues, vean vuesas mercedes, alcé el dedo de señalar con mucha tiesura, puse grave faz y alzadas mandíbulas, el continente reto y díxele: "Señora, que buen cuerpo tenéis a la vista está...

—Menos —terció don Gabriel— que os digo que en mi pueblo, que es Iniesta, en Cuenca, no la miraría ni el bobo Andrés que lo que le falta de seso le sobra de sexo.

Con esto se armó un debate sobre las excelencias de las gruesas y de las flacas.

Defendíamos unos las delgadas, los menos las gordas, y eran aquestos últimos los naturales de tierras frías.

Se dixo allí que grande es una muger abundosa y no mezquina y se sacó a colación qué blandorras son las abundosas cuando passan los deciocho y cómo es placiente abrazar delgada que se ajusta como guante. Conté yo de una moza que, en mi aldea, a cierto muchacho

que le dixo "chicas las tienes", contestó: "Lo que sobra de puñado es desperdiciado", en lo que tenía más razón que un santo y, entre vuesas mercedes y yo, espero que no sea irreverencia meter a los santos en aquestas discusiones.

Y llegose a concordar en que todas tenían sus méritos, acordado lo cual, rogó don Gabriel a don Carlos que siguiera su relación. Y don Antonio le fizo la mesma demanda.

—El caso es —prosiguió don Carlos— que le dixe lo que dicho queda y más, a saber, pero que, señora, mal os haría si dél gozara, que, por un breve deleite os pondría en trance de muy caro lo pagar, con la vida eternal. Y ella me contestó: "Dios es misericordioso infinitamente", y dicía yo: "Mas infinitamente justo", díxome ella: "Penitencia haremos", e díxele yo: "No avisa muerte". Hasta que, con aquestas cogitaciones y otras que no recuerdo, le fué entrando el sueño y estiró la pata con grande contento mío y de su ángel guardián que lo había menester, pues lo traía en berlina desde que salió d'España.

Con aquesto nos quedamos suspensos, los unos mirándonos a los otros, sin saber qué dicir, admirados y rascándose con Pleis las guedexas que no sé cómo no se sacó los sesos en las uñas.

Y, según me dixeron luego, llegó don Félix a la posada cuando don Carlos y la damisela estaban en la alcoba y no les dixo sino "buenas noches", lo que lo retrata de sereno y concertado, pero, de todas suertes, tiene aquesto don Félix muy clavado en el alma y cierta vez, hallándonos en la facultad, acertó a passar don Carlos con su maldito y nunca bien maldito cañuto y dos damiselas contestaron a un rumoreo de don Félix "Es asaz interesante", y es que a las damiselas les suelen placer aquestos

del cañuto y la cara seria, y entonces don Félix, moviendo los brazos como él lo suele, igual que aspas de molino, dixo:

—¡Pardiez! ¿Agora les dicen ansí a los gilipollas?

Lo que nos truxo asaz de risa.

Y en aquellos días se comentó mucho y cuando alguien tenía ligamen iba otro y le dicía:

—Guarda, que don Carlos anda cercano.

Y desto se seguían los más varios y xocundos comentarios:

—Le cantará el Memento.

—Vos entrará a la Trapa.

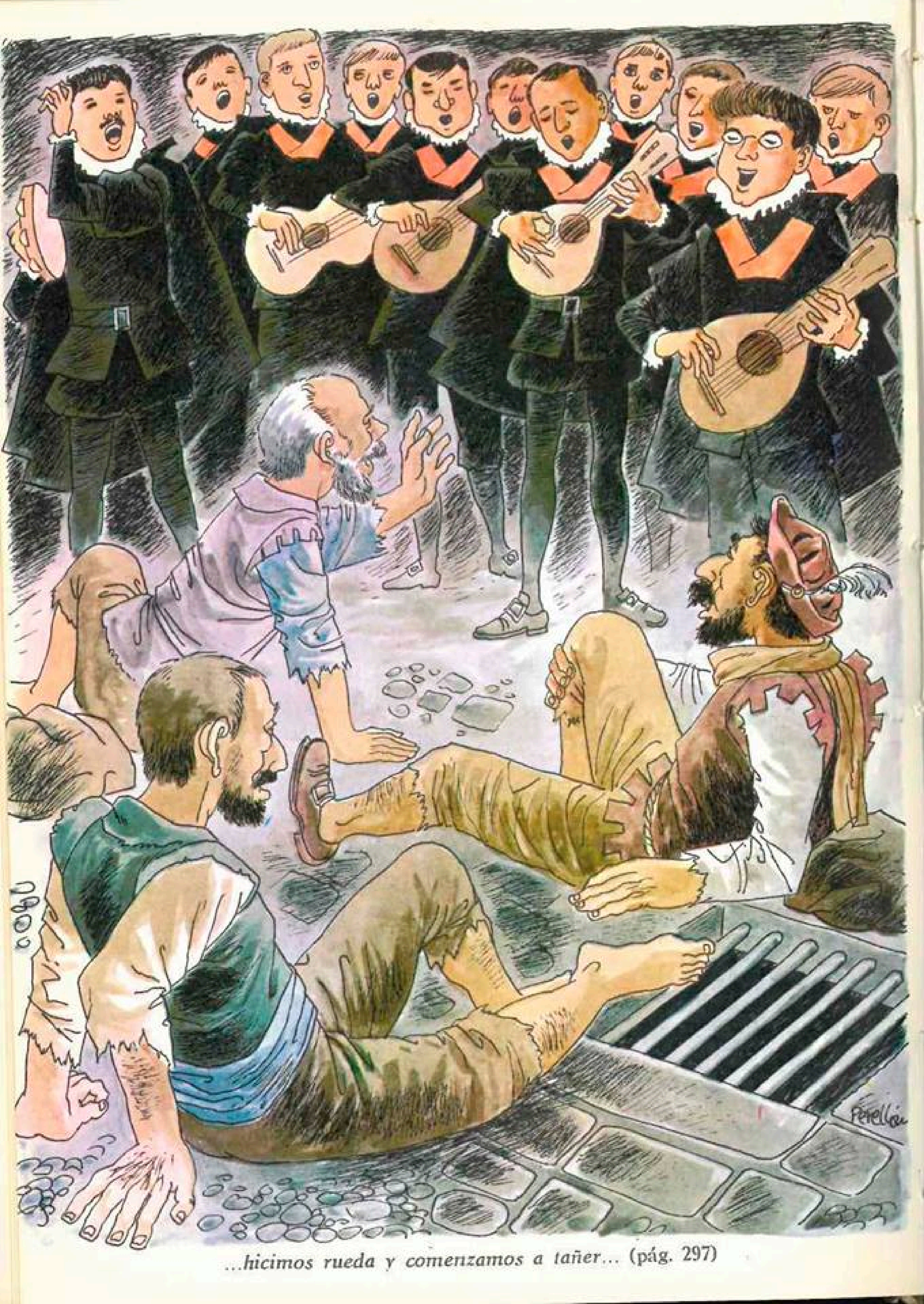
—Vos veo peregrinos.

Y ansí ochenta y uno mil.

Y, como en la tuna ocurren tantos casos differentes que hacen a aqueste mester escuela de vida, otra de nuestras noches de possar en París íbase una parte de la Gloriosa por las calles que van a dar a Nuestra Señora y catamos dos o tres destos vagamundos que llaman en aquesta ciudad "clochardos", que quiere dicir campaneros.

Se hallaban los tales en el santo suelo, sobre de unas rexas de las que venía el vahor de las cloacas que les servía de candela aquella fría de enero. Vídolos don Luis, ansí como don Antonio, y nos dixeron cuán arreglado sería dalles un poco de música, cá lo habrían menester más que otros, pues que los tales vagabundos andan dexados de la mano de Dios, sin más compañía que los de su mesma condición ni más consuelo que la ebriedad.

Concordes, ficimos rueda y comenzamos a tañer e, ansí que nos oyeron, abrieron los párpados, alzaron del suelo y nos miraban con muy abiertos ojos y de allí a



...hicimos rueda y comenzamos a tañer... (pág. 297)

poco comenzaron a llorar con mucho sentimiento, tanto que nos tenían el ánima encogida.

Me vino a la memoria aquella otra ronda que la Muy Bullidora del Pizarrín fizo a una destas buhoneras de menudencias que andan la Gran Vía con un cajoncillo. Y contarla hé, ya que viene a cuento.

Y es porque en la tuna siempre hay mancebos generosos de sus habilidades y es aquesta ocasión lo fué don Ferrán, del que se habló veces en aquesta estoria y que está en las Indias tras los tesoros del Inca. El caso es que el tal don Ferrán la vió arrecida y desdichada y se llenó de piedad, de suerte que, celando la intención, aparexamos los estrumentos y luego, como al desgaire y disimulando, formamos la rueda, rompimos a tañer y quedó maravillada y, conforme seguíamos, fuésele entrando una congoxa y nos comenzó a carisciar uno tras otro con mucho sentimiento y dulzura y, al fin de la ronda, cuando le tendimos la capa para que la pisara con sus pobres zapatos, se le desbordaron, como a aquellos clochardos, los ojos que los tenía dolidos y sufrideros y celados un punto de fatiga y no acertaba a dicir cosa alguna sino a nos ofrescer de su mercancía y hubimos de tomar algo por no dalle más que sofrir.

Y entonces, como después en París, pensé que jamás don de ricohome o yacer de damisela fue pago más preciado que aquellas sentidas lágrimas. Vide con eso cuán excelente es el exercicio de la tunería cuando es bien entendido y el tuno se hace matador de tristura, urdidor de ensueños, dador de ilusiones. Desta excelencia hay veces que te catas como aquella noche en que tañíamos en la calle Tudescos a no sé qué ninfa balconera, sentí que tiraban del cabo de mis cintas, torné la vista atrás e vide

a una viejecilla que no y cuasi levantaba del suelo y díxome solas tres palabras:

—Que Dios os bendiga.

Lo que me dexó orgulloso y fenchido. Que no hay mayor bien que llevar la alegría allí do ella manca.

¿Y qué me dirán a todo aquesto esos secos cátaros que no han dado en su vida sino berrinches? Que les den con una caña rajada, que hagan vinagre y escupan las entrañas.



Capítulo XXXVII

DE LAS ALGARAS QUE CONTESCIERON EN EL COLEGIO ESPAÑOL DE PARIS, DE CIERTAS CONTIENDAS DE TUNOS CON RUMIASCAS Y OTROS ACAESCIMIENTOS Y NUESTRA SALIDA PARA ESPAÑA

Tenemos los escolares españoles un buen Colegio Mayor en la Universidad de París y, por aquel tiempo, eran los colegiales, en muy gran parte, destos que, unos, los más, de grado por buscar prebendas y los otros, los menos, por fuerza, eran fuídos de España ya por ser del partido de los Trastamara, ya de la Germanía, ya del Duque de Medinasidonia, ya, dos o tres, del partido de los moriscos de las Alpuxarras, que de todo hay en la viña del Señor.

Todos aquestos fuídos andaban toda hora buscando la manera de poner al rector en differentes dificultades. Era aqueste un don Pero Valiente que es de los que gustan de oir lo que cada uno tiene a bien dicir y en eso hallaban los dichos revoltosos buen comienzo para sus conspiraciones. Y lo ponían de vez en cuando en brete con ingeniosas si que desusadas y mal intencionadas demandas.

Y la que yo conoscí fué que les dexara entrar damiselas en sus aposentos que dicían que tenían unas muy buenas para el estudio, con las que se entendían de ma-

ravilla y que, si era ansí, no sería lícito les defender la entrada pues dello se seguiría gran perjuicio a su sciencia.

Se comenzó a debatir el asunto muy liberalmente y el don Pero púsola a voto. Como todos sabemos el punto flaco que los mancebos tenemos, que no es precisamente el talón, se discutía muy ardidamente, que el rector resistía y, por la boca muere el pez, ocurrió a uno de los escolares dicir que, al menos, les dexaran entrar una vez a la semana con lo que se echó de ver que lo que allí se pretendía no era sino entrar sus coimas para con ellas holgar. Ansí les redarguyó el rector que, si sólo las querían una vez a la semana, ella era señal clara de que para otras cosas y no para estudiar las deseaban.

Y es de ver cuán fácil es hacer carrera con aquestas flaquezas de la mocedad.

Por cierto que uno de los más revoltosos era cierto fermosuelo de mi facultad que era de los turrisebúrneos, con ciertos ramalazos de cátaro y un si es no es de amanerado.

Tenía aqueste la costumbre de asaltarte en cualquiera esquina de los pasillos de la Universidad y demandarte sin más aviso:

—Vos, caballero ¿Creéis en el hombre?

Dexábate perplexo, ca no dicía qué hombre era, ni daba tiempo a le preguntar cosa alguna, sino irse a soltar el escopetazo a otro, cuanto más descuidado mejor.

Es París ciudad muy falaguera para esta suerte de gente de río revuelto, de manera que con que digas que alguien te persigue, magüer sea tu abuela para darte un escobazo, se te abrirán todas las puertas y vivirás sin dar golpe. Y al fin y a la postre es buena compostura aquesta, aunque a su amparo medren asaz de



...exieron cada una de su alcoba... (pág. 302)

gentes que sin tener agallas para herejes, ni para rebeldías compañones, disfrutan aquesta noble disposición.

Y dexando aquestas algaras bueno será traer aquí, que es de mucho exemplo, ciertas contiendas que en aquestos días tuvieron los de la Gloriosa con rumiascas, y se dirán aquí para que tomen enseñanza los escolares y las eviten, que poca gloria habrán en tales guerras y combates.

Vino de auxiliar con la Gloriosa cierto don Agustí y, un día en que se lo pedía el cuerpo. fuese a la Place Pigalle a que le dieran candela.

Hay en ella asaz de holgaderos y en la puerta de algunos los ostiarios dicen en alta voz y en castellano chabacano que buenas partes tienen las danzaderas dél, porque los viajeros se encelen.

El caso es que don Agustí ligó con una nona esquinera y fueron a la función a un monte cercano que tenía un grande patio y asaz de aposentos para holgar en su derredor dispuestos.

Contesció que, por la soldada, debatieron la tusona y el tuno. Y ella, como son ansí de delicadas y era rolliza, quiso arañar a don Agustí y entonces aqueste, por no ponelle la mano encima, hubo, a fuer de jaque, de echar, a una daguilla que para polimento de las uñas llevaba, mano, destas que son crujideras curvas y se aplicó a abrilla con mucha parsimonia y muy mal gesto. Visto que lo vido la zorra, se salió del aposento dando gritos y, sabido es, como a las mugeres andan locas porque se les presente ocasión de chillar, no bien se cataron de que lugar y ocasión tenían para tal fiesta, exieron cada una de su alcoba y, dexando las labores propias de su sexo, que era en las que se ocupaban, comenzaron a gritar todas

a un tiempo, locas de contento, sin preguntar, ni querer que les respondieran, qué cosa contescía.

Y tales chillidos daban que se les abrían los camisones de alto en baxo.

Que vido aquellos teatros don Agustí y se embutió las calzas, abrió la bolsa de la tusona, reconquistó la su soldada y unos dineros más que ella tenía, que los tomó como pena del desacato, y se salió de la mancebía tan contento tan gallardo de verse respetado y el su caudal aumentado.

También hubo aquí pendencia don Gabriel El Osezno con otra.

Salió el Osezno con un regular agujero en la azotea que le fizo la hermana con el tacón del chapín.

Y por aquesto digo a vuesas mercedes que, si tuviesen contienda con rumiasca y la vieran cogerse el chapín, cuando esté de tal guisa, alzada la pata como gallina, denle un envión, arránenla en el santísimo suelo y salgan como centellas sin aguardar a que se alce. Y es la manera mejor de dar tal envión la que llaman en Linares "foss". Si cuando la dicha está con el remo al aire, aciertan a dar unos pasos, ponerse cabe della de costado y dalle una "foss", que no es sino caderazo, milagro sea que no pase la pared y se mude de aposento y casa.

Y no me tachen de desconsiderado con fembras, que cuando las putas se ponen guerreras, ríome yo de los partos.

Y yo les digo a los escolares que en París, si no pudiesen pasar por otro punto de ir a consolarse con las del partido, cosa difícil pues, al menos el tuno, hallará siempre quien le haga caridad sin más interés que ganar méritos para el cielo, vaya mejor a San Dionisio, do hay muy buenas casquivanillas no tan resabiadas como las de

Pigalle, pues aquestas últimas estan gobernadas de celestinas y estruxadas de rufianes.

En fín, como las vacaciones se iban terminando, preparamos una mañana la partida para a la patria tornar y, hallándonos en tales preparativos, en la calle de San Miguel, acertó a passar por allí cierto pisaverde a caballo que, al confrontar con nos, dixo:

—¡Imperiales!

Y picó espuelas furiosamente.

Como lo dixo en son de ofensa, salí en mitad del arroyo, abociné y dile una gran voce:

—¡Hideputaaaa!

Salió en su seguimiento la palabrilla calle arriba, diole alcance en la puerta del Luxemburgo e ciñósele de tal suerte que parescía cortada para él, con lo que holgamos.

Son aquestos acaescimientos raros, que son los franceses muy buena gente y tienen con nos muy gentil compostura, sobremanera la gente limpia y honrada que habita las provincias.

En París tenemos los españoles, con muchísimos amigos, algun enemigüelo de tres al cuarto, que lo es de oficio, o de memoria o por plumífero, mas, como golondrina no hace verano, poco importan aquestos que, las más de las veces, son de los que en cada Nochevieja, salúdanse diciendo:

—¡Hereuse et nouvelle perversion sexuelle pour l'annee prochaine, mon vieux!

—¡Hereuse pour toi aussi, mon cheri!

E danse un ósculo en el lugar que primero les cuadra, cuanto más desusado y a contra natura mejor.

Y, desotra parte, lo que no es tan extraño, siendo como es París una de las ciudades de más antiguo fundamento

de la Europa, a las vegadas, hemos hallado comprensión en gentes de las que no cabía esperarla por su oficio.

Recuerdo que, hallándonos tañendo en cierto figón que llaman Capoulade, de la calle de Gay Lussac, nos demandó el maestresala que qué éramos y, cuando le diximos que estudiantes, holgó y dixo:

—Fermoso es seguir las bellas tradiciones d'escolares.

Y tornando a lo nuestro, diré que aparexamos la impedimenta y nos despedimos de la ciudad hasta el siguiente año que habíamos de volver.

Recuerdo que en el camino íbame yo pensando en el acaescimiento de don Carlos, la pirujilla y don Félix y vínome el revelo, viendo cómo la luxuria della había sido vencida de su mesma pereza, que no tienen armas las virtudes para vencer a los vicios tan llanamente.

Pienso en la castidad como una especie de doncella pavisosa, con ojos de huevo, de mirar fuidor, vestida de larga hopalanda de azul enfadoso del cuello a los pies, con unas flores memas en la frente y un algo pestosica del poco aseo.

Otrosí figúraseme la templanza como dueña abotargada del poco seso, entrada en carnes, bermexilla de piel e tarda de andares.

Veo a la diligencia como marisabidilla, de suelta lengua y meneo sin mesura, andante, chisme en boca, de puerta en puerta, de pié inquieto y de volanderas sayas.

Es en mi fantasía la fortaleza, igual que una Minerva no despabilada en demasía, dada al estacazo y proclive al gruño, distraidilla de entendederas, rolliza de carnes, chica de ojos y pesada de haldas.

Y, en fin, parésceme la continencia dueñilla apocada, fuída de barba, corta de ademanes, sobrada de vergüenza, huérfana de desparpaxo y pedorrica a matacallando.

De manera que no veo yo a las tales virtudes vitoriosas de sus enemigas cuando es la luxuria una muchachuela alzadilla de nariz, gruesa de labios, de grupa redonda, bailona de ojillos, triscadora, picaruela y risueña de añadidura.

Y la ira, a malauva, es una arpía de afilada nariz, lengua de víbora, cabellos de arambre, ojos lumbreadores y agria de gesto.

Veo yo a la pereza como una mozuela con los ojos turbados de ensoñaciones, pesados los párpados, redondo el muslo, bien provista de pechos y un punto de misteriosa.

Tan sólo vide que pudiera prevalecer contra sus contrarios vicios el limpio mirar de la humildad, la mesura serena de la prudencia y el abierto corazón de la generosidad.

Y llegué a concluir que es más útil para la humana salvación combatir los unos vicios con los otros, ansí se dirá: contra luxuria, soberbia; contra gula, invidia. Y dese tenor.

O también, salvo que aquesto sea herejía, dexarlos tranquilos a los vicios que ellos se combaten solos a sí mesmos. Que bien quisiera ser glotón, mas mi andorga no me lo permite, y luxurioso la bolsa y ciertos guinchonazos que me acuden al colodrillo y cepa del cuerno izquierdo cuando me excedo. Y soberbio la conveniencia y ansí.

Y todos aquestos desatinos viene al caletre cuando estás en camino. Como van passando árboles y gentes, los pueblos y las ciudades te vienen mil suertes de pensamientos desusados y diversos.

Y, siguiendo con el viaje, diré que llegamos en fín a la Universidad y se fueron mis compaños a la facultad y yo

volví a mis tareas para me entrar en el Real Archicuerpo de Escribanos del Reino, empresa para testarudos y tranquilos y con la que el entendimiento y el ingenio huelgan bién poco y no encuentran satisfacción ni gloria.

Mas, como de todo se saca enseñanza, en aquestas procuras aprendí cómo se agostaban muy esclarecidos entendimientos y dispiertos ingenios en oficio de papagayos. Aprendí, otrosí, no ser la comandita, como siempre creí, alegre cofradía para cantar, reir, soplar, contar estorias dishonestas y gozar damas, sino compañía de comerciantes para exercer su oficio. También, como ya dixe, supe que había fijos naturales de Navarra, como en cada reino. Aparte de otras cosas que, si son de saber, no pagan lo que no aprendí en alquimias, filosofías, álgebras y músicas.



Capítulo XXXVIII

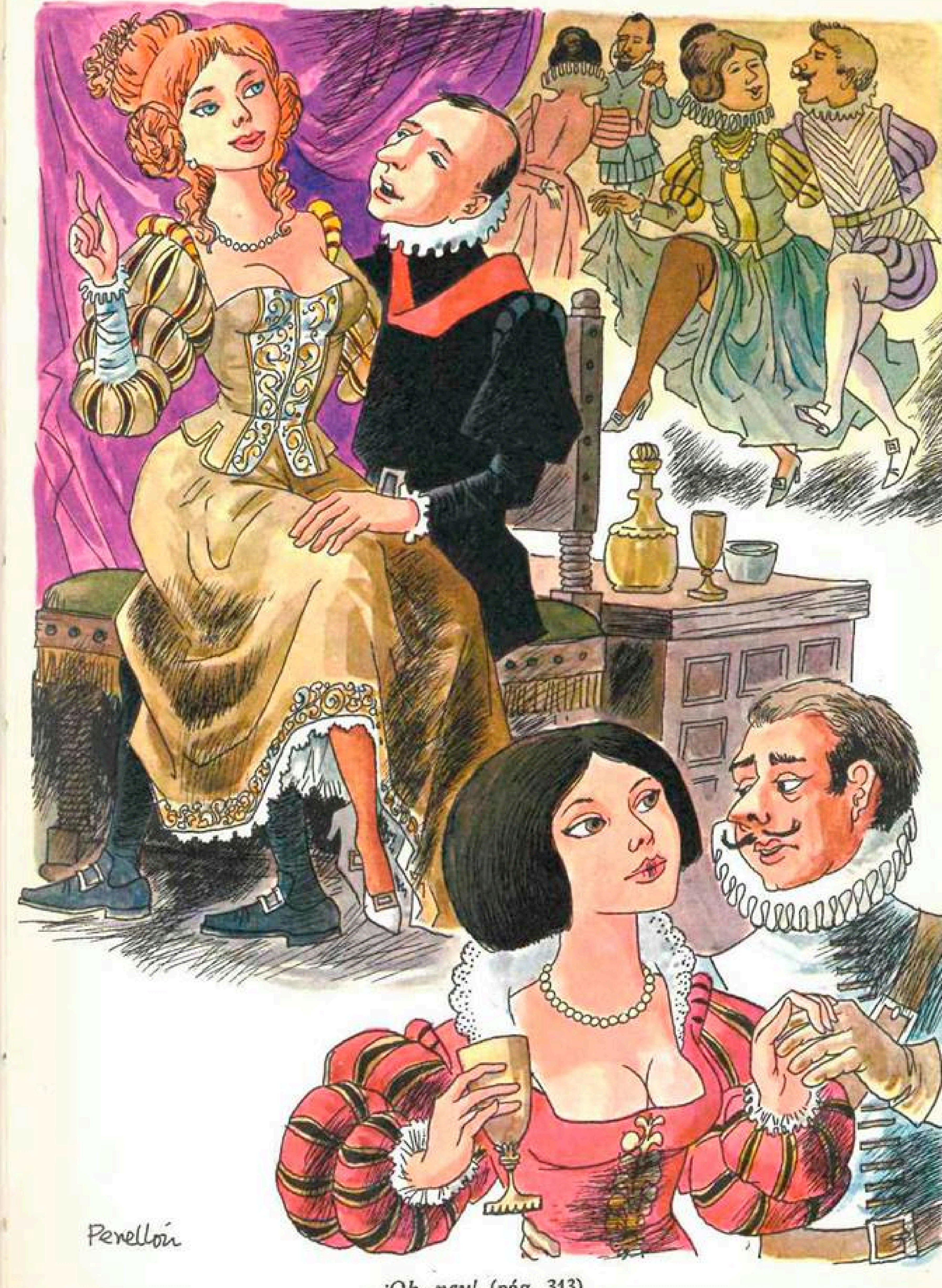
DE CIERTOS DEVANEOS QUE ACAESCIERON, DE LA JUSTA DE TUNAS COMPLUTENSE Y DE LA GENERAL QUE HUBO EN CÓRDOBA

Aquel mes de enero fué asaz frío de manera que me veía en grande necesidad de compañía a ciertas horas ansí que me la goberné, magüer luego me arrepintiera setenta veces siete y, no bién pude, la dexé. Era su primera flor el ser destas que se podrían llamar doña Melindres y que son como el arpa de Ludovico que, según el maestro Alonso de Mudarra, está en danza desde el tiempo de los griegos y es fama que la tañó hasta San Pedro en Roma. De tal manera que tenía un enamorado menestral al que sacudía cada soplamocos que lo dexaba en éxtasis y le dicía:

—Quietas las manos, caballero de rucio ¿Qué son aquestos sobos y tentujeos en vedado? Id y tañed a vuestra puta tía que lo habrá menester ¡Viéranse osados!

Y yo, que veía por un ventano tales teatros, reía a revientacincha.

Era su segunda gracia ser quexosa. Y pocas mugeres más enfadosas hay que aquestas que siempre andan quexándose de sus males, inventando, si no las tienen, dolencias y exagerando las penas que dellas se siguen cuando las tienen. De manera que cuando otras que en su ser están



¡Oh, nau! (pág. 313)

hacen los más dulces extremos y gimen peroque no de dolor, capaces son aquestas de comenzar con lloros a contar qué miembro les duele y de qué manera, si el dolor les sube o les baxa o les pincha. Si les circula, barrena o martillea, les clava o les sierra o demonios cornudos. De suerte que acaban con el más ardiente deseo, que nadie gusta yacer con un saco de lástimas ni concilio de desgracias. Pues momentos hay en que no buscas sino salirte de tí mesmo y olvidar que has de morir, que quedarás sin dientes, perderás las fuerzas, que te aguarda Josafat y, quizá, los profundos. Y dese tenor tantas desgracias que con amor, cantares, vino y alegría, se despachan, cubren y soslayan.

Y por si estos fueran pocos méritos era destas que cada luna dicen: "Parésceme, señor, que concebí". Y sientes que te quedas sin sangre, temiendo nupcias forzosas, murmuraciones, escándalos y gaitas, hasta que llega el día en que, sin más alharacas, dícente "Errada estaba". Y tú dices entre dientes "Patada en culo os diera".

Me harté prontísimo della, mas mis apetitos me llevaban a la seguir visitando hasta que hallé otra, saxona, y, como un clavo saca a otro clavo, y nunca mejor dicho, me pude al fín librar. Y me desazona pensar y ver cuánta parte tenemos de animales que sin querer tornamos, llevados de los instintos, a do no queríamos ir.

Bien, digo, que gracias a cierta damisela saxonindia pude dexar aqueste devaneo que tantos sobresaltos me traía.

Llamábase aquesta última doña Sara y era graciosilla de nariz y delgada, mas no flaca. La conoscí en un sarao y me cayó bien, fuime hacia ella como el rayo y asenté a su vera.

Luego que me dieron su nombre, empecé a le contar

ciertas penas que eran las de ser yo muy delicado de rodillas para el frío, de suerte que bastaba que tomara alguno para pescar en ellas muy buenas pulmonías, si es que en esta parte se toman tales cosas, y le rogaba me hiciera la caridad de me las abrigar. Y ella, con esa voz como de maullido de gato que las saxonas tienen, me dicía:

—¡Oh, nau!

Y redoblaba yo:

—Ved, señora, que os pesará luego de ser la causa destas dolencias que luego me vernán.

Y ella:

—¡Oh, nau!

—Pues están expeditas ¿por qué no os asentáis en ellas? Mirad que han de holgar asaz con vuestro peso.

—¡Oh, nau!

Y ansí reíamos los dos y dicía yo todo lo que al caletre se me venía y ella contestaba "Oh, nau!". Hasta que le pasé las manos la una por el riñón y la otra por la corva y la mudé de lugar, a saber: del su asiento a mis rodillas y cuando ansí la tenía dixo por vez postrera:

—¡Oh, nau!

Y ficimos las paces.

Lástima fué que poco me durara el devaneo, pues ella tornó a su tierra cuando ya me había acostumbrado a sus dulces maullidos.

Y es de ver cómo anida la costumbre en el corazón, me acuerdo de ella a veces, de sus pecas y de cierto gorro que tenía de lana muy curro y pícaro y extraño de todo punto. Ella era entre inocente y sabidora según para qué cosas, en fin, que estaba asaz de aprovechar.

En este tiempo que quedé viudo, se comenzó a preparar la Gloriosa para una justa de tunas cuya ganadora

iría a tensonar con todas las de España en la ciudad de Córdoba y los ensayos y pruebas me truxeron distracción desta viudez.

Llegó el día y llevó la Gloriosa el gato al agua por lo que se señaló para ir a Córdoba.

Cuánto holgamos con aquesta victoria huelga decillo. Ya nos veíamos triunfadores y ensalzados sobre todas las de España y comenzamos a prepararnos para la segunda tensón.

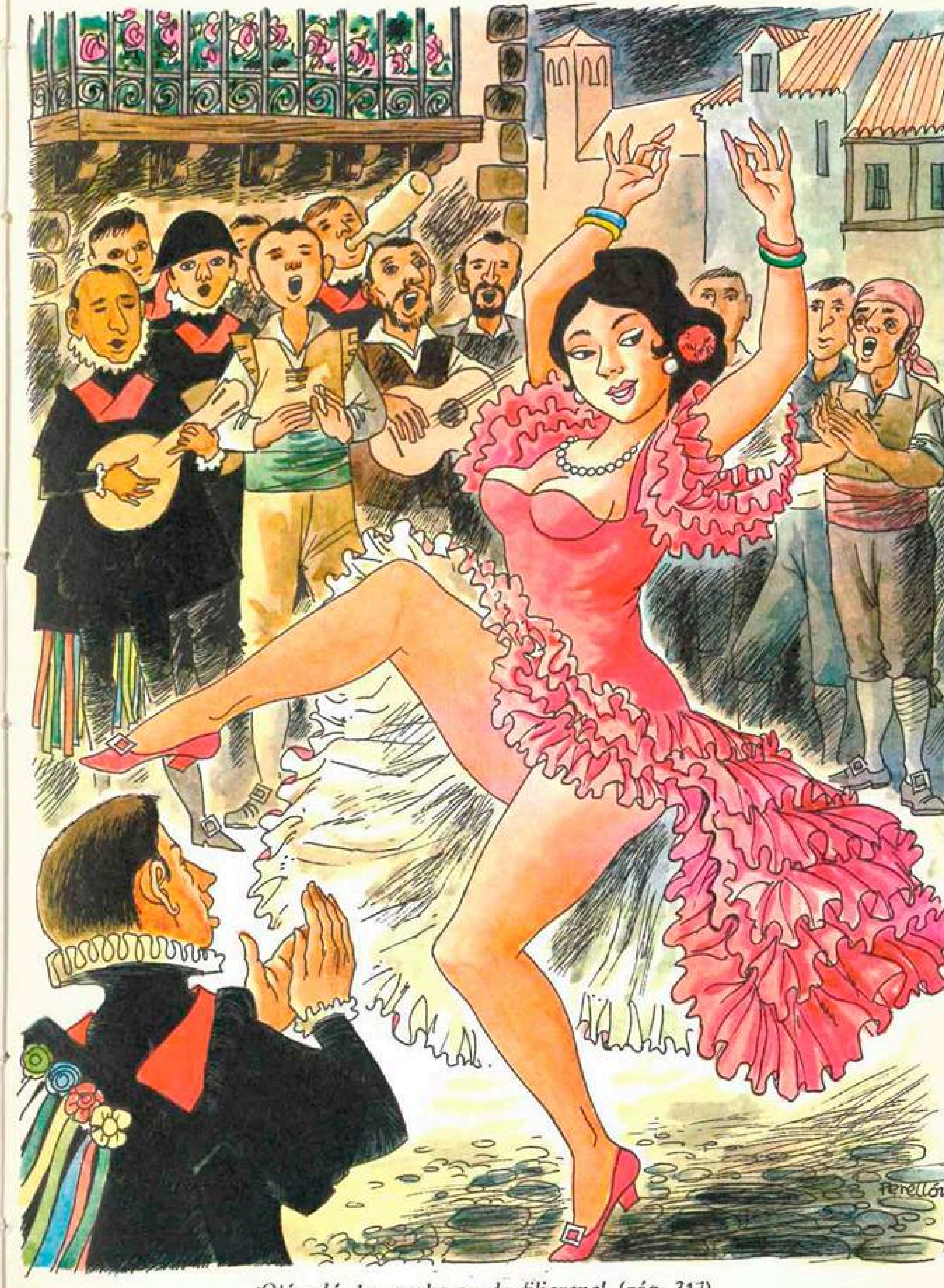
Salimos hacia Córdoba y vino con nosotros en el mesmo carro un síndico del Gremio de los estudiantes que tenía que atender en el señalamiento del ganador. Era el tal síndico de muy abundoso vientre, aceitoso de cuero y roncador. Por la primera tacha y en recordación de don Sotohermoso, comenzamos a cantar cierta acordada canción en alabanza de algarrobas y bellotas muy arreglado pasto para cerdos y dello vino nuestra perdición.

Llegamos a la dicha ciudad y possamos con cierto mesonero bizco, de no mal fondo, que tenía un mozo de muy poca cortesanía, gran desvergüenza y en demasía osado.

No bien habíamos medido el catre o yacija con los costillares, tocaron diana.

Tras desta despertación, no tuvieron nuestros cuerpos reposo ni se entornaron nuestros párpados. Anduvimos como jodíos errantes, a las veces tañendo por las rúas, en la Plaza del Cristo, en el lugar de la justa, sudorosos en nuestros xubones, acorchados los piés, molida el anca, la faz cadáver, la rida mustia, sumido el ojo, clareadas las orejas y dese tener todos los miembros y partes de nuestro cuerpo pecador.

Mas nada hubieran empecido nuestro triunfo tales trabaxos si el síndico ya dicho, viéndose llamado en bufa lo



¡Olé, ahí, los yerberos de filigrana! (pág. 317)

que él se veía en verdad, no hubiera fecho en sí la intención de nos lo quitar como ansí acontesció.

Subimos a la escena y fabló el que escribe una defensión del mester tuneril y un denuesto de denostadores mientras cantaban los demás el Gaudeamus con muy acordadas voces. Tras desto tañimos y asaz bién, tanto que los de los otras tunas nos daban por seguros ganadores de la justa.

Llegaron a junta los jueces y el síndico, que se hallaba sentido de que le hubiéramos alabado bellotas y algarrobas, procuró nuestra perdición e logróla y refocilose e llamábase dicho síndico Prudencio Alacrán, muy arreglado nombre a su ser, ca era en sus gestos prudente y en hechos venenoso y malfollado. Tiene aqueste Alacrán la flor de procurar en toda justa que no ganen los de la Complutense, sea en lo que fuere, y esto por ser él del partido de los "velluters" que demandan se mude la Corte a Sabadell, en el Condado de Barcelona, so especie de que allí merca el Señor Rey sus atavíos.

Desto hay alguna pequeña parte de razón y es el volcarse las arcas del Reino en la Corte, el mimo y el privilegio para los artesanos, comerciantes y telares que en ella se fundan. Pero dexémoslo que no es aqueste el lugar dello.

Tras de una de las representaciones, nos llevaron de noche a tañer a la plaza del Cristo y fizo allí una fabla cierto poeta de los mejores. Dixo de las tunas, mas, como sabía asaz poco, poco podía dicir. Dió vueltas y revueltas y al fin se hubo de retirar del lugar de do hablaba, que ya comenzaba el concurso a se agitar y aún a dar silbos.

Allí, entre la desgraciada parla y el descontento que teníamos, estuvimos de muy mala gana y tañimos ante

el Cristo por ser El, que si no hubiéramos tañido cosa alguna.

Acabamos y nos salimos a la plazuela en differentes grupos y uno dellos, en el que yo me iba, que era como de seis, passó una callecilla y topamos con unos que. puestos en mitad del arroyo, tañían y cantaban por se holgar. Luego que nos vieron, nos invitaron con grande alharaca a con ellos restar y nos mostraron, por más nos convencer, unas botellas de vino que tenían. Por aquesto y por aquello, restamos con ellos de muy buen grado y comenzamos a cantar nosotros también.

A poco passó una por la calle y llamáronla y comenzó a danzar una muy buena danza a la morisca, con levantada pechuga y muy soberbia grupa, amén de asaz graciosos meneos y agradable continente, de suerte que magüer no fuera bella en demasía, a todos tenía embelesados. Cantó luego, con mucho sentimiento, una fermosa canción.

Río agora de recordar que estando la dicha danzando, como lo hacía con tanta gracia y garbosa disposición, uno de los que allí estaba, en un arranque, díxole:

—¡Olé, ahí, los yerberos de filigrana!

Y entonces a la danzarina dióle tal risa que tuvo que detener la danza, que no podía dar un paso.

Y no habíamos acabado aquellos cantos y danzas cuando ya nos andaban llamando de un balcón que subiéramos a soplar de ciertos caldos que tenían asaz buenos.

A mitad del camino nos iban los tales caldos y diciendo estaba uno de los que allí había que bueno fuera nos ir a su casa a seguir las devociones. De manera que a todos nos paresció la gente cordobesa de la más sana compostura que pedirse puede.

Recordé haber oído a algunos dicir que son los cor-

dobeses malastrados y es porque parescen a las vegadas graves, lo que no es sino apariencia. De mí sé dicir que más me gustan aquestos graves cordobeses y rondeños que ciertos sevillanos alharaquientos que son, para mi gusto, en demasía farfolleros y, se las suelen tirar de graciosos y no tienen puñetera gracia.

Y parésceme oportuno tornar al tema de lo que a cada uno parescen las ciudades y los pueblos la vez primera que los ve de cuya apariencia bueno será guardarse en beneficio de la verdad.

Fué aquesta tensón de mucha enseñanza pues que me confirmó en mi creencia de siempre de no ser en la tuna lo principal el tañer, sino la polida cortesanía, el ingenio y las demás prendas que han de ornar al tuno verdadero. Y eso porque vide aquí algunas tunas tan zafias que se les echaba de ver no ser auténticas, aunque tañer tañesen como las propias rosas. Por contra es de dicir qué gentiles, graciosos y tañedores mancebos mandó la Universidad de Granada, como a la excelencia y antigüedad de sus estudios correspondía.



Capítulo XXXIX

DE CÓMO, SIN LO COMER NI BEBER, ME VIDE EN EL MAESTRAZGO Y PROVEÍ BUSCAR MADRINA

Veces hay que piensas que sandio es querer hurtar el bulto al destino, que te persigue hasta el catre.

Recordarán vuesas mercedes como tras del maestrazgo de El Epicúreo era yo el llamado a Maestre por diferentes motivos que no son deste lugar y que renuncié el deseado y oneroso honor por seguir con la dichosa procura de la notaría que el diablo confunda por me heber quitado lo mejor de mi vida, pues, agora, cuando ya a salvo me tenía dél, contesció que hubimos cierta junta los de la Gloriosa en el mesón de Carlos el Tercero para ver la manera de hacer el reparto de los caudales que nos habían dado de cierto disco.

Contescía que, nadie puede tirar la primera piedra, habíamos empleado, por mejorar el son, algunos mercenarios tañedores, cuyos, como en la tuna nada les iba ni les venía, punaban porque los dineros fueran todos a los bolsos de cada uno y no dexar ni un maravedí para los caudales comunales, como el uso manda y es arreglado que se haga.

Había, digo, pues, muy recia contienda de palabra entre los dichos mercenarios que querían más soldada

de la que se les prometido había y los verdaderos leones de la Gloriosa que no estaban dispuestos a soltar la carnaza.

Y tenía, en aquesta discusión y debate lugar aquel dicho que dice "Ni están todos los que son ni son todos los que están". Pues cierto universitario tañedor, llamado don Xulián, deffendía los dineros suyos como su mesmo honor y otros que no lo eran estaban concordes en dexar al fondo lo que en principio prevenido se había.

El que escribe se estaba un algo apartado, que no tenía ganas de pendencias, y no despegaba el pico en tanto los demás no cessaban de hablar y, como lo fácil es embolsarse los dineros y salir arreando, parescían ganar terreno los de don Xulián, sin que el que escribe, magüer fuere su sentir el contrario, decidiera a entrar en el debate.

Y contesció que, en uno de los tragos que a mi jarra dí, vide, formado en la cara del vino, otra cara que ya me era conoscida pues la llevaba la gaviota que me fabló en Montecarlo en aquella recia ocasión de la conspiración de Catilina y el triunvirato de Pacho, Angulo y Ocaña, y me dixo ansí, con voz muy queda:

—Ved que aquí se debaten cosas asaz importantes para la Gloriosa y en general para todas las tunas, como es aquesta de que prevalezcan los mercenarios. Bien sé yo vuestro sentir, que es el mío, de que no haya en las tunas mercenarios. Considerad qué buena ocasión es aquesta de los espantar, ca, luego que vean que los dineros se les van, no tornarán en la vida a querer nada con la Gloriosa y la forzarán a se arreglar ella mesma, sin pedir árnica a nadie.

Como me convencí salí a la palestra y, pues venía de refresco, fuí de gran ayuda y allí don Félix, don Pleis,

don Miguel y el servidor de vuesas mercedes nos hicimos con el cotarro y exieron los mercenarios dando bufidos del mesón.

Don Alvaro el Ceremonioso, dixo tras desto que le era obligado dexar el maestrazgo, pues dicho le habían en su casa que hora era de conseguir el "satis" en alguna sciencia y, viendo lo cercanos que los exámenes se hallaban, fuerza era dexar el cargo para darse más ardidamente a los libros.

Rogámosle todos que no hiciera tal, pues el fin del curso estaba próximo y debía lo terminar como tal Maestre, que en las vacaciones del estío tiempo habría de proveer.

Empecinose, argüimos, redarguyó una buena pieza y en un momento de la discusión le hacía yo los cargos de qué llano estaba seguir, siendo ansí que no teníamos deudas, ni quedaba más de mes y medio de exercicio y, en tal momento, tornó hacia mí el rostro y me dixo:

—¿Ya que tan fácil lo véis, por qué no lo hacéis vos mesmo?

Y excitado del vino y de la discusión, nublado el entendimiento de mi amor al mester y ganoso de no dexar la Gloriosa sin Maestre, contesté:

—Amén.

Con lo que sellé mi destino, al que tanto tiempo escurrí la cara, que era el de ser Maestre en la Muy Andariega. Y dello me han venido tantas alegrías y desazones, tantos trabaxos y regalos, tantos saberes y cogitaciones que bendigo y lamento aquel minuto en que no pude tener la lengua quieta.

Cuando salimos de aquel mesón íbame yo pensando cómo haría para desempeñar el Maestrazgo y seguir con la notaría y eso me truxo un dolor tamaño de cabez por

lo que decidí no más pensar en ello y dexar que todo llevara su marcha como al hado le plugiera.

Pensé lo primero de todo que era necessario dar una Madrina a la de Derecho, pues don Alvaro, por cierto tropiezo que tuvo con una manirrota, no se aterminó a buscar una nueva. Desto se seguía que estuviéramos poco duchos en tales pesquisas.

Y recordé yo que fué siempre la duquesa de Alba tan gentil con nosotros que era para ella agradable que le pidiéramos un favor. Ansí que, sin más dilación, cogí el cálamo y le escribí la siguiente epístola:

"A nuestra señora la Duquesa de Alba, Emilio, Cancelario y Maestre de la Gloriosa, B.L.M. y dice:

Sabed, señora nuestra, como aquesta Gloriosa y Muy Andariega de Derecho anda agora desamparada de Madrina, por lo cual acudimos a Vos que lo sóis de las tunas desta Universidad, para que nos remediéis.

Bién quisiéramos que Vos mesma fuéseis, mas harto sabemos que háis de estar ahita de madrinazgos, ca os solicitan de todo lugar por vuestra alta cuna, gentileza y abierta mano, que cada una de las dichas prendas va con la otra en daros excelencia.

Lo que os pedimos es la gracia de que nos déis audencia y fabla para vos decir vuestras cuitas, que son hallar madrina, de manera que Vos nos señaléis alguna dama de vuestra amistad y a la que ornen las mesmas prendas que a Vos, que desuso se dicen, y seáis ante della nuestra valedora porque consienta en alumbrarnos en aqueste curso la senda con la luz de sus ojos y en remediarnos que merquemos algunas calzas e xubones que, a no venir tal remedio, había de ser aquesta tuna, con ser la más Gloriosa, Antigua y Andariega desta Universidad, la primera tuna de encuerados (que llaman en Fran-

cia naturistas, que de natura viene y todo queda dicho) que saliera en España.

Podéis por nos, señora, poner la mano en el fuego y háis de saber que aquesta Gloriosa, en los años cincuenta y ocho y sesenta, esgrimió el sable contra las bolsas de los flamencos con la mesma desenvoltura con que vuestro antepasado el Duque movió la espada en su contra, nosotros y él, en abaxamiento de la herejía y ensalzamiento desta Patria de todos que guarde Dios.

En fin, señora, besa de nuevo vuestras manos in nomine membrorum, primicerium et proprio nomine

AEmilius Cancellarius."

Bién hice en confiar en la gentileza de tal señora que, a nuestra vuelta de la expedición a Clermont-Ferrand, ya teníamos aguardando su respuesta.

Como ha de hacer todo buen Maetre comencé a proveer qué nuevo horizonte buscaría a mi Gloriosa para que derramara sus gracias y recordé entonces a cierto amigo, pariente y paisano, todo en la mesma pieza que se era lector de español en cierta universidad francesa y, cuando vino a passar las vacaciones, le dixe qué arreglado sería el que la Muy Andariega llevara sus pasos hasta allí que vieran en la Alvernia los tañeres, trovares y mancebos que aquí se gastaban.

Concertamos en ello y él, a su vuelta, comenzó a trabaxar el cuero.

Pronto hubimos buenas novedades y era que el camino estaba llano para lo andar y una carta del gremio estudiantil francés para que fuésemos servidos de ir a los visitar y conoscer ansí nuestros tañeres.

Comenzamos a aparexar la impedimenta y pensamos ir del cinco de enero en adelante pues los escolares franceses tienen las vacaciones de Pascua más cortas que las

nuestras, como las de Semana Santa son más largas, de manera que los hallaríamos en sus clases y tendríamos nosotros tiempo de tornar antes de que se abrieran las nuestras.

Demandamos algunos viáticos, y se nos dieron, de dos ministros del Reino y luego que tornamos se les fizo una relación de la descubrición por la Tuna de la Ciudad de Clermont-Ferrand y que a seguido pongo para ahorrar a sus mercedes lectura, pues se fizo la tal relación muy escueta por no entretener el precioso tiempo de tan altos señores.

"Relación de la descubrición de Clermont-Ferrand por la Gloriosa y Muy Andariega Tuna de la Facultad de Derecho, que se hace al Excmo. Señor don Manuel Fraga-Iribarne.

Ya, señor, sóis sabidor, por otra anterior epístola, cómo aquesta Gloriosa y Muy Andariega andaba empeñada en la empresa de la descubrición tunantesca de Clermont-Ferrand, por honra dar a España, a su Universidad y se la dar a sí mesma.

Passamos grandes trabaxos en armar la tuna, pues que vinieron grandes ventiscas y orajes de nieves, de suerte que los que, de la Gloriosa, estaban en provincias no pudieron venir a se juntar con los que estábamos aquí. De tal manera que, en la mañana del cinco de enero, alzamos en La Moncloa el pendón y vinieron al enganche once tunos, menguada gente para tal empresa pues háis de saber que bastaría con que alguno se desbaratara un dedo o le tronaran las tercianas para quebrantar el acordado tañer. Otrosí, que uno habría que tendría que tañer la guitarra cuando fuere lugar y, a las vegadas, danzar la pandereta.

Salimos, digo, con muy buen ánimo y alguna preven-

ción de embutido e de higos secos ansí como un pellejillo de vino para calentar la entraña, a passar los hielos que cubrían Castilla, ansí como los de Alvernia do, veces hubo, nos vimos en trance de ir a mejores vidas, cuyas tribulaciones passamos, señor, con alegre semblante, cogitando que, magüer los elementos, no habríamos de faltar a la palabra dada aunque en ello fuera la pelleja. Allí, pues, se acuñó la divisa que dice:

Ni los hielos ni la nieve
a la Gloriosa detienen.

Llegamos, pues a la ciudad do nos aguardaba el que urdió aquesta descubrición que es lector d'español en aquella Universidad, don Ramón Carrasco, licenciado por la Complutense, cuyo es la mayor parte del mérito de dicha descubrición y posterior conquista.

Tañimos en un teatro con cuyos dineros nos pagaría l'Amicale el yantar y, en primera vez, llenó de gente y después, por la noche, tras de entrar docientas personas más de las que cabían, quedaron fuera otras tantas que, sabido que sopieron que no podrían passar, comenzaron con muy grandes golpes a tentar quebrar las puertas de tal modo que hubo de salir don Ramón a les prometer que volveríamos a tañer el siguiente día, porque cessaran en aquellos excesos.

La mañana deste mesmo día, nos rescibió el Señor Decano de la de Letras en el Instituto Hispánico, y trasegamos los vinos del pais, cuyos vinos no eran aún llegados a las andorgas de la Gloriosa y no hicieron en ellas mal asiento, según se vió.

En fin, Señor, que complimos nuestro mester como la de Derecho lo suele y, cuando salimos para a la Patria

tornar, vino copia de damiselas a nos despedir y hubo desconsolados abrazos, lágrimas al trascacho y besuqueo asaz. Que quedamos obligados a tornar y tornaremos.

Sólo queda por señalar aquí que complieron su agitada vida dos pares de calzas de las que nos labraron para ir a ver el Papa en el sesenta y uno de manera que, como dicía a la Duquesa de Alba, nuestra señora, hace bien poco, de siguir ansí la cosa, ha de ser aquesta Gloriosa la primera tuna de encuerados que a la calle salga. Otrosí rompiose el tañedor de pandereta, una ternilla de las que llaman meniscos, cuya ternilla él ofresce en ensalzamiento de España y mayor gloria de la Gloriosa.

Esperamos no haberos enfadado por prolixos y os saludamos con todo respeto."

Y, además, en aqueste viaje, hicieron sus primeras armas en la tunantesca dos novicios que han hecho después muy buen papel en la Muy Andariega y el que aún les queda: don Jorge, de nación gallego, y don Arturo, toledano.

Decíamos, pues, que al tornar de Clermont hallamos respuesta de la de Alba en la que decía haber rescibido nuestro escrito y que holgaba en señalarnos Madrina en su sobrina doña Eugenia, fija de un su primo el Duque de Peñaranda. Que ella tenía por seguro que otorgaría. Y acababa deseando buena fortuna y éxitos.

Con tal valimiento, visitamos a doña Eugenia y todos, una tras de otro, fuimos enamorándonos della los de la Gloriosa. Prendionos todos los sentidos y aún el olfato con cierto perfume que se entró en la trama de las becas, en las cintas y capas, en los pendones, que olía a orilla de río florido. Y, según supimos se llama aqueste perfume Diorlin y, cada olida que das, llévaste en la nariz veinte ducados.

En fin, que todos holgamos tanto que determinamos escribir a la Duquesa que supiese cuán gradescidos estábamos por tan gran merced. Y, aunque va de cartas, parésceme que les ha de placer saber lo que se le dixo.

"Hora es ya de que respondamos a la epístola vuestra, tan gentil, del dos de diciembre si que no llegó a nuestras manos hasta el doce de enero, pues háis de saber que eximos a ciertas ciudades de la Francia a facer devociones con las damiselas de allí, cuyas devociones, os placerá sabello, cumplieron vuestros tunos con la galanura que en aquesta de Derecho es usada.

Digo que tornamos y hallamos la vuestra que nos plació lo que os podéis suponer y aún más, fuimos a fabla con vuestra sobrina y hágoos gracia que Vos sabéis las prendas que la ornan.

Mas, con todo, Señora, flaco servicio nos fecísteis en señalárnosla de Madrina: sabed que nos consoló la bolsa con la largueza que en vuestra casa se emplea pero, desotra parte, desconsolado nos há el ánima y tiénenos sin sosiego. Cuando la vemos porque la estamos viendo, cuando no porque la recordamos. Sobremanera los novicios, a los que ella armó tunos, que, como de tierna edad, son de entraña tierna: ¡Viérades, Señora, los mancebillos con las abiertas bocas de pasmo y los ojos rondos y exentos como de gamba o caracol! Que aquí se conoce cómo es Dios de poderoso que, con una sola de sus criaturas, sujeta tanto entendimiento, desboca tanto pulso y lleva, aún por breves instantes, tanto pecadorcillo al Paraíso. Porque, Señora nuestra, dexando otras gracias para no alargar la carta, cuando vuestra sobrina anda, recuerda a ciertos baxeles que, por muy marineros, arman en la mar Mediterránea para ir en corso contra los mares turquescos, cuyos baxeles son de fino casco y esbelto mástil y,

si están al ancla y vienen las olas a les batir las cuadernas, toman, de cofa a roda, un muy suave movimiento y magestuoso que encanta el ojo y suspende el ánima. En fin, ¡que Dios os bendiga por tales sobrinas tener!

Otrosí, Señora nuestra, os queremos dicir que pasada la Semana Santa, que es mansa, faremos el "Convinium" de primavera y os enviaremos una cédula de invitación magüer dubdemos que tengáis lugar de ir por vuestras ocupaciones.

Nos resta decirvos, aunque no sea necessario, que hase acrescido, con aquesta nueva gracia, el amor que os teníamos, no tan sólo por los favores rescebidos, sino por la cariñosa dispusición que siempre nos háis mostrado. Que, en nos y en nuestra ánima, pesa más falaguero semblante que grávida bolsa.

Besa de nueva vuestras manos, etc. etc."

Llegó el fin del curso y hubimos de despedirnos de nuestra Madrina, pero contesció que se alzaron algunos diciendo que no habríamos de hallar otra igual.

Y dicía yo a los revoltosos:

—Cátense vuesas cercedes que ansí lo mandan las Ordenanzas: que cada curso haya Madrina nueva.

Y contestaban ellos:

—Mas, señor, ¿do hallaremos un perfil de medalla como aqueste?

Argüía yo:

—¿Cómo ha de ser siempre la mesma, si habrá de matrimoniar y tener fijos y todo lo demás?

Y ellos me gemían:

—¿Do habrá andares como los suyos, señor Maestre?

Pude, a duras penas, convencellos de mi razón, que no era mi sentimiento, y le enviamos la epístola de despedida que es la de ley en la Gloriosa:

"A NUESTRA SEÑORA DOÑA EUGENIA, etc. etc.

A diciros adiós, señora nuestra, van encaminadas aquestas líneas que bien pudieran estar con lágrimas escritas, tanto es nuestro sentir.

Que halléis, Señora, la felicidad y la bienandanza, el amor de los que améis y el respeto de los que os quieran mal.

Que brille sobre vos el sol, si es que lo osa, os alumbre la luna ensueños nocturnales y os sonrían los luceros desde su alto engarce.

Que no os falte alegría mas que, de cuando en vez, os venga alguna tristurilla, leve e pasagera para que tengáis en mayor precio aquel bien.

Que no olvidéis que fuísteis nuestra diosa terrena, nuestro mayor amor y recordadnos al menos la décima parte de lo que os recordaremos.

Y, en fin, señora de nuestra ánima, que sepáis que nos tendréis siempre a vuestro mandado, ansí para sarao o celebración como para consolación de cuitados y beneficio de infelices.

Besa de nueva vuestras manos, etc., etc."

Y ansí dexamos con lágrimas en los ojos a la que nos fadó aquel curso, segundo de mi maestrazgo y chancillería.



Capítulo XL

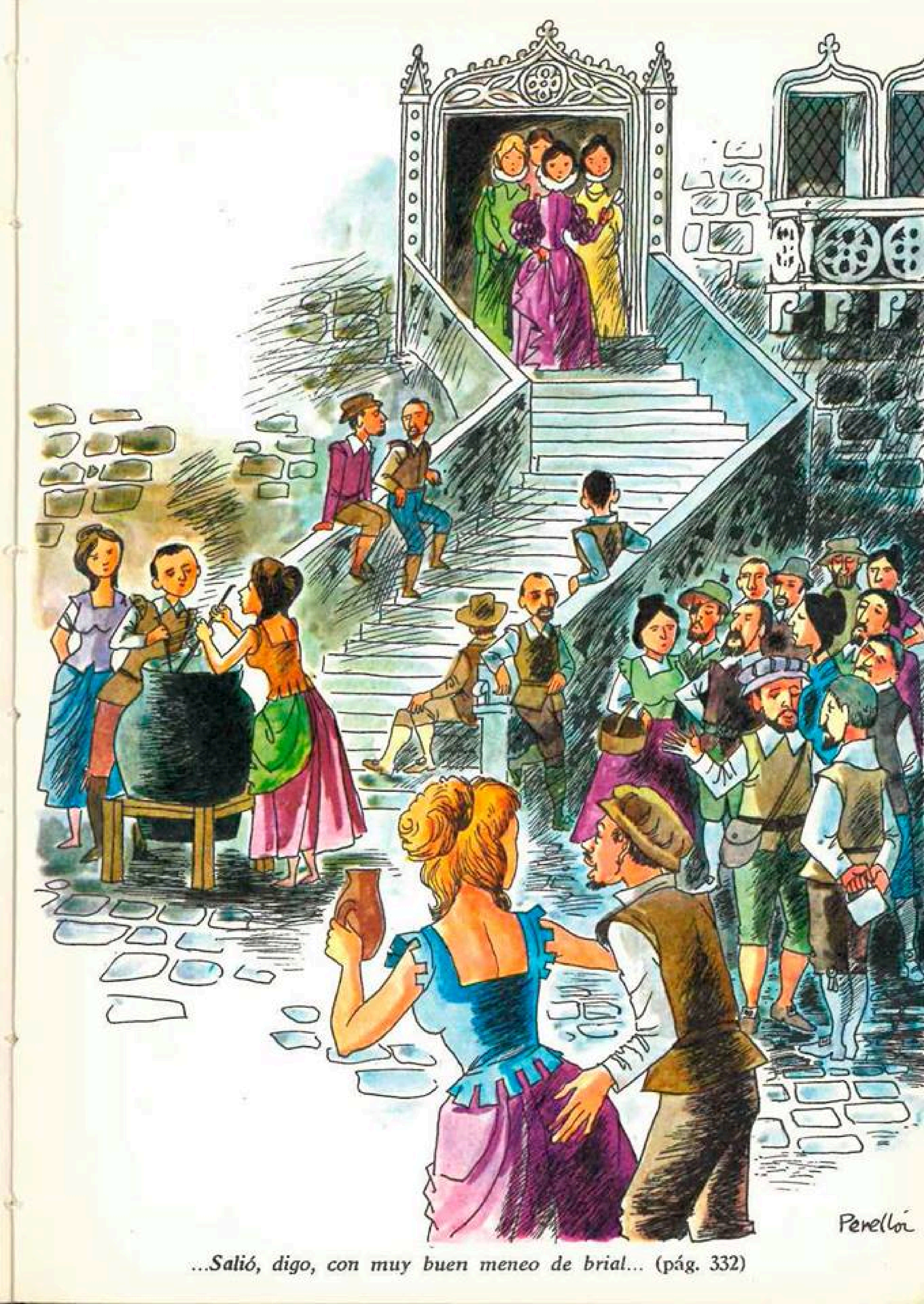
DE CIERTAS CAVILACIONES SOBRE DE CONSEGUIR UN BUEN VIÁTICO Y EXIR NUEVAMENTE A LA EUROPA Y DE LO QUE CONTESCIÓ CON UNA CONDESITA DE LOS PICOS

Comencé, una noche estrellada, a cogitar que si lograba, además del consuelo de doña Eugenia rescebido, un buen viático, bien podríamos ponernos en Escandinavia sin tener que hurtar el bulto a venteros, mesoneros y prestamistas.

Y le dí vueltas en mi caletre a la idea, no pude dormir y, amanescido el día, comencé aquí y allá a ver, preguntar y procurar.

Como el que la sigue la mata, dixéronme de cierta condesa de los Picos que era pintiparada para nos favorescer. Que tenía asaz de penas y era la principal dellas ver de poner en salvo de ladrones dos millones de escudos que sobraban cada mes de sus rentas. Destas penas se consolaba con un mayordomo asaz buen mozo, como de treinta, de barba cerrada y grave continente, un pajecillo risueño y tierno, de nariz remangada, saltarín y tañedor de diversos estrumentos y, para las noches de luna, un ethiope enrazado en moro, renegado del islamismo, que se había llamado Hamete Curata y agora Pero.

Fuime a ella con una carta que se me dió y, con la



*...**Salió**, digo, con muy buen meneo de brial...* (pág. 332)

lengua expedita y seductora que se me pone cuando procuro por mi Gloriosa, logré que otorgase y me dixo que rescibiría una libranza para que cobrase de su banquero lo que había determinado darme.

Passaron dos o tres días y vino un propio con un pergamino sellado con las armas de la condesa. Dentro una libranza por dos mil escudos que me dexó sin habla una gran pieza.

No me añubló el gozo la razón y aún no había acabado de entrar el propio con la libranza y ya salía yo a cobralla y, a poco tornaba con los talegos del dinero de casa de Fúcar.

Y, pasados dos días fuime al palacio de la Condesa a dalle gracias y estaba todo él lleno de solicitantes. Unos en los escalones asentados, los otros cabe de una fuente, algunos en agonía, otros de pechos en las barandas. Y todos y uno, que era aqueste pecador, viendo la manera de pellizcar las criadas de la condesita que allí andaban cachondillas y desenvueltas.

Y, encomedio del patio grande, una caldera como han de ser las del infierno, do se cocían hasta tres arrobas de calabazas y de nabos, con unos cuartos de vaca y un si es o no es de patas de guarro. En derredor gente exercitaba paciencia y aprestaba escudillas, horteras y cucharas aguardando el maná. Vide allí a algunos compaños de la Universidad y, otrosí, a otros pocos tunillos sedicentes que, so nuestro nombre y capa, engañan cándidos.

A poco salió la mesma Condesa con unas damiselas amigas della y regio atavío de raja de seda, gorguera de Malinas, sarta de perlas, zarcillos de lo mesmo y unos chapines labrados de oro de primor.

Salió, digo, con muy buen meneo de brial y contoneo

y a todos plació, ca era moza y bella si que soberbia de apostura y desdeñosa de mirada.

Traía en la mano una cazoleta de oro y pedrería asaz brillosa.

Llegado que hubo al caldero, lo apartaron unos criados del fuego y pusieron a ella sus doncellas un pañizuelo perfumado por la nariz con cuya prevención y defensa, hundió el cazo en la cochura y comenzó a repartir della.

Iba dando a cada cual su ración y a los muy hambrientos daba un revés con el cazo y derribaba algún diente con lo que ella y sus amigas holgaban en gran manera.

Acabada la cirimonia, salidos que fueron los sopistas, tornó la de los Picos a sus aposentos y, al confrontar conmigo, dí unos carraspeos pues, como es de tan alzado mirar, no de otra manera me hubiera catado.

—¡Ah, vos, seor licenciado! —y sacó la sonrisa de los saraos—. ¿Qué nueva traéis?

Besé las manos que me tendía.

—Señora, daros las gracias, que dicía aquel poeta "Vuesas manos son como lluvia sobre los secos campos" o aquel otro, "Por Dios que si metiérais las manos en el río, aquel año se saldría de madre".

Arrugó la frente, que no entendía.

—Digo, altísima señora, que bálsamo sois de las esmirriadas escarcelas, panacea de las desmayadas bolsas, norte de los cuitados, imán de los menesterosos.

Miré los ojos della y columbré que como no entendía cosa alguna, había se dado a pensar en saraos y haldas, coseletes y tontillos, preseas, axorcas, afeites, galanes y perfumes. Por ello, tras de unos instantes de silencio, díxele:

—Digo, señora, que rescebimos la libranza de los dos mil escudos.

Parescióme que sospiraba, como descansando y respondió:

—Ah, por San Jacobo no recordéis dello, que más meresce esa tuna vuestra y más os he de dar si lo hubiéseis menester. Pues muy bueno ha de ser para España que taña la Gloriosa por esas Europas y vean el talle de los que ella tiene de miembros, que no hay con ellos parigual.

Como, quién más quién menos, es calabacín y sandio en cuanto su flaqueza combaten, luego que escuché de mi Muy Andariega aquellas ajustadas alabanzas, caímos de rodillas mi cuerpo, mi ánima y el que escribe, tomé sus manos y le sacudile no menos de dos docenas de besos, sin acertar a dicir palabra alguna.

De tal suerte me añubló las entendederas que no acerté a dicir lo que el interés de mi Tuna demandaba, a saber:

—¡Ah, señora, vuestra generosa disposición no me permite dexar que se cierre, que ingrato fuera, tan próvida mano. Contad que con unos mil escudos de estrambote, daríamos el panderetazo al mesmo emperador de la China.

En vez de eso, alcé del suelo y fuime hacia la puerta con el xubón reventándome de orgullo, tintineando el espada de alegría y sonrisando a todo Cristo que conmigo cruzaba.

Y, como iba tan apalominado y era tan grande el palacio y mi alegría, perdí un algo el tiento y fuí a salir al mesmo retrete de la Condesa y, cuando tenía la lengua doblada para me disculpar y nuevamente exir, comenzó ella, sin catarme, a fablar con alguien que no vía yo. Y este alguien demandó:

—Y, en fin, señora mía, ¿qué os traéis?

Y ella, con voz de hastío, contestó:

—Ya véis, mi señor don Bueso, contendiendo con aquesta peste de pordioseros que lleve el diablo —sospiró e dixo además—; sobremanera esos estudiantillos que, por saber cuatro latines, créense alguien. Y uno pequeñuelo que quizá cruzásteis al salir, me alivió, él sólo y como quien no quiere la cosa, dos mil escudos. Y es el más hartizo de todos, ca tiénese por sabio y un punto de hidalgüelo y anda toda hora doblando el espinazo y haciendo cortesanías. Ved cómo me ha besuqueado la mano a su sabor, que aguardo aguamanil a ver si se me fuera tanta baba y el hedor desas pringosas guedexas que los escolares traen.

Entró en esto un faraute con las armas de la casa y, muy gravemente, tañó una trompa bastarda que traía a cuyo son y señal se asomaron tres doncellas, la una con el aguamanil, la otra con paños para secarse y con un pomo de almizcle la tercera.

Lavó las manos, con muy ascorosos dengues, la de los Picos, secóse y luego se perfumó con almizcle cuyo olor me llegó a las narices y, con haberme siempre placido tal perfume, me paresció aquella vez que olía a empeine de mono, podre de malato, gallinaza de hereje, flor de buba, sieso de galápago y no sé cuantas cosas más.

De tal suerte que dióme un vahído que a poco me derribo un cuerno en el sobrecodal de la armadura cabe la cual estaba. Lo que me hubiera displacido que tengo yo en gran estima mi dicho armamento.

Y hubiera caído al suelo de no sostenerme en tal punto un fuerte brazo. Miré quién me cirineaba y a punto estuve de tornar a caer pues, en un gran cuerpo, vide el mesmo rostro que antes ví en la gaviota de Mon-

tecarlo y en el fondo de la jarra del vino en el Mesón del Rey don Carlos.

Sonriome muy ancha y francamente y fué llevándome muy sigilosamente del aposento hasta otro, excusado y oculto tras de unos tapices.

Hizo que me sentara en un escabel y demandele yo que quien era, sonrió él nuevamente:

—¿Estáis seguro que no me conoscéis?

—Os ví en Mónaco y en el Mesón pero no sé vuestro nombre ni si sóis hombre o aparición.

Se rascó el pescuezo.

—Bién, cuasi soy más trasgo que otra cosa. Ha tiempo que passé la Estigia, pero vivo en vos y en los que exercen vuestro mester. Yo, como vos, dí en mis tiempos a la pluma y lo que yo escribí es agora vuestro breviario y libro de horas. Mirad si recordáis:

Cata muger donosa e fermosa e lozana
que non sea muy luenga, otrosí, nin enana

Debí abrir ojos tamaños, pues le vino grande risa. De mi parte sólo acerté a dicir:

—¡Maestro!

Y él me palmeó las espaldas asaz afectuosamente.

Passó un espacio en que yo no sabía qué dicir y, luego que transcurrió, díxele:

—Cuantos buenos consejos me tenéis dados, maestro, y qué gran es mi agradescimiento. Agora os torno a necessitar y os hallo. Ved: a Dios gracias, las madrinas que hasta agora tuvimos fueron sin tacha y no digamos la última que vos, que estáis en todo lugar, la conoscéis y sabéis qué noble continente, qué perfil y altivo moño, qué andar de baxel corsario y qué todo lo demás tiene. Más,

decid, maestro, ¿qué nos hemos de hacer si topásemos alguna Madrina como aquesta Condesa de los Picos? ahora mesmo no sé qué me haga con los dos mil escudos que nos dió de viático. Tentado estoy de se los devolver, de ir toda la Tuna so sus balcones y cantalle aquella de escarnio que dice:

Idos al cuerno, señor
y si os duelen los dineros
guardaoslos para vos.

Y continuó él:

Pues que favor os hacemos
en demandaros soldada
si no la creéis ganada
no la tomaremos, no.

—No tal hagáis —siguió muy gravemente—, que ganaréis peligrosa enemiga. No háis de gastar tampoco, sino dallos de dona a algún hospital de lazrados o pobres incurables, do harán muy buen juego. Y, de lo otro, si alguna vez contesciera tal cosa, no ha de conoscella nadie, cuidará el Maestre de que no sea notada ni aún por ella mesma. Hais de saber, hijo, que para un tuno su Madrina es siempre perfeta de todo punto.

Concordé con él en lo dicho e dí luego un gran sospiro:

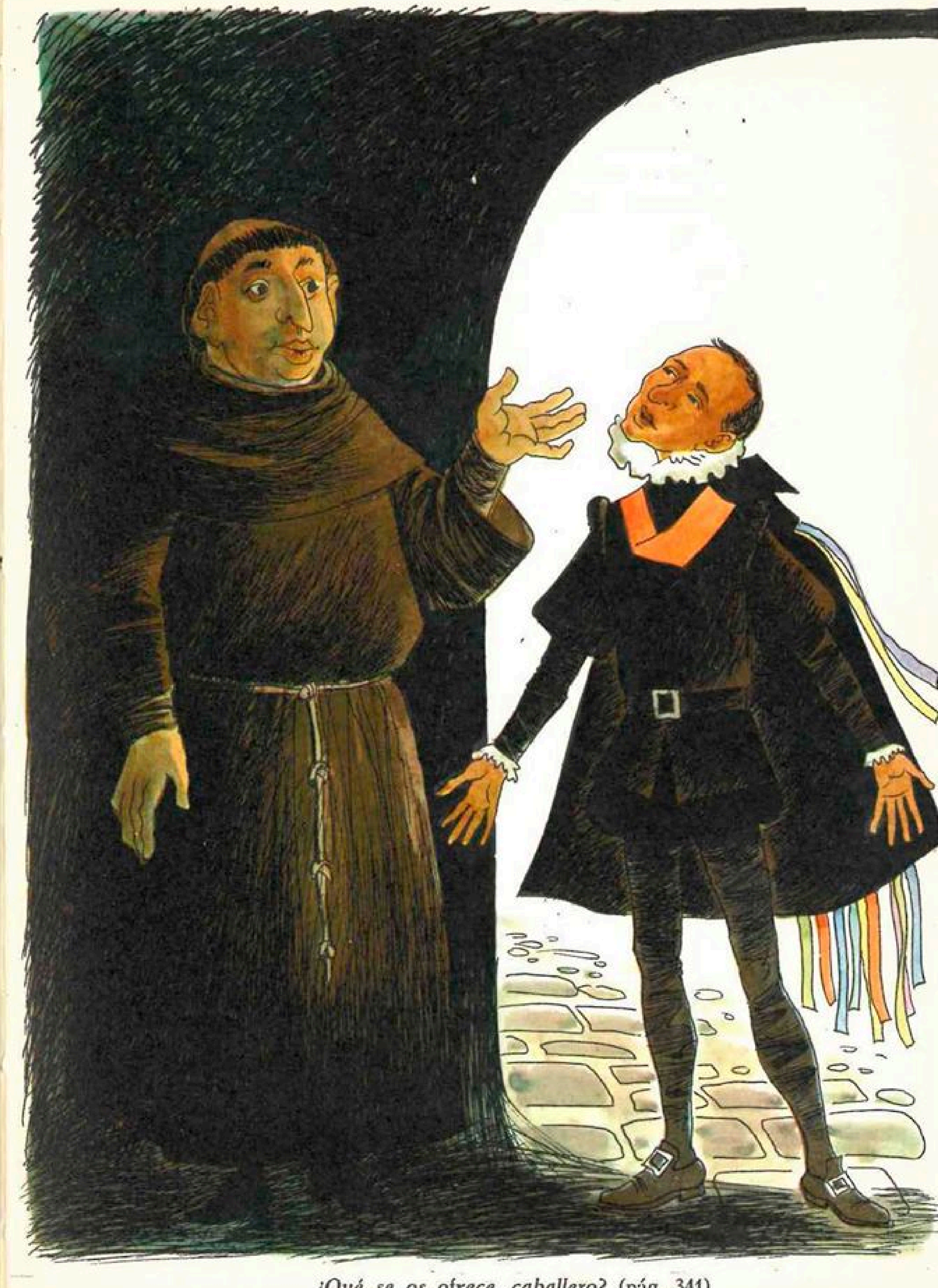
—¡Ah, maestro!, ganas tengo que no hayan tunos de demandar a nadie, que no sufran homillaciones.

—No tal caballero, non ansí sea. Que eso sería caer en la mesma falta que afeamos, que es soberbia. Y es el pedir buen exercicio para soberbios. Y si venimos de una parte

de grandes trovadores, validos de reyes o reyes ellos mesmos, también traemos origen de aquellos escolares que al tañer y cantar fiaron su mantenencia. Ansí que, por lo primero, nos cumple humilde orgullo y, por lo segundo orgullosa humildad. De manera que el demandar con la pandera es cuasi litúrgica recordación de los que, en tiempos antaños, fiaron a las trovas su mantenencia y estudios. Que se puede hacer con limpio estilo, decente apostura, continente digno y gesto elegante, pues la mayoría de las cosas no son malas *per se* sino por el modo de las hacer y el motivo que las trae. Y vos, ca sois tuno, lo sabéis, mueve el ánima sentir el salto que, en su repleta escarcela, dan los maravedíes del ricohome y punan por mudarse a la bolsa del estudiante. Saben que en ella se hallarán más a sus anchas y allí, por el ingenio del escolar, por su alegría, su sangre ardiente y osada dispusición, su curiosidad sin tiento, su amor del próximo y de lo ignoto, valdrán como doblones y tendrán pieza y palenque para saltar, sonar y refocilarse. Otrosí, que llegarán a las más extrañas manos, conoscerán las raras gentes del mundo y tendrán los más inesperados caminos que imaginarse puedan. Y que trabarán conoscimiento con dineros de los más diversos países y allí será el contar, en tanto dure la breve compañía, lo que unos y otros passaron:

—¿Cuántas coimas compraste o corchetes pagaste o viudas socorriste? ¿Do te labraron la cara? ¿Cómo te guardaste a la mano del hebreo? ¿Sobáronte ginoveses? ¿Por un tú, qué medida de vino dan en tu país?

—Y unos dirán: "Yo soy del oro antiguo de las minas d'España". Otros contarán: "Siempre me las hube en manos liberales que de un lado en otro me llevaron, salté de bolsa en bolsa y conoscí tierras, países y alcobas". Y, en fin, alguno: "Rescaté cativos y torné a manos cris-



¿Qué se os ofrece, caballero? (pág. 341)

tianas por armas e vitorias". Y quizá diga el cequí: "No te vide yo en Argel".

Me paresció aquello muy bien hablado y lleno de sentido, como cabía esperar de tan excelente persona y buena pluma. Y demandé:

—Bien, señor, tornando a la Condesa de los Picos, no sé qué pueden llevar estas gentes en el corazón para desta manera mirar a sus semejantes.

—Mester es entendellos. Cátate, hijo, lo que es no ir desde la niñez sino glorias y andar desde el nascimiento arropado de aduladores. No oir sino "sí, señor" y que les cuenten su ayos: "Sabed, lindo infante, o linda infanta, que vuestro antepasado el Duque Rodrigo Cabezaespartosa, rescató a la noble doncella Florianda, fija del rey de Bretaña, de las garras de cierto dragón. Y callan que la Florianda se fué con el dragón "motu propio" porque, según dicía ella a su dueña de confianza, tenía algo no comunal el dicho dragón. Y el primogénito de Cabezaespartosa paresce que fué un arte de cangrexo o lagarto y vivió luengos años con dos criados que le daban a comer carnaza y huevo duro, como a su alcurnia correspondía.

Recordé lo que dicía don Anatolio el Franco y siguió:

—Dícenles también: "Sancho, bisnieto de Cabezaespartosa, ganó a los moros los castillos de Cerrogordo y Rocafriva", y no cuentan que al otro año, por contiendas de Sancho con el rey don Joan el Segundo, se tornaron a perder, aliose Sancho con los infieles y combatió a los adalides y adelantados y fueron desfloradas por los moros "manu militari" no menos de doscientas doncellas de las fronteras.

Calló y dixe yo entonces:

—¡Ah, si su glorioso antepasado, aquel Guerrero del

Antifaz, de feliz memoria, alzara la cabeza! Si viera, digo, él que corrió los moros a mandobles, que aquesta de su mesma sangre los corre por yacer con ellos...

—Sic transit gloria mundi.

—Sic.

Restamos silenciosos un espacio y luego dixo con cierta pesadumbre:

—Bien, tiempo es de que regrese, que hube hoy muy larga ausencia. Os sacaré del palacio y nos despediremos.

Ansí lo hizo y, cuando se iba yendo, recordé cierta cosa.

—¡Maestro, Maestro, aguardad!

Tornó el rostro.

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Que holgaría me dixérais alguna de las canciones que hicísteis para escolares nocherniegos y que agora perdidas están. Las tañeríamos en la Gloriosa.

—Bien holgaría con ello, mas olvidadas las tengo y no sé si, aunque las recordase, gustarían agora. Son differentes los gustos.

—¡Sí gustarían, vive el cielo!

—Pues olvidadas están.

—¡Lástima!

Y fuese sin más parlamento.

Quedeme yo cogitando en cuanto había dicho y llegué a concluir que tenía razón en todo.

Han de cumplir los tunos su mester, aunque alguna destas Madrinas, por tener el corazón chico demasiadamente o con desdeñosa coraza, de peto de soberbia y espaldar de ignorancia, la Tuna no les cabe o no les llega Y en ella desperdicias las más fermosas trovas y altas palabras de la lengua, que para ellas no tienen arreglado el

oído y sobremanera el sentir, pues la Tuna llega retamente a los corazones.

Mas no ha de doler tal desvío pues, ¿si la Tuna no es generosa, quién lo ha de ser en aquesta república?

Tañan, canten y alegren, cumplan su mester los tunos, derramen sus gracias y aplíquense, que esa tarea les toca, a desfacer las tristuras que en las ánimas ponen los perdidos amores, el morbo inmisericorde, la pobreza sin remedio, la solitud y el despego. Hagan florir ilusiones y brillar los ojos de las doncellitas, sirvan las damas, socorran desamparados y no hagan cuenta destas menudencias, ni aguarden más premio que la propia satisfación



Capítulo XLI

SE CONCLUYE EL SUCESO DE LA DE LOS PICOS Y REGRESA, POR LAS VACACIONES, EL QUE ESCRIBE A SU CASA. CON LOS DIEZ AVISOS DEL BUEN LOGRAR LAS EXTRANJERAS DAMAS

Pensé do llevaríamos los dos mil escudos de la de los Picos y paresció bueno para ello cierto hospital do amparaban tullidos y a él me fuí una clara mañana de las últimas de mayo.

Llegué al hospital y pregunté por fray Joan.

Salió, le conté mi comisión y dixo:

—Tan sólo de la Gloriosa se han de aguardar aquestas cosas.

Hube tanto orgullo que desde aquel momento se me dieron una higa los dos mil escudos.

Díxele yo luego:

—¿Dan sus reverencias sopa en aqueste hospital? Que traigo conmigo al cinto la hortera y cuchara en el bigornio y es la hora del yantar.

Quedó fray Joan admirado.

—¿Cómo —demandó—, en tal brete estáis?, a fé mía que jamás vide cosa igual. Con dos mil escudos en vuestras manos y hallaros en tal extremo. Vos sabéis hubiera sido lícito tomar para remediaros.

—No quise despicorrar los dineros de la Condesa.

De nuevo torné a enorgullecerme y a dárseme una higa los dineros.

—Ea, venid conmigo, que tanta limpieza merece al menos una buena comida.

Llamó luego:

—¡Fray Xoaquín!

Vino, le dió la bolsa de los dineros, fray Xoaquín se los llevó y no los tornamos a ver.

—Venid vos por aquí.

Comí con mucho regalo y sanidad y salí de allí contento y sin penas ¡Al cuerno los dineros y viva la alegría! ¡Den bola a la Condesa y *floreat Tuna!* ¡Vivan los vinos y el amor y las damas! ¡Y los amigos y la música! ¡Viva nuestra España, que tiene el aire tan limpio y el cielo tan sin mancha y mueran los mezquinos! ¡Vayan al huano los cátaros y vivan los alegres!

Ansí me iba por la calle adelante, hablando solo, sonriendo a todos y a todo, ansí al buhonero como a la criada, a los cielos como a las piedras del suelo, gallardeando con el ferreruelo, meneando el espada y haciéndola saltar con el muslo siniestro.

Tocábame en aquel tiempo ir ante del tribunal del Real Archicuerpo de Escribanos, para ver si me creían digno de compartir unas migajas de su prebenda y a buscar el "satis" me fuí con el esforzado ánimo que de un tuno se aguarda.

No me fué dado y, entonces, para descansar del cacumen y quitalle dureza, torné a la Universidad, de do nunca debí haber salido, y me dí a ciertos estudios de filosofía. Hallaba en ellos tanto placer, que passábame las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio con las cogitaciones y, ellos sí, me dieron los filósofos su "satis" y parabién.

Salí finalmente de la ciudad y, en differentes compañías y vehículos me puse en Valdepeñas, la de Ciudad Real, do vivía entonces mi hermano don Antonio el cual me remedió y sacó el andorga de mal año. Me dió un zurrón con algunas tonterías, como lomo, jamón, chorizos y de lo demás y, de estrambote, quinientos escudos marineros.

Con aqueste refuerzo tomé, tras de unos días, el camino de Despeñaperros con mejor ánimo y más dispuesto andar.

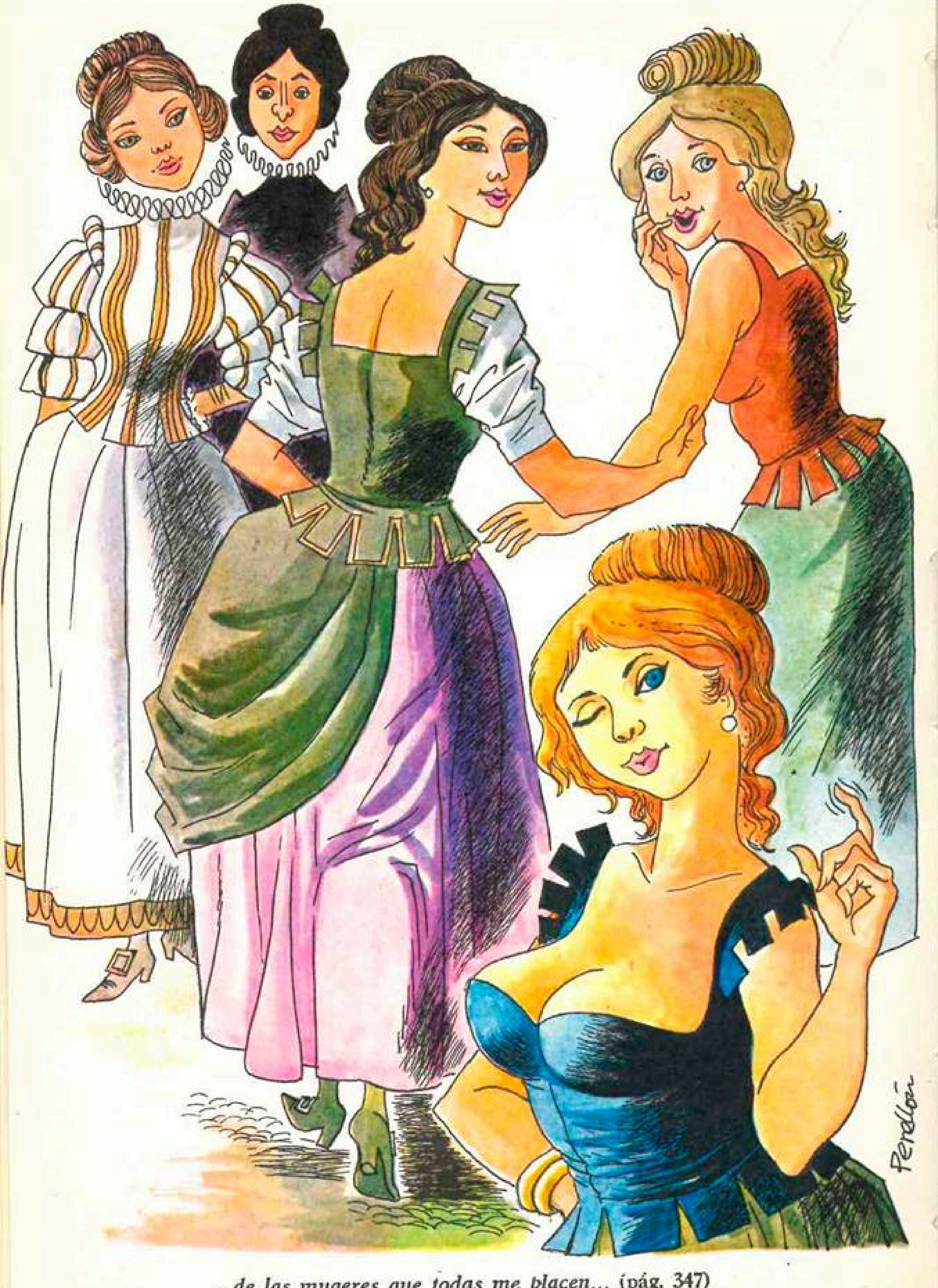
Llegué a Sierra Morena en compañía de unos escolares y freyles que hacían el camino juntos y a los que hallé en Venta de Cárdenas y nos buscamos un camino muy alegre, cantor y risueño de todo punto.

Bebíamos y se contaban cuentos, de muy sobida color, comíamos, y nos bañábamos en esos ríos humildes, limpios de agua y cercados de adelfas que aquella sierra corren. En fin, que formamos una gozosa cofradía y que hubiéramos dado los unos la vida por los otros, magüer agora tengo por seguro que ninguno nos acordamos de los nombres de los otros.

En Santa Elena paramos a catar las mieles y el que escribe la leche, con perdón, de cabra que, como de sierra, es la que le place.

En el mesmo pueblo fuimos a dar a una venta do possamos aquella noche para separar al siguiente día nuestro caminos, que differentes rumbos llevaban.

Passé, ya solo, el Condado y luego La Puerta y, a las pocas noches tendí el espinazo so los revoltones de pino de mi casa, do mi madre me aguardaba presta a me devolver las carnes que, en aras del más fermoso mester que, junto con el de la caballería andante, se profesa, dexé, en adarmes, por los caminos de Europa.



...de las mugeres que todas me placen... (pág. 347)

Mejorada mi color, salido de mi descaecimiento, vuelto a las carnes, pocas y magras, que suelen mis huesos vestir, dime, por entretener ocios, a componer aquestos avisos del buen lograr las extranjeras damas.

No sería digno de mi grave facultad y estudio dicir que algo sé de lo que aquí en adelante va. Sí conozco, mas conoscer no es saber. Si me contescieron cosas, mas no sé si las supe ver cómo eran. Y si es falible el humano conoscimiento en cada cosa. más lo es en cuestión de mugeres, que harto más fácil es saber arameo y hallar la piedra filosofal.

Mas como dixo don Alfonso el Sabio, ser uno de los fines de la Tuna el servir dueñas con cortesanía, quiero dicir aquí algunas cosas que sirvan a los escolares, a quienes va aqueste libro dedicado, para engendrar y parir sus propios errores y pareceres. Y, posible fuera, salga dello algo en claro.

Diré, de entrada, de las mugeres que todas me placen, que todas me parecen fermosas, que no tienen parte que no encante el ojo, que dáseme una higa que no sepan leer o que en el aliento les remanezca el ajo. Amo a las gordas porque no tienen falta, a las flacas pòr de buen abrazar, a las medianas por mesuradas. Plácenme las rubias por claras, las morenas porque no lo son, las castañas por estar en el fiel. Buenas son si culigordas; pechugonas, excelentes. Calladas muy descansadas; habladoras entretienen. Impórtame un bledo que no sean instruídas si tiene buenas partes sin ser avaras dellas. Agradan las de carnes soberbias y, otrosí, las descolgadas, tienen, a las vegadas, cierto encanto de no llana explanación. Otras gustan no se sabe porqué, hasta por guarras, misterio fer-

moso aqueste. En fin, digo, que ansí es la ruin natura y no sigamos adelante no vayan a salir cosas que no son de dicir.

El *primer* aviso que tengo que poner es que, para el buen servicio, aquellos de los tunos que, sin ser jodíos, hayan menester circuncisión, deben circuncidarse sin más dilación, pues tal defeto empece el buen servicio.

Recuerdo de cierto don Crispín, de la Gloriosa, tañedor de fuelle, que tenía gran predicamento con una damisela escandinava, cuya se gloriaba de jamás haber dicho "basta" a varón alguno y andaba toda hora tras de don Crispín porque la basteciera, mas aqueste, por el defeto dicho, la dexaba sin el bastimento. Ella, entonces, desesperada, íbase a consolar con cierto protoleproso, comido de granos, que de pensar que con ella possaba, ca era la damisela muy clara de piel y de ojos cándidos, revolvía las tripas al más aguantador.

Y aqueste don Crispín le contesció de la mesma suerte con otras aloxeras de la mesma compañía que tras dél andaban asnales, que ya quedó dicho se era asaz galano. Diciale yo a toda hora que se circundara y no sé si, finalmente, lo habrá hecho.

El *segundo* aviso es que no piensen que sólo con trovas las tendrán rendidas. Sepan los servidores de damas que buena está la trova para comenzar el devaneo y excusar el acercamiento y, otrosí, es fermoso dexar amorosas palabras y músicas en delicadas orejas, mas, luego, es mester passar a mayores. Esté, pues, atento el galán avisado a conoscer en qué punto ha de cambiar el estrumento. Y es aqueste el momento en que a la damisela el más fermoso tañer del mundo le entra por un oído y le

sale por el otro, vásele enfriando la entretela y, entre sí, comienza las siguientes cogitaciones:

"A fé mía, caballero, que sóis enfadoso y más valiera que le cantárais a mi abuela, que sólo con aqueso se mantiene. Paresce cosa mentira que no sepáis cuán desabrigados llevo los riñones.

Pluguiera el cielo que se os descolara la guitarra, por ver si os quedaban los brazos libres.

Si tan sólo queréis cantar, ídos a coro de iglesia que allí hasta los capones cantan."

Y, lo vide veces, posible sea que llegue otro de la mesma nación de la damisela, conoscedor del paño, le ponga el brazo de cinturón y quede el tuno corrido, alegrándoles la fiesta.

El aviso *tercero* es que sean sosegados en los ligámenes y demanden los favores discretamente, pues las damas extranjeras, sobremanera las germánicas y escandinavas, son de ánima inocente y aman a quien su gusto o corazón las inclina, sin hacer cálculo ni gastar hipocresías y contesce muchas veces que los galanes españoles, siendo aquestas damas fáciles por inocentes, tórnanlas difíciles por presurados.

Quiero dicir, en fin, que, cuando demanden favores, lo hagan con la sosegada desenvoltura y guisa con que Adán dixo a Eva cuando solos estaban en el Paraíso:

—Agora que el aire es fresco, yazgamos una gran pieza.

Que no se tome cuenta la damisela cuán desusado es, o era, entre nos el pronto logro. Ca si viera, como suele contescer, el galán con los ojos salidos de los cuévanos y oliese que no es usado en España, por no desmerecer, se pondrá correosa y todo se irá al huano.

El *cuarto* apercibimiento es que, asaz frecuentemente, cuando tiene la Tuna palacio con damas, quedan, paresce mentira, algunos arrinconados como palominos, sin osar dicir, ni galantear ni jugar devaneos. Mas luego que uno se pone al galanteo, caen los demás sobre la mesma dama, de suerte que empecen toda buena labor.

No es tuno aquél que, en trato con damiselas, anda medrós o alicorto, ni aquél que está descomedido o soez o presuntuoso, pero menos lo es aquél que aprovecha la osadía de otro y se hace perro del hortelano que ni come ni dexa. Que el buen ligamen es negocio de dos.

Aviso es el *quinto* que va para el trato de la extranieras damas que en España possan. Y es que haylas que son mucho avisadas y que, no bien se toman en cuenta de lo que se precia entre nosotros su generosidad y abierta entraña, hacen granjería de tales prendas para comer, soplar, y holgar a calzón quitado y de bóbilis.

Y, con el ansia de lograr, ocúltasele a los hispanos galanes aviesas intenciones de despabiladas damas. Sobre desto me viene a la memoria cierto acaecimiento de una dama helvética que se era menestral de alfombras, cuya afiladilla muchachuela, con el aliguí del catre, tenía siempre no menos de dos mancebos ayudándole en su industria. Y, tan bien adestrados, que ya labraban solos mientras ella despachaba penas con un cuco francés en el vecino aposento.

El *sexto* aviso tracta del gusto que las damas de lueñes tierras tienen, muchas dellas, por lo extraño. Toca este aviso a que los galanes españoles no desperdicien galanuras ni tiempo inútilmente. El aviso es aqueste: Si hay moros, que no cuenten los christianos con haber dama. Si hubiere ethiopes que se despidan los moros. Cuando cafres vengan, quedarán los ethiopes descomulgados.

Los monos echarán a los cafres y dese tenor hasta la más extraña criatura que Dios puso a facer aguas so el sol brilloso o la nube tenaz.

Como somos los españoles polida gente de antigua civilización fuerza es que nos tentemos la ropa y no entremos a lides amatorias con caribes ni gente dese jaez.

Se da el aviso *sétimo* para que el español cortés no se sienta disculpado a usar su cortesía en el trato con las damas extranjeras antes bién esmere con aquestas tal virtud. Que, fuerza es confesallo, somos en demasía proclives a gloriarnos, en desarregladas ocasiones, de las vitorias que con tales damas alcanzamos. Y ellas como nos ven tan ufanos piensan que han de hacerse más dificultosas, que nadie las tenga en poco.

Es el *octavo* apercibimiento para que no se olvide en ningún momento, que va en ello la libertad, que es universal deseo de la muger matrimoniar, y de tan apestosa lacra femenil ni aún aquestas, con ser excelentes de todo punto, se libran. Y no se me chanceen, que más de uno de los que exercieron tunería, con ser aqueste mester poco acorredor de lerdos, vense agora, por no cuidar los frutos de sus amores, casados a lo criminal con damas germánicas, suizas, italianas y francesas. Con lo que todo queda dicho.

De manera que, si se ven en peligro de tal, den luego en fuir sin más, aunque le llaman follón. Que tan buen general es el que ataca como el que se retira y nadie tuvo que dicir nada de Xenofón cuando tornó de Persia, do nada tenía que ganar y sí mucho que perder: la vida o el albedrío que es el mayor bien del mundo.

Y el *nono* aviso es y sirve para las damas de cualquier nación, es que son todas enemigas unas de las otras que, entre ellas no saben qué cosa es amistad y no quiere la

grey femenil más amistad que la de los galanes. Esto viene a que tenga en consideración tal cosa y la use el galán para ser unas veces discreto, las otras maldiciente. Cuando quiera dicir algo que otra lo sepa, dígaselo a su amiga sedicente, todo llegará más seguro que si fuera por la posta.

En fin, el *deceno* y el último es que las amen con toda su alma a todas, que están con ellas como en la gloria, que no las dexen frías, que las miren y las tañan como si en ello les fuera la vida, que, ¡son tan fermosas criaturas!

Posible sea que no tengan las virtudes estrenuas del varón, pero tienen otras si menos excelsas más valiosas para navegar los mares procelosos de la vida. Son taimadas y falaces porque conviene a su debilidad el serlo. Traidoras son porque no saben lo que hacen. Casquivanas porque las face más apetecibles y dese tenor lo demás que se les reprocha. Y, entre vuesas mercedes y yo, no hay más sandio que aquel que dice mal de mugeres en toda cosa.

Que no hay mayor presunción que creer que sabes cómo es cada uno por dentro y ansí siempre que hablas mal de alguien, acabas de hacello y ya estás pesaroso.

Y, en fín, diré que estando aquestas por instituto inclinadas a favorescernos a los españoles más que a otros, por los defetos ya dichos otorgan a otros favores que a nosotros nos niegan. Y es aquesto de lamentar: que siendo la viril gente española tan polida en trato, tan esforzada en catre, tan galana en sarao, tan complida de gentil en todo punto, tan plena de nobleza, tan sin tacha y de tan extremada cortesanía no tenga su premio en lograr lo que otros varones de menos prendas logran y que aquestos lleven el gato al agua como suele dicirse, por tener más astucia, mayor perversión, más sciencia del ánima femenil,

muy menos escrúpulos, mas avisamiento y mayor hipocresía.

Y, diría yo, no les ofenda el orgullo, que bueno fuera que se fueran mirando en los galanes franceses, que no hay como ellos en damear. Muy de súbito las logran, encantan y dexan. Aunque, también es de dicir, bién está tomar dellos esa conoscencia de damas y de sus flaquezas, pero dexar esa industria demasiada en aprovechar tales flaquezas con maneras, artes, modos o martingalas poco limpias de las que hago gracia a sus mercedes, que ya las conoscen. Y ver esa osadía a lo cínico que tales caballeros gastan y que dexa a las damas alerdadas y les empece cualquier defensa.

Y como ya me estoy enfadando a mí mesmo desta mi suficiencia en dar consejos diré que aquí acabo con unos versos que a la yacija oculta compuse en cierta ocasión en que, en fría tierra de mojado suelo, me hallaba errante con cierta dama y, con tanta sapiencia, no la pude haber por la falta dicha.

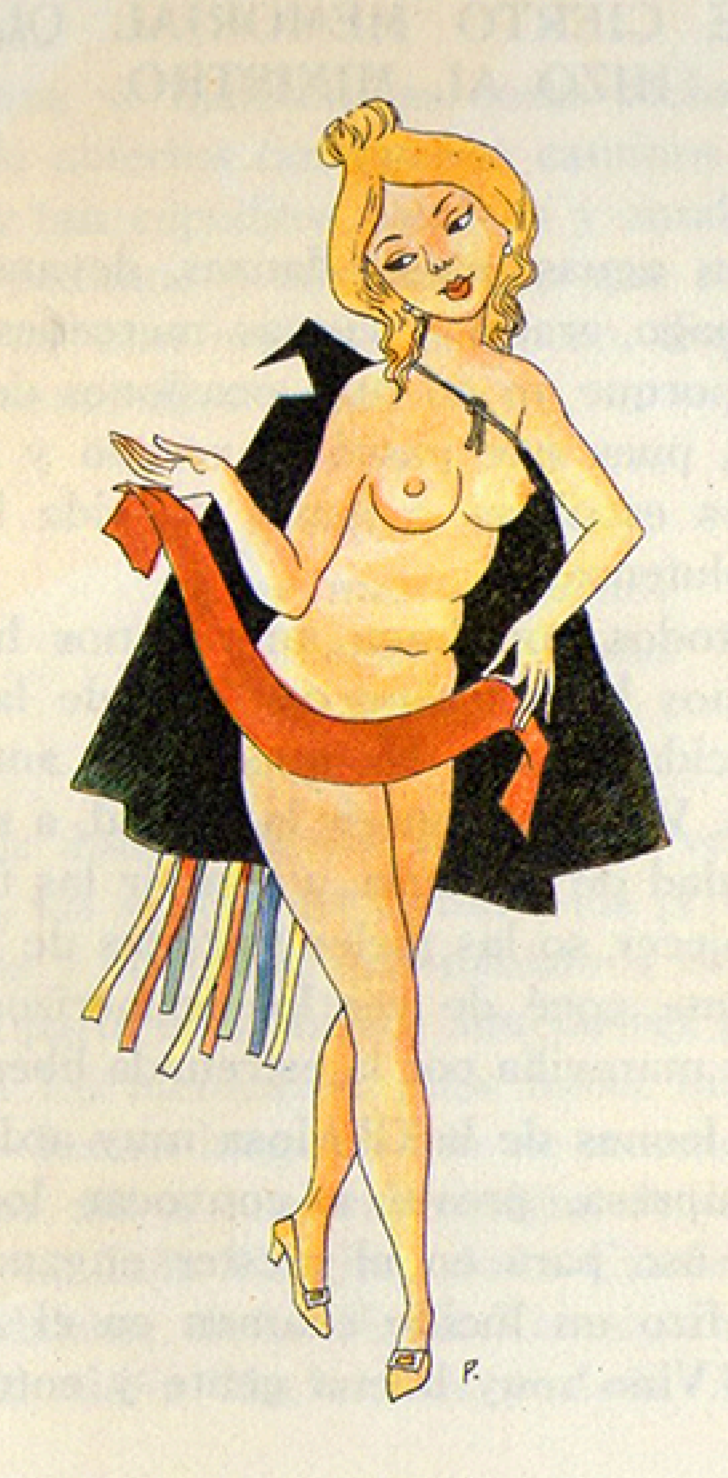
VERSOS A LA YACIJA OCULTA EN GERMANICA NOCHE

Aquesta noche estrellada
¡Oh, deseada piltra
quién te hallara!
¡Quién supiera
do te hallas oculta
reservada
con tus sábanas limpias
y lana bien cardada
tu madera escura
y tu colcha labrada!



...a conoscer en qué punto ha de cambiar... (pág. 348)

¡Quién pudiera
danzar en tus blancuras
zarabandas tumbadas
y luego, sosegadas
las primeras locuras,
piernas despatarradas,
sospirar blandamente
los vientos de mi amada
y dormir cabe della
hasta la madrugada!



Capítulo XLII

SE TORNA A LA UNIVERSIDAD, Y, LLEGADAS LAS PASCUAS, SE URDE Y HACE LA SEGUNDA EXPEDICIÓN A CLERMONT FERRAND. SE HABLA TAMBIÉN DE CIERTO MEMORIAL QUE SE LE HIZO AL MINISTRO

De los soles, aguas, vinos, danzas, devaneos y folgares del estío hago gracia a vuesas mercedes por alivialles lectura y porque ya en otra ocasiones de esas cosas se habló. Diré, pues que passó el verano y nuevamente comenzaron los escolares a llenar de vida las Escuelas gloriosas complutenses.

Tornamos todos con buen ánimo, nos hallamos los tunos, reiteramos los antaños caminos de las madrugadas, las conoscidas rexas, las querencias antiguas y los amores nuevos. Volvió a sonreir la ciudad, a se ornar con la mejor mocedad de la patria, a sonreir las floridas doncellas y a enrojecer so las pieles tostadas de los soles.

Y nuevamente gocé de ver los primerizos tan llenos de alegría y de maravilla por la estrenada libertad.

Hallé a los leones de la Gloriosa muy ardidos y prestos a toda empresa, proveí a convocar los exámenes que manda el uso para en el mester enganchar nuevos tunantes y se fizo un lucido examen en el Aula Magna de la facultad. Vino muy buena gente y entraron de los

que vinieron a tomar la posta del Fermoso Mester don García Tizón, toledano; don Josep, catalán; don Olivio, toledano; don José Luis, gallego; don José María, madrileño; don Xulián, extremeño; don Jeffrey, saxonindio; don Pedro, toledano.

Me contesció en aquesta ocasión como en la primera vez que, so mi maestrazgo se fizo convocatoria y es que salí con el ánimo crescido pues, al ver qué galanos escolares acudieron, vide que es eterno nuestro mester y tiene su son perpetuo en el corazón de la gente universitaria española.

Luego que se hicieron las cosas dichas, como habíamos dexado abiertos tan buenos caminos a la ciudad de Clermont y tan expeditos caminos y anudado tan buenas amistades, pedimos y nos pidieron que tornásemos.

Y ansí, en otra mañana de enero, dispusimos la partida para, como dixo aquel,

De fermosas y vinos
lograr nuestra ración
de la cachonda Venus
y Baco barrigón.

Todo fue más llano que la primera vez: conoscíamos los lugares, las ventas del camino, los precios dellas y de las tabernas y el rumbo que habíamos de seguir.

Desotra parte no hubimos aquella vez segunda de contender con los elementos, pues había mayor templanza, aunque no dexara luego el frío de atormentarnos.

Hallamos allí a nuestras amigas de la otra vez. Allí doña Mireya, doña Cristina, doña Catalina, doña Isabel, doña Magdalena, doña María Teresa, doña Bernardita, doña Paula, doña María Inés y doña Ana. Todas que

parescían serafines, de aquí para allá dando vuelos, poniendo cada cosa en su lugar, basteciendo nuestras andorgas, aparexando nuestros tañeres, haciéndolo todo fácil, llano y expedito.

Y, para don Félix, doña Paquita.

También a don Ramón Carrasco, licenciado del que se habló, al cual coyundas canónicas que había hecho, no habían restado fuerzas ni ardimiento en el servicio de España.

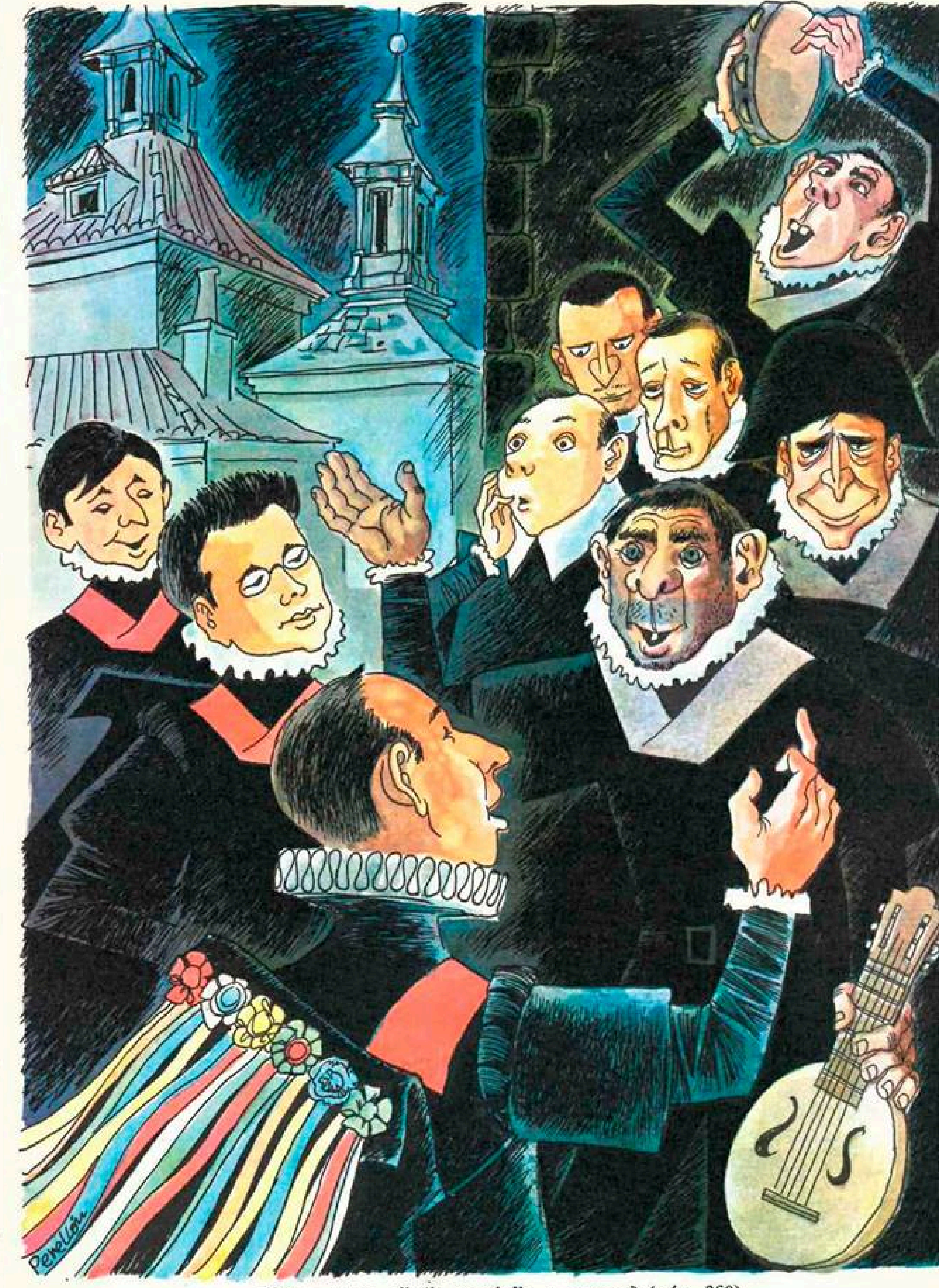
Tañimos en el teatro de la ciudad, muy más grande que el de la primera vez y queda todo dicho con decilles que a poco, cuando terminamos, nos saltan las costillas unos polidos exércitos de damiselas que nos atacaron a la salida por nos fablar y que les escribiéramos quier cosa en sus cartapacios.

Y, muchas hubo, sacaron tixerillas de las faltriqueras y dieron sobre nos con la idea peregrina de llevarse algún trozo de nosotros en recordación.

Yo, cuando aquello vide, me arrimé a una pared, me puse una mano atrás y otra delante, crucé los dedos en la entrepierna y dixe para mi coleto: "Lleven lo que quieran mientras me dexen aquestas prendas".

Después de aquella vez en que tañimos por la mantenencia, magüer halláramos tanto placer en hacello, no tornamos a tañer sino por holgar todos juntos y fuimos a ver los diferentes sitios de la ciudad y del país que es quebrado y de escuras y fermosas piedras.

Vinieron a aquesta expedición a más de los once de la fama, aquellos que vencimos los elementos, entre los que se cuenta cierto don José Luis, tuno de la Escuela de Medicina de Cádiz, uno de los que habían hecho el examen en aquel mesmo curso, y fue don García Martín, hermano de don Angel que fué chantre de la Gloriosa en



¿Cómo tuna, diréis rondalla o murga? (pág. 360)

aquella recia tensón de Córdoba, también dos de los que habían jurado en la pandereta el passado año, don Bernardo, zaragozano y don Alexandro, de Ubeda.

Como no pudo venir don Arturo, vínose a mí cierta doña Rosamaría y me lloró tan reciamente el hombro que me menguó la capa una cuarta y no tomé una pulmonía de milagro.

Y es que aqueste don Arturo hase despabilado tan deprisa que Dios nos ampare y nos dé luces que no perezca en los brazos de las damas, pues, tan falagueras le son, que me da cierto temor de que acaben con él.

Nos tornamos en fin a nuestros lares y quedamos más amigos que antes de nuestras amigas, de manera que daría yo por ellas la vida y más cosas que tuviera, tan gentiles son.

Y hubo uno que se truxo en la memoria y cuasi en el corazón, ciertos labios de mucho vértigo y una raya tan bien partida que jamás se vido igual, mas no puedo, como sería mi gusto, dicir quién; no me cueste que me arañe alguna la cara y se la averíen a otro. Y aquesto me confirma en mi antigua y repetida creencia de que no deben los tunos servir a una sola y determinada dama en tanto exerzan tunería.

Vueltos que volvimos a la Complutense de nuestras entretelas, comenzamos nuevamente a correr calles y levantar saraos y cierta noche en que íbamos en tales devociones topamos una extrañísima comparsa ataviada como bufones, mas con becas, bicornios y estrumentos. Demandamos que qué cosa eran, respondiendo ellos con el mayor desparpaxo que se eran la tuna de los batihojas que aquella noche salían a correr la cucaña.

—¿Cómo tuna, diréis rondalla o murga?

—Y que más da ocho que ochenta.

Parpadeábamos de aquella desenvoltura y ellos, aprovechando nuestro silencio, dixeron:

—Y vos, ¿de qué sois?

Engallóse don Miguel:

—Somos de la Gloriosa y Muy Andariega de Derecho.

—Bien, compañeros, nos alegramos de hallaros, si queredes venir con nos, vamos a dalles unos toques a ciertas maritornes que nos aguardan con unos de la tuna de arrieros, amigos nuestros, y lo hemos de passar muy bien passado.

—¡Cómo! —demandó don Miguel—. ¿Hay agora Facultad de Arrierías, a más de la de Batihojas?

Mirolo el otro sin entender mucho y díxole como a la ventura:

—Pues, parésceme que todos tenemos facultad para nuestros oficios si no no habríamos de desempeñallos y ganarnos con ellos los mendrugos.

Y, por salir de la cuestión, rió muy zafiamente.

Aquello ya nos echó a tierra y nos fuimos sin más parlar, no fueran a salir contiendas.

Es aquesta una de las cosas malas que tiene agora nuestro mester que, engolosinados por gozar de nuestro fuero, hay muchos que, usando nuestro atavío, usurpan nuestro lugar. Como sucedió en tiempos en la Universidad de Salamanca que se acogían so el manto de estudiantes gentes de la más differente condición que sólo buscaban beneficios en tal disfraz. Cuya supercheria fue una de las raíces de la decadencia de nuestras universidades.

Contó sobre desto don Miguel lo que acaesció en la expedición de una tuna, hecha de partes de otras, que fué al Río de la Plata, en la que, por mejorar el tañer fueron la mitad de menestrales: que estando en cierta

universidad de allí, en un sarao con los catedráticos, uno destos preguntó a un tundidor de pieles, sedicente estudiante de medicina, que quién era el Decano de tal facultad en aquesta Complutense y el tundidor, con la desenvoltura del ignaro, contestó que el doctor Marañón, cuando era notorio que, en aquel entonces, para desgracia de España, la su sciencia no curaría a nadie, ca tenía passada la Estigia tiempo atrás. Excuso decir a vuesas mercedes cómo caen aquestas cosas a los auténticos y cómo cubre de mierda al escolar español tales acaescimentos. A otro preguntaron que cómo estaba en España el estudio de la Traumatología (que quiere decir, en griego, tractado del porrazo), y contestó él que no se estudiaba aquí tal cosa.

Que, no sé por qué, a todos les dió la flor de dicir que estudiaban para físicos, quizás porque en aquesta facultad sea mucho más de lo que se sabe lo que queda por saber.

El caso es que considerando todo aquesto pensamos que había de ser la de Derecho, por su facultad, la que tomara la defensa del mester se fizo al Ministro el Memorial que sigue:

MEMORIAL QUE LA GLORIOSA Y MUY ANDARIEGA TUNA DE LA FACULTAD DE DERECHO ELEVA A DON MANUEL FRAGA

"Nadie podrá, Excelentísimo Señor, negar que es la Tuna la cara alegre de la Universidad, la tradición viva, si que secular, della, la que agora trae en sí el mester de juglaría que tantos siglos señoreó la Europa. Pues bien, seor, con ser tan excelente su exercicio, tiene agora la Tuna algunos enemigos y aquesto porque vese, asaz frecuentemen-

te, tunos de extraña compostura, que no tienen de tales sino el nombre y el atavío, de lo que se siguen grandes males.

Bien se nos alcanza no caeréis vos en tal despropósito de medir a las tunas por ciertas pseudotunas de batifojas o de tundidores que pululan las Españas y aún la Europa, pero quisiéramos pedir vuestra atención sobre qué posible fuese, si no se halla remedio, que dispareciesen las tunas en breve espacio con lo cual se perdería la última de las tradiciones que dieron humanidad a nuestras gloriosas Escuelas y aquesto porque día ha de llegar en que los tunos veros hayan vergoña de a la calle exir.

Desto está aquesta Gloriosa y Muy Andariega de Derecho asaz medrosa y tentando está, con sus flacas fuerzas, de ponelle remedio, teniendo por un lado en elaboración un Amejoramiento de sus Ordenanzas para se gobernar, está en uso el juramento para neófitos del Arte Tunantesca y hase sacado, de olvidados libros, un cantar que gozó, en pasados tiempos de tanto predicamento como el "Gaudeamus" y que comienza diciendo, "Ave color vini clari...", y es muy galano, graciosamente concertado y muy risueño.

Mas no sería sino soberbia pensar que nosotros solos pudiéramos aorillar tanto impedimento como a los dichos propósitos se opone, por eso nos dirigimos a Vuecencia en la seguridad de encontrar ayuda o, al menos, comprensión, que no es poco, porque seguros estamos que es para vos, como para nosotros mesmos, la mitad del alma la Universidad.

Con lo dicho passamos a vos explanar los que deseamos:

Vienen de otras universidades extranjeras a visitarnos, ansí profesores como escolares, y, tras las sesiones en

las aulas, es mester les ofrecer algún breve rato de holgar y entonces es usado conducillos a algún holgadero de danzaderas que, las más de las veces, no tienen, finada la danza, instrucción o luces para con huéspedes de alcurnia departir. Si los tunos tuviésemos un lugar do rescebir a nuestros amigos, contentar a los huéspedes de la Universidad, do se hallase el semillero de las venerables tradiciones universitarias y se encontrasen en días determinados, maestros y discípulos ante el aceite cordial de una copa de buen vino, paréscenos que saldría desto acrescida la nombradía de la Patria y la fama de los escolares de España y de la española cortesanía.

Cierto, Señor, que mester es tentarse la ropa y saber hallar la tuna que, auténtica y osada, sea polida y cortesana y que, tañendo más que medianamente, sea señera en ingenio y cordial en trato.

Y creed, señor, que no es ceguera sino certinidad que es aquesta tuna sin parangón: ha sido y es asaz andariega, sirvió damas de los ambos mundos, trasegó vinos de los cinco continentes y alegró, con la española música, gentes de las más diversas lenguas.

Con aquesto hubo amigos en todas las naciones y de toda condición, sobremanera gentes de los estudios, de la nobleza, ricohomes y maestros de ingenios y tañeres.

Demandad por nos al Marqués de Bolarque que nos rescibió en Germania, al Conte Chigi, que nos agasajó en Siena; al Embaxador Gómez de Llano, que nos dió las albricias en Roma; a nuestro Decano de agora y al que lo fué antes, y ansí mil y un testimonios de aquí y acullá.

En fin, señor, creemos que merezca vuestra atención lo que aquí queda dicho y que nos ayudéis en nuestra empresa.

Aunque ansí no fuera, os damos gracias por escucharnos y que Dios os guarde.

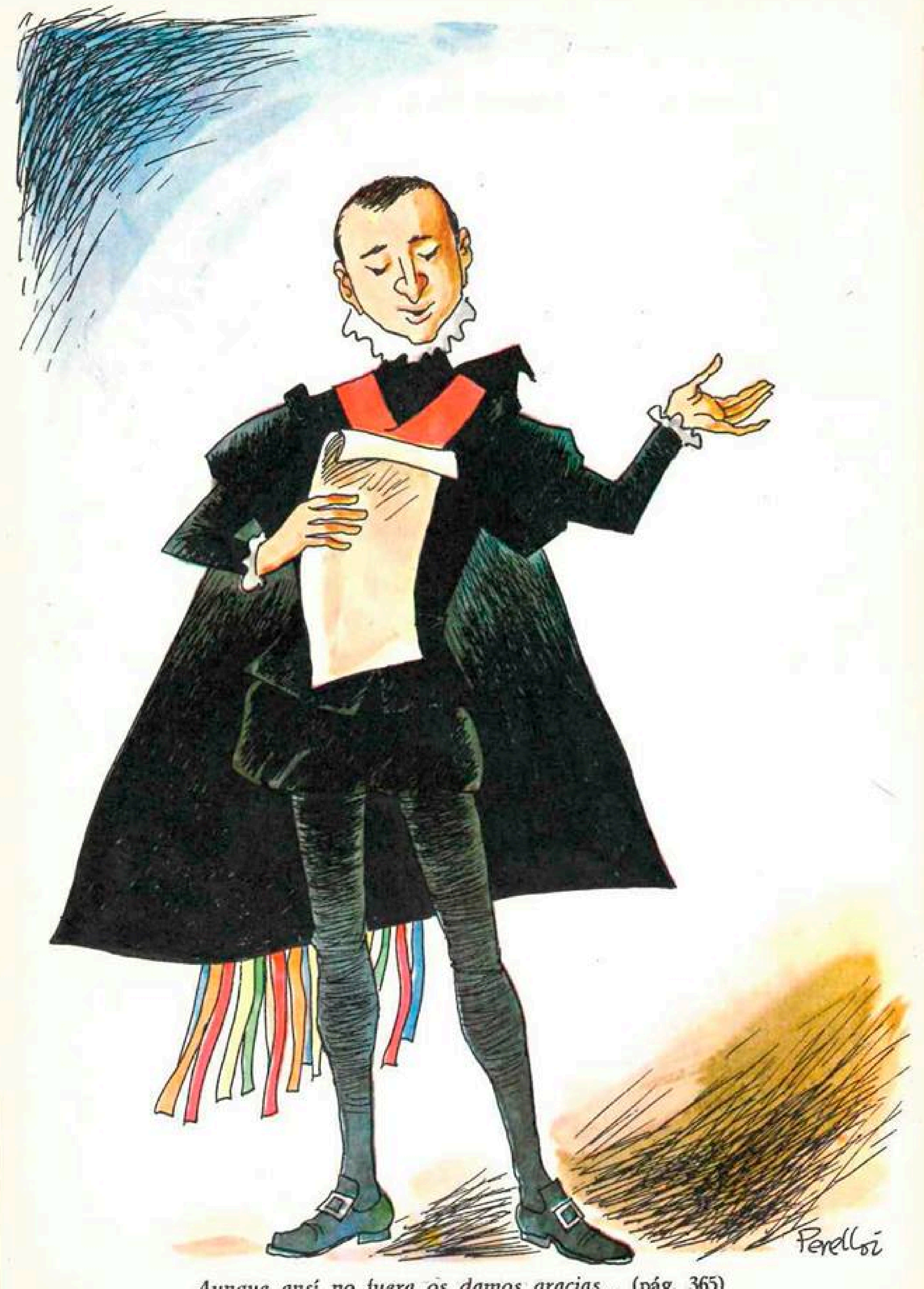
In nomine membrorum, etc."

Nos mandó a dicir el ministro que nos había entendido y cuidaría de nos y, otrosí, que le fuésemos diciendo lo que se nos ocurriese y vería de remediarnos.

Y es de dicir que, cuando fuí a procurar por mi Gloriosa, dióseme por el Decano carta para cierto catedrático de nuestra Facultad que estaba con el Ministro de beneficiado y, en ella confiado, fuíme a vello. No me quiso ver sino que mandó me fuera a otro de menos altura que, como no podía, nada hizo ni me dió descarte sobre lo que yo pedía.

Viene aquesto a que, asaz a menudo, los que gobiernan andan errados en creer que sólo las cosas graves, que a guerras, pestes y algaras tocan, son dinas de ser consideradas, cuando si todo el mundo fuera cortés no sería necesario el Derecho Penal y si todo el mundo estuviese alegre se desterrarían las contiendas y aún, si me apuran, las enfermedades. De manera que algunos destos si les dieran a desempeñar la Secretaría de la Alegría en el gobierno de la república, a buen seguro que lo tomarían como niñería, sin ver que sería la más fermosa tarea que a nadie le podrían dar.

También se dice esto aquí porque se vido, una vez más, que algunos de nuestros maestros tienen de tales lo que yo de talabartero. Aosadas sabios son, mas están tan despegados de sus discípulos que no los tienen en un pepión y ni les enseñan ni los guían. Que, muchas veces, el tener cáthedra es para, sobre de las cabezas de los escolares que surten de escalón, alzarse a la fama en el foro, la prebenda en el gobierno o la preheminencia en la Corte.



Aunque ansí no fuera os damos gracias… (pág. 365)

Desto se sigue el mirar a sus alumnos al sesgo, con desdén y un punto de asco o a no llegar ni a vellos, que aún es peor.

Me viene a la memoria cierto destos que siendo catedrático de una antiquísima facultad, numerosa, luciente y sabia, se titula a sí mesmo El Solitario, lo cual lo retrata. Que un maestro se diga solitario, aun por juego, teniendo miles de oídos prestos a lo escuchar, a beber de su sciencia y pasmarse de su sabiduría fuerte cosa es.

Deste mesmo recuerdo de una vez que fuimos a demandalle licencia para poner ciertos avisos en su facultad de que vendíamos trovas en la nuestra, trovas tunantescas, y respondió, seco y desdeñoso, recogiendo el labio, que sólo se podían poner avisos académicos.

Y pensé yo para mí:

—Sí, como aquellos de "Pupilera se ofresce con aposentos a escolares saxones", o el de "Ha se perdido axorca en escaleras de abaxo", y todos los demás que cada día se ponen en aquella y en las demás facultades.

Y meresce llanto aquesto: ver que aquestos van por su lado y nosotros por el nuestro, que no nos ayudan ni nos tienen cariño y se encastillan, retraen y distancian creyendo que son ellos solos la Universidad. que no puede ser la Universidad risueña y que empece la cortesía y trato con el discípulo a la buena enseñanza de la sciencia y no al contrario, como es.

Lo que acaesce es que hay aquí también hay algunillos cátaros y ellos echan a perder el queso. Y voy a dexar aquesto que, como es la Universidad mi solo amor, como la llevo en el alma y la siento muy dolidamente, estoy sangrando a la pluma adelante.

EPÍLOGO ENTRECERRADO CON QUE SE ACABA EL LIBRO DEL BUEN TUNAR Y SE DA DESCANSO AL FIEL LECTOR

Siempre que vide un libro de grueso tomo, pensé cómo siendo tan pocas las cosas que en el mundo quedan por desvelar, se pudo dar a luz tanta palabra y héteme aquí que, siendo el primero, y quiera Dios que el último, que escribo me encuentro ya a pique de aventaxar a muchos en escritura. Visto lo cual determinado hé dexar aquí que el cálamo repose, magüer resten cosas por dicir, y ello por no enfadar al que leyere.

Quede, pues, quieta la pluma, por agora y si algo nuevo contesciera en mi vida tuneril, contando que hayan passado días bastantes a reposar la atención del lector en aquestos asuntos, surque su punta nuevamente los mares vírgenes y albos del papel, si a los que leyeron plúgo lo que se escribió líneas atrás.

Harto se me alcanza que ha de haber quién se demande cuando dexaré aqueste mester, sosegaré, tomaré más serenos caminos, contraeré nupcias y daré fijos a España. Lo mesmo me pregunto yo sin hallar hasta agora respuesta.

Y cuando a cogitar comienzo que la he de hallar, que hase de acabar aquesta vida libre, que passaré por las

Caudinas de las canónicas nupcias, el desasosiego de tras los dineros andar, de juzgar los pecados alienos, ponenseme las guedexas como los cabellos de la Medusa y me vienen ansias de muerte. Pensando en tanta servidumbre como la vida que llaman tranquila tiene.

Y algunos de los que preguntan lo hacen con buen fín. Otros corroídos de invidia.

¡Cuánto dolor me duelen los que no probaron vida tan regalada! Alivio tienen en creerse perfetos, en denostar los libres, en dolerse de los que, como alazores o como baxeles marineros o como ligeras nubes, andan los aires, los cielos, los mares, los países...

Pobres dellos los que se ven sin tacha, que se emplean en acortar su camino a la muerte con afanes sin premio. Que no se toman cuenta de que cada día conosces a quien vale, suena o sirve más que tú. Por más bueno, más gentil, más rico, de mejor entendimiento y limpia sangre.

Quiero dicir también que si algo bueno hallasen en la obra, cárguenlo a favor del mester tuneril que no lo hay más gracioso, movido y adestrador.

Contaré de colofón que, días atrás, hallé en cierta taberna a don Pacho el Tácito, don Gabriel el Osezno y don Félix que escribían en unos cartapacios y daban ternísimos besos a una bota.

Senteme cabe dellos y vide cómo don Félix y don Gabriel escribían y hablaban, en tanto que don Pacho no dicía sino "Uh" o "Uh, uh" lo cual, me dixeron, quería dicir punto y punto y coma. Afirmar y negar lo hacía con la cabeza y si algo le placía, se aorillaba las guedexas y daba un gran trago de vino, lo que celebraban sus amigos besando sus manos y llorando con muchísimo sentimiento.

Me mostraron el libro que se llamaba: "Estoria y relación de las potaciones que hicieron y vinos que bebie-

ron los caballeros tunos de la Gloriosa y Muy Andariega de Derecho, don Félix, don Pacho y don Gabriel que aquí lo cuentan con sencillo estilo y lo llaman TRAS DEL VINO ALREDEDOR DEL MUNDO."

Ponía debaxo el globo de la tierra y, en su torno, una divisa que rezaba: "Primos circumpotuistis me".

Cuanto holgué con la nueva no es de dicir y pensé que bueno sería *ad maiorem gloriam tunae,* que don Emilio y don Manuel escribieran sus aventuras que podrían llamarse: "Periplos del galeón del clavo y las demás especias o Moradas de doña Venus y Príapo sin mesura". Y, de *desideratum,* don Luis que escribiera un tractado "de conspiratione". Con ellos y con aqueste mi presente, al que agora doy fín, libro, quedaría bien servido el mester y verían los que gusten destas materias todo lo que la Gloriosa puso en aquel servicio.

A los que no plazca aquesta estoria y se tengan por amigos, bién harán en me lo dicir en mi mesma cara, lo tendré como cortesía y caridad y, pudiera ser, sirva a desvanecer ciertas ínfulas de escribidor que puedan crescerme en el cacumen.

ENVIO

Tomen aqueste libro como suyo los que exercieron, exercen y exercerán el mester de tunería; los maestros de nuestras escuelas, los buenos porque no para mí hay, ni rey, ni roque, más altos en mi estimación que ellos, a los malos porque si dellos se dice mal no es sino a causa de que les tengo menos devoción que a la universidad, a la que no sirven bién; a los cátaros que vean que hay gente diversa dellos, que les tiene lástima y con

el ruego de que Dios les mande una nube de caridad que les llueva la seca alma y en ella les crezca el amor del próximo, la tolerancia del pecado de otros y la humildad de saberse pecadores.

Las damiselas todas, de cualquier estado y condición, que cada una dellas se tenga por mi solo, eterno y más grande amor.

A los padres que tengan como bendición del cielo el serlo de un tuno que es la más despabilada gente que corre la tierra. Y que no crean que se toman vicios. Tan sólo el de hacérsete las manos a tañer, los brazos a peso de un estrumento y la caxa del cuerpo al son dél y no puedes vivir sin algo que suene.

Sobremanera la guitarra ca es el estrumento más amoroso que hay. Ansí que tienes una, no sabes luego vivir sin ella. Y, de tanto tenella embracilada, vase passando en pizcas tu alma a su madera y el su son a tus tuétanos. Por contra, la viola de arco es estrumento frío, pisaverde, se pasa de polido y, de colmo, remedador de maullidos. Otrosí, no va demasiadamente con los cantares de tuna, porque los blandea y da tristura demasiada.

Y digamos aquí "só" a la pluma, no haya más estrambotes.

Vayan vuesas mercedes con Dios, hallen buenos vinos, gocen lindas damas y tengan la fortuna de oir las buenas trovas sonar y los ducados en sus bolsas. Vale.

INDICE

INDICE

Pág.

CAPÍTULO XLII

LAVS DEO

Se acabó de imprimir este libro el día 28 de junio, víspera de la festividad de los santos Pedro y Pablo, en los Talleres Gráficos IMNASA. Se han impreso cinco mil ejemplares de edición corriente, numerados; cien ejemplares sobre papel verjurado "Guarro", numerados del I al C, y cien ejemplares sin numerar, para colaboradores.

LIBRO DEL BUEN TUNAR